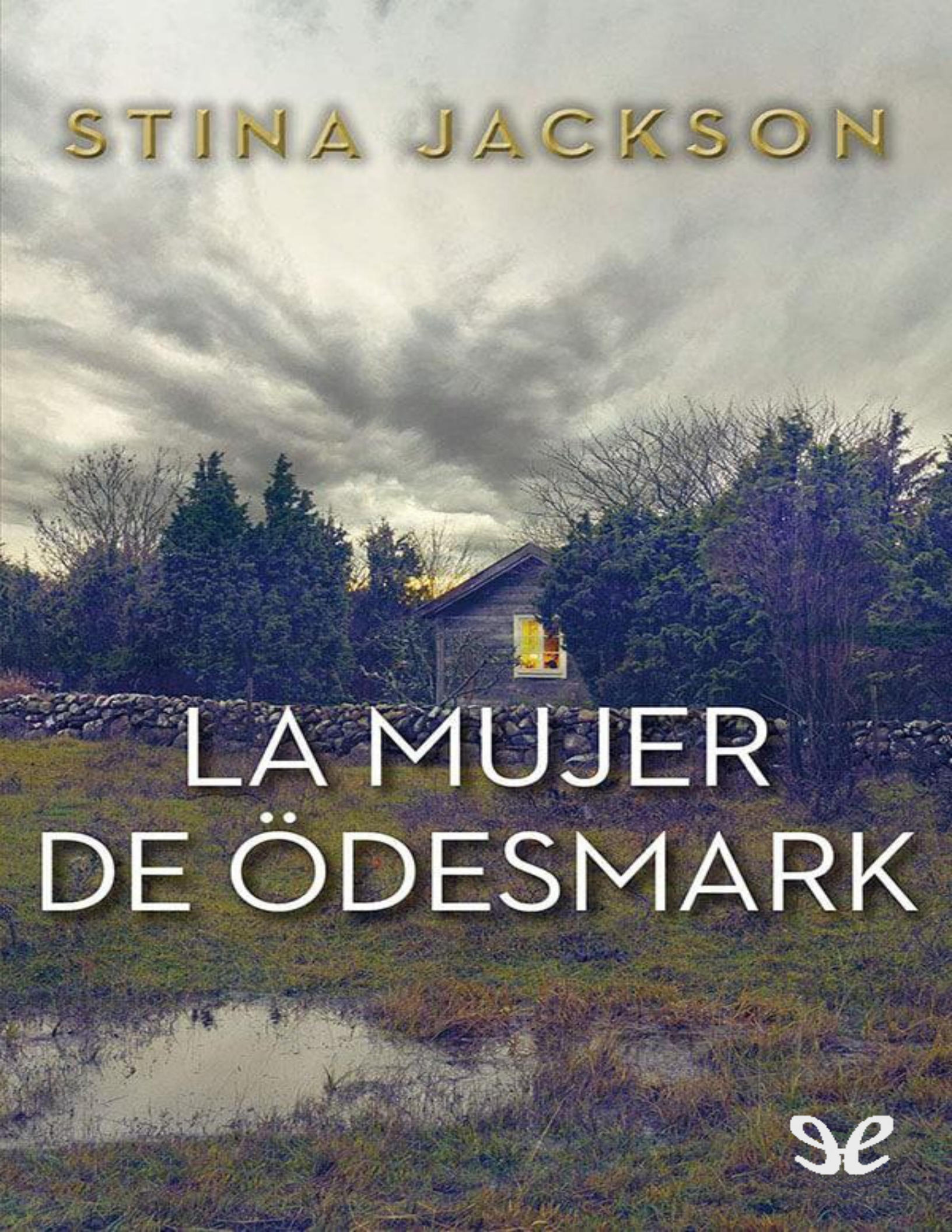


The background of the cover is a photograph of a rural landscape. In the center, a small wooden house with a single lit window is partially obscured by a low stone wall. The house is surrounded by tall evergreen trees. In the foreground, there is a grassy field with a small, calm pond reflecting the sky. The sky is filled with heavy, grey clouds, suggesting an overcast or stormy day. The overall mood is somber and atmospheric.

STINA JACKSON

LA MUJER
DE ÖDESMARK

se

Ödesmark, en el norte de Suecia, es un pequeño pueblo de catorce casas desperdigadas, de las cuales solo cinco siguen habitadas. Una de ellas es el hogar de Liv Björnlund, que comparte con su hijo y con su tiránico y anciano padre, Vidar. Aunque viven de forma austera, uno de los rumores que corre sobre ellos es que el cabeza de familia amasó una gran fortuna especulando con terrenos y bosques de sus vecinos.

Un día, a dos hermanos que se dedican a trapichear con drogas les llega un chivatazo: Vidar guarda su dinero en una caja fuerte escondida en su habitación. Para ellos es la oportunidad de dejar atrás su miserable existencia. Stina Jackson, la gran revelación del género negro sueco, brinda una historia sobre la lucha entre la lealtad a la familia y las aspiraciones personales de la mano de un personaje femenino memorable.

OceanofPDF.com



Stina Jackson

La mujer de Ödesmark

ePub r1.0

Titivillus 01.11.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Ödesmark*

Stina Jackson, 2020

Traducción: Gemma Pecharromán Miguel, 2021

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

La mujer de Ödesmark

Primera parte

 Finales del invierno y comienzos de la primavera de 1998

 Verano de 1998

 Otoño de 1998

 Verano de 1999

 Navidad de 1999

 Octubre de 2000

 Septiembre de 2001

 Octubre de 2001

 Noviembre de 2001

Segunda parte

 Principios del verano de 2002

 Invierno de 2002

 Finales del invierno y comienzos de la primavera de 2003

 Primavera de 2003

 Verano de 2003

 Verano de 2008

 Verano de 2009

 Madrugada del 3 de mayo

 Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

A MIS PADRES

OceanofPDF.com

Where you come from is gone,
where you thought you were going to never was there,
and where you are is no good unless you can get away from it.

FLANNERY O'CONNOR, *Wise Blood*^[1]

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

OceanofPDF.com

FINALES DEL INVIERNO Y COMIENZOS DE LA PRIMAVERA DE 1998

La chica se mueve a través de la noche. La luna le sonríe pálidamente mientras ella zigzaguea entre los charcos que la nieve ha dejado tras de sí. La gasolinera abierta las veinticuatro horas lanza su luz de neón sobre la desolación. Ella entra y compra una lata de Coca-Cola y un paquete de Marlboro rojo. El empleado del turno de noche tiene unos ojos tan bondadosos que le hacen apartar la mirada. Sale afuera, se coloca junto al iluminado tren de lavado de coches y enciende un cigarrillo, expulsa el humo contra el cielo nocturno y se fija en un camión que está aparcado más allá de los surtidores de gasolina. Hay un hombre dormido en el asiento del conductor. Lleva puesta una visera oscura y la barbilla le cae sobre el pecho. Ella tira al suelo el cigarrillo a medio fumar y lo pisa. Los charcos de agua brillan como aceite bajo la luz de las farolas mientras camina por el asfalto. Se oye el ruido de algún coche solitario a lo lejos, pero nada más. La tensión le recorre la columna vertebral en forma de cosquilleo. Cuando llega al camión, se agarra al espejo retrovisor y sube por la escalerilla hasta que su cara queda a la altura de la del hombre dormido. Comprueba de cerca que él es más joven de lo que ella creía, tiene las mejillas sombreadas por una barba poco crecida y un pendiente brilla en su oreja.

Ella ve que sus nudillos se acercan al cristal. Solo un golpecito discreto, pero, aun así, el hombre se despierta con una sacudida violenta, se quita la visera instintivamente y deja al descubierto una coronilla calva. La mira, tarda un poco en reaccionar y al fin baja el cristal de la ventanilla.

—¿Qué pasa?

La adrenalina hace que a ella le cueste sonreír. La mano con la que se agarra al espejo ya le ha empezado a doler.

—Nada, solo me preguntaba si quieres compañía.

Él la mira fijamente con la boca abierta. Al principio parece que la va a rechazar, pero luego asiente y le señala con la cabeza la puerta del copiloto.

—Bueno, sube.

Ella da la vuelta al camión, sintiendo un cosquilleo de esperanza en la boca del estómago, gira la cabeza para ver si hay ojos en las sombras, pero a la única persona que ve es al empleado de la gasolinera, y no está mirando hacia fuera. Son casi las dos y no hay ningún otro coche. Si ocurriera algo, no habría testigos.

El hombre lanza un pesado suspiro cuando la joven se sienta a su lado.

—Bueno, ¿y quién eres tú?

—Una chica, sin más.

La cabina huele a aliento cálido.

—Sí, eso ya lo veo.

El tipo parece torpe, se frota los ojos con las palmas de las manos y la mira de reojo, como si ella fuera un bicho raro al que no quiere provocar.

—¿Y cómo es que quieres subir aquí, conmigo?

—Parece que estás solo.

Ella lo anima con la mirada; él parece asustado y eso la vuelve más atrevida. El hombre esboza una sonrisa mientras juguetea nervioso con los dedos en la barba y la mira por el rabillo del ojo.

—Entonces ¿tú no eres una de esas que cobran?

Ella pone la mano encima de la de él. Los anillos de plata brillan entre ambos como lágrimas en la oscuridad; espera que él no note cómo se le agita la sangre.

—No, no soy de esas.

Hay espacio suficiente en la parte posterior de la cabina. Él la recuesta sobre una estrecha litera, apoya con fuerza las manos en sus caderas mientras la penetra. No se quitan la ropa, solo dejan caer los pantalones hasta los tobillos, como si temieran ser descubiertos. Ella levanta la mirada

y ve a un niño que le sonríe desde una foto. El niño rodea con sus rollizos brazos el cuello de un labrador que tiene el pelaje color chocolate y parece que ambos sonrían a la par. La chica baja la mirada hacia la ropa arrugada de la cama. No pasa mucho tiempo antes de que él lance un rugido y se retire —inmediatamente, para que toda la plasta caiga en el suelo—. Ella se agacha y se sube las bragas. Están a punto de saltársele las lágrimas, pero traga y traga para ahogar el llanto.

El hombre parece reanimado. Sus manos han cobrado nueva seguridad cuando se abrocha el cinturón, como un adolescente que se acuesta con alguien por primera vez. A ella le sorprende. Lo parecidos que son. Los hombres.

Se sientan en la parte delantera de la cabina y fuman. Fuera de los grandes parabrisas del camión, descansa el mundo oscuro y húmedo. Le escuece la vagina, pero la necesidad de llorar ha pasado.

—¿Adónde vas a ir ahora?

—A Haparanda.

Su dialecto suena gracioso, casi como si cantara las palabras.

—¿Vas a venir conmigo o qué? —añade él.

Ella gira la cabeza para expulsar el humo afuera.

—Yo voy a ir más allá de Haparanda.

Al camionero le brillan los dientes en la oscuridad. Esto es algo que él no ha hecho antes. Ella puede ver inmediatamente que le invade la mala conciencia. Él señala la gasolinera y su voz intenta atenuar lo que acaba de ocurrir.

—Pensaba ir a comprar algo de comer, ¿quieres algo?

—Un bollo de canela no estaría mal.

—Está bien, te lo traigo.

Quita las llaves de contacto y sonríe discretamente antes de abrir la puerta y bajarse del camión. Al andar se ve que es un poco patizambo y parece que no le preocupa que le salpique el agua de los charcos. La chica lo observa hasta que desaparece en el interior de la tienda, y sopesa lo de viajar con él a pesar de todo. Quizá pueda apearse en Luleå. Ha oído que es una ciudad bastante grande, y en las ciudades uno puede desaparecer.

El atardecer era lo peor. Darse cuenta de que había perdido otro día. Un día como todos los demás. Ella estaba en su puesto detrás de la caja e intentaba hacer como si no se diera cuenta de que caía la oscuridad más allá de las ventanas de la tienda. Estar bajo la intensa luz de los tubos fluorescentes era como encontrarse en un escenario. Las personas que paraban a echar gasolina podían verla allí bajo la luz, sus movimientos cansados y su mirada huidiza. El cabello fino, que ya no tenía suficiente fuerza para crecer por debajo de los hombros, y la falsa sonrisa, que hacía que le dolieran las mejillas. Ellos podían verla, mientras que ella solo podía intuir su presencia.

La gasolinera estaba en el centro del pueblo y ella sabía el nombre de casi todos los que cruzaban las puertas, pero no los conocía. Tal vez ellos creían que la conocían. De todos modos, ella sabía lo que se rumoreaba. Que la hija de Björnlund había tenido el mundo a sus pies, pero que nunca había aprovechado la ocasión. Y ahora era demasiado tarde; tanto la belleza como la vitalidad habían empezado a abandonarla. Se le había pasado el arroz. Lo único que había logrado era su hijo, un chico, pero nadie sabía cómo se las había ingeniado, porque nunca había tenido novio. Al menos, que se supiera. El niño había nacido de la nada y, a pesar de todas las habladurías acumuladas a lo largo de los años, nunca se había sabido quién era el padre. Era un asunto incómodo que todavía provocaba disputas. En lo único que podían ponerse de acuerdo en los pueblos era en que Liv Björnlund nunca sentaría la cabeza. Si no fuera por el dinero, puede que incluso hubieran sentido pena por ella. Era difícil sentir pena por alguien que poseía una fortuna.

Se tomó un café frío de la máquina y miró la hora con disimulo. Los segundos le martilleaban las sienes. A las nueve en punto saldría del escenario por esta vez. De lo contrario, le explotaría el cerebro. Pero dieron

las nueve y cinco antes de que apareciera su compañero del turno de noche. Si él notó lo furiosa que estaba, lo disimuló muy bien.

—Tu padre está ahí fuera esperando —le comentó sin añadir nada más.

Vidar Björnlund había aparcado en su sitio habitual junto al surtidor de diésel. Estaba sentado en su viejo Volvo y con las manos, que parecían garras, fuertemente aferradas al volante. En el asiento trasero, como una sombra, estaba Simón, con la mirada fija en el móvil. Liv le acarició las rodillas antes de abrocharse el cinturón de seguridad y, por un breve instante, él levantó los ojos y sus miradas se encontraron. Se sonrieron.

Vidar giró la llave y el coche carraspeó antes de arrancar. El viejo cacharro había nacido a principios de los años noventa y estaba más para la chatarra que para las resquebrajadas carreteras del interior del país, pero cuando ella se lo dijo, él se limitó a contestar:

—No ruge como un león, pero ruge.

—¿No te parece que es hora de que nos apretemos el cinturón y compremos uno nuevo?

—¡Y una mierda! Comprar un coche nuevo es como limpiarse el culo con dinero.

Liv se volvió de nuevo hacia Simón, que parecía llenar todo el asiento trasero con sus piernas largas y sus brazos musculosos que asomaban por la cazadora. La transformación se había producido silenciosamente, sin que ella se diera cuenta: un día apareció allí, como un hombre adulto. La redondez de las mejillas había sido reemplazada por unas líneas afiladas y una pelusilla rojiza cada día más densa. De su niño regordete y suave no quedaba ni rastro. Intentó captar su atención, pero él pareció no notarlo, no hacía más que teclear frenéticamente con los pulgares en el teléfono, profundamente inmerso en un mundo al que ella no tenía acceso.

—¿Qué tal en la escuela?

—Bien.

—La escuela —refunfuñó Vidar—. No es más que una pérdida de tiempo.

—No empieces otra vez —dijo Liv.

—En la escuela solo se aprenden tres cosas: a beber, a pegarse y a ir detrás de las faldas.

Vidar giró el espejo retrovisor para poder mirar a su nieto.

—¿Me equivoco?

Simón escondió la boca debajo del cuello de la cazadora, pero Liv pudo ver que sonreía. A él le hacía más gracia el viejo que a ella, tenía la capacidad de reírse de esas cosas que a ella la sacaban de quicio.

—Eso solo lo dices porque no tienes formación —le respondió ella.

—¿Para qué iba a querer yo la formación? Yo ya sabía beber y pelearme. Y mujeres no faltaban. No cuando era joven.

Liv sacudió la cabeza y desvió la mirada hacia el bosque. Evitó las manos venosas que agarraban el volante y el aliento del viejo que quemaba el aire que compartían. Pronto el asfalto dejó paso a la grava y los árboles se acercaron. No se cruzaron con ningún coche, y más allá de las luces largas solo había oscuridad. Se desabrochó los botones superiores de la camisa de trabajo y se rascó el pecho y el cuello con las uñas. El escozor siempre empeoraba durante el camino de vuelta a casa, como si el cuerpo intentara liberarse desesperadamente de su propia piel. Mil hormigas en el cuero cabelludo y a lo largo de los brazos la obligaban a rascarse la piel hasta que sangraba. Si Vidar o Simón lo notaron, no dijeron nada, demasiado acostumbrados a su comportamiento como para prestarle atención. El móvil del chico vibraba a intervalos regulares, exigiendo constantemente su atención. El viejo conducía con la mirada puesta en el camino y sin parar de murmurar. Prefería mascullar las palabras que compartirlas.

Cuando llegaron a Ödesmark^[2], los recuerdos habituales se le agolparon en la cabeza, todas aquellas veces que había saltado del coche y había echado a correr. Huía directamente hasta el regazo de los abetos, como si pudieran protegerla. El pueblo era como la última avanzadilla a lo largo de un camino que ya no conducía a ninguna parte. A unas decenas de kilómetros hacia el oeste, desaparecía engullido por la maleza y las ruinas de lo que fue en su día. Si uno daba una vuelta con el coche alrededor del pueblo, no tardaba en tener la sensación de que el bosque aguardaba el momento de engullirlo a él también. Las casas se encontraban a una distancia segura unas de otras, separadas por pinares, por terrenos pantanosos y por el lago, que se extendía como un ojo negro en medio de

todo y reflejaba la desolación. Había catorce granjas en total, pero solo cinco estaban habitadas. El resto estaba desmoronándose, con sus ventanas condenadas y las fachadas azotadas por el viento, aguardando la ruina.

Liv conocía aquellas tierras mejor que sus propias entrañas. Sus pies habían creado los senderos que serpenteaban por el bosque, y allí fuera sabía dónde se ocultaba cada fuente de agua fresca, cada escondite en el que crecían moras de los pantanos y dónde dormía cada pozo olvidado. También conocía a las personas, aunque las evitaba. Podía reconocer la risa y los olores que llegaban con el viento, y no necesitaba mirar afuera para saber de quién era el coche que se deslizaba sobre la grava o de quién era la motosierra que rompía el silencio. Oía los ladridos de sus perros, los cencerros de sus vacas. Ambos la ahogaban y le daban vida al mismo tiempo: la tierra y la gente.

Björngården, la casa de su infancia, estaba en lo alto, bien protegida por el bosque que la rodeaba, y desde su habitación en el segundo piso podía vislumbrar el ojo negro del lago, abajo, en el valle. Vidar había construido la casa antes de que Liv naciera, y ahí seguía estando ella, ya bien entrada en la edad adulta, a pesar de que desde niña juró que nunca se quedaría allí. Y no solo se había quedado ella, sino que también había permitido que Simón creciera en el mismo lugar olvidado de la mano de Dios. Tres generaciones bajo el mismo techo, como se vivía antiguamente cuando la necesidad lo requería. Pero ahora no había necesidad, más allá de la que las personas creaban para aferrarse unas a otras. Y cuanto más tiempo pasaba, más difícil resultaba levantar la vista por encima de las puntas de los abetos e imaginarse en otro lugar. De modo que era más fácil dejarse engullir lentamente junto con el resto del pueblo.

Vidar giró, se detuvo ante la barrera que cerraba el paso y carraspeó para aclararse la garganta.

—¡Hogar, dulce hogar! —exclamó, clavando los ojos en la deteriorada casa que descollaba en el alto.

Mantuvo el motor en punto muerto mientras Simón salía y se inclinaba sobre el candado. Desde atrás, ella casi no lo reconocía, con su espalda ancha y la nuca como la de un toro. Cuando Simón levantó la barrera, Vidar dejó que el coche se deslizara hacia el interior lentamente y, tan pronto

como pasaron, Simón volvió a bajar la barrera y a cerrar el candado. Liv se rascó el cuello irritado con las uñas mientras rodaban en dirección al patio.

—Ya no es un niño —dijo ella.

—No, menos mal.

Liv miró de reojo a su padre y descubrió que el paso del tiempo también había dejado su huella en él. Vidar había encogido con los años, la piel arrugada le colgaba suelta sobre los huesos y daba la impresión de estar consumiéndose poco a poco desde dentro. Pero el brío aún ardía con fuerza en sus ojos, dos llamas implacables cuando la miraban. Giró la cabeza y se encontró con su propia mirada vacía en la ventanilla del coche. El crepúsculo se había extinguido hacía mucho rato, solo quedaba la oscuridad.

* * *

Liam Lilja se miraba en el espejo roto. Una larga raja en el espejo recorría su cara como una cicatriz, y le deformaba la nariz y los pómulos. La mitad inferior hacía una mueca. Dientes blancos en una barba oscura de tres días. La mitad superior no sonreía. Solo unos ojos lo miraban fijamente. Con descaro, como si buscaran pelea. Si no hubieran sido sus propios ojos, nunca habría tolerado que nadie lo mirara así. Sin apartar la mirada.

—¡Joder! ¿Te estás maquillando o qué? —La voz de Gabriel se oyó al otro lado de la puerta.

—Ya voy.

Liam abrió el grifo, puso las manos bajo el chorro frío y se enjuagó la cara. Le escoció una herida en la mejilla y sintió una punzada en un diente de la mandíbula inferior. Pero le dio la bienvenida al dolor, aguzaba el ingenio.

Fuera, en la tienda iluminada, la cajera no le quitaba el ojo de encima. Un viejo calvo parpadeaba nervioso. Liam sintió cómo la irritación crecía en su pecho cuando vio al hombre. Y también, que se le paralizaba la cara.

Que el tiempo se ralentizaba. Gabriel apretó una bolsa de patatas fritas contra su torso, con tal descuido que la hizo crujir.

—Aquí tienes el desayuno —dijo—. También he comprado tabaco.

Estaban sentados en el coche, comiendo patatas fritas y bebiendo Coca-Cola bien fría. El cielo había empezado a clarear, pero el sol aún no se había alzado por encima de los árboles. Gabriel se zampó las patatas en menos de diez minutos y luego se lio un porro con los dedos grasientos.

—Ayer eché un vistazo a la plantación —dijo—. Se han fundido dos lámparas, tenemos que poner unas nuevas.

Liam arrebujo la bolsa de patatas y arrancó el motor.

—Eso ahora es cosa tuya —contestó—. Yo ya no intervengo.

—Las plantas están muy bien —respondió Gabriel, haciéndose el sordo—, las mejores que hemos tenido hasta ahora. Pienso subir el precio.

Liam miró de reojo el coche que estaba aparcado al lado del suyo. Había una mujer sentada en el asiento del copiloto pintándose los labios, tras lo cual lanzó un gran bostezo. Su boca se convirtió en un peligroso círculo rojo. Él se preguntó en qué trabajaría, si tendría hijos. Quizá, una casa con jardín y columpios. El conductor, probablemente su marido, volvía de la tienda y se dejó caer detrás del volante, llevaba unas gafas horrorosas y el pelo peinado con agua. Liam levantó una mano y trató de alisarse la melena, pero sus greñas rebeldes no se dejaban domar. Por más que lo intentara. De todos modos, él nunca se iba a parecer a ellos, a la gente normal y corriente.

Dejaron atrás Arvidsjaur, tomaron pequeños caminos que serpenteaban alejándose de la gente, en tierras recónditas. Unos grandes espejos de agua a ambos lados del camino iban enrojeciéndose a la par que el cielo. Gabriel se fumaba su porro con los ojos cerrados, solo su tos estentórea rompía el silencio. Sonaba como si se le hubieran soltado las costillas y le anduvieran dando vueltas por el pecho. Tenía una cicatriz en el labio inferior que hacía que le colgara la comisura izquierda, eran las secuelas de un anzuelo de pesca que se clavó de pequeño. Aunque Gabriel solía decir que le habían cortado con un cuchillo. Esa historia le gustaba más.

Donde terminaban los lagos solo había bosque, que se extendía denso y oscuro hasta el asfalto agrietado. Liam sintió un malestar revolviéndole el

estómago.

—¿Sabe él que venimos?

Gabriel tosió, y un olor a dentadura sin cepillar y a tabaco inundó el coche.

—Lo sabe.

Una vía de ferrocarril cubierta de maleza surgió de la nada y los acompañó un trecho antes de volver a quedar enterrada bajo la alfombra del bosque. Pasaron junto a una estación de tren abandonada, rodeada de vegetación adormecida. Había vagones oxidados llenos de agujeros de bala por donde brotaba la maleza y otras formas de vida. Un poco más adelante yacían los restos de una granja rodeada de prados vacíos, donde la hierba no pastada y las flores marchitas esperaban la orden del sol para levantarse.

El asfalto se convirtió en grava y Liam se desvió por un camino más pequeño y luego por otro. Al principio, siempre se equivocaba, por entonces no tenía carnet de conducir y al coche robado le habían hecho un puente. En aquel tiempo, el camino hasta la casa de Juha le parecía un laberinto de tierras despobladas, y esa precisamente era la idea. Se trataba de que nadie llegara hasta allí.

Al lado de un arroyo negro y cantarín se alzaba entre los árboles una cabaña de troncos de madera sin pintar. Allí no había electricidad ni agua corriente. Liam aparcó a una distancia prudente y permanecieron un rato sentados en el coche en silencio, haciendo acopio de valor. De la chimenea salía un penacho de humo que se posaba sobre el bosque como una manta. Podría haber llegado a parecer un lugar apacible, de no haber sido por los animales muertos. De los árboles colgaban dos cuerpos, desollados y sin cabeza. Enormes trozos de carne que brillaban a la luz.

Cuando abrieron las puertas del coche percibieron el susurro de los abetos y el murmullo del arroyo. Liam cogió la bolsa de plástico con el café y la hierba, y salió evitando mirar la carne colgada. Se estremeció por un instante cuando le dio por pensar que en realidad eran personas a las que Juha había despedazado y colgado.

Juha Bjerke, el lobo solitario que había decidido alejarse de la gente y rara vez se atrevía a mezclarse con otras personas. Se rumoreaba que se debía a un accidente de caza ocurrido a principios de los años noventa, en el

que Juha habría matado accidentalmente a su propio hermano durante una cacería de alces. No intervino la policía, pero su madre nunca pudo perdonarlo, y hubo muchos que afirmaron que lo había hecho intencionadamente, que le pudieron los celos. Aquello había ocurrido antes de que Liam naciera, y lo único que sabía con certeza era que Juha evitaba a la gente tanto como la gente lo evitaba a él.

Un perro apareció corriendo de entre la maleza y ellos se quedaron totalmente quietos mientras los olisqueaba con el pelaje erizado. De su garganta surgió un gruñido sordo, a pesar de que a esas alturas ya los conocía. Gabriel escupió en la hierba.

—Me gustaría poder pegarle un tiro a esta puta bestia.

El perro corrió delante de ellos hasta que llegaron a la casa.

—Ve tú primero —dijo Gabriel—, le caes mejor.

Conforme se acercaba, Liam sintió que se le helaba el cuerpo. Aquellas visitas a Juha lo volvían paranoico, aunque casi nunca llegaban a verlo. La mayor parte de las veces, él solo estiraba la mano lo suficiente para entregar el dinero y recoger las cosas. No era muy hablador. Pero, aun así, a Liam se le contraían los músculos cada vez que la solitaria cabaña se alzaba delante de él.

Lo mismo le ocurría a Gabriel. Se había quedado totalmente callado, varios pasos detrás de Liam. Tal vez fuera a causa del aislamiento, o por encontrarse en los dominios de Juha. O, quizá, por la tragedia que se cernía sobre aquel hombre solitario como una nube de tormenta. A pesar de los años que habían pasado desde el accidente, llevaba la tristeza grabada profundamente en el rostro. Había algo aterrador en una persona que lo había perdido todo.

El cráneo de corzo clavado en la puerta de forma chapucera se agitó violentamente cuando Liam llamó. El perro jadeaba a sus pies, y en el interior de la cabaña se oyó un ruido áspero, unos pies que se arrastraban sobre las desgastadas tablas del piso. La puerta se abrió solo un poco, una sombra delgada apareció en el resquicio. En el interior ardía un fuego y las sombras de las llamas se movían en la oscuridad. Juha asomó la cabeza y entornó los ojos ante la luz del amanecer. Por la edad podía ser su padre, andaba entre los cuarenta y los cincuenta, pero tenía el cuerpo duro y

nervudo como el de un joven. El pelo largo le colgaba por la espalda recogido en una coleta, y tenía la cara curtida por el tiempo y las adversidades.

Sin decir una palabra, tomó la bolsa que llevaba Liam, se inclinó hacia delante y acercó la nariz a la hierba para comprobar su calidad antes de entregar el dinero. Liam no tuvo más que echar un vistazo a la pasta para darse cuenta de que no era suficiente. Le sorprendió. Juha Bjerke nunca había sido de los que intentaban regatear a la hora de pagar.

—Aquí solo hay la mitad.

Los ojos de Juha se llenaron de una luz extraña.

—¿Qué?

—Tienes que pagar todo, esto es solo la mitad.

Juha se deslizó de nuevo hacia las sombras con un rápido movimiento felino. Tenía una mano detrás en la espalda, como si escondiera algo, tal vez un arma. A Liam se le aceleró el corazón.

—Pasad un momento —dijo Juha desde la oscuridad—, para que podamos hablar.

Liam se guardó el fajo de billetes en el bolsillo y miró por el rabillo del ojo a Gabriel. Su hermano estaba pálido y parecía nervioso. Aquello era nuevo, Juha nunca los había invitado a entrar. Cuando obtenía lo que quería, solía despedirlos sin más, como si fueran perros callejeros a los que no se podía permitir el lujo de alimentar. Aquella era la primera vez que les pedía que cruzaran el umbral. Dentro ardía el fuego. Bajo su resplandor, Liam pudo divisar las escopetas de caza, colgadas en filas ordenadas al lado de la chimenea. Sobre la encimera había una hilera de pequeños cráneos de animales que los miraban con la boca abierta.

—Vamos, pasad —dijo Juha—, que no muerdo.

Durante un par de segundos infinitos todo se detuvo, solo se oía el crepitar del fuego y el viento en los árboles. La sonrisa burlona de Juha los llamaba desde el interior de la cabaña. Liam se llenó los pulmones de aire fresco antes de entrar. Una vez dentro del reducido espacio lo envolvió el calor, y la nariz se le impregnó de olores extraños mientras sus ojos luchaban por distinguir todo lo que se ocultaba en la oscuridad. Fue como entrar directamente en un foso. En una oscura y estremecedora trampa.

* * *

Liv estaba sola con el amanecer. La luz se filtraba a través de los abedules desnudos y se posaba como una costra resplandeciente sobre el bosque negro. Tenía la casa a su espalda y evitaba darse la vuelta. Su aliento se alzaba como un escudo frente al mundo. No vio que se encendían las luces, no oyó que alguien la llamaba. Hasta que no vio salir corriendo de entre la maleza a un perro flaco que se puso a bailar en círculos alrededor de ella, no clavó el hacha en el tajo de partir leña y se volvió.

Vidar estaba en la terraza; sus ojos parecían dos rendijas negras.

—Ven a desayunar —le gritó con su voz quebrada.

Y desapareció. Liv se sacudió la chaqueta y comenzó a moverse sin ganas hacia la casa; sus pasos sonaban como golpes de tambor en el silencio.

El viejo y el chico estaban sentados en la cocina y olía a café. A Vidar se le habían entumecido las manos durante la noche, y cuando llegó la mañana sus dedos eran garras rígidas que apenas le permitían llevarse la taza de café a la boca. Simon se encargó de cortar el pan y de untar la mantequilla con mucho esmero.

—Abuelo, ¿has tomado tus medicinas?

Vidar siguió masticando sin hacer caso. Los medicamentos eran algo de lo que no quería saber nada, y si no hubiera sido por Simon, que colocaba las pastillas delante de él formando un bonito arcoíris todas las mañanas, nunca las habría tomado.

—No las tragues con el café. Si no, tendrás ardor de estómago.

—Eres peor que una vieja, ¡qué pesado!

Pero Vidar se tomó las pastillas, una tras otra, y cuando terminó le dio a Simon una discreta palmadita en la mano, que ya era más grande que la suya, y el chico sonrió agachando la cabeza. Liv apartó la mirada, se preguntaba de dónde había sacado el chico su bondad, su luz. De ella no.

Subió a su habitación para cambiarse. La puerta del cuarto de Simon estaba entreabierta y la penumbra que reinaba allí dentro atrajo su mirada. El edredón se había caído de la cama y estaba hecho un lío en el suelo, junto a unas islas de ropa sucia y de libros que no cabían en las estanterías. El estor opaco estaba bajado y toda la luz que había en el cuarto provenía del viejo ordenador que estaba encendido y hacía ruido encima del escritorio. A pesar de las protestas de Vidar, ella se lo había comprado, y el ordenador se había convertido en una especie de amigo para el solitario chico. Allí se desarrollaba toda una vida de la que ella no sabía nada.

Se detuvo con la cara encajada en el hueco de la puerta, respiró el olor a adolescente, a calcetines sudados y a angustia. Escuchó sus voces abajo, en la cocina, antes de empujar la puerta y entrar. Le crujieron las rodillas al levantar el edredón del suelo, y el polvo revoloteó por la habitación. Algo brilló debajo de la cama, y cuando se agachó vio que era una botella de vidrio sin etiqueta. El olor a alcohol era tan fuerte que no tuvo necesidad de desenroscar el tapón para saber lo que había dentro. Algún tipo de alcohol de destilación clandestina, fuerte —hacía saltar las lágrimas—, tal vez de Vidar.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? ¿Por qué estás rebuscando entre mis cosas?

Simón estaba en la puerta, con el rostro oscuro de ira. Liv se enderezó, sujetaba la botella con ambas manos; el vidrio frío parecía resbaladizo.

—Iba a hacerte la cama —dijo ella—. Y he encontrado esto.

—No es mía. Solo se la estoy guardando a un amigo.

Los dos sabían que era mentira, que no había amigos. Pero ella no podía decir eso. Liv le quitó el polvo a la botella y la depositó con cuidado en el escritorio, al lado del ordenador. Los pensamientos se le aceleraron a la misma velocidad que la sangre; él tenía diecisiete años, no valía la pena discutir por eso. Quizá fuera una buena señal que él estuviera haciendo cosas propias de la adolescencia.

—¿A qué amigo? —preguntó ella.

—Eso a ti no te importa.

Se miraron un buen rato; a Simón le había aparecido una arruga en el entrecejo. Eso hacía que se pareciera a Vidar. No obstante, era a sí misma a

quien veía en la cara de su hijo. La rebeldía y el anhelo de otra cosa, de libertad. Si no hubiera sido por él, ahora ella no estaría allí, en la casa donde nació. Estaría en algún lugar lejano. Puede que él lo supiera, que todo era por su causa, quizá por eso había aumentado la distancia entre ellos. Liv se preguntó si él finalmente había conseguido hacer amigos, quizá de la peor clase, de los que bebían y se peleaban. O si estaba solo, sentado delante de la luz azul del ordenador, bebiendo por las noches. Las dos opciones le ponían el corazón en un puño.

Simón tomó su mochila; el rubor provocado por el enojo había desaparecido de sus mejillas.

—Volveré tarde de la escuela.

Ella asintió.

—Seguiremos hablando esta noche.

—No quiero que entres en mi habitación cuando yo no estoy.

—Ahora salgo.

Él esperó hasta que ella salió de la habitación y cerró ostensiblemente la puerta con llave antes de bajar las escaleras. Liv lo siguió, miró su nuca infantil cubierta de pelusilla y pensó en todas las veces que había posado su rostro allí y había aspirado su olor. En todas las noches que ella lo había rodeado con su cuerpo para protegerlo y le había puesto una mano entre sus tiernos omóplatos solo para asegurarse de que respiraba, de que no se le iba a morir. Hacía mucho tiempo de eso, fue en otro tiempo.

Se quedaron de pie junto a la ventana de la cocina, mirándolo, mientras él se dirigía al autobús. Liv y el viejo. Siguieron con la mirada su figura larguirucha hasta que el bosque se lo tragó.

—Creo que tiene un ligue —dijo Vidar.

—Ah, ¿sí?

—Mmm..., sí. Se lo noto en el olor, huele diferente.

—No lo he notado.

Vidar se colocó un azucarillo entre los dientes, bebió el café del platillo y le lanzó a Liv una mirada cargada de intención.

—Sale a su madre, ya lo verás. Pronto dejará del volver a casa por las noches.

* * *

Resultaba difícil respirar en la cabaña de Juha Bjerke. Liam y Gabriel estaban sentados a una mesa desvencijada mientras el hombre delgado daba vueltas delante de ellos. Alrededor de sus botas se levantaban pequeñas nubes de polvo y restos de agujas de abeto, y el aire cargado de humo escocía en los ojos. La mirada de Juha vagaba entre ellos, indescifrable.

—Tendréis que perdonarme —dijo—, pero no estoy acostumbrado a recibir visitas.

Liam trató de ocultar el malestar que se iba apoderando de él. Miró de reojo a Gabriel. A su hermano parecía divertirle la situación, una sonrisa jugueteaba en las comisuras de sus labios y su mirada se deslizaba sorprendida alrededor de la cabaña, deteniéndose en la curiosa decoración y en los trofeos de caza. Había un cuchillo clavado en la tabla de la mesa, y los restos de sangre seca habían dejado una mancha oscura sobre la superficie rayada. Una piel de animal colgaba a modo de cortina en la única ventana, el aire estaba cargado en aquel espacio tan angosto y hacía calor. Juha se colocó a la sombra de la chimenea y sus ojos parecían arder en la oscuridad cuando los miraba. Tenía la voz ronca, como si las cuerdas vocales hubieran empezado a oxidársele en la garganta. Seguro que eso era lo que ocurría cuando uno no tenía nunca a nadie con quien hablar.

—Vosotros sois de esa clase de chiflados que cazan zorros con motos de nieve —dijo—. Lo veo solo con miraros.

—No sé de qué estás hablando —respondió Liam—. ¿Acaso parecemos unos malditos cazadores?

—Pero perseguís dinero, ¿no? En eso consiste vuestra vida: droga y dinero rápido.

Liam sintió las vibraciones de la pierna de Gabriel golpeando el suelo. Ninguno de ellos dijo nada.

—No venís hasta aquí con hierba y café para un viejo solo porque sois buena gente, ¿no? Queréis cobrar por la molestia.

—No nos dedicamos a la beneficencia, si es eso lo que preguntas —dijo Gabriel—. Es lo justo.

Juha soltó una risa aguda. Liam vio de reojo el cuchillo clavado, solo tenía que estirar la mano para hacerse con él. Eso lo tranquilizó.

Juha colgó la cafetera sobre el fuego.

—Sois ambiciosos, y eso me gusta. Yo también fui ambicioso en su día. Pero cuando uno ha tenido que pasar hambre durante mucho tiempo, ya no oye cómo ruge el estómago. Entonces se hace el silencio.

A pesar de la ronquera, su voz tenía un deje melodioso, como si prefiriera cantar las palabras.

—Conocí a vuestro padre de joven —prosiguió—. Fuimos juntos a la escuela. Era un hombre de verdad. Con el humor de un tejón, uno nunca sabía dónde lo tenía, pero cuando lo necesitabas allí estaba él.

—Nuestro padre está muerto —apuntó Gabriel.

—Ya lo sé. Nadie puede escapar del cáncer: si le pone a uno la zarpa encima, no queda otra que doblar la cerviz y despedirse.

Había mencionado antes la amistad con su padre, la primera vez, cuando fue a comprar hierba, en un intento de ganarse su confianza. Liam tuvo la sensación de que ahora estaba ocurriendo lo mismo: Juha utilizaba a su padre muerto para ganarse su confianza.

El hombre se rascó el pecho hundido, tenía la mirada puesta en las llamas mientras el aroma a café se extendía por la estancia. Liam y Gabriel se miraron, a la espera.

—Tengo un trabajo para vosotros —dijo Juha finalmente—, si estáis interesados.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó Gabriel.

Juha sonrió y sirvió el café, colocó cuidadosamente sobre la mesa un par de tazas altas humeantes delante de ellos. Un hacha enorme destacaba al lado de la chimenea. Su hoja brillaba al resplandor de las llamas. A Liam empezó a revolvérsele el estómago; el calor sofocante y el olor a pieles de animales hizo que se sintiera mal.

Juha se situó en el extremo de la mesa flexionando los talones y emitió un sonido sibilante mientras soplaba la bebida caliente.

—Hay una mina de oro sin excavar no muy lejos de aquí. Simplemente está ahí, esperando a dos muertos de hambre como vosotros.

El jersey, descolorido por el tiempo y el sudor, le caía como piel flácida sobre la parte superior del cuerpo. La tela de los pantalones tenía unos largos desgarrones por debajo de los cuales se entreveía la piel pálida. Juha despedía un olor a agujas de abeto y a mantillo húmedo. Con un movimiento brusco arrancó el cuchillo clavado en el tablero de la mesa y empezó a hurgarse las uñas con la punta. Liam miró de reojo hacia la puerta. Solo tres pasos, y entonces estaría otra vez al aire libre.

—Nosotros queremos nuestro dinero —dijo—. Te hemos dado tu hierba y, como dice mi hermano, no nos dedicamos a la beneficencia.

—Yo también tuve un hermano una vez —comentó Juha—. Éramos como vosotros dos, siempre juntos. Mi hermano y yo éramos invencibles, teníamos a todo el mundo a nuestros pies. Pero luego va y se muere, el muy cabrón, y fue entonces cuando me di cuenta de que no había justicia en este mundo. El destino no hace más que reírse de uno.

Contrajo el rostro, como si sintiera dolor. No dijo nada durante un buen rato, todo permaneció en silencio, menos el fuego, que vivía su propia vida a sus espaldas, ardiendo y crepitando. Era difícil leerle la cara bajo la escasa luz, difícil ir un paso por delante. El pie de Gabriel encontró el de Liam debajo de la mesa, y le dio una patada.

—Cuenta más sobre esa mina de oro —dijo—. ¿Dónde está?

Juha esbozó una sonrisa.

—¿Conocéis a un tal Vidar Björnlund de Ödesmark?

—Todo el mundo conoce a ese tacaño.

—Puede que viva como si fuera más pobre que una rata de iglesia, pero tiene dinero, más que de sobra. Lo ha ido juntando en montones durante todos estos años, el jodido tacaño. Y de los bancos no se fía, guarda una gran parte del dinero en una caja fuerte en su habitación. Está viejo y achacoso, y robarle sería tan fácil como quitarle una golosina a un niño pequeño.

Gabriel alzó las cejas.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Lo sé, porque tuvimos negocios juntos hace mucho tiempo. Eso fue cuando yo aún era demasiado tonto para darme cuenta de lo que él era capaz de hacer. Estafó a gente honrada en la compra de tierras para vendérselas luego a las empresas forestales. Vidar, un auténtico hijo de puta avaricioso, eso es lo que es. Y ya nadie quiere hacer negocios con él. Todo lo que tiene es su hija, Liv se llama, aunque Livegen^[3] le pegaría más, porque nunca ha tenido vida propia, la pobre. Sigue viviendo con su padre allá fuera, en Ödesmark, a pesar de que tiene un hijo al que cuidar, o quizá precisamente por eso.

Juha giró la cabeza y escupió en el fuego; le había subido el color a las mejillas, y su voz se volvió inestable cuando continuó:

—Solo Vidar tiene la combinación de la caja fuerte porque, cuando se trata de su fortuna, no se fía ni de los suyos. La hija y el nieto, los dos, bailan al son que él toca. No tienen nada que decir al respecto mientras él esté vivo, y no supondrán un obstáculo, os lo prometo. Así que a ellos los dejáis, ¿entendido? No hay ningún motivo para meterse con la hija ni con el nieto. Todo lo que tenéis que hacer es coger por sorpresa al viejo, y entonces el dinero será vuestro.

Liam le lanzó una rápida mirada a Gabriel: le habían empezado a temblar las aletas de la nariz y su mirada empañada había adquirido un brillo nuevo.

—¿Por qué no vas tú, si resulta que es tan fácil?

Una expresión atormentada cruzó el rostro de Juha, haciéndolo parecer viejo.

—Ya casi no puedo entrar en el pueblo. No soporto ver gente, menos aún ir allí y coger el dinero. Por eso es mejor darles la oportunidad a talentos más capaces como vosotros. Sé que podéis hacerlo.

—Te has quedado sin dinero, ¿verdad?

—No, joder. No paso ninguna necesidad. Es solo que estoy muy harto de Vidar Björnlund, ese tonto ya ha causado demasiados estragos. Y va siendo hora de que aprenda una o dos lecciones.

Juha clavó los ojos en Liam e hizo como si pasara el cuchillo por su propio cuello. Parecía cómico, pero Liam sintió una sacudida en la columna vertebral. Observó a Gabriel, vio un nuevo brillo en su rostro y supo que él

ya se había decidido, no hacía falta mucho para despertar su ambición. El sueño constante de conseguir dinero rápido. Él no estaba tan convencido. Vio a Vanja en su cabeza, todos los sueños que había tejido para ella incluso antes de que naciera. Sueños de una vida normal: una casa con varias habitaciones, superficies limpias libres de vergüenza. Pensó en la incubadora en la que ella pasó días después de nacer, un bulto ciego con tubos conectados a cada orificio mientras las drogas corrían alrededor de su cuerpecillo. Él no podía tocarla, solo mirarla allí luchando. Esa era la imagen que siempre lo animaría a seguir adelante.

—¿Qué quieres de nosotros? —preguntó Liam.

—¿A qué te refieres?

—Nos cuentas esto porque quieres algo a cambio, ¿no?

—No quiero una mierda de vosotros dos. Lo único que quiero es ver a Vidar Björnlund de rodillas, de una vez por todas. Quiero verlo perder una fortuna que, para empezar, nunca debería haber sido suya.

Liam empujó la silla hacia atrás y se levantó. Juha se quedó mirándolo fijamente, mientras sopesaba el cuchillo en la mano.

—¿Y estás seguro de que hay una caja fuerte?

—Tan seguro como lo estoy de que el sol se levanta por la mañana y se pone por la tarde. Esperad y veréis.

Juha desapareció en la oscuridad, les dio la espalda y empezó a rebuscar en un cofre que había en el suelo. Blancos velos de polvo revolotearon a su alrededor, cosquilleándoles la nariz. Finalmente, soltó un ligero gruñido y levantó algo en el aire: un papel amarillento marcado por las huellas del tiempo y de unos dedos grasientos. Con un gesto triunfal dejó el papel sobre la mesa, en medio de ambos.

—¿Qué es esto?

—Tenéis ojos para ver, ¿no? Es un mapa.

Parecía un plano algo chapucero: entrada, cocina y dormitorio dibujados con tinta temblorosa. Puertas y ventanas cuidadosamente marcadas, flechas negras que conducían al dormitorio. Allí, en una de las esquinas, alguien había trazado una gruesa cruz negra. Juha se inclinó sobre la mesa y clavó el cuchillo en medio de la cruz con tanta fuerza que el mango se quedó vibrando.

—Ahí la tenéis —dijo—. La respuesta a vuestros sueños.

* * *

Liv tomó el café de pie junto al fregadero para evitar sentarse al lado de su padre. Vidar estaba mirando fuera a través de la ventana en busca de señales de vida a lo largo del solitario camino de grava. Iba vestido con ropa de abrigo y llevaba el cuchillo en el cinturón, a pesar de que las manos ya casi no le permitían usarlo. No miraba nunca la televisión, no leía ningún libro, no hacía crucigramas ni apostaba en las carreras de caballos. Sus días consistían en tomar café y controlar lo que pasaba en el pueblo. Aunque se negaba a hablar con los vecinos, quería saber lo que hacían. Los mantenía bajo la misma vigilancia despiadada que a su propia familia. Al viejo no se le escapaba nada, sus ojos borrosos seguían viéndolo todo.

Liv no dijo nada de la botella que había encontrado en la habitación de Simon. De todos modos, Vidar ya lo descubriría en su momento.

Un coche bajó por el camino, Vidar se levantó tan deprisa que le crujieron las articulaciones, y estiró el cuello con curiosidad.

—Ya ves, ahora ha salido Karl-Erik, se pasa el día yendo y viniendo. No sé por qué no le quitan el permiso de conducir a ese hijo de puta.

—Siéntate y deja de mirar.

—Nunca está sobrio el tiempo suficiente como para conducir un coche, acabará atropellando a algún infeliz.

Liv miró el camino de grava embarrado, el sol se reflejaba en el agua del deshielo. Oyó alejarse el coche de Karl-Erik por la carretera principal. Sabía que la aversión que Vidar sentía hacia los vecinos tenía que ver con la soledad; ya no sabía cómo acercarse a la gente, su cercanía lo asustaba, lo volvía venenoso.

—La motosierra está estropeada —dijo ella.

—Ah, ¿sí?

—No pienso cortar toda la leña a mano.

—El chico puede ayudarte. Algo tendrá que hacer con todos esos músculos que ha echado.

Vidar masticaba despacio la rebanada de pan. Por la mañana ponía solo mantequilla, el embutido tenía que esperar hasta el almuerzo. Liv se sirvió más café y observó el triste montón de madera allí fuera. El mango del hacha de color rojo sangre era como un grito de terror en medio de la grisura. La motosierra formaba parte de las cosas innecesarias, así que si quería una nueva tendría que comprarla ella. Un hombre que no se permitía tomar una loncha de queso tampoco se iba a permitir comprar una motosierra nueva.

Vidar acarició el periódico que tenía delante con la mano llena de callos; los anuncios de casas que su hija había marcado con un círculo rojo le devolvían la mirada. Marcaba las casas con un círculo rojo por él, para que viera que el chico y ella estaban a punto de marcharse. Al principio, muchos años atrás, al viejo la había alarmado, pero ahora era algo de lo que se burlaba.

—No querrás vivir en la ciudad. No hay más que gases contaminantes, basura y gente ojerosa. Aquí al menos se pueden ver las estrellas por la noche.

Cuando él se levantó para ponerse más café, ella se refugió en el baño. Orinó en la taza oxidada y después puso las manos durante un buen rato en el lavabo agrietado. El espejo también estaba roto, una telaraña de grietas en la esquina izquierda. Liv evitó encontrarse con su cara en el espejo; la boca cansada y los ojos tristes la hacían sentirse más cansada y más triste todavía. No era solo la casa la que estaba a punto de desmoronarse, su rostro también estaba lleno de arrugas. Oyó a Vidar tarareando en la cocina. Él era el viejo, él era quien debería pensar en la muerte; sin embargo, solo era ella quien lo hacía. Todos los días pensaba que ya faltaba poco, que tenía que aguantar unos años más. Luego empezaría la vida.

Cuando volvió a la cocina, Vidar estaba sentado de nuevo en su silla. Era como si existiera un acuerdo tácito entre ellos: tenían que bailar todo el tiempo el uno alrededor del otro. Si uno estaba sentado a la mesa, el otro se quedaba de pie al lado del fregadero; si uno se movía por el suelo, el otro se quedaba quieto, casi como si la casa no pudiera soportar demasiados

movimientos al mismo tiempo. Aunque habían vivido bajo el mismo techo desde el día en que ella nació, la distancia que los separaba no había hecho más que crecer.

Un quad bajó por el camino y Vidar se escondió detrás de la cortina. Una cazadora reflectante de motorista apareció entre los pinos.

—Mira qué gilipollas —dijo—. Ahora Modig se ha comprado otro juguete. El tipo no tiene ni un céntimo en el bolsillo, pero cacharros nuevos no le pueden faltar.

—¿Cómo sabes que es nuevo?

—¡Tengo ojos en la cara! El viejo era negro, este es rojo.

Liv se acercó a la ventana. Douglas Modig se había detenido junto a la barrera del camino y estaba levantando la mano. Ella le respondió con otro saludo.

—Tal vez le pida prestada la motosierra —dijo—, hasta que compremos una nueva.

Vidar comenzó a toser, las flemas le dificultaban la respiración.

—¡Y una mierda! —dijo cuando se recuperó—. No quiero ver a ese fantoche en mi finca. Antes, preferiría cortar la leña yo mismo.

Un poco más tarde, ella volvía a estar delante del tajo. El fuerte sol primaveral le hizo cerrar los ojos antes de levantar el hacha y, cuando cayó, era la cabeza del padre lo que estaba cortando.

VERANO DE 1998

La chica camina por la carretera llena de baches. El sol quema y los pinos desprenden un aroma fuerte con el calor. Los tábanos han echado a los renos fuera del bosque y, al parecer, estos la observan con curiosidad mientras avanza por la carretera. Levantan orgullosamente sus cornamentas hacia el cielo y ella se siente segura en su presencia. Finge que pertenece a la manada. Lleva puesto un vestido blanco que se mueve como una flor al viento y le acaricia las piernas con suavidad. Cuando se acerca un coche, ella se esconde en la cuneta y se agacha allí hasta que puede distinguir el color y la marca. Solo entonces se levanta y extiende una mano.

Un viejo Mercedes frena con un chirrido brusco en medio del silencio. Los renos se mueven impasibles sobre la línea central, puede que él haya parado por ellos. Pero el hombre que va al volante le pide con la cabeza que se acerque. Ella se sacude los restos del bosque del vestido y camina hacia la ventanilla que tiene el cristal bajado. Los ojos de él se ocultan tras unas grandes gafas de sol y todo lo que ella ve es su propia imagen reflejada: el cabello despeinado y la boca tratando de sonreír.

—¿Adónde vas? —pregunta él.

Ella se encoge de hombros.

—A cualquier sitio.

Él esboza una sonrisa cuando ella se sienta. Una pulgarada de tabaco *snus* le brilla debajo del labio. El coche huele a tabaco y a sudor, y el asiento le quema el dorso de los muslos desnudos. A los hombres les gusta que ella no dé respuestas directas, les parece emocionante. Ella casi puede ver cómo se excita cuando la mira de reojo.

El tipo arranca y maniobra con cuidado entre los renos. El aire que sale por las rejillas de ventilación es deliciosamente fresco; ella saca una mano por la ventanilla y la deja navegar, extendiendo los dedos contra el viento. La chica tiene un ojo puesto en el espejo retrovisor todo el tiempo para asegurarse de que no los sigue nadie.

—¿Así que no vas al pueblo a encontrarte con algún chico?

Ella niega con la cabeza. El pueblo está demasiado cerca, ella quiere ir más lejos. El hombre respira pesadamente.

—Eres muy guapa —dice él—. ¿Vas a bailar?

—No.

—Hacía mucho tiempo que no llevaba a una chica tan guapa en el coche, que lo sepas.

—¿Tienes un cigarrillo?

Pero solo tiene *snus*, tabaco sin humo. Ella coge la caja que él le tiende, amasa una buena pulgarada y se la coloca debajo del labio. Él ríe de nuevo, con esa risa nerviosa que les suele dar. Eso es precisamente lo que más le gusta de los hombres, que los asusta un poco. Que la miran como a un animal capaz de cualquier cosa. Algo peligroso.

Luego vienen las preguntas. Él quiere saber cómo se llama, dónde vive, quiénes son sus padres.

—Eso no importa —dice ella, sin más.

La sonrisa de él desaparece. Cuando cruzan el pueblo, la chica se hunde en el asiento. Todo florece y verdea, el sol brilla en el lago y la risa de la gente penetra a través de los cristales sucios. Ella se pregunta si él parará, pero no lo hace, solo cruza por delante de los abedules relucientes y las tiendas.

—¿Quieres un trago? —pregunta él, señalando con la cabeza hacia la guantera.

Allí hay oculta una botella sin etiqueta. Ella desenrosca el tapón y el vapor del alcohol es tan fuerte que le lloran los ojos. Da un par de tragos generosos y ahora el tipo ríe una vez más. Pero él no va a beber nada, está conduciendo. Vuelven a encontrar renos, y esta vez él pasa el brazo alrededor del asiento de ella mientras esperan a que se dispersen los animales. Él no maldice ni les toca la bocina.

—A pesar de todo, son sorprendentemente bonitos, ¿verdad? —dice él.

Eso lo decide todo. Ella extiende la mano y le acaricia la mejilla. Él no ha sido cuidadoso con la maquinilla de afeitar y algunos pelos de la barba le rascan la palma de la mano. Al principio, él se estremece bajo su caricia, como si le asustara, pero cuando la mira le brillan intensamente los ojos. Aparecen manchas oscuras de sudor en su camisa.

—¿Quién eres realmente?

—Solo una chica.

Así es como ella responde siempre. «Solo una chica». Porque es muy agradable no ser nadie en absoluto, poder borrar todo lo que le oprime la boca del estómago y empezar de nuevo. No siempre funciona, pero en ese momento —cuando ve brillar la inquietud en los ojos del hombre—, siente como si su cuerpo se elevara del asiento. La bebida también ayuda, la hace flotar, ligera. El hombre posa su áspera mano en los muslos de ella y sus dedos trepan cada vez más arriba por debajo del vestido. Ella tira el tabaco y abre un poco las piernas. Eso es lo quieren siempre, los hombres. Eso le da una sensación de seguridad, los hombres nunca sorprenden.

Aparcan en un área de descanso, y entonces aparece un coche de la nada. Los neumáticos levantan remolinos de polvo cuando da un frenazo y la grava sale disparada como una lluvia de metralla contra la chapa del Mercedes. El que está a su lado maldice y busca a tientas sus vaqueros. Ella no encuentra el vestido. Se ha perdido en el asiento trasero, entre las pieles de reno y una caja con útiles de pesca. Ella solo lleva las bragas cuando su padre tira de la puerta y la saca del coche.

—¿No ves que es solo una niña? —le grita al hombre—. ¡No tiene edad, podría meterte en la cárcel por esto!

El hombre parpadea, le arde la cara tras el volante. Parece un arándano rojo cuando su padre se la lleva. Los dedos de su padre le escuecen en la piel cuando él la arrastra por la grava y la mete en su coche. Él le grita, ella ve cómo mueve los labios y siente las salpicaduras de saliva en las mejillas, pero las palabras no la alcanzan. Sus oídos se han cerrado. Tan pronto como se cierra la puerta, le empieza a picar todo el cuerpo.

Liv se ató las zapatillas deportivas y encadenó a la perra para que no la siguiera por el bosque. El aire sabía a agua de deshielo y el suelo se embarraba y le salpicaba los pantalones. Cuando llegó a la escuela del pueblo arriba en la cima, se detuvo y posó las manos en los muslos. Le ardían los pulmones y tenía un sabor agrio en la boca. Abajo en el valle se vislumbraba el lago, agua negra allí donde había desaparecido el hielo. Liv giró la cabeza para mirar la escuela abandonada. Se había roto un cristal de la ventana y la tela amarillenta de una cortina ondeaba afuera entre los fragmentos. El edificio debía ser demolido, pero nadie quería pagarlo. El anuncio de la finca había salido varias veces en la página web de Blocket sin que nadie hubiera mostrado interés. Lo más probable era que el propio bosque acabara recuperando la madera. Siguió corriendo, pasando de largo por delante de las granjas de los vecinos, hasta que solo quedaron los abetos, un viejo bosque denso que tardaría más en soltar la nieve. Liv no paró hasta que vislumbró la casa; la última granja de Ödesmark estaba tan lejos del pueblo que casi no formaba parte de este. Se detuvo en la espesura, indecisa. Las paredes de la casa parecían celestialmente blancas frente al bosque gris, las hojas viejas estaban rastrilladas en montones ordenados y había dos perros tumbados como charcos oscuros en la hierba. Si notaron su presencia, no dieron muestras de ello, no tuvieron energía suficiente para levantar la cabeza hasta que ella comenzó a moverse hacia la casa. Entonces golpearon el suelo con la cola al mismo ritmo que el corazón de ella. Liv se agachó y les acarició el áspero pelaje antes de subir a la terraza. Al principio, los perros siempre le ladraban, pero ahora se habían acostumbrado, ahora sabían que ella no quería hacer daño a nadie.

No se molestó en llamar, se limitó a dejar los zapatos en el porche y se recogió las perneras de los pantalones antes de entrar. El sudor le cosquilleaba la espalda mientras se deslizaba a través de las habitaciones en

penumbra. La casa había pertenecido a una anciana viuda y todo cuanto había allí dentro hablaba de tiempos pasados: maderas oscuras, terciopelo sintético y manteles de ganchillo. La cama del dormitorio tenía un faldón sobrecargado donde se acumulaba el polvo, y lo único que parecía fuera de lugar en la casa era el hombre que dormía allí. Liv pudo adivinar el contorno del cuerpo bajo el edredón y la sombra de su cabello esparcida sobre la almohada. El aire de la habitación estaba cargado de sueño y de calor humano. Liv se quitó el jersey y los pantalones, se lo quitó todo antes de meterse en la cama al lado del hombre dormido.

Sus manos fueron las primeras en despertar y comenzaron a palpar la piel de ella, como si hubiera perdido la vista durante la noche y tuviera que asegurarse de que era Liv. Él olía intensamente a madera y a alquitrán, y la cama de la viuda crujió de un modo preocupante cada vez que sus cuerpos se movían el uno contra el otro.

Después, mientras él encendía un cigarrillo, ella se quedó mirando la cabeza de alce que sobresalía en la pared de enfrente. Le pareció vislumbrar un reproche en los brillantes ojos de porcelana.

—¿Sabías que ella murió en la cama?

—¿Quién?

—La viuda Johansson, la que vivía aquí.

Él le pasó el cigarrillo.

—La verdad es que he cambiado las sábanas.

Soltaron carcajadas de humo blanco hacia el techo manchado, se rieron hasta que se les saltaron las lágrimas y los perros comenzaron a ladrar fuera de la ventana.

—¿Tienes hambre? ¿Preparo algo de comer?

—¿La comida también ha estado aquí desde 2008?

—No, es reciente.

La cama crujió a modo de protesta cuando él se levantó. En realidad, era un milagro que pudiera soportarlo, que no se derrumbara bajo su peso. Ella se quedó fumando en silencio mientras él empezó a hacer ruido con los cubiertos y la porcelana al otro lado de la pared.

La primera vez que ella lo vio, la aurora boreal crepitaba sobre el pueblo. El hombre había conducido durante todo el día y se le notaba que venía del sur, no llevaba ropa adecuada. Apareció allí tendiendo la mano, vestido solo con una sudadera con capucha y unas zapatillas deportivas. Liv había preparado café y Vidar le había dado la llave de la casa de la viuda Johansson, una casa que Vidar adquirió por cuatro perras antes siquiera de que el cuerpo de la viuda hubiera tenido tiempo de enfriarse en su tumba. Liv suponía que, más que el interés por la casa en sí, había sido su necesidad de control la que lo había llevado a comprar aquel chamizo, porque había permanecido vacío durante casi diez años.

Nadie había querido saber nada de la casa hasta que apareció Johnny Westberg. Así se llamaba, el hombre con el que ella se acostaba ahora. Tenía cuarenta y dos años y le habían dado trabajo en la serrería del pueblo de al lado. La primera vez que se encontraron, él había respondido con vaguedades a todas las preguntas. Cuando Liv le preguntó si vivía solo, él se limitó a señalar con la cabeza el coche, donde había dos bestias negras que jadeaban en la ventanilla aquella noche de invierno.

—Tengo a los perros.

Quizá ella supo ya entonces que acabaría en la cama de la viuda Johansson unas pocas semanas después. Quizá Vidar también se lo imaginó, porque, cuando Johnny se alejó con el coche dejando tras de sí una nube de nieve, se volvió hacia Liv con gesto severo.

—Mantente alejada de este.

—¿Por qué?

—Porque no se puede fiar uno de él, lo veo a simple vista. Oculta algo.

Liv apagó el cigarrillo y se levantó de la cama. Se volvió de espaldas a la cabeza de alce mientras se vestía. En la cocina se agitaban las llamas de las velas sobre el hule de la viuda, y Johnny había puesto encima de la mesa dos cervezas y un plato con queso y salchichas. Aun así, ella no podía sentarse a la mesa.

—No quiero nada.

—Pero ¿podrás quedarte un momento?

—Es tarde. Tengo que irme a casa.

La cara de él parecía triste a la luz de las velas, hizo que ella se avergonzara y se jurara a sí misma que aquella sería la última vez. Antes de que los descubrieran y todo el vecindario comenzara a hablar. Antes de que Vidar se enterase de todo y lo echara del pueblo. Se dirigió a la entrada y a los perros, que aullaban en el exterior. Mientras se ataba los zapatos sintió que la mirada de él le quemaba la piel, y cuando se enderezó e intentó esbozar una sonrisa no obtuvo respuesta. Se preguntó qué pasaría si ella apareciera con él en casa de Vidar, cogidos de la mano, y se lo presentara a su padre como su pareja. Trató de imaginarse la reacción de Vidar, lo que diría. Pero no pudo; era imposible.

La noche la envolvió con su fría túnica mientras se acercaba sigilosamente a Björngården. Liv ya deseaba volver al hombre y al calor. Con pasos silenciosos se deslizó entre las sombras que rodeaban el granero y la leñera. Se detuvo en la puerta del garaje. En el tendedero revoloteaba un vestido que ella no había usado desde hacía muchos años, la tela blanca como un fantasma. La visión hizo que la oscuridad palpitara a su alrededor. Corrió hacia el tendedero y arrancó el vestido tirando de él tan fuerte que toda la cuerda se movió y las pinzas de la ropa volaron por el suelo. Rasgó la ligera tela en tiras que dejó caer en el contenedor de la basura, introdujo la mano y lo revolvió todo para asegurarse de que cualquier tentativa de rescate resultara imposible.

Él estaba sentado en la oscuridad cuando ella entró por la puerta. Sintió su olor antes de verlo, el linimento y los vapores de su alcohol de destilación casera. Sobre la mesa ardía una vela, pero él estaba fuera de su resplandor, acurrucado entre las sombras como un fantasma.

—¿Qué haces aquí sentado?

—Te estoy esperando.

—Estamos en medio de la noche.

—Estoy aquí con tu madre pensando en lo endiabladamente parecidas que sois las dos.

Liv se adentró un par de pasos en la cocina. Sus ojos se detuvieron en la fotografía que había sobre la mesa, vislumbró la sonrisa de su madre bajo la luz centelleante, sintió que la invadía el vértigo y las piernas se le volvieron tan inestables que tuvo que sentarse. Se hundió en la oscuridad, enfrente de Vidar; ambos mantuvieron el rostro fuera de la luz, para no verse. Solo cuando bebía hablaba de Kristina, la madre. Durante la borrachera, ella volvía a estar viva. Entonces él podía verla y oírla, el alcohol hacía que le pusiera voz a todo lo que ella habría dicho si se hubiera quedado. Si hubiera vivido.

—Mamá está muerta —dijo Liv.

Pero las palabras solo revolotearon alrededor de él, mudos aleteos que desaparecieron fuera en la noche; resultaba demasiado fácil quitárselas de encima. Vidar echó más bebida, empujó el vaso sobre la mesa y la animó a tomar un trago. Sus ojos eran como piedras calientes a la luz de la llama.

—¿Sabes lo que me dijo antes de casarnos?

—No hables tan alto, vas a despertar a Simon.

—No dejes que la oscuridad me lleve —dijo—. Asegúrate de que siempre tenga la cabeza por encima de la superficie. No dejes que me hunda, haz lo que tengas que hacer.

La bebida le había suavizado la voz, las palabras fluían como una canción dulce, transmitiéndole oleadas de escalofríos que corrían a través de su cuerpo. Liv se llevó el vaso a la boca, contuvo el aliento y se lo bebió todo de un trago. Una llama en su garganta que le prendió fuego al estómago.

—Fui yo quien la dejó preñada —continuó Vidar—. Fui yo quien se empeñó en tener hijos, aunque debería haber comprendido lo que eso supondría para ella.

Le temblaba la barbilla, se le caían los mocos. Liv tenía la mirada fija en la luz de la vela; deseaba estar en otro lugar, donde fuera, pero no allí. Quería decirle: «Cállate, no quiero oír más», pero continuaba allí sentada, sin poder hacer nada, sintiendo cómo él deslizaba la culpa negra sobre la

mesa y se la depositaba a ella sobre los hombros. Era un peso inmenso con el que cargar.

—El día que naciste, ella estaba sentenciada. Desapareció dentro de sí misma, no quería saber nada de nosotros. Los médicos me dijeron que debía tener paciencia, que ella mejoraría, pero no mejoró. Ya estaba perdida. Habría sido igual si hubiera muerto de parto.

Las palabras caían de su boca como piedras, resonando como un eco dentro de ella. Había oído demasiadas veces las verdades que escapaban de la boca del viejo cuando bebía, y sin embargo nunca perdían su fuerza. Saber que era culpa suya que su madre estuviera muerta. «Suicidio como consecuencia de la psicosis posparto», ponía en el historial médico. *Parto* era la palabra clave, allí era donde residía la culpa. Era ella quien tenía que cargar con esa culpa, a pesar de que solo tenía unos meses.

Vidar se estiró para coger la pipa; llenó el cuarto con sus chupadas. El llanto lo había abandonado y dado paso a una especie de calma, casi una satisfacción, ahora que le había recordado a ella cuál era el estado de las cosas. La vida que llevaban sobre su conciencia.

Liv agarró el cuello de la botella y, en un intento de calmar el temblor de las manos, llenó el vaso a medias y bebió de tal manera que el líquido le corrió barbilla abajo.

—Tú no lo ves —dijo Vidar—, pero llevas dentro la misma oscuridad que tu madre. Veo cómo te atormenta y te atrae, cómo intenta engañarte para que abandones este mundo.

—No sé de qué estás hablando.

—No puedo obligarte a que te quedes más tiempo, eres mayor para eso. Pero no voy a quitarte los ojos de encima, que lo sepas. No mientras viva. No te voy a permitir desaparecer en los brazos de ninguna de esas bestias a las que acudes corriendo por las noches. Antes prefiero morir.

Se inclinó sobre la mesa para que ella pudiera verlo mejor, los contornos flácidos de su cuerpo envejecido. La soledad de su mirada se le clavó en lo más profundo, lo que agitó todo cuanto ella prefería reprimir. Giró la cara hacia la ventana, hacia el exterior, hacia la noche. Cuando era más joven, la oscuridad que reinaba allá fuera la ahogaba, pero ahora podía desaparecer

en ella, refugiarse. Vio su propia cara en el cristal, la niña desdichada que se escondía allí, que le suplicaba.

La llama de la vela parpadeó al ritmo de sus movimientos cuando ella se levantó. El alcohol ya había alcanzado la sangre y sus pasos eran inseguros. Solo cuando se volvió de espaldas a él se atrevió a protestar.

—Yo no soy Kristina.

Apenas había llegado al umbral de la puerta cuando algo se hizo pedazos detrás de ella. Se dio la vuelta y el vaso estaba hecho añicos en el suelo. Vidar daba manotazos a tientas en el aire, buscándola.

—Si me dejas, no sé lo que hago.

* * *

Ella estaba tumbada entre las sábanas frías y oyó sus pesados pasos en la escalera. Su respiración silbó al otro lado de la puerta. Ella contuvo la respiración y esperó, deslizó una mano debajo del colchón en busca del cuchillo. Se entreveía su sombra por la rendija de debajo de la puerta, los pies inquietos que querían entrar en la habitación. Se le contrajeron todos los músculos del cuerpo. Vio que él tocaba la manija, suavemente al principio y a continuación con tal vehemencia que la puerta tembló en el marco. Tenía la piel sudorosa cuando apretó el cuchillo contra el pecho, con las dos manos aferradas al mango. Pero la cerradura no cedió y ella lo oyó soltar la manija con un gemido prolongado. Él se quedó inmóvil al otro lado de la puerta, solo e inquieto en medio de la noche. Pasó mucho tiempo antes de que la dejara en paz. Antes de que ella se atreviera a cerrar los ojos.

* * *

Vanja extendió mermelada de mora de los pantanos en la tortita con meticulosa precisión. Luego hizo lo mismo con la nata, antes de enrollar la

crujiente tortita con cuidado para que no se saliera nada por los extremos. Se puso un buen bocado en la boca y le dedicó una mueca.

—La abuela dice que tienes que buscar una casa. Dice que no se puede vivir en un garaje.

Liam puso un poco de mantequilla en la sartén y la volvió a llenar con la mezcla para las tortitas.

—La abuela tiene razón —contestó—, en el garaje solo deberían vivir los coches. Pero voy a construir una casa nueva para ti y para mí, ya lo verás.

La mermelada brillaba en los labios de Vanja.

—¿La podemos pintar de verde? —preguntó.

—¿De verde?

—Sí, como la aurora boreal.

Liam dio la vuelta a la tortita con un movimiento rápido y le sonrió.

—Claro que lo haremos. Nuestra casa va a ser verde aurora boreal.

Ella sonrió con una sonrisa desdentada, esa sonrisa que hacía que todo se estremeciera y cantara dentro de él. Como los hielos en pleno invierno o en primavera. Él había vivido en la parte superior del garaje del tractor desde los diecisiete años. Sobre todo, para librarse de su madre y de los perros. El sofá cama quedaba encajado a un lado, cuando estaba abierto, y la cama ocupaba la mayor parte del espacio. En el otro lado había una placa de cocina, una nevera y una mesa de cocina para dos personas. La única ventana que había dejaba pasar la corriente y daba al cercado de los perros. Los ladridos y los aullidos lo arrancaban del sueño casi cada amanecer. Y además estaba el olor a gasolina que se filtraba por las tablas del piso. No era un lugar para que creciera un niño. Vanja necesitaba su propia cama, su propia habitación. Y era él quien se las iba a proporcionar. En eso era en lo único que pensaba realmente. En construir un hogar para ella.

Acababan de comer la última tortita cuando se abrió la puerta y apareció Gabriel. Una gorra le aplastaba los rizos alborotados, y debajo de la visera su cara era una masa de sombras oscuras. Vanja salió corriendo a su encuentro y él levantó del suelo su cuerpo ligero como una pluma y la sentó en sus hombros. Ella lo agarró de las orejas y se echó a reír. El techo era tan

bajo que parecía que fuera a darse un golpe en la cabeza de un momento a otro. Liam se volvió y escuchó sus charlas amorosas.

—¿Cómo está hoy la mocosa?

—¡Yo no soy una mocosa!

—Claro que lo eres. ¡Toda tú eres verde moco!

Vanja se rio tan alto que los perros empezaron a ladrar en el patio. Gabriel solo tenía que abrir la boca para que ella se riera. Solo tenía que mirarla.

Liam levantó el teléfono y tomó una foto, captó sus risas sin que ellos lo notaran. Así era como mejor salían siempre. Luego sacó una Coca-Cola de la nevera y se la puso delante a su hermano. Gabriel se sentó en una de las sillas de cocina con Vanja en las rodillas, peinando su largo cabello alborotado con dedos torpes.

—¿No tienes cerveza?

—No son ni siquiera las diez.

—Pero es sábado, se podrá tomar cerveza, ¿no? —Acercó su cara a la de Vanja—. ¿Qué dices tú, mocosa? ¿A que uno sí puede permitírselo el fin de semana?

Vanja asintió con la cabeza. Ahí estaba ella. Liam volvió a colocar la Coca-Cola en la nevera y en su lugar sacó una cerveza Norrland. Apoyó la espalda contra el frigorífico y se quedó mirándolos mientras Gabriel abría la cerveza y le ofrecía un trago a Vanja, que ella rechazó arrugando la nariz. Liam apretó los puños debajo de las axilas y se clavó las uñas con tanta fuerza contra las palmas de las manos que le dolía la piel. No sabía de dónde le venía la rabia, solo sabía que tenía algo que ver con Vanja. Vanja y su hermano. No quería que Gabriel le contagiara a ella su visión distorsionada del mundo. Toda aquella palabrería acerca de que el cerebro humano necesitaba anestesiarse con sustancias, porque, de lo contrario, al final uno acababa perdiendo el juicio. «Los seres humanos siempre han tomado drogas —solía decir Gabriel—, de lo contrario no habríamos sobrevivido».

Gabriel dio un par de generosos tragos y ahogó un eructo. Toqueteó un cigarrillo, pero sabía que no debía encenderlo. Liam sacó papel de dibujo y pinturas para Vanja. Le pidió que dibujara la casa que iban a construir, la

casa de color aurora boreal. Por encima de la cabeza de la niña se encontró con la mirada de su hermano.

—¿Por qué has venido?

—¿Es que acaso tiene que haber un motivo especial? Solo quería ver un rato a mi sobrina.

—Lo que yo veo es que quieres algo.

Gabriel sonrió burlón, se quitó la gorra y se pasó la mano por el cabello antes de volvérsela a poner. La piel de su rostro tenía un aspecto enfermizo a la luz del tubo fluorescente, como si no viera nunca el sol.

—No puedo dejar de pensar en el viejo.

—¿En qué viejo?

—En el de Ödesmark.

Liam miró a Vanja allí sentada, inclinada sobre el papel. Ella alternaba una pintura azul y una verde, se chupaba el pulgar y mojaba el papel para mezclar los dos colores. Justo como él le había enseñado.

—Ya hablaremos de ello más tarde.

Se produjo una sacudida alrededor de los ojos de Gabriel.

—Sé que necesitas dinero —dijo— para poder salir de esta ratonera de una vez por todas.

—No me fío de Juha.

—Ni yo tampoco, pero no está de más ir a echar un vistazo.

Liam permaneció en silencio en el rincón. Era cierto que necesitaba dinero: la plantación nunca había producido mucho, y la otra mierda tampoco. Ese era el problema con el dinero rápido, que desaparecía tan deprisa como había llegado. Un viento fuerte de primavera empezó a arañar las paredes e hizo callar a los perros. Él se sirvió café y miró por la ventana. El bosque peleaba contra el viento. Uno de los perros —una perra— olfateaba el aire. El pelaje se le movía formando olas con el viento. Los otros perros estaban tumbados y escondidos en sus casetas, solo la perra parecía impasible ante la tormenta que se acercaba.

—¿Qué dices? —continuó Gabriel—. ¿Vamos a dar una vuelta?

Liam sorbió el café frío; hizo una mueca al notar su sabor amargo. Siguió con la mirada a la perra que parecía una reina allí fuera, en la tormenta, quieta e impasible, como si nada pudiera con ella. El viento sopló

a través de él, llevando consigo una advertencia que hizo que se le erizara el vello de los brazos. Miró a Gabriel y luego miró a su hija, que seguía concentrada en el dibujo.

—Está bien —dijo finalmente—. Podemos ir a reconocer un poco el terreno.

La sonrisa de Gabriel le provocó un escalofrío que le recorrió toda la espalda. Vio que su hermano bajaba a Vanja de sus rodillas y se levantaba. La lata de cerveza vacía se tambaleó sobre el tablero de la mesa.

—Dame un beso, mocosa, que me voy.

Vanja frunció los labios y los puso contra los de su tío.

—Te llamaré cuando sea la hora —le dijo, mirando fijamente a Liam.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, Liam se dejó caer junto a la mesa, agotado de repente. Sus ojos se posaron en el dibujo de Vanja. En una esquina había dibujado un sol que lanzaba sus largos rayos hacia una casa grande de color verde azulado. En la puerta había dos figuras sonrientes cogidas de la mano. Vanja siguió su mirada y le indicó:

—Somos tú y yo, papá. Y esta es nuestra casa.

* * *

La puerta de Simón siempre estaba cerrada. Solo la luz azul del ordenador se filtraba fuera, hacia ella. A Liv le gustaba pegar la oreja a la madera fresca y escucharlo desde allí, al otro lado. Los dedos del chico cuando pulsaban el teclado, sus ronquidos sordos cuando dormía, o esa rítmica música rap que Vidar detestaba. A veces, él se reía detrás de la puerta, se reía de tal manera que su risa era contagiosa. Ella no sabía de qué, si se trataba de una película o de alguno de sus amigos secretos al otro lado de la pantalla. Vivían en todas partes, esos amigos suyos, lejos, por todo el mundo. La sola idea le daba vértigo. Ella comprendía que era su manera de alejarse, el chico podía viajar a donde quisiera sin salir nunca de la habitación.

Cuando llamó a la puerta, se hizo el silencio. Esperó con el resuello en la garganta hasta que él le dijera que podía entrar. En cuanto entreabrió la puerta, la envolvió una bocanada de aire frío proveniente de la ventana abierta.

—¿No tienes frío?

—No.

Una película japonesa de dibujos animados aparecía pausada en la pantalla del ordenador. Simón siempre había soñado con viajar a Japón, hablaba de ello desde que iba a primaria. De las ganas que tenía de ver florecer los cerezos y de comer *sushi* de verdad. «Yo no voy a ser como tú —solía decir—. No voy a vivir en Ödesmark toda la vida. En cuanto cumpla los dieciocho me largaré».

La miró con impaciencia.

—¿Qué quieres?

Liv sopesó sus palabras en el umbral. «Haz las maletas —le habría gustado decirle—. Nos largamos a Japón».

Pero todo cuanto fue capaz de hacer fue encogerse de hombros. Echó una ojeada debajo de la cama, donde había encontrado la botella de alcohol, pero había muy poca luz para ver si estaba allí. Simón siguió su mirada.

—No hace falta que te pongas pesada, le he devuelto la botella a mi amigo.

—¿Quién es tu amigo?

—Una chica, sin más.

—¿Una chica?

—Mmm.

Liv pudo observar cómo se le encendía la cara. Lo cual le hizo pensar que Vidar tenía razón en sus conjeturas, como de costumbre; a él no se le escapaba nada.

—¿Es alguien que conozca?

—Tal vez.

La sonrisa maliciosa que se dibujó en sus labios la hizo estremecerse. Alegría e inquietud, como olas eléctricas bajo su piel. Habían pasado diecisiete años, pronto él ya no estaría allí sentado, pronto la abandonaría. Por Tokio y por las islas de Lofoten o por cualquiera de esos lugares de los

que hablaba. Liv entró en la habitación, cerró la ventana y al volverse le acarició la cabeza.

—No le digas nada al abuelo —dijo él.

—Claro que no. Pero ¿no puedes decirme quién es?

Él negó con la cabeza, no quería decirlo. Liv no lo había visto nunca con una chica, no desde los primeros cursos de primaria, cuando ellas se limitaban a invitarlo a sus fiestas de cumpleaños. Él era como un muñeco en sus manos, callado y complaciente, les dejaba que le cepillaran el pelo y le pusieran vestidos. Todo para poder participar. Después los chicos eran despiadados con él.

Ella se detuvo en la puerta, rogándole con los ojos. Hubo un tiempo en que él se lo contaba todo, en el que su madre se sentaba en su cama escuchando la voz clara del niño con todas sus preguntas e ideas acerca del mundo, y entonces no existían muros ni distancia entre ellos. Liv se preguntaba cuándo habían surgido la distancia y los muros. De repente, habían aparecido allí.

—¿Por qué eres tan reservado?

—Y tú me lo preguntas.

Por un momento le pareció distinguir en su voz el tono sarcástico de Vidar.

—No soy yo quien se escabulle por el pueblo de noche.

* * *

La niebla se abría paso entre los árboles y convertía el camino en una trampa mortal. Liam dejó que el coche avanzara lentamente. Los renos habían regresado de los pastos de invierno y vislumbraba sus sombras entre los pinos, enjutos y con el tono azulado propio de cuando mudaban la piel. Gabriel iba a su lado con la vista puesta en el móvil, donde ampliaba una foto del plano que les había dado Juha, con su uña sucia planeando sobre la pantalla.

—¿De dónde crees que ha sacado el dibujo? —preguntó Liam.

—Lo habrá hecho él mismo. Dice que conocía al viejo, *back in the day*.

—No me sorprendería nada que todo esto fuera una majadería.

—Es posible, pero todo el mundo sabe que Vidar tiene pasta. Ese detalle no se lo ha inventado él.

Era cierto, todos conocían la historia de Vidar Björnlund, pero no había nadie que lo conociera realmente. Liam trató de recordar cuándo fue la última vez que vio al viejo; en su mente solo aparecía una cara borrosa tras el cristal de la ventanilla de un coche, una figura casi mística de la que todos hablaban pero que solo en contadas ocasiones se dejaba ver por el pueblo. Era huraño, casi un loco, se rumoreaba que solía levantar la escopeta de perdigones en cuanto alguien ponía el pie en sus tierras. Pero no siempre había sido así. De joven había sido ambicioso, había hecho un montón de negocios lucrativos con las tierras y había amasado una buena fortuna. Pero todo cambió cuando murió su mujer. Fue entonces cuando vendió los bosques y se retiró, dejó de hacer negocios. La versión oficial era que ella se había colgado de un árbol del jardín, pero decían que había sido el propio Vidar quien la había colgado. Que se le había ido de las manos.

Gabriel le pasó el porro.

—¿Quieres?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque se lo he prometido a Vanja.

Gabriel sonrió como si Liam hubiera dicho algo gracioso.

—Vanja todavía no sabe la diferencia.

—Claro que la sabe.

—No sé a quién tratas de engañar. Llevas cinco años diciendo que lo vas a dejar, pero no has hecho nada. Solo porque has sido padre te crees que eres mejor que yo, pero eres tan incapaz como siempre. Nunca lo dejarás, y cuanto antes te lo metas en la cabeza, mejor.

Gabriel hizo un gesto amenazante con el porro en el aire. Liam no tenía ganas de discutir, bajó el cristal de la ventanilla y se inclinó hacia fuera. El olor dulce de la marihuana se mezcló con el efluvio ácido del agua del deshielo. Pasaron por delante de un par de granjas donde había caballos en los prados embarrados moviendo las colas. Liam miraba con anhelo las

casas de las granjas pintadas de rojo que brillaban en medio de la grisura con las esquinas y las barandillas de las terrazas de color blanco. Había pequeños árboles frutales con ramas nudosas donde se movían al viento unos columpios vacíos. Podía ver a Vanja allí, en uno de aquellos columpios con su sonrisa desdentada apuntando hacia el cielo. «Más rápido —gritaría ella—. ¡Más rápido, papááá!».

—Ahí está —dijo Gabriel, dándole un codazo.

—¿Qué?

—Ödesmark, cinco kilómetros, ¿no has visto la señal?

Liam miró de reojo el espejo retrovisor.

—No he visto nada.

—Estás demasiado ocupado con esas malditas ensoñaciones, salta a la vista.

Tuvieron que conducir casi dos kilómetros antes de encontrar un cruce para poder dar la vuelta. Dos cuervos posados en la señal que indicaba la dirección a Ödesmark giraron la cabeza hacia ellos cuando pasaron. Liam sintió un malestar que le revolvía el estómago. El camino estaba en pésimas condiciones: baches llenos de agua y roderas con barro que se pegaba a los neumáticos. A la izquierda se veía un lago sombrío; la niebla flotaba en capas finas sobre la superficie inmóvil. La primera casa que pasaron estaba abandonada, de espaldas al agua. En el tejado crecía un manto de musgo y los ladrillos de la chimenea yacían formando ruinas negras.

—¿Por qué iba a vivir un millonario en este agujero miserable?

—Porque es demasiado tacaño para mudarse a otro lugar —dijo Gabriel.

El camino estaba bordeado de abetos y abedules desnudos en invierno. Pertinaces montones de nieve asomaban bajo las faldas de los abetos, y el bosque humeaba y brillaba a la luz del amanecer. Estaban en una estación del año que favorecía sus propósitos, había una mayor probabilidad de que nevara sobre las huellas que dejaran o de que estas desaparecieran con el deshielo. Ningún día era igual que otro cuando el invierno y la primavera combatían entre sí.

A la izquierda se dejó ver entre los abetos otra casa deshabitada. Unas cortinas blancas colgaban en las ventanas y había tallos marrones trepando

por las paredes. Los baches del camino le producían dolor de cabeza.

—Con el dinero que tiene podría vivir en cualquier lugar —observó Liam.

—La gente echa raíces. Cuando el dinero finalmente llega, puede que ya sea demasiado tarde; entonces uno está donde está.

—A veces juraría que te vuelves más lúcido cuando fumas.

Gabriel sonrió burlón.

—Ahí delante está. ¿Ves la barrera?

Liam redujo la velocidad. En el lado derecho el terreno era más elevado, y arriba, en la cima, se alzaba una casa pintada de rojo. Una barrera amarilla bloqueaba el camino de entrada e impedía el paso a personas ajenas. Había un buzón de chapa en un poste, unos regueros de cagadas de pájaro cubrían la placa con el nombre, pero no cabía duda de que habían dado con la casa. Allí era donde se escondía el tesoro, suponiendo que lo hubiera.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Liam.

—Ver si podemos aparcar abajo, junto al lago, y después nos acercaremos a pie.

Pasaron despacio por delante de dos granjas grandes antes de encontrar un par de roderas que conducían hasta el agua. El bosque crecía hasta la misma orilla y los árboles colgaban sobre el lago y rasgaban su brillante superficie con sus ramas. Algunas obstinadas placas de hielo formaban islas más adentro en el agua. Liam llevó el coche lo más lejos que pudo, tratando de camuflarlo entre los abetos.

—¿Y si ven el coche?

—¿Quién lo va a ver? Aquí no vive ni un alma. El viejo está rodeado de casas abandonadas.

Gabriel sacó los prismáticos de la guantera y salió del coche; Liam lo siguió de mala gana. Caminaron describiendo un amplio círculo y se acercaron a la casa desde el lado norte. No llevaban la ropa adecuada, la nieve estaba húmeda y pesada, y las zapatillas de deporte se les llenaron rápidamente de agua helada que les entumecía los pies. Liam quería protestar, pero Gabriel iba en ese momento mucho más adelante, tan terco e impávido como un perro de caza siguiendo un rastro. A unos cientos de metros de la casa se deslizó entre los abetos y levantó los prismáticos. Liam

se colocó detrás de él y esperó su turno. La casa de Vidar Björnlund había visto sus días de gloria hacía ya mucho tiempo. Unas rayas descoloridas corrían paredes abajo, allí donde las estaciones habían levantado el color rojo, y en la rampa de la entrada había un Volvo de una década ya pasada. En el lado norte había una moto de nieve casi hundida en un montón de nieve sucia que se aferraba al invierno.

Liam entornó los ojos y observó las ventanas oscuras, pero no vio señales de vida.

—¿No puede darse el capricho de comprarse un coche nuevo aunque sea, si es tan rico como dicen todos?

—Por eso es rico, porque no se ha dado ningún capricho.

Gabriel le pasó los prismáticos. Liam enfocó hacia el patio tratando de fijarse en los detalles. Un tendedero en el lado más corto de la casa donde ondeaban al viento unos vaqueros blanqueados y un mono azul de trabajo, señal de que realmente allí vivía alguien, a pesar del lamentable estado en que se encontraba la casa. Liam pasó los prismáticos por la fachada agrietada, y allí, en una de las ventanas del piso de abajo, entrevió la cara de un hombre. A pesar de la distancia pudo ver que era viejo, con el pelo blanco y el torso encorvado.

—Lo veo, es Vidar.

—¿Dónde?

—En la ventana, en el piso de abajo. Hay alguien más en el cuarto, creo que es el nieto.

—Joder, cómo madrugan.

Parecía que estaban desayunando. Liam pudo ver cómo trabajaban las mandíbulas, las tazas de café que brillaban bajo la luz cuando se las acercaban a la cara. El chico era más grande que el viejo, tenía más de hombre que de niño. Eso le preocupó.

—Sabes que se folló a su propia hija, ¿verdad? —Gabriel silbó—. Así nació el chico.

—Eso solo son habladurías.

—Tal vez sí, pero yo he oído de una fuente fidedigna que el chico tiene algún problema. Le falta un hervor, como si dijéramos.

Liam observó a las personas que estaban comiendo, parecían muy normales, incluso gente corriente. Allí no había nada que indicara que algo no iba bien. Vivían en un chamizo, pero ¿quién cojones no lo hacía? Él mismo solo tenía un garaje miserable que ofrecer a su hija, y sabía cómo hablaba la gente. Las miradas que le dirigían daban a entender que era un mal padre. Que no era digno de esa tarea. A la gente le gustaba sacar conclusiones, lo cual no significaba que esas conclusiones tuvieran algo que ver con la realidad.

—Si está mal de la cabeza, no se le nota —dijo Liam—, pero es más grande de lo que yo pensaba. Le saca una cabeza al viejo, y pesa, por lo menos, diez kilos más.

—Eso no importa —le replicó Gabriel al instante—. Vamos a sorprenderlos cuando estén dormidos, no tendrá la menor posibilidad.

Tres contra dos, uno de los cuales era un adolescente; no lo veía claro. Mientras estaban allí escondiéndose se hizo más evidente que no sería tan fácil como había dicho Juha. Liam le pasó los prismáticos a Gabriel, sacó el teléfono móvil del bolsillo y tomó unas fotos de la casa, de los escombros y del bosque que lo rodeaba todo. Había varios claros entre los árboles, senderos que corrían desde todas las direcciones y convergían en la vivienda. Las vías de escape, si fuera necesario, eran muchas. Hacía las fotos para evitar tener que retenerlo todo en la cabeza. Caían gotas de agua y las ramas nudosas brillaban allí donde el sol las despojaba de sus prendas invernales. Liam sintió el sudor bajo su cazadora, como si él también hubiera empezado a derretirse.

—¿Vamos a echar un vistazo también por el otro lado?

—Ahora no. Es mejor que volvamos por la noche. Cuando estén todos dormidos.

Gabriel se volvió hacia el lago. Liam echó un último vistazo a la casa. No podía verles la cara sin los prismáticos, pero sabía que estaban allí dentro, Vidar Björnlund y su nieto.

Envueltos en su falsa seguridad.

* * *

Cuando ella bajó, estaban sentados en la cocina con sus brillantes cabezas inclinadas sobre el tablero de la mesa como si estuvieran rezando. El frasco de linimento entre la comida del desayuno. Hablaban en voz baja y reservada, y por un momento ella se sintió excluida.

—Ya era hora —dijo Vidar—. Algunos ya se han ganado un jornal antes de que tú te levantas.

Retiró la silla para ella, pero Liv no quería sentarse. Tomó el café de pie junto al fregadero; el olor acerbo del linimento se entremezcló y le arruinó el sabor. Las zarpas de Vidar reposaban torpemente sobre la mesa mientras el chico les insuflaba nueva vida masajeándolas. La escena parecía tan tierna como violenta: la piel vieja y con manchas debajo de la joven y suave. Arrugas de dolor en la cara de Vidar mientras apretaba los dientes. El café sabía a enfermedad, pero se lo bebía de todos modos. Bebía y deseaba estar lejos.

Simón se puso al lado de su madre y se lavó las manos, pero el olor a linimento era imposible de eliminar, lo acompañaría a la escuela. Los ojos de ambos se encontraron por encima de los platos sucios, él le guiñó un ojo, como si compartieran un secreto, y de pronto la sangre le volvió a correr por las venas. Su hijo estaba enamorado y era a ella a quien se lo había contado, no a Vidar. La distancia entre ellos era más corta de lo que ella pensaba. Y, un día, Liv se lo contaría todo, tal como fue. Solo tenía que encontrar las palabras.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. Te noto muy rara.

—Nada. Solo te miro.

Ella vio que lo hacía sentir incómodo, pero no podía evitarlo. Sus ojos siempre querían posarse en él. El pelo mojado y los hoyuelos de la risa alrededor de la boca. A pesar de que él ya solo se reía a carcajadas en muy raras ocasiones, ella podía distinguir los hoyuelos. La luz que lo

acompañaba adondequiera que fuese llenaba de vida y color las desoladas habitaciones.

—Eres muy pesada cuando me miras todo el tiempo —le dijo, estirándose para coger la mochila.

Pero no parecía enfadado. Mientras se dirigía a la entrada, ella sintió que le ardía la espalda. Se quedó sin aliento escuchándolo mientras él se ponía la cazadora y los zapatos.

—¡Adiós! —gritó antes de que la puerta se cerrara de nuevo.

«Adiós», resonaron sus voces. Lo siguieron con la mirada cuando desapareció bajo la barrera y salió a la carretera principal, hacia la parada del autobús. La respiración acuosa de Vidar llenó el silencio. A Liv, el picor se le extendió entre los omóplatos. El pueblo yacía abotargado y agonizante allí fuera, y ella pudo ver el humo de las chimeneas de los vecinos elevarse por encima de los árboles, o quizá fuera niebla. El bosque le devolvió la mirada, gris y sombría.

Un día le explicaría a su hijo por qué se había quedado allí. Que no era solo por el control que Vidar ejercía sobre ella, sino por la propia tierra, por todo lo que ella había ido enterrando a lo largo de los años y se sentía obligada a vigilar. Observó el serbal que extendía sus ramas desnudas hacia el cielo, algunos días podía ver allí a su madre, a pesar de que era imposible que pudiera recordarlo. En su imaginación, Kristina llevaba el mismo vestido blanco que en la foto de la boda, el encaje transparente revoloteaba al viento y la melena tupida y brillante le caía alrededor del cuello retorcido. Según el informe, fue Vidar quien la descolgó, y cuando llegó la ambulancia ella estaba tendida en el banco de la cocina. Al principio no entendieron qué había pasado, creyeron que él la había estrangulado. Y debido al estado de *shock* en que se encontraba, Vidar se había olvidado de la niña; fue un policía quien encontró a Liv en el piso de arriba, quien oyó su llanto. Había tardado años en encajar las piezas del suceso, no había entendido cómo ocurrieron los hechos hasta que llegó a la edad adulta y tuvo acceso al historial médico y a los informes.

* * *

Le dolía la piel cuando iban en el coche. Se había abrochado la camisa del uniforme de trabajo hasta arriba para que nadie pudiera ver los estragos de las uñas en su cuello. Vidar iba inclinado sobre el volante. Las gafas no bastaban, le fallaba la vista de todos modos, una película lechosa se había interpuesto entre él y el mundo, un velo que hacía desagradable encontrarse con su mirada. Conducía demasiado rápido y demasiado cerca de la cuneta, ella cerró los ojos para no verlo. Tenía la carretera grabada en la cabeza, no necesitaba los ojos para saber cuándo se acercaban.

Liv había conseguido el trabajo en la gasolinera el invierno después de que naciera Simón, un primer paso titubeante hacia algo propio. Vidar no había protestado —ella se tenía que mantener de algo—, pero insistió en llevarla al trabajo todos los días. Durante dieciséis años, él la había llevado y la había ido a buscar como si fuera una niña de preescolar. «¿Quieres privarme de la única distracción que tengo?», solía decir él cuando ella protestaba. Llevarla al trabajo era toda su diversión. Además, solo tenían un coche y no se podía ni hablar de comprar otro. Él no podía tolerar semejante despilfarro, ni aunque ella lo pagara con su propio dinero.

No sabía cuánto dinero había recibido él por los bosques, pero se hablaba de muchos millones. Había visto el dinero en la caja fuerte cuando era pequeña, fajos grandes sujetos con gomas. Ahora él ya no abría la caja fuerte delante de ella. Liv nunca vio el menor indicio de una fortuna. Unos pocos miles de coronas eran todo cuanto se permitía gastar al mes para vivir. Suficiente para cubrir los artículos de primera necesidad, pero no para vivir realmente. Eso de la fortuna era como tener un tío en América, alguien cuyo nombre ella había oído mencionar, pero al que nunca había conocido.

Muchos le habían preguntado por qué quería trabajar en la gasolinera. «Eres rica», solían decir, guiñándole un ojo. Pero Liv siempre lo negaba. «No soy yo quien es rica, es mi padre».

Vidar giró al llegar a la iglesia y aparcó. Eso significaba que quería decir algo. La madera amarilla brillaba contra el cielo. De pequeña, a ella le parecía el edificio más bonito del mundo, como un castillo sacado de un cuento, pero ahora le hacía daño a la vista. Apoyó la mano en la puerta, la gasolinera estaba a un tiro de piedra de allí; si abría la puerta y echaba a correr, él no la alcanzaría.

—Empiezo dentro de diez minutos.

Vidar miró por el parabrisas, observó los abedules desnudos.

—Creo que tenemos que deshacernos de nuestro inquilino.

—¿A quién te refieres?

—A Johnny Westberg. En ese tipo hay algo que no encaja.

El miedo la golpeó como una puñalada en el estómago. Liv miró hacia la gasolinera; un tenue vaho se extendió por la ventana cuando espiró.

—Que yo sepa, ha sido muy discreto.

—Yo debería haber comprendido que era mejor no alquilarle nada a un extraño del sur.

—¿De qué estás hablando?

—El otro día apareció en nuestro buzón una carta dirigida a Johnny Westberg. Era de la Agencia Tributaria.

Unos pequeños escupitajos blancos aterrizaron en el salpicadero al tiempo que hacía una mueca, como si la sola mención de la Agencia le diera asco. La Agencia Tributaria, la autoridad más temida de todas. Liv intentó distinguir si estaba mintiendo, si solo se trataba de una invención para fastidiar, pero el viejo sacó la carta y la agitó delante de su cara. Apoyó la uña sucia del dedo índice contra las letras para que ella las viera bien. «Agencia Tributaria, Estocolmo», ponía bien claro. Liv se encogió de hombros, tratando de parecer impasible. Vio a Johnny delante de ella, su rostro iluminado por el resplandor del cigarrillo, las manos ásperas sobre su piel. Abrió un poco la puerta, se asomó al frío.

—Eso no tiene por qué significar gran cosa, mientras pague el alquiler nosotros no tenemos nada que objetar.

El cielo estaba muy bajo, pequeños copos afilados se arremolinaban en el aire antes de golpear el suelo y desaparecer. Vidar se inclinó más hacia ella, hasta estar lo suficientemente cerca para que Liv pudiera sentir el hedor de su boca.

—Lo vigilaré. El más mínimo desliz y sale volando. La gente que tiene deudas no es de fiar. Y yo tengo que pensar en ti y en el chico.

—Creo que exageras.

Él la agarró de la muñeca y la retuvo con una fuerza sorprendente.

—No será a él a quien vas a ver corriendo por las noches, ¿verdad?

—Suéltame.

—Porque, en ese caso, lo echo hoy mismo, ¿me oyes? Así ya habrá salido antes de que tú vuelvas a casa.

Los copos se arremolinaban fuera. A través de la blancura centelleante se vislumbraba la gasolinera, como un puerto seguro. Liv tomó impulso, se soltó y corrió ciegamente a través de la nieve de primavera. Podía oír cómo él aullaba a su espalda, pero no se volvió ni una sola vez.

OceanofPDF.com

OTOÑO DE 1998

La mirada del padre le cosquillea la nuca mientras baja por el camino. El sonido de dos disparos de escopeta retumba en el pueblo. Ha comenzado la caza en el valle; la idea de que una bala perdida la pueda alcanzar le produce vértigo. Cuando llega el autobús, ella todavía está en pie. Como todas las mañanas, solo la saluda el conductor. Él no se fija en que ella no lleva la ropa adecuada, en que no actúa como es debido. Ella se esconde atrás, al fondo, en medio del silencio somnoliento y ve pasar los pinos centelleando en el exterior. Cuando entran en el pueblo, el autobús está lleno, pero nadie se ha sentado a su lado. Prefieren estar de pie en el pasillo.

Se detiene a las puertas de la escuela y da un par de caladas a hurtadillas, acompañada de dos chicos que se ocultan en las sombras. Visten ropa negra y llevan los ojos maquillados. Uno de ellos es tan bajo que apenas le llega al hombro, pero él trata de compensarlo poniéndose el pelo de punta con espuma. El otro va vestido con un abrigo largo y en la mano siempre lleva un libro de bolsillo en pésimas condiciones, con algún título aburrido. Durante los recreos, cuando no fuma, el chico suele sentarse con el libro abierto, como una mariposa con las alas desplegadas, delante de la cara y esconderse de la soledad. A ellos no les importa que ella se vista con los mismos vaqueros todos los días y con jerséis de punto que eran de su madre. Simplemente suponen que es como ellos, alguien que quiere hacer notar que no es como los demás.

Dentro del edificio, ella camina con la vista fija en el piso brillante mientras las voces y las risas cortan el aire a su alrededor. No tiene ningún libro-mariposa tras el que esconderse. La luz de los tubos fluorescentes le hace daño en los ojos y anda de puntillas para que las botas de trabajo no

llamen la atención. Son por lo menos dos números más grandes, para que le duren varios años, en caso de que le sigan creciendo los pies. El peso de las suelas hace imposible que pueda pasar desapercibida. Su soledad retumba en los pasillos.

En la pausa del almuerzo se encuentran en los aseos. Él nunca dice nada, solo la empuja contra la pared llena de pintadas, la abraza y le lame los labios, las mejillas y la oreja. Su bigote cosquillea como un animal por donde él avanza. No la besa nunca de verdad. Todo tiene que ir deprisa, muy deprisa. Él le introduce un dedo que le gusta oler mientras ella mantiene la mano dentro de sus pantalones. Se apoya contra la pared y empuja con las caderas rápido y fuerte, hasta que termina. Entonces ella le da papel higiénico y espera mientras él se limpia las gafas con su propio vaho y vuelve a colocarlas en su sitio. No quiere mirarla, solo le señala la puerta con la cabeza y le susurra: «Sal tú primero».

Después, cuando están en la clase y él habla con su sonoro acento alemán, nunca mira hacia donde está ella. Ni siquiera cuando ella levanta la mano.

Vanja miraba la tele mientras él preparaba la mochila. El pasamontañas, la pistola Glock y un rollo de cinta americana. Los guantes de cuero desgastados que le apretaban los dedos. La risa tintineante de Vanja llenó la habitación e hizo que le doliera el pecho. Liam se quedó un momento sentado de rodillas al lado de la mochila, inclinó la cabeza como si rezara mientras los pensamientos y la sangre echaban una carrera. Debería llamar a Gabriel y decirle que era mejor dejarlo, que el riesgo era demasiado grande.

—¿Qué haces, papá?

—Nada. Estoy descansando un poco.

¿Por qué llevas puestos los guantes?

—Porque nos vamos a ir ahora.

Él esperaba que Vanja protestara, pero ella apagó la tele sin rechistar y buscó su ropa de abrigo. Tenía la melena tan larga que rozó el suelo cuando se agachó para atarse los zapatos. Ya no necesitaba que él la ayudara, ni con los cordones de los zapatos ni con la cremallera. Cuando él se quisiera dar cuenta ya no lo necesitaría para nada.

Liam se colgó la mochila en un brazo y cogió a la pequeña de la mano mientras cruzaban el patio. Los perros jadeaban y aullaban detrás de la verja, sus ojos brillaban amarillos a la luz de la luna, suspiraban tras ellos mientras se dirigían a la casa grande. Lo de los perros empezó tras la muerte de su padre. Primero un nuevo cachorro y luego otro más. Perros viejos encontrados en la web de Blocket que necesitaban nuevas casas, y proyectos de acogida desde Grecia y Dinamarca. Perros de ataque, que realmente deberían ser sacrificados, daban vueltas tambaleándose con sus bozales y gruñían para llamar la atención. Su padre, si estuviera vivo, los habría matado a todos; sin embargo, Liam estaba casi seguro de que era el responsable de que las cosas fueran así. Se produjo un vacío que había que

llenar; en un mundo lleno de personas que no eran de fiar, para ella los perros se habían convertido en su seguridad. Si no hubiera sido por su madre, él habría perdido la custodia de Vanja hacía tiempo. Su madre siempre estaba allí, firme como uno de esos viejos pinos en los que Liam solía apoyar la frente todas las veces que él no había estado a la altura de las circunstancias y la había decepcionado. Ella había estado allí y los había salvado a los dos, a Vanja y a él.

Estaba sentada en la cocina cuando entraron. Sobre el tablero de la mesa que tenía delante relucían unas piedras y unos cristales de todos los colores del arcoíris. Vanja se apresuró a soltarle la mano. A ella le encantaban aquellas piedras estúpidas, las piedras curativas de la abuela, como ella las llamaba. Liam se quedó en el umbral y vio cómo Vanja se subía a una de las desvencijadas sillas, todavía con el gorro y la cazadora puestos, y empezaba a desordenar aquella basura multicolor.

—Precisamente estaba esperando a que pasarais por aquí. Necesito a alguien que me ayude a repartir las energías.

Iba vestida con un caftán de color rojo sangre que arrastraba por el suelo, y en el desgreñado cabello llevaba medio escondida una pluma de ave rapaz, que había encontrado en los alrededores. Tenía el párpado derecho caído cuando los miró, un recuerdo de la vida con su padre.

—¿No vas a entrar? —preguntó ella.

—Tengo que salir a dar una vuelta. Venía a preguntarte si Vanja se podía quedar contigo.

—¿Adónde vas?

—Solo voy a ayudar a Gabriel con una cosa.

Una chispa de preocupación brilló en los ojos de su madre, seguida de aquella sonrisa torcida que indicaba que no le creía en absoluto. Se levantó de la mesa y se acercó a él, con la pesada pulsera tintineando al son de sus movimientos. Un olor a tomillo y a pelo húmedo de perro la acompañó por la cocina. Liam retrocedió hasta la entrada, sujetando las correas de la mochila. Ella se plantó delante de él y lo miró detenidamente a la cara, como si esperara encontrar algo importante entre todas aquellas espinillas y rasguños. Él se quedó totalmente quieto y dejó que lo mirase; la Glock y el

pasamontañas se convirtieron en plomo dentro de la mochila mientras ella lo escudriñaba.

—No vale la pena —le susurró ella—. Sea lo que sea lo que hayas pensado hacer, no vale la pena.

—Déjalo.

Ella levantó las manos y las apoyó en la cara de su hijo, posándolas con cuidado sobre sus orejas, como si tratara de aislarlas de todo el ruido del mundo exterior. Sus ojos, tan grises y vivos como el agua del deshielo que estaba allí fuera, lo miraron directamente.

—No eres tan débil como crees —le dijo—. No tienes que dejar que te siga doblegando el viento. Puedes elegir en qué dirección quieres ir.

Él la agarró por las muñecas y la apartó, con más fuerza de la que realmente hubiera querido. Ella cayó contra la pared, se apoyó en una mano, y un cambio en la expresión de su rostro, así como en sus aterrados ojos, dejó entrever el miedo que seguía atenazándola.

Liam lo vio y se avergonzó, pero se limitó a darle la espalda y a adentrarse en la noche. Algo estaba peligrosamente cerca de reventar y salir a raudales de su interior, algo que él sabía que no iba a poder controlar.

—Cuida de Vanja —le dijo—, y no le metas en la cabeza tus malditos trucos de magia.

* * *

Liv acercó la oreja a la puerta de Simón y contuvo la respiración para oír mejor. El tenue resplandor azul le recorrió los dedos de los pies, pero no oyó ningún ruido. Nada que le indicara si estaba dormido o despierto.

Él ya la había sorprendido más de una vez escuchando tras la puerta. A veces la puerta se abría tan repentinamente que caían el uno encima del otro. Él se parecía mucho a Vidar cuando se enfadaba: se volvía feo y retorcido, y, aun así, ella no podía evitarlo. Tenía que asegurarse de que él estaba en casa, de que estaba a salvo. Y de que no estaba al otro lado de la puerta y la oía salir sigilosamente.

Era más de medianoche cuando bajó de puntillas las escaleras y pasó por delante del dormitorio de Vidar. La perra golpeó la cola contra el suelo cuando pasó a su lado, pero por lo demás nadie notó que ella se deslizaba en la noche. Los ronquidos de Vidar retumbaban en la planta baja, y, sin embargo, a ella le temblaban las manos mientras se ponía los zapatos y se estiraba para alcanzar la cazadora.

En el exterior, la luna pintaba el bosque de plata e iluminaba para ella el sendero mojado mientras corría a través del pueblo. La invadió una sensación de libertad al sentir el frío en las mejillas y sonrió directamente a la oscuridad, como si eso fuera lo que anhelaba.

La casa de la viuda Johansson tenía mejor aspecto por la noche, cuando no se podía apreciar el deterioro. Dentro no había ninguna luz encendida, pero las sombrías habitaciones estaban bañadas por la claridad de la luna, que envolvía los viejos muebles en un brillo inquietante. Liv se quitó los zapatos y los pantalones en el pasillo y continuó desnudándose mientras avanzaba hasta la habitación y hasta el hombre. Dejó un reguero de ropa por el camino.

Él estaba tumbado de espaldas en la cama de la viuda muerta y respiraba con la boca abierta. Ella se quedó un rato a los pies de la cama, observándolo. Las mejillas sin afeitar y la cicatriz del cuello, como una sonrisa blanca. Cuando lo vio acostado así, indefenso e ignorante, comenzó a sentir una pulsión en los genitales. Mientras se acercaba al hombre, la invadió una inesperada sensación de inseguridad, realmente no sabía nada de él, de su vida anterior. Pensaba que era mejor no saber, mejor no intimar demasiado.

Retiró el edredón y se sentó a horcajadas encima. Su cuerpo se despertó antes que él, como si estuviera allí esperándola. Sus párpados pestañearon cuando ella lo introdujo dentro de sí, y sus manos la sujetaron por las caderas. Hicieron el amor en silencio y con furia, solo se oía el chirriar de la cama destartada bajo sus cuerpos, y cuando él abrió la boca para decir algo, ella le puso una mano en los labios y cerró los ojos hasta que se corrió.

Después se tumbaron cada uno en su lado de la cama mientras él se fumaba un cigarrillo. Todavía no se habían dicho nada, pero ella notó por su respiración que quería decirle algo. Estuvo a punto de hacerlo varias veces, pero no lo logró, y ella mantuvo los ojos fijos en la cabeza de alce que colgaba de la pared para evitar su mirada.

—Hoy he visto a tu hijo —dijo al fin.

Aquello la pilló desprevenida. El corazón empezó a latirle con tanta fuerza que le pareció que se movía hasta el edredón.

—Ah, ¿sí?

—Es más grande de lo que creía, parece casi un adulto.

—Tiene diecisiete años.

—Parece mayor.

Johnny apagó el cigarrillo y le cogió la mano.

—¿Dónde está su padre?

—No sé.

Él movió la cabeza y la miró.

—¿No lo sabes?

—No es de aquí. Simón nunca lo ha conocido.

—Joder, qué triste. Todos necesitan un padre.

—Pero él tiene a Vidar.

Parecía como si la estuviera juzgando, así que ella empezó a contarle la historia del alemán. La primera vez que se vieron, el alemán de pelo largo y rizado empezó a dar vueltas alrededor de ella con el coche sobre el hielo.

El vehículo estaba cubierto con una tela oscura para ocultar la marca, y él conducía demasiado rápido y demasiado cerca. Para impresionarla. Era un piloto de pruebas de Audi, tenía novia en su país, en Dresde, pero, por supuesto, eso no se lo contó hasta que ya fue demasiado tarde.

Ella estaba sentada en el hielo pescando a través de un pequeño agujero cuando él empezó a dar vueltas a su alrededor, como un animal depredador cercando a una presa. El sol de enero era tan brillante que ella solo podía entrever su sonrisa detrás del volante, pero ya había entendido adonde podría llevarlos aquella sonrisa. Condujeron hasta la cima de una montaña;

ella logró zafarse del mono para la nieve y él se abalanzó sobre ella dentro del coche secreto, y hacía tanto frío y estaba todo tan oscuro que ella no vio ni sintió nada. Cuando llegó la primavera y ella se dio cuenta de que estaba embarazada, él ya había terminado la temporada y se había ido a casa.

Johnny se colocó el cenicero sobre el pecho mientras escuchaba. El cenicero subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—No puede ser tan difícil encontrarlo —dijo—. Sabes dónde trabajaba.

—Pero ¿para qué queremos dar con él?

—No, claro —dijo él, mirándola de reojo—. Además, he oído decir que tu padre disfruta de una economía desahogada, por lo que imagino que el chico y tú no pasaréis necesidades, ¿verdad?

El aire se le paralizó en los pulmones y evitó su mirada.

—¿Dónde has oído eso?

—¿Qué?

—Que tenemos una economía desahogada.

Él apagó el cigarrillo; en la comisura de los labios se le dibujó una sonrisa maliciosa.

—Todos hablan de ello. Dicen que Vidar tiene dinero pero que no sabe gastarlo. Aunque supongo que a ti, su propia hija, te cuidará bien, ¿no?

Liv desapareció debajo del edredón y cerró los ojos con fuerza.

—La gente habla mucho —dijo ella—. Si yo estuviera en tu lugar, no los escucharía.

Liv esperó a que él se hubiera dormido antes de ponerse a buscar su ropa. Abandonó la casa de la viuda y corrió a través del bosque sin ver dónde ponía los pies. La perra salió a su encuentro en el pasillo y ella contuvo el aliento mientras se deslizaba entre las habitaciones. La puerta de la habitación de Vidar estaba entreabierta y ella se apresuró escaleras arriba hasta llegar a la suya. Se metió en la cama bajo el frío edredón y mantuvo la mirada fija en la puerta durante un buen rato antes de atreverse a cerrar los ojos. El viento azotaba la casa, y mientras estaba allí acostada con el cuerpo y la mente en tensión, le pareció oír voces fuera. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. La noche se movía, la luna se deslizaba entre las nubes

y el viento hacía temblar el bosque. Era difícil fijar la mirada. Aguzó el oído para ver si distinguía voces, pero solo oyó los gemidos del viento. Parecían casi humanos, como una llamada de advertencia.

* * *

—¿En qué piensas trabajar cuando te conviertas en un sueco normal y corriente? —le preguntó Gabriel.

—No sé. En cualquier cosa.

—No es fácil ganar dinero legalmente.

—Lo sé.

—No es nada con lo que uno se haga rico.

—Tampoco es que uno se haga rico con esta mierda.

—Todavía no, quizá. Pero con el tiempo...

Gabriel tenía un corazón de reno ahumado en la mano, lo iba cortando en finas lonchas y se las metía en la boca. No importaba lo que estuvieran a punto de hacer, a él nunca le fallaba el apetito. Liam aparcó junto al lago y apagó el motor. A la luz de la luna podían vislumbrar el vapor del lago que ascendía del agua como un aliento helado. Permanecieron sentados un rato, dudaron un poco ante la oscuridad que se extendía fuera. Gabriel se colocó dos pastillas bajo la lengua antes de ponerse los guantes.

—¿Estás preparado? —preguntó.

—Mmm...

—Tienes la nariz un poco pálida.

Gabriel le ofreció la bolsa de las pastillas, pero Liam negó con la cabeza. No pensaba drogarse, aunque el miedo le atenazaba la garganta y le costaba respirar. Mantenerse sobrio era una experiencia absolutamente distinta; no había nada que se interpusiera, nada detrás de lo que ocultarse. Todos los sentidos eran cuchillos afilados; el mundo, duro y brillante a su alrededor.

Se puso los guantes y los dedos le palpitaron bajo el cuero. Gabriel le puso una mano en la nuca y apretó su frente contra la de él. Su boca

despedía un olor dulce, y Liam pudo sentir cómo la tensión vibraba a través de su cuerpo.

—Esto lo va a cambiar todo.

Liam lo apartó y se puso el pasamontañas. El tejido era cálido, estaba húmedo y le picaba en el cuero cabelludo, donde el sudor ya había empezado a acumularse. Le pareció que estaba a punto de asfixiarse.

—¿Qué hacemos si el viejo empieza a armar jaleo?

—Entonces lo pondremos en su sitio.

Gabriel le guiñó un ojo antes de desaparecer en la noche. No era la primera vez que robaban a alguien. Apenas eran unos adolescentes cuando empezaron a tomar el autobús hasta la playa de Pitea los fines de semana para desplumar a los borrachos cuando volvían a casa por la noche. Gabriel llamaba a aquello su trabajo de verano. Era muy fácil. El verano siguiente, robaron en el súper Finnbergs, en Glommersträsk. Lo hicieron después del cierre, así que no había ningún cliente en la tienda y tampoco mucho dinero. Fue Gabriel quien se plantó delante de la caja blandiendo la Glock, y también fue él quien llevó la voz cantante. Liam se había quedado vigilando en la puerta del almacén. La cajera ni siquiera llegó a verlo, pero reconoció a Gabriel. Una semana más tarde se presentó la policía y lo detuvo, pero este, incapaz de comerse el marrón él solo, no tardó en delatar a Liam. El asunto terminó en manos de las autoridades de Asuntos Sociales.

Todo estaba oscuro y silencioso cuando salieron del coche, solo el agua del lago chapoteaba contra las piedras. Gabriel fue delante alumbrando con el móvil. Una capa de hielo sobre el suelo del bosque hacía que los pies les resbalaran, obligándolos a avanzar con paso inseguro. Como tuvieran que echar a correr, estaban perdidos. El sendero caía abruptamente en el último tramo, los abetos los arañaban al pasar y les ardían los pulmones. En aquel bosque, tan negro y silencioso que les costaba ver dónde ponían los pies, todo crujía y chascaba. Gabriel se detuvo varias veces, tosiendo y escupiendo. Tanto fumar le había minado la condición física.

—Joder, cómo sueñas.

—¡Cállate!

La casa se alzaba sobre un alto. Una ventana solitaria en el piso de arriba brillaba en la noche. Se detuvieron en la linde de la propiedad para no

activar ninguna luz exterior. Liam levantó los prismáticos y deslizó la vista por la casa y la ventana iluminada. En el interior había una lámpara encendida, pero no vio a ninguna persona.

—¿Qué ves?

—Nada.

Permanecieron inmóviles entre las sombras, escuchando. El vaho blanco de sus bocas llenó la cruda noche; no se oía nada, salvo su propia respiración. Ningún pájaro, ningún perro, ni siquiera el viento a través de las ramas. Solo un silencio dormido, paralizante.

De repente, ella apareció allí, como un fantasma en la ventana iluminada. Una mujer delgada con un camisón blanco que miraba la noche con ojos cansados. Parecía que buscaba algo. Liam bajó los prismáticos y se llevó un dedo a los labios. Gabriel, que también la había visto, le quitó los prismáticos a Liam y se los encaró.

—Es ella —susurró—, la hija.

La conocían de la gasolinera. Allí ella era la chica tímida detrás de la caja registradora, que nunca miraría a nadie directamente a los ojos. Tenía una voz suave, que siempre sonaba un poco falsa y que dejaba entrever que en realidad le gustaría estar en otro lugar. Ella no era como las otras cajeras, cuyas miradas los seguían como gavilanes cuando ellos se movían entre las estanterías, convencidas de que robarían algo.

Liam sacó el móvil del bolsillo y tomó un par de fotos, poniendo buen cuidado en no usar el *flash*. En la pantalla, la mujer se convirtió en una extraña figura evanescente, más parecida a un espíritu que a una persona.

Desapareció tan rápido como había aparecido. La luz de la ventana se apagó y solo el amanecer que se acercaba se reflejó en el oscuro cristal. Gabriel bajó los prismáticos.

—¿Crees que nos ha visto?

—No lo sé.

—Venga, vámonos. Esta no es nuestra noche.

* * *

Cuando Liv entró en la cocina al amanecer, Vidar estaba sentado mirando afuera con los prismáticos a través de la ventana. En la mesa, al lado de la taza de café que ya se había tomado y del periódico de la mañana, estaba la escopeta de caza lista para disparar. Su negra boca apuntaba directamente hacia ella. Se detuvo en el umbral.

—¿Qué estás haciendo?

Al principio, parecía que él no la oía —su viejo cuerpo permaneció totalmente quieto en su silla—, pero de pronto bajó los prismáticos de mala gana y se volvió hacia ella. Le brillaban los ojos.

—Quiero ver qué demonios es lo que anda merodeando por nuestra finca.

—¿Qué haces con la escopeta?

Él puso una mano protectora sobre el arma cuando ella entró en la cocina.

—Creo que es el lobo —dijo él.

—¿El lobo?

—Los vi anoche, eran por lo menos dos. Quizá más.

Ella se acercó al fregadero y puso más café en la cafetera, se echó unas gotas del café frío que quedaba mientras esperaba. Vidar volvió a mirar a través de los prismáticos. Sus dedos, como ramas rígidas alrededor del plástico negro, no querían doblarse correctamente. La cocina olía ligeramente a aceite para armas.

Ella enfiló el pasillo para dejar salir a la perra. En las escaleras de la entrada estaba sentado Simón; solo llevaba puestos los pantalones del pijama y estaba tiritando. Liv descolgó su plumón del perchero y se lo puso con cuidado sobre los hombros.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás sentado aquí fuera?

Él levantó una mano roja y agrietada por el frío y señaló entre los árboles. Liv siguió su gesto y le pareció vislumbrar un movimiento al fondo: dos figuras escondidas tímidamente entre los abetos. El viento traía consigo el sonido de un cencerro solitario.

—Son renos —dijo él—. Pero los he asustado.

—¿Por qué?

—Para evitar que el abuelo los mate, como tú comprenderás.

—Está sentado ahí dentro hablando de lobos.

Simón le lanzó una mirada sombría por encima del hombro.

—Ya sabes cómo es. Él solo ve lo que quiere ver.

Cortaron la leña con el hacha, Liv y el chico, mientras el viejo estaba sentado en su ventana mirándolos. Era uno de esos días en que o bien caía nieve, o bien quemaba el sol, alternativamente. Solo llevaban puesta la ropa interior larga y se turnaban en el manejo del hacha. A ella le sorprendió que Simón no se quejara ni una sola vez.

Cuando llegó la hora del café, se sentaron en la pila de leña con la cara vuelta hacia el sol y, aunque le dolían los hombros del cansancio, ella estaba contenta por el rato que habían pasado juntos, los dos solos. Él llevaba una pulsera, de hilos rojos y amarillos trenzados con esmero, que ella no le había visto antes. Liv acarició aquella obra de artesanía; por la nitidez de sus alegres colores se veía que era nueva.

—¿Te la ha regalado tu chica?

Él asintió tirando de la manga húmeda de la camiseta para taparla. Un velo de rubor se extendió por debajo del bozo de la barba.

—¿Le gustan los dibujos animados?

—Se llaman anime.

—Eso, anime, quería decir.

—Ella es más de leer libros.

—¿No puedes invitarla a casa?

—¿Contigo y con el abuelo? No me lo puedo ni imaginar.

Él se echó a reír como si fuera una broma, algo impensable. Liv le acarició el pelo con la mano y la dejó descansar en su cuello húmedo. Pensó en los anuncios de casas y en el lápiz rojo, en todas las casas que había rodeado con un círculo a lo largo de los años, en la vida que podían haber tenido juntos. Los dos solos.

Simón escupió en el serrín.

—Le he mentado —dijo.

—¿Sobre qué?

—Le he dicho que suelo pasar las vacaciones en Alemania. Para ver a mi padre.

Su pecho enmudeció mientras lo miraba. Intuyó que él había hecho suyas las mentiras de ella. Liv asintió y tragó saliva, tratando de aliviar el escozor que sentía en la garganta. La nieve se derretía y caía de los árboles al suelo con un sonido sordo, como si alguien se moviera en círculos alrededor de ellos, esperando para atacar.

—Pues podría ser cierto —dijo ella finalmente.

Estaban casi listos cuando un susurro sibilante surgió del bosque. Ambos dejaron lo que estaban haciendo, intercambiaron una mirada de extrañeza y se quedaron totalmente quietos, a la escucha. Nadie del pueblo ponía por gusto un pie en sus tierras, al contrario: los vecinos solían patear desvíos intrincados para no cruzarse con Vidar. Pero ahora una melodía clara y alegre se elevaba sobre sus tierras, y entre los árboles se vislumbró la sombra de un hombre. Cuando Liv vio quién era, se dejó caer en el tajo, temerosa de salir a su encuentro.

Johnny llegó saltando entre los charcos con unas zapatillas ligeras de deporte y una sonrisa que reveló demasiado en cuanto él la vio.

—¡Válgame Dios! ¡No me digáis que cortáis la leña a mano!

Liv miró a Simon, que había entornado los ojos hasta convertirlos en dos rendijas suspicaces. El chico levantó el hacha por encima de la cabeza y la clavó en el tajo con tanta fuerza que el mango siguió vibrando un buen rato. Se limpió el sudor del cabello con la camiseta mojada, y Liv hizo lo mismo.

—Es un buen entrenamiento —dijo ella.

—Joder, ya lo creo, parecéis dos gatos ahogados.

Su acento de Estocolmo rebotó en el patio y ella sintió que se le tensaban todos los músculos del cuerpo conforme él se iba acercando. Tal vez él lo notara, porque se detuvo a cierta distancia de ella y le entregó un sobre blanco, sin tocarla ni dar a entender de ningún otro modo que compartían cama casi todas las noches.

—Es el alquiler del próximo mes.

Ella tomó el sobre y le lanzó una mirada por encima del hombro. Dentro, en la cocina, Vidar se había puesto de pie y tenía la frente contra el cristal, observándolos como un perro hambriento detrás de las rejas. Johnny también lo vio y levantó la mano a modo de saludo. Unos pesados copos de nieve cayeron de la nada y ella pensó que él parecía distinto a la luz del día, más ceñudo y más resuelto de lo que parecía en la oscuridad que reinaba entre las paredes de la casa de la viuda Johansson. No paraba de mirar todo el tiempo la casa y a Vidar.

Ella le pasó su taza de café a medias, porque a algo había que invitar. Él se detuvo muy cerca de ella y sorbió el café. Simón se dejó caer en el tajo y se encogió de hombros. De vez en cuando le lanzaba miradas furtivas a Johnny, y Liv percibió que aquel hombre extraño removía algo en su hijo. Hablaron de la leña, de si la corteza tenía que estar hacia arriba o hacia abajo, y del tiempo, de la nieve que parecía no querer retirarse nunca. Johnny le sonrió a Simón, le preguntó si le gustaba el *hockey*, dijo que podía conseguir entradas para los partidos de las finales, si estaba interesado. Y Simón se volvió tan tímido y tan monosilábico como cuando era pequeño: murmuró por debajo del flequillo que era seguidor del Luleå, pero que nunca había estado en un partido. Que era muy caro y estaba muy lejos. Liv se avergonzó cuando él dijo eso, porque era lo que habría dicho Vidar, y se oyó a sí misma riéndose como si su hijo estuviera bromeando. «Claro que deberías ver la final —dijo ella—, ahora que tienes la oportunidad». Simón se encogió de hombros, pero su madre pudo ver que sonreía con la cabeza agachada, contento de tener esa posibilidad. Ella soltó el hacha del tajo, aunque le temblaban los hombros a causa del cansancio, y dijo que tenían que seguir cortando leña porque de lo contrario no iban a terminar nunca. La figura inquieta de Vidar se vislumbraba detrás del cristal y, aunque su voz no los alcanzaba, ella podía entender los improperios que mascullaba mientras lo observaban.

Johnny le dio las gracias por el café y dijo que tenía que irse a casa a echar de comer a los perros, pero antes de marcharse extendió la mano y le quitó la nieve del pelo. Ella se quedó paralizada y dejó que ocurriera, a pesar de que sabía de sobra cuáles iban a ser las consecuencias. Se quedaron en silencio, mientras lo observaban alejarse hasta que desapareció

entre los árboles. A Simón le colgaban los mocos, tan pronto como se los limpiaba aparecían de nuevo.

—Está enamorado de ti —dijo el chico.

—¿Tú crees?

—Se ve a la legua.

Cuando entraron al calor, exhaustos y entumecidos por el frío, Vidar estaba sentado con la pipa en la boca, esperándolos. Había puesto sobre la mesa patatas cocidas y arenques, y en cuanto Liv le entregó el sobre con el dinero, él insistió en contar los billetes hasta dos veces, antes de guardarse finalmente el fajo en el bolsillo delantero. Sus movimientos torpes permitían adivinar que había estado bebiendo; un brillo mezquino apareció en sus ojos cuando miró a Liv.

—Espero que pongas el listón más alto que tu madre —le dijo a Simón —, antes de pegar la hebra con la gente.

Simón tenía los carrillos hinchados por la comida y no dijo nada, solo pinchó el arenque con el tenedor y comió como si no hubiera visto un alimento en varios días. Así era como él reaccionaba siempre cuando Vidar los obsequiaba con sus maldades: se metía dentro de su caparazón, donde parecía no llegarle nada. Pero Vidar no se dejaba achantar.

—Te voy a explicar una cosa. Cuando ella tenía tu edad se largaba con un hombre nuevo cada dos días. Si yo no la hubiera metido en vereda, a estas alturas tú habrías tenido un montón de hermanos. Más bocas de las que habríamos podido alimentar, te lo aseguro.

Liv apretó los cubiertos y sintió la comezón abrasándole la espalda. Deslizó la mano dentro del jersey y empezó a rascarse la piel ardiente.

—Ya basta —exclamó mientras lo miraba fijamente—. Estamos cansados.

—Solo digo lo que es, la verdad no es nada que haya que disimular, ¿no? Si no hubiera sido por mí, el pobre chico habría tenido un nuevo padre cada semana.

Simón se estiró para alcanzar la leche, llenó el vaso hasta el borde y lo vació de un trago. Aquello no era nada nuevo, había oído mil veces los

comentarios de Vidar sobre las malas decisiones y la incapacidad de Liv. Su murga sobre lo agradecidos que debían estarle por tener un techo sobre sus cabezas y un lugar donde vivir.

Simón se limpió la leche de la boca con el reverso de la mano y miró fijamente a Vidar.

—Tener un nuevo padre cada semana es mejor que no tener ninguno.

—Ah, ¿sí? Eso dices tú —respondió Vidar, levantando las cejas, sorprendido de que el chico hubiera abierto la boca—. Yo no estoy tan seguro. Porque cuando tú naciste ella no quería saber nada de ti, que lo sepas. Fui yo quien tuvo que alimentarte y ocuparme de que tuvieras el culo seco. Ella estaba muy ocupada corriendo por ahí y meneando el trasero ante el primer hombre que encontraba. No tenía tiempo para ningún crío.

—¡Cierra el pico!

Liv levantó el cuchillo de mesa, lo puso contra la cara de su padre y dejó que le rozara la piel temblorosa. El crepúsculo se reflejó en la hoja y proyectó violentos destellos en las paredes, pero Vidar se limitó a reír ahogadamente, se echó hacia atrás y expulsó bocanadas despreocupadas de humo sobre sus cabezas. La ira se removía en las entrañas de Liv, negra y caliente, incitándola a que por fin le clavara el cuchillo de una vez, pero en ese momento vio el miedo en la cara de su hijo. Había dejado de masticar, aunque tenía la boca llena. Ella dejó caer el cuchillo y empujó la silla hacia atrás.

—Tal vez deberías contar toda la verdad —añadió—, ya que has empezado.

* * *

Nunca le picaba la piel durante las horas que pasaba en el trabajo. Estaba de pie en su escenario iluminado mientras el atardecer caía sobre los surtidores. El suelo de la tienda era un barrizal marrón de nieve derretida que los clientes habían traído consigo. Al final de la jornada, cuando ya había pasado la avalancha de clientes, sacó la mopa e intentó limpiar lo

peor de toda esa suciedad. Hassan, uno de los policías locales, saltó con agilidad por encima del suelo recién fregado, se fue directo a la máquina del café y empezó a llenarse una taza.

—¿Solo os quedan los bollos de ayer?

—Te he guardado uno recién hecho, está detrás de la caja registradora.

El policía tenía una de esas sonrisas irresistibles; de no haber sido por el uniforme, a ella casi le habría caído bien. Dejó la mopa apoyada en la pared y fue a buscarle el bollo.

—Creía que habías dejado el azúcar.

—Mi pareja también lo cree —le respondió él, guiñándole un ojo—. Pero, cuando estoy de servicio, como todo lo que quiero. Te aseguro que a nadie le gusta enfrentarse a un policía hambriento.

Sacó una tarjeta para pagar, pero ella la rechazó haciendo un gesto con la mano. Los policías y los camioneros tomaban el café gratis, y ella también podía invitarlo al bollo.

—¿Todo bien? —preguntó él—. Pareces algo cansada hoy.

—Es mi padre, me saca de quicio.

—Los padres suelen tener esa habilidad. ¿No has pensado nunca en hacer como todos los demás e irte de casa?

—No se las puede arreglar sin mí.

Hassan levantó la tapa y sopló el café.

—Claro que puede. Ponlo a prueba y ya verás.

Liv sacudió la cabeza; él no lo entendería.

—El único consuelo es que nada dura eternamente. Un día morirá.

—No digas eso.

Ella se encogió de hombros, sintió que las mejillas le ardían de vergüenza. Siempre le sucedía lo mismo cuando trataba de hablar con la gente, o bien decía cosas inapropiadas, o bien hablaba demasiado.

* * *

Aparcaron junto al lago ya casi de madrugada, ese momento mudo y ciego antes de que todo despierte. Una serie de malos presentimientos se arremolinaron en la mente de Liam, que le provocaron una opresión en el pecho mientras contemplaba el agua oscura.

—No nos va a dar tiempo, pronto será de día.

—No necesitamos mucho tiempo. Será una cosa rápida, entrar y salir.

Gabriel tenía la culpa de que hubieran llegado tan tarde. Liam había estado esperándolo varias horas, y cuando por fin apareció iba hasta las trancas de benzodicepinas y de todo cuanto lo ayudase a adormecer las emociones. Tenía la mirada vacía cuando se puso el pasamontañas y le anunció a Liam que había llegado el momento de ponerse en marcha. Liam vaciló un momento, miró la oscuridad reinante y la voz de su madre resonó en su cabeza. «Tú no tienes que ser como Gabriel. Puedes elegir tu propio camino». No era demasiado tarde, todavía podía dar media vuelta. Volver a casa con Vanja y olvidar todo el asunto. Buscar un trabajo normal y tratar de conseguir un crédito para comprarse una casa, como hacían todos demás.

Pero cuando Gabriel golpeó el cristal de la ventanilla con la culata de la Glock, él se bajó del coche y lo siguió. Como había hecho siempre.

El trayecto cuesta arriba hasta la casa parecía más corto ahora que ya se habían familiarizado con el bosque. Los árboles exhalaban un vapor frío, y sin embargo él estaba sudando y le faltaba el aire. Gabriel avanzaba con determinación delante de él. Ya nada podía detenerlo, por la forma en que se movía estaba claro que sería capaz de cualquier cosa.

La casa estaba oscura y silenciosa cuando llegaron a su altura. Se agazaparon entre las sombras junto a la leñera. Liam se encontraba mal, tiritaba y sudaba al mismo tiempo. Cuando era más joven le gustaba el miedo. Notar cómo la adrenalina se le disparaba por todo el cuerpo le hacía sentirse vivo. Había disfrutado de los colores y la nitidez de los perfiles. Pero ahora el miedo era otro, lo debilitaba.

Gabriel susurró al oído de Liam, y su aliento le produjo un escalofrío por toda la columna vertebral.

—Yo entro primero. Tú esperas diez segundos antes de seguirme.

Liam asintió con la cabeza. Le entraron ganas de cagar cuando comenzaron a moverse y aproximarse hacia la casa, su cuerpo amenazaba

con soltarlo todo. Se imaginó que tenía a Vidar delante de él, vio cómo Gabriel lo sacaba del sueño y le ponía el arma entre los omóplatos. Respiró profundamente para borrar aquella imagen.

Gabriel no llegó muy lejos antes de detenerse y arrojarse al suelo. Liam hizo lo mismo, se tiró en plancha y dio con la mejilla contra la tierra fría. La escarcha brillaba en el suelo a la débil luz de la luna y las finas capas de ropa absorbieron rápidamente el frío. Liam no había oído abrirse la puerta, pero al resplandor de la luz del patio vio una figura que se acercaba. Se movía deprisa a pesar de la oscuridad, el suelo crujía bajo sus pies. Era Vidar y parecía dirigirse directamente hacia ellos.

Liam cerró los ojos y se preparó para lo peor. A su lado, Gabriel había dejado de respirar. Ninguno de los dos hizo el menor movimiento. Lo único que se oía eran los zapatos del viejo en la hierba.

Ellos pensaban atarles las manos y los pies y taparles la boca con cinta adhesiva, al viejo, a la hija y al nieto. Era el viejo quien tenía que conducirlos hasta el dinero. Juha había dicho que la caja fuerte estaba en un armario, en la habitación del viejo, y que solo Vidar sabía la combinación.

Liam abrió los ojos y vio que Vidar se desviaba cuando ya casi estaba delante de él y se internaba en el bosque. Se quedó con la cara pegada al frío suelo hasta que Gabriel se puso en pie y señaló en silencio hacia la espesura por donde el viejo había desaparecido. Liam se había quedado tan helado que no podía articular ni una palabra.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo seguimos.

OceanofPDF.com

VERANO DE 1999

Vienen de Noruega y no saben quién es ella. El fuego se eleva hacia el cielo y ella está sentada allí, perfectamente abrigada por el grupo. Van pasándose una botella y todos se la llevan a los labios y beben. Vienen de Bodö, cuatro chicos y dos chicas, han cruzado la frontera en bicicleta y van a bajar en bici hasta la costa, van a pedalear todo el verano. Sin padres ni exigencias. La chica se sienta entre las dos jóvenes noruegas que la rodean con sus hombros bronceados y con ese idioma alegre que canta en los oídos. Uno de los chicos tiene el pelo sobre los ojos y abraza una guitarra, su mirada se cruza con la de ella por encima de las llamas, la mira directamente mientras toca la guitarra.

A medianoche los llama el lago. El sol de la noche cuelga a poca altura y proyecta una calle de oro a través de la superficie. La chica nada hacia la luz, el chico de la guitarra la sigue, sus rizos oscuros desaparecen en el agua. Nadan juntos a través del oro. Cerca, pero sin tocarse. Él le habla de su grupo favorito, que va a actuar en el festival Piteå Dansar och Ler. Es allí adonde van, ese es el destino de su largo viaje en bicicleta. Él canta el estribillo, con la voz áspera y contenida, pero ella reconoce la canción, ¿y quién no?

—Acompáñanos —dice él—. Todo lo que necesitas es una bicicleta. Tenemos sitio en las tiendas de campaña.

Ella agradece que el sol los deslumbre, que él no pueda ver que pierde los estribos, la alegría le estalla en el pecho. Pero, aun así, niega con la cabeza, no es posible. Ella le salpica agua para que él no haga preguntas, ocultándose detrás de las risas y la algazara que se produce. La invitación continúa sonando en su interior cuando vuelven a sentarse junto al fuego,

todos, con los cabellos chorreando y los cuerpos muy juntos. Las dos chicas también quieren que se les una, y pronto todos empiezan a gritar a coro que ella tiene que ir con ellos, tiene que ir, tiene que ir. Y finalmente ella levanta la mano y accede a su petición. La botella da otra vuelta alrededor mientras brindan y lanzan hurras por la nueva incorporación.

Se acerca la mañana y desaparecen en sus tiendas, uno detrás de otro, solo una de las jóvenes permanece junto al fuego. Le está trenzando el pelo a la chica, se lo peina suavemente con los dedos, y a ella se le pone la piel de gallina del placer que le produce. La chica permanece sentada, inmóvil, pensando que eso es lo que se siente cuando se tiene una hermana. O una madre. No está cansada, en absoluto, tiene la cabeza demasiado llena de planes para poder dormir. Robará una bicicleta en el pueblo para evitar tener que ir a casa de su padre. Y deberá convencerlos de que elijan caminos vecinales en su viaje hacia la costa, caminos por los que no pueda circular ningún coche.

La botella está vacía y el fuego se ha apagado cuando llega el Volvo deslizándose por el *camping* Gielas. Ella oye que es él por el chirrido de los frenos, mucho antes de ver el coche. Lleva el cabello recogido en unas pequeñas trenzas que le caen por la espalda cuando él la arranca del lado de su nueva amiga. Todo ocurre muy deprisa y en silencio, solo un par de pasos, luego ella vuelve a estar sentada en el asiento trasero. La chica noruega, la única que aún está despierta, se queda sentada tapándose la boca cuando ellos se alejan de allí.

El padre conduce rápido con la visera del parasol bajada, el espejo retrovisor girado para poder clavar la mirada en su hija durante el viaje.

—Te voy a encerrar, por mis cojones —dice él—. Te voy a encerrar y voy a tirar la llave.

Liam se agachó entre los abetos. El resplandeciente sol del amanecer se elevó por encima de las copas de los árboles y le dio dolor de cabeza. Vidar se había adentrado en el claro, el suelo se mecía bajo sus pies y su cuerpo enjuto se balanceaba al moverse. Avanzaba con los hombros encogidos y los puños bien apretados delante del cuerpo, como si se preparara para una pelea. La seguridad de sus movimientos daba fe de que había sido fuerte en su día, antes de que los años se hubieran ido deslizado poco a poco y acabaran por convertirlo en una presa fácil.

Liam miró alrededor del bosque que rodeaba la turbera, buscando a Gabriel. Había sido él quien había insistido en que se separaran y, antes de que Liam tuviera tiempo de protestar, él ya había desaparecido entre las sombras. Y ahora no lo veía. Allí solo estaban Liam, Vidar y el sol que penetraba cada vez más entre los árboles donde Liam se escondía, y que no tardaría en dejarlo al descubierto. Seguir al viejo por el bosque nunca había entrado dentro de sus planes, y le daba miedo actuar por impulso. Todo se iba a la mierda cuando improvisaban.

Vidar blasfemaba en voz alta en medio del silencio y su voz ronca obligó a Liam a contener la respiración. Tenía las garras afiladas de los abetos en la cara y el sudor le corría por la nuca, todo escocía y picaba. Vidar se detuvo bruscamente, el suelo húmedo respiraba a su alrededor y el viento agitaba su fino cabello, lo que hacía que pareciera aún más frágil. De repente, se hincó de rodillas en el musgo y comenzó a cavar en la tierra con las manos, como si estuviera buscando algo. Estaba de espaldas a Liam y tenía el cuello rojo y brillante por el esfuerzo. Sus dedos, completamente negros de tierra, unas veces cavaban y otras tanteaban el terreno. Puede que hubiera escondido algo en aquel lugar, algo que quería mantener a una distancia segura de su hija y su nieto. Liam levantó el móvil y tomó un par de fotos, quería registrar la ubicación del escondite, si es que se trataba de

un escondite. Finalmente, el viejo dejó de cavar y se puso de pie, se limpió las manos en las perneras del pantalón y entornó los ojos hacia el sol, que estaba cada vez más alto. Juraba y escupía al mismo tiempo. Su cuerpo parecía inestable, como si el esfuerzo lo hubiera agotado. Se llevó una mano a la frente, a modo de visera, para protegerse de la luz antes de continuar. Liam permaneció en su escondite; no tenía fuerzas para seguirlo. Comenzó a escribirle un mensaje a Gabriel, le decía que se verían en el coche, pero no tuvo tiempo de enviarlo antes de que sonara el tiro.

El disparo surgió de la nada y lanzó a Liam fuera de su escondite. De repente, allí solo había agujas de abeto, tierra y el sabor de la sangre en la lengua. Aterrizó boca arriba y vio que la bóveda luminosa del cielo estaba llena de negros pájaros mudos. Otro disparo. Le retumbó en los tímpanos mientras se arrastraba para levantarse. Se llevó la mano al pecho, como para asegurarse de que el corazón aún seguía donde debía, de que aún estaba vivo. Todo cuanto sintió fueron los bordes duros de la Glock dentro de la cazadora.

Se quedó totalmente quieto hasta que su pulso se calmó, y se agazapó entre la maleza para no ser visto. Su mirada tropezó con un bulto en la turbera: el cuerpo de Vidar se agitaba y temblaba en la tierra encharcada, mientras un sonido hueco y agónico brotaba de su garganta. Después todo se quedó en silencio.

Liam estaba de rodillas sobre el musgo, el suelo se hundió bajo su peso y el bosque desapareció de su vista. Su campo de visión tan solo abarcaba al hombre moribundo. El cuerpo fue quedándose quieto lentamente, la tierra hambrienta lo succionó con ansiedad, como si quisiera tragárselo, dejando una máscara de barro negro sobre su rostro inerte. Liam permaneció agazapado, paralizado en su escondite como uno de los muchos animales salvajes del bosque. No podía moverse, no podía apartar la mirada del cuerpo muerto. El tiempo se había detenido.

Una sombra salió de entre la espesura al otro lado de la turbera, dos piernas delgadas que hendían el suelo húmedo levantando salpicaduras del agua del deshielo. Era Gabriel, corría hacia el viejo con tanta impaciencia que

tropezó y cayó justo en medio del frío, pero se levantó como pudo y continuó con la ropa mojada y pegada a su escuálido cuerpo. Tenía la cara tan blanca como las manchas de nieve que acechaban bajo los árboles. Gabriel se detuvo junto a Vidar y se inclinó sobre el cuerpo sin vida que se cubría el rostro con un brazo, como para defenderse. Se le escapó un grito que hizo salir a Liam de su aturdimiento. Este recuperó el sentido del tacto, y entonces fue consciente del frío que subía de la tierra y penetraba por entre las capas de ropa y piel, haciendo que le temblara todo el cuerpo. Le castañeteaban los dientes cuando se levantó y puso la vista en Gabriel.

La turbera estaba llena de charcos relucientes que obligaban a saltar entre las resbaladizas matas de musgo cubierto de escarcha. Por debajo de los delgados fragmentos de hielo se ocultaban agujeros fríos sin fondo que podían engullir la vida de una persona en unos pocos minutos. Eso debió de ser lo que había pasado: que Vidar había resbalado, se había golpeado la cabeza y se había desmayado. Pero Liam había oído los disparos, y al acercarse sintió el humo sofocante de la pólvora en la lengua. Fijó su mirada en Gabriel, en el arma que podía adivinarse bajo su cazadora. La sola vista hizo que se le contrajera el estómago, y un miedo frío y negro le invadió.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Gabriel no respondió, estaba inclinado sobre el hombre moribundo, rebuscando en su ropa con los guantes puestos. De la nariz y de la boca de Vidar brotaba sangre oscura que le corría barbilla abajo. Tenía los ojos entornados y la esclerótica brillaba a través de los párpados entreabiertos. La parte posterior de la cabeza estaba hundida en la turbera, el agua le llegaba hasta las orejas y el cuello flotaba macilento y fofo bajo la superficie; parecía no pertenecer a la cabeza.

A Liam se le doblaron las piernas; se dejó caer sobre un tocón podrido y escupió algo ácido que aterrizó en el musgo y le salpicó los zapatos. El mundo daba vueltas a su alrededor a toda velocidad; le costaba fijar la mirada. Intentó concentrarse en Gabriel, en sus manos, que se deslizaban sobre el viejo sin arredrarse ante la sangre; en sus dedos, que rebuscaban bajo la ropa, en cada bolsillo y faltriquera oculta hasta que por fin dio con los cuchillos que Vidar llevaba en el cinturón y los examinó a la luz del día.

Su rostro adoptó una expresión de tranquilidad que lo hacía parecerse a su padre, esa calma contenida que siempre lo invadía en cuanto se le pasaba la locura, y entonces Liam podía pegar la oreja a la puerta del baño y escuchar los sollozos de su madre, para asegurarse de que seguía viva mientras el padre, sentado en el sillón, apuraba su cerveza.

Liam retrocedió tambaleándose hacia el lugar donde Vidar acababa de cavar la tierra. Se agachó sobre las matas destrozadas, pero no vio otra cosa que las huellas de los dedos del viejo y el agua que rezumaba la tierra. Se apoyó en el tronco grisáceo de un árbol porque las piernas se negaban a obedecerle. Intentó no mirar al hombre muerto.

Gabriel pasó por encima del muerto con una rápida zancada, se acercó chapoteando hasta Liam y se plantó encima de él como si nada. Liam esperó el golpe. Pero Gabriel no atacó; en lugar de eso, lo agarró del cuello y lo empujó hasta tenerlo enfrente.

—¡Vamos! ¡Joder! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Los pájaros chillaban por encima de sus cabezas cuando echaron a correr. La luz dispersa de la mañana había llenado el bosque y Liam se sentía descubierto y perseguido. Se sorprendió de que las piernas lo sostuvieran, a pesar de que el miedo le atenazaba el cuerpo. Un sabor a bilis le llenó la boca, pero no disminuyó la velocidad. Se dio cuenta de que Gabriel se quedaba rezagado, que no podía seguir su ritmo. Liam corrió más deprisa, su único pensamiento era que tenía que largarse de allí, lejos del viejo muerto. Lejos de Gabriel.

* * *

Él iba a su encuentro al amanecer. Una cálida luz color miel caía sobre las paredes de su habitación de niña y los pinos proyectaban en ella angustiosas sombras a través de la ventana. El aullido del viento, como el llanto lejano de un niño a través de las viejas tablas de la casa, la hizo hundirse más profundamente bajo el edredón. Podía intuir la sombra de él detrás de la puerta, los pies inquietos que querían entrar, que la perseguían. Cerró los

ojos con fuerza y detrás de los párpados los vio a los dos. Él era joven y la melena oscura de su madre le revoloteaba alrededor de la cabeza; se sonreían, el uno con la cabeza apoyada en el hombro del otro mientras bailaban, los brazos de él como un grueso cinturón alrededor de la cintura de ella. Giraban vuelta tras vuelta hasta que la madre se soltó y desapareció como una flor en el viento. En su lugar, ahora era la pequeña quien descansaba en los brazos de él, apretada contra su pecho hundido. Él la arrullaba y la paseaba por el piso rechinante, su cara estaba igual de roja y arrugada que la del bebé. Ella vio cómo la niña comenzaba lentamente a crecer en sus brazos, a adoptar la forma de una mujer adulta. Giró la cara hacia el sol naciente y abrió los ojos. No quería ver nada más.

La casa contuvo el aliento cuando ella se despertó. Era ese momento tan frágil entre la noche y la mañana, cuando los sueños y la realidad se envolvían en el mismo resplandor, y costaba diferenciarlos. Miró la puerta cerrada, se deslizó en silencio sobre las tablas del piso. Dejó caer la mano lentamente sobre la manilla, temerosa de romper el silencio. El pasillo estaba oscuro. Miró de reojo hacia la habitación de Simón: un charco de luz del amanecer se filtraba por la rendija que había bajo la puerta cerrada. Sus pies descalzos caminaron por la alfombra roja que corría como un cordón umbilical entre las dos habitaciones, apoyó sigilosamente la oreja en el resquicio para escuchar, como había hecho tantas otras veces. Resistió el impulso de abrir un poco la puerta, como solía hacer cuando él era pequeño.

Vidar tampoco se había despertado todavía, a pesar de que el amanecer lechoso llenaba la cocina y los pájaros habían recuperado la vida en el abedul. Bebió un vaso de agua y contempló la escarcha que se evaporaba lentamente bajo la luz. Los sueños la habían dejado apesadumbrada y estaba a punto de volver a la cama cuando oyó un coche, abajo en el camino, se puso de puntillas y vio cómo daba bandazos en la grava un automóvil desconocido, que no pertenecía a nadie del pueblo, negro y brillante. Se acercó peligrosamente a la barrera amarilla; por un momento ella pensó que se iba a detener allí, fuera de su finca, pero aceleró y se fue a toda velocidad, dejando unas profundas roderas en el barro. Ella volvió a la cama y dejó que los trinos de los pájaros la arrullaran. Y esta vez pudo soñar tranquila.

* * *

Liam no podía sentir el volante bajo los dedos. Vio el camino delante de él, pero no sabía adonde conducía. Había olor a sangre por todas partes. Gabriel iba sentado en el asiento del copiloto y le gritó, pero su voz sonaba lejana, no le llegaba. Sin previo aviso, se abalanzó sobre Liam y agarró el volante, tratando de dirigir la marcha. El coche zigzagueó sobre la grava y estuvo muy cerca de meterse en la cuneta.

—Para junto a la casa.

—¿Qué?

—Vamos a buscar el dinero, por eso estamos aquí, ¿no? Párate junto a la barrera.

Liam se lo quitó de encima de un empujón y aceleró. Arriba, en la colina, podía vislumbrarse la casa de Björnlund. Con la luz de la mañana parecía más miserable aún.

Gabriel se puso el pasamontañas; jadeaba como un toro en celo debajo del tejido negro, tenía la Glock en una mano e intentaba sujetar el volante con la otra. Liam le apartó las manos de un golpe, sacando fuerzas de la adrenalina y del miedo. Le invadía una sensación de fatalidad, se sentía como si estuviera en un hoyo y alguien le echase tierra encima. Enterrándolo vivo junto con el cadáver.

Pasó la barrera amarilla y la casa en ruinas de la colina, amedrentado por los golpes que estaba recibiendo pero sin perder el control del volante. El dinero ya no significaba nada. Todo había sido un error, una persona estaba muerta y ellos eran los culpables.

El sudor le caía en los ojos y le resultaba difícil distinguir el bosque del camino, pero siguió adelante, decidido a salir de allí. La locura ardía en los ojos de Gabriel, dos llamas negras enmarcadas por los agujeros del pasamontañas, y Liam sabía que, ocurriera lo que ocurriese, no podía parar, no podía ceder, no en ese momento. Ni siquiera cuando Gabriel levantó la Glock y le apuntó con ella.

* * *

Cuando se despertó de nuevo, todo seguía en silencio. El sol brillaba con fuerza detrás de las persianas. Dejó caer la cabeza en la almohada mientras escuchaba. Pero no oyó nada —ni la radio, ni ruidos, ni improperios—, solo un silencio sepulcral que la hizo levantarse de la cama y echar un vistazo en el pasillo. La puerta de Simon estaba cerrada, y cuando escuchó qué pasaba abajo, en la cocina, solo oyó el zumbido del frigorífico. Las sienes le palpitaban mientras bajaba la escalera, y se le extendió por el pecho una extraña sensación cuando comprobó que Vidar no había preparado el café ni había recogido el periódico. Solo el perro fue a su encuentro con tal entusiasmo que parecía como si no hubiera visto a nadie en mucho tiempo.

—¿Papá? ¿Estás despierto?

Su voz sonó extraña en el silencio. Ella se imaginó que él yacía allí dentro, gris y rígido, con los ojos fijos.

Pero la habitación estaba vacía y olía a cerrado. Cuando encendió la lámpara vio que él había estirado la colcha sobre las sábanas arrugadas para que pareciera que había hecho la cama, como solía. Vidar ponía mucho empeño en aparentar que era una persona de orden, aunque bajo la superficie reinara el caos. Y lo mismo sucedía con la higiene: se lavaba en contadas ocasiones, solo unas duchas rápidas al año; por lo demás, el bosque y la leña quemada se encargaban de asearlo de vez en cuando, lo cual contribuía a que casi nunca apestara. Liv se acercó a la ventana y la abrió. Los árboles llenaron la habitación con sus susurros y le procuraron la sensación de que no estaba sola.

Hacía mucho tiempo que no entraba en la habitación de Vidar, y en cuanto vio la pequeña habitación se le formó un nudo en la garganta. La cama desvencijada con el colchón hundido sobresaliendo por los lados, pues era demasiado ancho. Era imposible imaginar que allí hubieran dormido alguna vez dos personas. En la mesilla de noche estaba la amarillenta foto de la boda mirándola fijamente. Solo Kristina sonreía.

Los pantalones de trabajo de Vidar y un par de calcetines sucios colgaban del cabecero de la cama, pero por lo demás no había rastro de él.

—¿Papá?

Dio algunos pasos por la habitación, persiguiendo un par de pelusas enormes sobre las tablas antes de llegar al armario. Entreabrió la puerta y apartó a un lado las pocas prendas que había para poder acceder a la caja fuerte oculta tras la ropa. Estaba fijada al suelo con pernos y el ojo negro de la cerradura le devolvió la mirada.

Vidar no le había dado la combinación. En lo tocante a su fortuna no confiaba en nadie.

Cerró de nuevo la puerta y lo llamó otra vez. La única que contestó fue la perra, que se levantó de su lecho en la cocina y se dirigió silenciosamente hacia la habitación de Vidar. Se detuvo en el umbral y la miró con ojos sumisos.

—¿Dónde tienes a tu amo?

Se limitó a dar unos flojos coletazos y a poner las orejas tiesas. Pero no tenía la respuesta. Liv sintió que la inquietud le atenazaba la boca del estómago cuando observó a la perra. Él rara vez iba a algún sitio sin la chucha.

Su ropa de abrigo no estaba. Entreabrió la puerta de la casa, asomó la cabeza y lo llamó tan fuerte que resonó en todo el pueblo. La perra se escabulló y se alejó con pasos pesados hasta la linde del bosque para mear, y cuando terminó, Liv le señaló el bosque y la incitó a que buscara a su dueño. La perra era vieja y nunca había mostrado ningún instinto especial para seguir rastros, solo la miró con ojos tristes.

Cuando regresó a la cocina, Simón estaba en el umbral, descalzo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas?

—El abuelo no está.

—¿Cómo que no está?

—No ha preparado el café, no está en su cama. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Simón miró a su alrededor en la cocina, como si esperara que Vidar estuviera allí escondido en algún rincón y que él fuera a encontrarlo solo con mirar un poco más. Fuera ladró la perra y ambos se acercaron a la

ventana de la cocina y vieron que el animal corría en amplios círculos sobre la hierba muerta.

—Raja está ahí fuera.

—La acabo de soltar yo.

—El abuelo no iría a ninguna parte sin Raja.

Liv puso la cafetera y miró por el rabillo del ojo el camino, donde rodaba el quad de Douglas Modig. Levantó la mano, pero no pudo ver si él respondió a su saludo. Simón se sentó, se había duchado y su pelo goteaba sobre la mesa. Por una vez no estaba con la cara pegada al móvil, sino que tenía la mirada puesta en el bosque mientras tomaba el café. Vieron al perro volver de entre la espesura y tumbarse en la terraza. Todavía sin su amo.

Quizá la primavera lo había animado a salir al bosque. Vidar siempre había sentido debilidad por los cambios de estación; le gustaba moverse por el bosque y tomar el pulso a los cambios —las grietas en el hielo, el regreso de las aves, la altura del sol sobre las puntas de los abetos, todo debía ser registrado—. Mantenía la misma estricta vigilancia sobre la tierra que sobre su hija. Para él, el bosque era un hijo tan querido como ella misma. Pero, aun así, había algo que le roía por dentro cuando miraba el bosque de reojo, como si una mano fría se abriera y se cerrara en su pecho.

Simón se mordía las uñas. El sol inundó la cocina y le calentó la piel. Tenía un corte de la maquinilla de afeitar, donde se había coagulado la sangre.

—¿Dónde crees que estará?

—Tiene que estar en algún lugar del pueblo. O en el bosque.

—¿Quieres que salga a buscarlo?

—Tienes que ir a la escuela. Vendrá cuando quiera.

El chico frunció el ceño, pero no puso objeciones. Ella lo siguió hasta el pasillo y lo observó mientras se ataba los zapatos.

—¿Qué piensas hacer si no vuelve?

La preocupación del chico la reconfortó. A pesar de toda su palabrería acerca de que iba a largarse tan pronto como cumpliera los dieciocho, él aún se preocupaba por mantener unida a la familia.

—Entonces saldré a buscarlo. Tan lejos no puede haber llegado y el pueblo no es tan grande.

Simón pareció contentarse con aquella respuesta. Le dio un abrazo rápido antes de irse, como hacía antes. Liv desafió el frío de la mañana y salió a la terraza para seguirlo con la mirada. La pipa de Vidar estaba en la barandilla, la encendió enseguida y lanzó frágiles anillos de humo hacia el cielo como si lo estuviera llamando. El bosque sonreía bajo el sol de primavera, claro y vivo. Entornó los ojos en dirección a la senda que descendía hacia el lago; la nieve había empezado a derretirse por todas partes, dejando el suelo oscuro y humeante. Sería fácil encontrar sus pisadas si se había adentrado entre los árboles. Un puro juego de niños tanto para ella como para la perra.

Pero cerró los ojos y se quedó totalmente quieta, disfrutando del silencio.

* * *

Liam estaba de pie junto al fuego y le castañeteaban los dientes. La luz caía entre los pinos y aterrizaba sobre su piel, pero él no sentía ningún calor. Gabriel echó más gasolina en el bidón oxidado y las llamas se extendieron hasta donde ellos estaban.

—Tira los zapatos también.

—Pero si no tengo otros.

—Eso me importa una mierda. Deberías haberlo planeado mejor.

—¿Planeado? ¡Cómo iba a poder hacer planes sobre este maldito caos!

—¡Quítate los zapatos, digo, antes de que te queme a ti también!

Gabriel le puso una mano alrededor del cuello y lo empujó hacia las llamas, tan cerca que le escoció la piel. Liam aulló y se soltó; se quitó los zapatos y los calcetines a regañadientes y los arrojó al bidón, con cuidado de mantener la distancia.

El humo desprendía un olor tóxico, como a plástico quemado. Liam corrió de puntillas a través del suelo mojado hasta el coche, donde tenía ropa para cambiarse. Se puso unos vaqueros y un jersey. Las prendas

estaban frías y ásperas al contacto con el cuerpo. En el maletero encontró un par de botas en las que esconder sus pies congelados.

Gabriel estaba en pelotas, agitando las últimas gotas de la lata de gasolina sobre el fuego y haciéndolo chisporrotear. Su polla encogida entre las piernas parecía un animal asustado. Liam se habría reído de ello, si todo fuera como de costumbre. Pero nada era como de costumbre. Al contrario, todo se había ido a la mierda. A pesar del frío, le sudaban las raíces del cabello, en forma de gotas que salían de la nada y le cosquilleaban la espalda. Se inclinó sobre el musgo y vomitó violentamente, estuvo un buen rato vomitando y escupiendo. Se acercó a Gabriel con las piernas temblorosas y le entregó la ropa para cambiarse. Tenía un ojo puesto en el camino de grava, pues le obsesionaba que alguien condujera hasta allí y los viera.

El mundo había adquirido un velo de irrealidad, los contornos se habían vuelto fríos e inestables. A Liam le costaba fijar la mirada, los pensamientos pasaban como centellas, pero no le ofrecían nada a lo que aferrarse. Vio la cara de Vanja delante de él, su voz frágil cuando lo llamaba en la oscuridad. El sudor en su frente cuando tenía pesadillas. Vio a Juha clavando el cuchillo en la mesa, podía oír cómo vibraba. La asfixiante sensación de haber sido engañado.

Ellos solo iban a robarle, nunca hubo intención de que muriera nadie. El plan era muy sencillo: los sorprenderían mientras dormían y luego desaparecerían tan rápido como habían llegado. Coger el dinero y largarse, solo entrar y salir, antes de que alguien sufriera ningún daño. Quería gritarle a Gabriel, rugirle con todo su cuerpo que él lo había echado todo a perder, que sus vidas ya estaban acabadas. Pero las cuerdas vocales no le obedecieron, nada funcionaba como debía.

Gabriel estaba mirando el fuego y parecía no notar el pánico creciente de Liam. Al parecer, tampoco tenía frío. Solo estaba allí, desnudo y quieto, con una mirada imposible de descifrar. Cuando él se le acercó, Liam se agachó, humillado como un perro apaleado. Gabriel extendió el brazo, y con él, un soplo de calor procedente del fuego.

—Dame tu arma.

Ahora su voz también sonaba como la de su padre, sorda e irracional, diciéndole que a partir de aquel momento era su realidad la que imperaba, sus reglas, y que si uno quería sobrevivir era mejor que se sometiera, que entrara en su juego. Liam miró por el rabillo del ojo la Glock que había a su lado, encima de una piedra.

—¿Qué piensas hacer?

El golpe le llegó de lado, solo una bofetada en la cabeza, pero bastó para que él perdiera el equilibrio.

—¡Cállate y haz lo que te digo! Dame la pistola.

Gabriel estaba detrás de él, colgado de su hombro como un dios, o como un demonio. Liam se estiró para alcanzar el arma, esforzándose para que no le temblaran las manos y asegurándose de dirigir la boca del cañón hacia el suelo. Gabriel extendió la mano, agitando los dedos con impaciencia, pero Liam no quiso ceder. Se apartó un poco más, manteniendo el arma fuera de su alcance; una voz en su interior le gritaba que no debía soltarla.

Pasaron un par de segundos angustiosos antes de que Gabriel se abalanzara sobre él, le asestase un codazo en la cabeza que le retumbó en los oídos y le arrancara el arma de las manos.

—Ve y siéntate en el coche. No soporto verte más.

A través del cristal sucio de la ventanilla del coche vio cómo Gabriel envolvía las dos armas en plástico y las arrojaba al agua, bien lejos. El río se había liberado del hielo y fluía rebosante de agua del deshielo hacia el mar. Las armas recorrerían una gran distancia antes de volver a tierra, si es que alguna vez volvían. No halló consuelo en ese pensamiento.

Liam sacó dos pastillas de la bolsa que había en el asiento y las dejó deshacerse debajo de la lengua. No podía aguantar más, necesitaba algo que matara el caos, que le tranquilizara el cuerpo.

Fuera, Gabriel finalmente empezó a vestirse: pantalón negro, cazadora negra, botas negras. Su cara, una máscara blanca entre aquellas prendas oscuras mientras se acercaba al coche; sus ojos, duros y mudos. Se deslizó en el asiento del copiloto y cerró la puerta. El olor a humo se extendió por el habitáculo, su locura flotaba como una niebla alrededor de ellos,

dificultándoles la respiración. A Liam le dolían los músculos por la tensión, se sentía como si estuviera al borde de un precipicio y la única salida fuera dejarse caer.

Sin previo aviso, Gabriel estrelló el puño contra el salpicadero y soltó un berrido. Golpeó el plástico con el puño una y otra vez hasta que la guantera se soltó de su soporte y él se reventó los nudillos. Solo entonces paró. Agarró a Liam y acercó su rostro al de él hasta casi tocarlo; sus ojos desprendían un fulgor de locura. Liam intentó zafarse de él, pero Gabriel era más fuerte, siempre lo había sido.

—No sé qué te pasa —bramó—, si es que mamá te dejó caer demasiadas veces al suelo o si es que naciste así. Me da igual, pero no pienso dejar que jodas nuestras vidas, antes prefiero matarte.

—Vamos, hazlo. Mátame.

Gabriel hizo un movimiento con la cabeza, como si fuera a darle un cabezazo, pero se detuvo en el último segundo. Liam cerró los ojos, esforzándose en relajarse, en destensar el cuerpo. Gabriel se cansaba antes cuando no encontraba resistencia. Liam trató de ocultar el miedo que bombeaba dentro de él, que hacía que tuviera la vejiga a punto de estallar.

—Te acojonaste —dijo Gabriel—. Te acojonaste y dejaste que el dedo se deslizara hasta el gatillo. Eso fue lo que ocurrió.

Tenía la boca tan cerca de la de Liam que le absorbía el oxígeno. Liam sacudió la cabeza, sintió surgir dentro de él un nuevo terror en cuanto se percató de lo que Gabriel estaba tratando de hacer. Lo mismo que había hecho siempre, desde que eran pequeños —cuando el cuenco de cristal cayó al suelo y cuando la moto de nieve de su padre se hundió en el hielo, cuando ardió el telar de su madre y cuando el coche teledirigido del vecino apareció en su sótano—, en cada falta él había estado allí señalándolo con el dedo para salvar su propio culo. «¡Papá, ven, mira lo que ha hecho este subnormal!».

—Eso fue lo que ocurrió —repitió Gabriel—. Y, realmente, la culpa es mía. Debería haberlo sabido: tú no estás hecho para esta vida, al más mínimo problema pierdes el control y haces tonterías. No has hecho más que empeorar desde que eres padre.

Liam se lo quitó de encima de un empujón, tan imprudente que Gabriel cayó contra la puerta del coche. Gabriel dijo algo que él no entendió, en su cabeza solo oía un estruendo encolerizado. Miró el río que corría allí fuera. El fuego se había apagado, pero todavía salía humo del bidón, un humo negro y desagradable que se encaramaba por los árboles. No quedaba nada, las armas habían desaparecido, la ropa se había quemado. Lo único que quedaba eran las imágenes en la cabeza, lo que había visto fuera, en la turbera, pero nadie le creería. Si se confrontaran las palabras de ambos, se hundirían los dos. Se llevó la mano a los ojos, vio a Vanja, sintió sus brazos alrededor del cuello cuando ella cabalgaba sobre su espalda. Las sonoras carcajadas tintineantes de la niña en sus oídos.

—No voy a dejar que me metan en chirona por esto —dijo Gabriel—, y tampoco voy a permitir que te metan a ti.

Ahora parecía más tranquilo. Liam oyó que se encendía un cigarrillo y daba una profunda calada, y la tos estertórea que siempre le sucedía. Permanecieron un rato en silencio, dejándose en paz el uno al otro. Las pastillas habían empezado a surtir efecto y Liam sintió cómo las sustancias químicas se le filtraban en la sangre y hacían que todo se ralentizara. Lo suficiente para que pudiera arrancar el coche. Tenía que volver a casa, a casa con Vanja. Todo se arreglaría si podía tenerla en sus brazos.

El cielo y el bosque se nublaron mientras conducía, un velo sombrío lo cubrió todo. Gabriel iba sentado con los ojos cerrados y los puños apretados contra los muslos. Cuando llegaron a Arvidsjaur parecía que todos los miraban, como si su fracaso estuviera escrito en la carrocería. Liam se adentró despacio entre las casas y aparcó delante del piso donde vivía Gabriel con su chica. Solo entonces, cuando el coche volvió a estar parado, se aclaró la garganta.

—Lo dejo todo ahora.

Gabriel pareció no escucharlo. El sol entraba a raudales, resplandeciente y despiadado; hacía un buen rato que la mañana había quedado atrás. De pronto, Liam le dio un empujón con impaciencia.

—¿Has oído lo que he dicho?

Pudo ver cómo a Gabriel se le tensaban los tendones del cuello.

—No lo dejas hasta que esto haya pasado.

—No quiero que pases a vernos más, no quiero que te acerques a Vanja.

Gabriel lo miró somnoliento; el atisbo de una sonrisa alrededor de las comisuras, como si de repente la situación le hiciera gracia. Liam estaba esperando un ataque, que le golpeara la cabeza contra la ventanilla, contra el volante, que le diera un cabezazo en la nariz. Pero no pasó nada. Solo el aire que vibraba entre ellos.

—No te preocupes, te dejaré en paz.

—Bien.

Gabriel tenía una mano en la manija, pero permaneció sentado.

—¿Puedo fiarme de ti? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—No estarás pensando en hacer ninguna tontería, ¿verdad?

Le dolía el diente enfermo, sentía dentera e inflamación. Liam abrió la puerta y escupió. Tenía sabor a sangre en la boca.

—No te preocupes, no voy a decir nada.

No estaba seguro de que fuera cierto, pero fue suficiente. Gabriel le lanzó otra mirada prolongada antes de irse, una advertencia muda. Liam permaneció sentado, mirándolo hasta que desapareció en el portal. La luz era tan intensa que le hacía daño, hacía que le lloraran los ojos. Durante todo el camino a casa el sol quemaba a través de la ventanilla, pero tenía tanto frío que le temblaba el cuerpo.

* * *

Cuando llegó la hora de ir al trabajo, Vidar todavía no había vuelto. Liv llevaba puesta la camisa de trabajo y no dejaba de mirar la espesura, esperando que él apareciera entre los abetos. Vidar no había dejado pasar nunca la ocasión de llevarla a trabajar, ni siquiera cuando estaba pachucho, y que ella se sentara al volante parecía algo impensable. Pero a medida que iban pasando los minutos se dio cuenta de que él no iba a llegar. La idea

debería haberla asustado, pero lo único que sintió cuando tuvo la llave del coche en la mano fue alegría.

Cuando salió a la carretera principal, la voz de Laleh sonaba en los altavoces, y se pasó todo el camino hasta la gasolinera cantando a voz en grito. Cuando aparcó detrás del almacén, Niila estaba junto al contenedor, tirando la basura. Parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas cuando la vio bajar del asiento del conductor.

—¡No sabía que conducías!

—Hay muchas cosas que no sabes.

Él sonrió.

—¿Dónde tienes a tu padre?

Liv se encogió de hombros. Del contenedor salía un olor repugnante, pero ella se detuvo y lo ayudó a tirar las bolsas de basura. Vidar la había visto una vez allí hablando y riendo con Niila, y en todo el camino de vuelta a casa no había dejado de darle a la lengua.

«¿Cuántos renos tiene?».

«¿Y yo qué sé?».

«Si te vas a juntar con un lapón, tienes que saber cuántos renos tiene».

Niila sujetó la puerta del almacén y la miró pensativo cuando ella pasaba.

—¿Ha sucedido algo? —le preguntó.

—No, ¿por qué?

—Pareces tan alegre que los ojos te brillan de verdad.

* * *

Liam entró en la casa de su madre y dijo que estaba enfermo, que tenía que acostarse. En los ojos de Vanja apareció ese miedo negro que hacía que a él se le retorciera todo por dentro. Intentó sonreír. «Papá solo tiene un poco de fiebre». Ella le preparó la cama en el sofá, fue a buscar el edredón y la almohada y un muñeco de peluche para ponérselo debajo del brazo. Sus

cuidados lo hacían arder de vergüenza, era consciente de que no se merecía nada bueno en la vida, y menos aún a ella.

Se deslizó entre el sueño y la vigilia —pequeños agujeros con luz del sol, el sonido de los dibujos animados y el canto de Vanja—. Él intentaba ocultar que tenía escalofríos y sudaba. Se subió el edredón hasta la barbilla, pero no se atrevía a relajarse, por miedo al sueño y a lo que este pudiera hacer con él.

Cuando empezó a oscurecer, su madre estaba inclinada sobre su cabeza, él oyó el tintineo de sus pulseras y la inquietud de su respiración. Le colocó algo en la frente, una de sus piedras, no pesaba nada, solo estaba allí como un beso frío hasta que él dejó de sentirla. Liam quería gritarle, quitársela de encima, pero el cuerpo no le obedecía, solo estaba allí acostado, incapaz de oponer resistencia. En un momento dado ella le levantó la cabeza con la mano mientras sostenía una taza de té bajo su barbilla. El olor a acículas de abeto y menta le llenó la nariz; apretó los labios, no podía beber.

—Creía que lo habías dejado —dijo ella.

—Lo he dejado.

—¿Quieres que me crea que estás realmente enfermo?

—Me importa un bledo lo que tú creas.

Debería echarlo, como había echado a Gabriel. A esas alturas ya debería de estar escarmentada, no había infusiones ni piedras que pudieran con sus hijos, tampoco el amor.

El aliento de Vanja le cosquilleó la oreja.

—¿Estás muy enfermo, papá?

—Solo es un potito de fiebre. Cuando duerma estaré mejor.

Pero no podía dormir. La cara de Vidar se escondía detrás de sus párpados cerrados. Sintió la turbera temblando bajo los pies, sintió el musgo helado y el miedo que amenazaba con reventarle el cuerpo.

Cuando abrió los ojos era Gabriel quien estaba sentado allí, en el borde del sofá, un Gabriel más joven con el pelo recogido en una coleta sobre la nuca

y uno de los cigarrillos liados de su padre detrás de la oreja. En la mano, una cerveza Lapin Kulta que le habían robado al vecino. La tele parpadeaba en la esquina, con el sonido apagado para no despertar a nadie. Las noches eran su tiempo. Cuando las broncas cesaban, ellos se sentaban a la luz de la luna y sentían que por fin podían relajar los músculos. Gabriel se volvía callado cuando bebía, se replegaba en sí mismo. Sin embargo, Liam podía notar cómo se atormentaba por dentro, todos aquellos pensamientos que surgían de la nada, aquellos pensamientos que crecían y se extendían y que uno tenía que compartir. Antes de que lo engulleran a uno.

Gabriel encendió el cigarrillo, expulsó el humo hacia el techo. Miró a Liam de reojo bajo los párpados pesados.

—¿Has pensado en cómo sería matar a alguien?

Liam sacudió la cabeza.

—¿Y tú?

—Pienso en ello a menudo.

Hablaba en voz baja, apenas un susurro, pero sus palabras resonaron en las paredes y su eco permaneció en la cabeza de Liam. Aquello era una confesión, una de esas cosas de las que uno no podía reírse ni olvidar. Liam no supo qué decir, se limitó a cerrar los ojos como solía hacer su madre cuando todo se volvía desmesurado, cuando ya no quería saber nada más. Gabriel le dio un codazo.

—Me refiero a algún hijo de puta que se lo merezca. No quiero matar a cualquiera.

Cuando se despertó, Vanja estaba sentada en el suelo a su lado mirando la tele. La oscuridad había caído de lleno fuera de la ventana y su figura desprendía un brillo inusual en la oscuridad. Tal vez sintió su mirada, porque volvió la cabeza y sonrió con aquella sonrisa desdentada que a él le hacía flotar en el espacio. Entonces vio muy claro lo que debía hacer. Tenía que olvidar. Por el bien de su hija.

* * *

Seis horas detrás de la caja y las mariposas le seguían aleteando alegremente en el pecho. Cuando llegó la hora de volver a casa, la primavera había hecho una pausa y caían grandes y esponjosos copos de nieve. Pero la nieve solo alcanzaba a dar un beso húmedo al asfalto antes de derretirse. Aun así, condujo despacio, y cuando tomó el desvío del pueblo sintió un malestar en el estómago.

Simón estaba sentado en el porche, pero no estaba solo, había alguien sentado a su lado y no era Vidar. Era una figura más delgada, con una cazadora vaquera de color claro y el cabello largo teñido de un tono azul brillante. Hasta que no hubo bajado del coche, Liv no vio que era Felicia Modig, la hija de un vecino del pueblo. La sorpresa le llegó como un golpe en el estómago.

—El abuelo no está aquí —gritó Simón—. La casa estaba vacía cuando llegué, solo estaba Raja aullando en el pasillo.

Cuando se acercó vio que estaban cogidos de la mano. Felicia llevaba vaqueros y las uñas pintadas de negro, y una de sus piernas descansaba indolentemente sobre los muslos de Simón. Liv giró la cabeza hacia el bosque y sintió que le ardían las mejillas. Era la primera vez que lo había visto con una chica de esa manera, y la visión la dejó cortada. Así que aquel era su amor secreto, la chica cuyo nombre no le quiso decir. No sabía quién se imaginaba que sería, pero, desde luego, no que fuera la hija del vecino que vivía al otro lado del lago. Simón la buscó con la mirada, los hoyuelos de la risa le partían en dos las mejillas al sonreír, los ojos parecían brillarle de alegría. ¿Ves, mamá? Gritaban sus ojos. Aquí está. «Aquí está mi chica». Y Liv pensó en aquellas fiestas de los primeros cursos de primaria, él sentado entre las chicas, como una muñeca de ojos grandes. Supercontento de poder participar al fin.

Ella sonrió mientras observaba sus manos entrelazadas, sonrió asintiendo, y pensó que finalmente las piezas empezaban a encajar en su sitio, incluso para su hijo.

—Felicia —dijo ella—, así que es contigo con quien sale Simón.

Sonó ridículo, se arrepintió tan pronto como lo dijo. Vio que Simón se avergonzaba. Pero a Felicia pareció hacerle gracia.

—*Surprise, surprise* —dijo ella—. Ahora te has quedado pasmada, ¿eh?

—Un poco, debo reconocerlo. ¿Qué tal Douglas y Eva?

Felicia hizo una mueca.

—Bueno, están bien. Papá estresado como de costumbre.

—Ah, ¿sí?

—Dice que las vacas lo van a matar.

Douglas Modig tenía su granja al otro lado del lago; pertenecía a la cuarta generación de productores de leche, pero era la esposa quien llevaba la carga más pesada. Eva era de Vilhelmina y fue la única mujer del pueblo que consiguió ganarse el respeto de Vidar. Era mujer de pocas palabras y trabajaba duro, dos cualidades que él valoraba altamente. A Douglas, sin embargo, no lo soportaba, y el sentimiento era mutuo —no habían cruzado una palabra desde el solsticio de verano del noventa y ocho, cuando unas viejas rencillas acerca de una linde hicieron que llegaran a las manos—. La bebida también había ayudado, pero nunca se reconciliaron. Cada vez que el viento traía consigo el olor de las vacas de Modig o el sonido de sus cencerros en verano, a Vidar se le desataba la lengua viperina. Felicia era su única hija, ella y Simón habían crecido cada uno en su extremo del lago, pero igual podrían haber estado cada uno en una punta del país, porque Liv no podía recordar que hubieran jugado juntos de pequeños ni una sola vez. Los adultos se habían encargado de impedirlo.

Liv la había visto en el lago hacía cosa de un mes. El hielo se había agrietado y flotaba en fragmentos afilados sobre el agua del deshielo primaveral. Felicia se encontraba en el interior del lago, a un buen trecho de la orilla, su cuerpo era poco más que una ilusión óptica cuando saltaba entre los bloques con los brazos extendidos y el cabello como un velo brillante flotando al viento. Las placas de hielo se movían erráticamente bajo sus pies, ella inclinaba el cuerpo y se giraba para mantener el equilibrio, con los dedos extendidos al viento. Liv estaba de pie, con el sol en los ojos y la angustia en el pecho, pero sus gritos no la alcanzaban. Si la chica se caía, Liv no podría hacer nada, salvo quedarse allí y ver cómo se la tragaba el lago. El frío del agua la mataría antes de que fuera posible rescatarla, si es que no se ahogaba antes. Liv se sentó en un tocón a esperar. Eso era todo cuanto podía hacer.

Cuando la chica por fin se cansó y se acercó hasta la orilla dando unos saltos vertiginosos, Liv volvió a ponerse de pie.

—Te vas a matar.

Felicia tenía la cara roja y la respiración jadeante, mantenía las piernas bien separadas sobre el fragmento de hielo oscilante.

—¿Sí? ¿Y eso qué importa?

Liv reconoció aquella indolencia, el mismo hastío de la vida que ella había experimentado hacía mucho tiempo. Antes de que naciera Simón. Fue su llegada lo que la puso cara a cara con su propia muerte y lo que la hizo aferrarse a la vida.

Y ahora él estaba allí, con la mano de la chica indolente en la suya, y aquella imagen le produjo a Liv la misma angustia que había sentido en el lago. Pasó delante de ellos y abrió la puerta de la casa. Solo tuvo que poner un pie en el umbral para saber que estaba vacía. Se notaba en el aire que Vidar no estaba. No obstante, dio una vuelta por la cocina, donde el periódico del día anterior seguía abierto sobre la mesa. El café que ella había preparado por la mañana se había enfriado en la cafetera. Solo había dos tazas en el fregadero. El frasco de linimento seguía en el alféizar de la ventana. Era extraño que él hubiera salido tan temprano, normalmente le llevaba un par horas hacer que sus manos funcionaran lo suficiente para poder atarse los zapatos.

Se asomó a la habitación de Vidar, paseó la vista por la cama mal hecha y los pantalones de trabajo sucios que colgaban en el cabecero. Todo estaba igual que cuando ella se había ido al trabajo. Vidar no había estado en casa en todo el día. Un presentimiento se agitó en su pecho.

Volvió a salir al porche, miró a los jóvenes y la luz del atardecer que se extendía como un fuego sobre las puntas de los árboles. Felicia tenía unas intensas sombras de maquillaje alrededor de los ojos y lucía una piedra brillante en la aleta de la nariz, y Liv sintió que el corazón le palpitaba una vez más cuando sus miradas se encontraron.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó Simón.

Liv se inclinó sobre la desvencijada barandilla de la terraza y se sujetó con tanta fuerza que le dolieron los dedos. Las sombras se iban alargando sobre la hierba muerta y pronto todo el bosque estaría oscuro. Pensó en

Vidar y se preguntó si estaría allí fuera en algún lugar, llamándolos. Tenía ochenta años, un cuerpo correoso como la resina y una cabeza que todavía se defendía contra la vejez. Si algo le había enseñado a lo largo de los años, era que nada podía con él, ni la gente ni el tiempo.

—Si llamamos a la policía, él nunca nos lo perdonará.

OceanofPDF.com

NAVIDAD DE 1999

La mañana del día de Nochebuena, un círculo de llamas parpadeantes arde alrededor del serbal. La fotografía de la madre está en la mesa de la cocina, entre los dos, los ojos negros de la mujer vigilan sus manos cuando se sirven el café y extienden la mantequilla en el pan. El dolor dibuja profundos surcos en la cara del padre. El silencio es compacto y soporífero, solo se oyen las mandíbulas trabajando. La niña come, aunque no tiene hambre, come porque es la única manera de esconderse.

El invierno asfixia al sol y solo una fugaz luz crepuscular diferencia el día de la noche. Aun así, él insiste en salir afuera, al árbol. A la madre. Saca unas pieles de reno y cava un agujero en la nieve para el fuego. Allí estarán sentados hasta que las ascuas sean tan pobres que ya no puedan distinguirse el uno al otro. Él cuenta siempre las mismas historias, sobre cómo se conocieron en el baile en Malå y cómo la madre le echó la zancadilla para atraer su atención. Él derramó cerveza sobre su vestido y ya no hubo remedio. Una mirada a aquellos ojos de medianoche y estuvo perdido. Estuvieron bailando durante toda la noche y quizá con eso tuvo bastante, porque después no podía más. No quiso verlo de nuevo. Él tuvo que perseguirla todo un verano antes de que ella accediera a dar un paseo en el coche. La había anhelado con la misma obstinación que había anhelado el bosque, en su estupidez juvenil ella solo era otra tierra de la que adueñarse.

—Me costó tres años. Entonces cayó en mis redes.

Da vida a la madre pintándola. Cuenta que ella solía hacer piruetas en la cocina, que cuando se reía echaba la cabeza hacia atrás de tal manera que se le podían ver todos los dientes. Todas las emociones grandes y exageradas. Pero la oscuridad estaba constantemente al acecho; era sensible a los

caprichos de los cambios de estación y a las miradas de la gente. La primavera era lo peor, cuando todo florecía y se quitaba la ropa de invierno y la luz implacable llenaba todos los recovecos. Por eso fue una desgracia que la niña naciera en primavera, cuando los pájaros se pasaban la noche trinando y la madre ya estaba muy delicada. Fue como verla desangrarse lentamente después del parto. Aunque no sufrió ningún daño físico, él se dio cuenta de que se le escapaban las ganas de vivir. Y todo fue muy rápido.

—Tu llegada supuso el golpe de gracia para ella.

La niña, allí sentada y ciega de mirar fijamente el fuego, quiere escapar más que nunca. Pero las garras que el padre hinca en ella son más duras que las del invierno. Él no para de beber, tiene los labios completamente brillantes de alcohol. Cuando las ascuas se han consumido, él no puede levantarse; ella juega con la idea de dejarlo allí, en el frío negro, ese que va directo a la médula y se lleva la vida sin que uno lo note.

Ella entra y pone el café, disfruta del calor y el silencio. La mañana ya ha avanzado, pero la luz se hace esperar, hasta la hora del almuerzo no brillará la capa de hielo sobre la nieve. Se pone un azucarillo entre los dientes y sorbe el café del platillo mientras observa la oscuridad que oculta al padre. No sería la primera vez que alguien se emborrachaba y moría congelado; nadie se extrañaría de ello, al contrario. Pobre niña, dirían, ahora ha perdido al padre y a la madre. Ya no tiene nadie que cuide de ella.

Solo tiene tiempo de disfrutar la primera taza de café antes de que aparezca el miedo. Hay algo con la soledad que ella no sabe manejar, se le asienta en el pecho y no la deja respirar.

La niña baja el trineo hasta el serbal. El padre está tumbado, envuelto en unas pieles de reno y con las botas en el fuego apagado. Tiene cristales de nieve en la barba y en los pelos de la nariz, pero, por lo demás, ningún signo de que el frío esté a punto de llevárselo. La ceniza revolotea como una lluvia alrededor de ambos mientras ella lo arrastra encima del trineo y lo lleva a casa. Él solo abre los ojos una vez, cuando está en la bañera, la agarra del pelo y la mira con los ojos de un hombre joven. El nombre de la madre resuena entre los azulejos. Es un error que solo comete cuando ha estado bebiendo. Creer que la niña es su mujer.

Se separaron. Simón y Felicia eligieron la parte sur del pueblo, el camino que conducía a la granja de Modig. Ella se encargaría de la parte norte. La oscuridad caía rápidamente y el camino que discurría alrededor del lago brillaba traicionero a la luz de la linterna. El agua del deshielo se congelaba y formaba pequeñas películas de hielo sobre las raíces de los árboles y la alfombra de acículas, y Liv tenía que moverse con cuidado para no resbalar. Todo afilado y brillante. Pudo oír el agua del lago chapoteando entre las placas de hielo, pudo vislumbrar las olas negras agitadas a la luz de la luna. La alegría que había sentido durante el día había desaparecido.

Vidar había dejado huellas en el sendero, ella reconoció las gruesas suelas, las mismas huellas que cruzaban de acá para allá el patio de la casa. A él le gustaba pasear por los campos, controlar los movimientos de los vecinos y los cambios estacionales. Iba al bosque casi a diario solo para volver con información de lo que había visto. No se le escapaba nada, conocía aquellos campos mejor que a sí mismo, demasiado bien para dejar que lo devoraran.

Una casa se perfiló entre los árboles. Una luz tenue en las ventanas le hizo apagar la linterna y detenerse vacilante entre los abetos. No podía recordar que hubiera llamado nunca a casa de nadie del pueblo, ni siquiera de pequeña. No había ninguna enemistad declarada, ningún agravio latente, no por su parte. Pero Ödesmark seguía teniendo sus territorios escrupulosamente marcados, y Liv había aprendido muy pronto a no invadirlos. Era una verdad que Vidar repetía a menudo: que los Björnlund no eran muy dados a mezclarse con la gente. «Llevamos la soledad en la sangre», solía decir cuando el profundo invierno extendía su velo sobre los campos, y el frío y el silencio quitaban de en medio a la gente. Pero nunca ofreció ninguna explicación de por qué era así.

Liv se acercó lentamente a la casa. Un aroma a leña de abedul flotaba en el aire y los pájaros trinaban alto, como si una bandada grande se hubiera posado en los pinos y la advirtiera de que no se acercara demasiado. Ella vaciló un buen rato y finalmente llamó a la madera con los nudillos. Sintió el impulso de correr a esconderse en cuanto oyó pasos detrás de la puerta, y cuando abrieron ya había retrocedido hasta las sombras.

Serudia Gunnarsson se volvía cada año más parecida a un pájaro, daba la impresión de tener la cabeza torcida sobre el cuello largo y la piel flácida le temblaba bajo la barbilla.

—¿Quién hay ahí?

—Soy yo, Liv Björnlund.

—¿La hija de Vidar? Pero ¿por qué estás en la oscuridad? ¿Qué quieres? Acércate para que pueda verte.

Liv dio un paso a regañadientes y subió al porche, le temblaba la voz mientras le explicaba lo que pasaba. Serudia la miraba, parecía leer los labios de Liv mientras hablaba, como si hubiera empezado a fallarle el oído.

—A Vidar lo vi yo esta mañana —dijo ella—. Me pareció que se encaminaba arriba, a la turbera, y con prisa.

—¿Sabes qué hora era?

—Era temprano, eso lo puedo asegurar. El sol todavía estaba detrás de los árboles.

Los ojos turbios de Serudia demostraban que no veía muy bien. La mujer extendió una mano venosa buscando a tientas a Liv. Sus dedos descarnados la agarraron con una fuerza asombrosa.

—Entra al calor, pobre criatura. No te quedes aquí fuera, que te vas a congelar.

Pronto estuvo sentada a la mesa de la cocina de la anciana, que daba al lago. Se veían las luces de la granja de Modig al otro lado, y a ella le pareció oír voces que se propagaban a través del bosque y llegaban hasta ellas, allí, al calor de la estancia.

Serudia no se conformó con el café, enseguida puso sobre la mesa el tradicional pastel de queso para el café, la mermelada de mora de los

pantanos y tres tipos de pastas.

—No te molestes, no saques tantas cosas.

—A algo podré invitarte, ¿no? Una no ve todos los días a la hija de Vidar.

Parecía realmente contenta por la visita, la animaba a comer y miraba fijamente a Liv con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer realmente que ella estaba allí, sentada a su mesa.

—No puedo quedarme mucho tiempo, tengo que salir a buscar a papá.

—Vidar estuvo aquí anteayer —dijo la anciana.

—¿Papá ha estado aquí, en tu casa?

Liv miró a su alrededor en la habitación, decorada con lo estrictamente necesario, como si esperara ver a Vidar escondido en algún polvoriento rincón. La vieja se sonrojó como una colegiala y se toqueteó la trenza plateada que le caía por encima del hombro.

—Estuvo aquí y echó un vistazo a mi cocina de leña. Me ha dado problemas todo el invierno, pero Vidar la arregló en un santiamén. Tiene buenas manos para arreglar cosas, tu padre. Siempre las tuvo.

—No ha dicho nada de que había estado aquí echándote una mano.

—Si no fuera por Vidar, mi casa se habría caído hace mucho tiempo, bien lo saben los dioses. Y nunca ha querido saber nada de dinero, a pesar de que yo he insistido. Una también quiere hacer las cosas bien.

A Liv el pastel de queso se le hizo una bola en la garganta mientras intentaba asimilar aquella información tan inaudita. Los ojos de la anciana parecían aún más velados a la luz de la lámpara de la cocina, y Liv se preguntó si la mujer solo veía lo que quería ver, porque no podía creer que Vidar hubiera estado allí, ni que la ayudase a menudo con la casa, sin cobrar el trabajo. Parecía una mentira poco creíble, o algo que sucedió en un tiempo ya desaparecido.

—¿Estás segura de que lo viste esta mañana?

Serudia volvió la mirada hacia la oscuridad exterior. Pudieron ver los movimientos de los árboles a la luz de la luna, la débil luz del atardecer reflejada en el lago.

—Pasó corriendo por aquí al amanecer. Fuera apenas había luz, pero Vidar a mí no se me despinta.

Algo en la voz de la anciana hizo que a Liv se le cortara la respiración.

—No he visto correr a papá desde hace veinte años.

—Pues iba corriendo. Corría como si tuviera un lobo pisándole los talones.

* * *

Tan pronto como consiguió conciliar el sueño, llegó el disparo. La oscuridad no le sirvió de protección, la bala le acertó de todos modos. Corría en sueños hacia lo más profundo entre los árboles. Los abetos le abofeteaban la cara y la sangre caliente le corría por el cuello como si fuera sudor. Liam no podía ver dónde terminaba el bosque y dónde comenzaba el cielo, todo cuanto oía era latos de Gabriel que resonaba desde todas las direcciones, y supo que estaba corriendo en círculos. Cuando llegó el disparo, solo sintió alivio; ahora todo había terminado. Ahora podía despertarse.

Su padre siempre había enfrentado a un hijo contra el otro, desde que eran pequeños. Algunos recuerdos tempranos cruzaron la cabeza de Liam, de aquellas mañanas en que su padre estaba con resaca y sentía pena de sí mismo. A veces quería que ellos fueran a sentarse con él. Le pedía a Liam que abriera la ventana, incluso en invierno, de manera que la nieve entraba directamente y se posaba como una colcha brillante sobre el polvo y los cactus del desierto de Arizona que su madre había importado. Era como estar sentados en un montón de nieve sin ropa ni fuego, y cuando a Liam y a Gabriel les empezaban a castañetear los dientes, su padre decía que se acercaran y lo refrescaran.

—Venid aquí, tunantes. ¡Antes de que me queme por completo!

Entonces tenían que acostarse en el sofá al lado de su padre mientras él fumaba cigarrillos Gula Blend y sudaba el vodka de la noche anterior. Le olían mal las axilas, y sin embargo Liam había disfrutado de aquellos

momentos. Los había vivido como algo grande y un poco peligroso, ¡poder estar tan cerca de papá! Como estar tras un matorral y ver pasar un animal grande justo al lado. Un animal que en cualquier momento podía darse la vuelta y atacar.

A Gabriel le estaba permitido tener el encendedor. Él ahuecaba la mano alrededor de la llama cada vez que su padre se ponía otro cigarrillo entre los labios. Liam tenía que conformarse con el cenicero, que posaba sobre su delgado pecho de niño, justo entre las costillas, y cada vez que soplaba el viento a través de la ventana abierta la ceniza le iba a los ojos.

Su padre no solía abrazarlos, pero a veces rozaba las mejillas sin afeitar contra las de ellos tan fuerte que les escocía la cara.

—Es una suerte que seáis dos —dijo él—, porque cada rey debe tener al menos dos herederos cuando muera. Y yo no tengo ningún favorito, que lo sepáis. Cuando yo muera, tendréis que pelear entre vosotros por el trono. Yo no pienso meterme en quién va a heredar qué.

Gabriel y Liam se miraron el uno al otro, por encima del pecho peludo de su padre, y ya entonces se percibió en el aire que existía una lucha entre ellos.

* * *

Ella podía oír los gritos desde el otro lado del lago, la voz de Simón cortaba el aire, clara e incansable.

El bosque se volvía más denso en el lado norte del pueblo. Los árboles la arañaban y la golpeaban a su paso, y en el suelo se había formado una nueva capa de hielo que brillaba peligrosamente bajo sus pies. Las sombras se movían cuando las barría con la linterna, se arrastraban y reptaban de un lado a otro bajo la luz. Cuando gritó el nombre de Vidar, no reconoció su propia voz.

Todos los recuerdos pasaron por delante de ella, como pequeños *flashes* de otros tiempos, de cuando tenía costras en las rodillas y el pelo enmarañado, y el bosque era un regazo seguro donde desaparecer. Vidar

había tratado de asustarla con historias de troles y otros monstruos para que se quedara en casa, pero aquello solo la había empujado a adentrarse aún más en la oscuridad de los abetos.

Jadeaba demasiado como para oír que se acercaba alguien. De pronto, una mano en su espalda hizo que se volviera tan bruscamente que la linterna se le cayó en el manto del bosque y se apagó. La figura de un hombre apareció en el camino, delante de ella; solo pudo distinguir su silueta tosca y el aliento helado. Desprendía un olor que ahogaba el aroma de las coníferas. Ella se inclinó y buscó a tientas la linterna; sintió el frío húmedo que subía del suelo.

Lo apuntó directamente con la luz de la linterna y vio como él retrocedía ante el potente haz de luz.

—Karl-Erik, ¡casi me matas del susto!

El hombre se protegió con un puño peludo, y ella pudo distinguir su rostro lleno de arrugas, la barba cayéndole por encima del pecho.

—¡Qué manera de gritar, se os oye hasta dentro de casa! ¡Ni que se estuviera quemando todo el pueblo!

—Estamos buscando a papá, lleva desaparecido desde esta mañana.

—No jodas. Vidar nunca ha sido de los que se pierden.

Karl-Erik Brännström era el solterón más viejo del pueblo. Era más joven que Vidar, pero nunca llegó a casarse. Eran parientes, aunque eso era algo de lo que a Vidar no le gustaba presumir. Solía decir que Karl-Erik era un mal perdedor que bebía demasiado, y que a un hombre así no se le podía tener en lugares decentes. De niña, a Liv le encantaba Karl-Erik, a pesar de que olía a cerveza y cantaba canciones de amor desafinando. A veces lloraba como un niño, pese a ser ya un hombre adulto, y Vidar decía que uno debía tener cuidado ante semejante debilidad, que era contagiosa.

Pero Karl-Erik parecía todo menos débil cuando se plantó en el camino delante de ella, balanceándose sobre sus sólidas piernas.

—¿No lo has visto?

—La última vez que vi a Vidar iba sentado tras el volante y tú ibas en el asiento de al lado, como haces siempre.

Liv puso la linterna entre ambos para que pudieran verse mejor. Karl-Erik retrocedió al verla y dejó escapar un silbido. Un dulce aroma a licor

llenó la oscuridad a su alrededor.

—A veces te pareces tanto a tu madre que uno se queda aterrado.

Eso ella no se lo esperaba. Eran pocos los que recordaban a Kristina a esas alturas, y menos aún los que hablaban de ella. A veces tenía la impresión de que su madre solo era una invención más de Vidar, otro peso que cargar sobre su cabeza.

La voz de Simon le llegó a través del bosque, ahora era a ella a quien llamaba. No lo veía, solo podía vislumbrar las linternas que atravesaban el mar de abetos.

—Tengo que irme, antes de que piensen que yo también me he perdido. Pero puedes mantener los ojos abiertos, ¿de acuerdo?

Los dientes de Karl-Erik brillaron entre la barba.

—Si tienes suerte, habrá desaparecido para siempre.

OceanofPDF.com

OCTUBRE DE 2000

El padre desaparece al anochecer con la escopeta al hombro. La chica está sentada junto a la ventana viéndolo partir, ve sus propios ojos en el cristal. El pecho se expande, los hombros se relajan; ahora puede respirar. No enciende ninguna lámpara, solo el rescoldo de los cigarrillos reflejándose en la ventana de la cocina. Enciende un cigarrillo con la colilla del anterior. Está pensando en poner música y bailar. Llamar a gente y pedirles que vengan. Aprovechar la libertad. Pero no llama a nadie, no tiene a nadie a quien llamar; se queda sola en la oscuridad y en la soledad.

De madrugada empieza a pasear de un lado a otro por el crujiente suelo. Su mirada se dirige incesantemente hacia la noche, pero todo cuanto ve es su propia cara y el miedo agazapado en su interior; sus ojos se vuelven más grandes y más negros. Enciende una vela y la pone en la ventana. La llama se agita con su respiración. Quizá él vuelva. El humo de los cigarrillos se ha extendido como una niebla en la cocina, le escuecen los ojos. Ella ya no piensa en bailar, la sensación de libertad ha desaparecido.

La casa cruje con el viento, ella está acostada en la cama y cree que es el padre. Oye sus pasos sordos por las escaleras. Pero la puerta permanece cerrada.

Cuando amanece, todavía no se ha dormido. Toma café y dibuja monstruos en el vaho del cristal helado de la ventana. La escarcha brilla en los árboles y fuera hace demasiado frío, demasiado frío para que una persona sobreviva. La idea la estremece. Piensa en lo que va a hacer ahora: tiene que preparar las maletas, pero solo con ropa ligera. Allá a donde se

mudará no hay invierno. El día transcurre tranquilo, casi consigue sentirse alegre de nuevo. Pone música, deja que resuene en las paredes.

La música está tan alta que ella no lo oye llegar. Es casi la hora del almuerzo y el alce está despiezado sobre la plataforma de la camioneta. La decepción y el alivio se disputan sus latidos cuando él entra en el pasillo. Se sientan en la cocina a comer y contemplan la imponente cornamenta que él ha dejado en la hierba. El padre cuenta cómo ha pasado la noche, el frío y las largas horas antes de que volviera la luz. Le habla de todo lo que se mueve bajo la niebla del amanecer y del peso de la escopeta contra el cuerpo. Ella le pregunta si le ha acertado al primer tiro y a él le brillan los ojos. Lo más importante es la paciencia, dice él, no ponerse demasiado nervioso.

Él le pregunta qué tal ha pasado la noche y ella baja la mirada, avergonzada.

—¿No tendrás miedo a la oscuridad?

—La próxima vez quiero ir contigo.

Él asiente y sonríe. Claro que podrá ir. La próxima vez.

Pero llega un nuevo otoño y luego otro más, y cada vez el padre coge la escopeta y se marcha solo. La deja con el miedo y la libertad y los ruidos del viento en la vieja casa. Hasta mucho tiempo después ella no comprende que él también tiene miedo. Demasiado miedo para poner un arma en las manos de ella.

Se abrió paso a oscuras hasta la casa de la viuda Johansson sin encender la linterna. Una farola solitaria en el jardín le dio la bienvenida junto con los perros. Sus cadenas chirriaban en medio del silencio. El cristal oscuro de la ventana le devolvió la mirada; no había ni una lámpara encendida. Ella entreabrió la puerta y lo llamó, y como no obtuvo respuesta entró de todos modos. Se deslizó por el pasillo como había hecho tantas veces, dejó atrás la cocina y la sala de estar y todos los muebles viejos. Se detuvo en el umbral del dormitorio. La cama estaba hecha y solo los ojos brillantes de la cabeza del alce se cruzaron con los suyos. Johnny no estaba allí. Cuando giró el interruptor descubrió que el piso estaba cubierto de pisadas llenas de barro que entraban y salían de la habitación, como si a él se le hubiera olvidado quitarse los zapatos.

Entró en la cocina y encendió uno de sus cigarrillos. Quizá trabajaba hasta tarde en el aserradero. Ella no conocía sus rutinas. No tenían una relación de esas en las que uno sabía los horarios del otro. Ella nunca había tenido una relación así. Se acercó a la ventana y comprobó que el coche no estaba. Abrió el frigorífico y miró la comida que había, no era mucha: un paquete con seis cervezas y un bote abierto de salchichas de la marca Bullen, una mantequillera y un frasco de remolacha roja en conserva. Los restos del queso al que él trató de invitarla. Volvió al dormitorio y sintió un deseo repentino de fisgar entre sus cosas. Dejó el cigarrillo entre los labios mientras abría las puertas del armario y los cajones de la cómoda. No había gran cosa: una triste colección de vaqueros desgastados y camisas oscuras de franela. Camisetas con grupos de *rock* de los años ochenta.

Sacó el móvil y pensó en enviarle un mensaje. «Estoy en tu habitación —iba a escribir—. Papá ha desaparecido». Miró la pantalla y se dio cuenta de que no tenía su número. No tenía nada más que la casa de la viuda Johansson y todo lo que había ocurrido en la cama de la muerta. Él

trabajaba en el aserradero y conducía un Ford, eso era todo lo que ella sabía. Nunca le había hecho ninguna pregunta, no había querido hacerlo. Y ahora se arrepentía de ello.

Todavía gritaban el nombre de Vidar al otro lado del lago. La inquietud que revelaba la voz de Simón la dejó consternada. Echó a correr a pesar de que su cuerpo se resistía, le dolía todo. Cuando llegó a la granja de Modig, el grupo se había dividido. Vio la luz de sus linternas fluctuar entre los árboles. Las voces parecían llegar con el viento desde todas las direcciones.

Douglas fue el primero al que se encontró. Se movía torpemente; su enorme barriga le tensaba el cinturón. Cuando ella le puso una mano en el hombro, él se dio la vuelta como si lo hubiera asustado.

—¡Liv, pero si estás aquí! ¿Dónde demonios has dejado a tu padre?

—Eso me pregunto yo también.

—Dice Simón que lleva todo el día desaparecido.

—Seguro que vuelve pronto.

Douglas pestañeó.

—Vidar ya no es un chaval.

—Papá está más despierto que todos nosotros.

—Sí, siempre ha sido un tipo despejado, pero eso no es un seguro de vida.

La rabia surgió de la nada y le ardió en la boca del estómago. Douglas Modig no era ajeno a las desgracias: su granja se quemó diez años atrás y su negocio nunca se había recuperado. Había heredado la granja lechera de su padre y, a juzgar por los rumores que corrían en el pueblo, estaba a punto de perderlo todo. Y ahora estaba allí, con una sonrisa dibujada en la cara ante la desgracia ajena, como si pensara que la fatalidad había dejado de cebarse en él y había elegido a otra víctima.

Una mujer salió de la oscuridad detrás de él y abrazó a Liv, un abrazo fuerte que la dejó sin aire. Eva Modig era baja y robusta, llevaba el pelo rapado y no se le escapaba nada. Vidar solía decir que ella era más hombre de lo que Douglas llegaría a ser nunca, y que si no hubiera sido por ella la

granja habría sucumbido hace mucho tiempo. La mujer llevó aparte a Liv y la miró con ojos picarones.

—Pero si suele ser Vidar quien corre por ahí buscándote a ti, nunca al contrario.

—Alguna vez tenía que ser la primera.

—Simón está aquí casi a diario, pero Vidar no suele aparecer casi nunca por nuestro lado del lago.

—Serudia asegura que lo ha visto esta mañana desde su ventana.

—Esa vieja está ciega como una gallina —dijo Douglas—. No me fío nada de sus afirmaciones.

Eva introdujo un dedo debajo del labio y sacó el tabaco *snus*.

—Es mejor que esperamos a que se haga de día. Aquí fuera está oscuro como la boca de un lobo.

—En realidad no estoy preocupada —dijo Liv—. Papá siempre ha sabido cuidar de sí mismo.

Era cierto, si alguien sabía cómo sobrevivir sin un techo sobre la cabeza, ese era Vidar. Ni la oscuridad ni el frío lo arredraban. Conocía el bosque mejor que a las personas, y fuera no había nada que pudiera hacerle daño. Aun así, su malestar fue creciendo en su pecho al reparar en las miradas de Eva y de Douglas, en sus caras de preocupación a la luz de las linternas, como si ellos vieran algo que ella era incapaz de ver.

—Si mañana no ha vuelto, nos llamas —dijo Eva—. Nosotros tenemos perros y quads a nuestra disposición.

—Gracias, pero no será necesario.

Se oyó un crujido de ramas cuando aparecieron los jóvenes de entre la espesura, sus sombras estaban tan entrelazadas que resultaba difícil distinguir si había más de una persona. Hicieron muecas cuando Liv les enfocó la cara con la linterna. Moqueaban y tenían las mejillas coloradas; a Felicia se le había corrido el maquillaje con el frío. Ella no se parecía a Douglas ni a Eva; el cabello azul y su aspecto extravagante la convertían en alguien muy suyo. A Liv le costaba creer que la chica tuviera diecinueve años. Era lo suficientemente mayor como para abandonar Ödesmark.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Simón.

—Todavía no, pero es mejor que nos vayamos a casa. No me sorprendería que a estas horas estuviera allí esperándonos.

Era casi medianoche cuando entraron en casa y colgaron la ropa. La perra de Vidar meneaba desamparada la cola y daba vueltas alrededor de los pies congelados de Liv y de Simón, y la habitación de Vidar continuaba oscura y silenciosa. La cama estaba mal hecha, igual que antes. Simón se adelantó y abrió de nuevo la puerta del armario, como si esperara que Vidar fuera a salir de un salto, que todo aquello no hubiera sido más que una broma pesada. La cerradura negra de la caja fuerte les devolvió la mirada.

—No está aquí.

—No, ya lo veo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Si mañana aún no ha regresado, tendremos que llamar a la policía.

—Dijiste que él nunca nos perdonaría que mezcláramos a la policía en esto.

—No queda más remedio, tenemos que encontrarlo.

Liv preparó té y encendió la chimenea; ninguno de ellos quería ir a acostarse y se sentaron muy juntos frente al fuego. Eran muy pocas las ocasiones en que podían estar solos y se sentían raros, casi un poco tímidos. Aunque la inquietud seguía flotando en el aire, ninguno de los dos quería hablar de Vidar. Permanecieron sentados en silencio mirando las crepitantes llamas y la oscuridad que presionaba contra los cristales de las ventanas. Simón estaba tumbado con la cabeza sobre las rodillas y Liv le acariciaba el cabello con los dedos como había hecho hacía muchos muchos años. Contemplaba las llamas con la mirada vacía, borracha de cansancio.

—Así que Felicia es tu amor secreto. Nunca me lo habría imaginado.

Debajo del cabello sentía el calor de su cabeza.

—¿Por qué no?

«Hay tantas chicas... —habría querido decir—. El mundo está lleno de ellas. ¿Por qué enamorarse de la única que vive en Ödesmark?». Pero no quería estropear aquel rato juntos, no quería dejar de peinarle el pelo con los dedos.

—No sé, pensé que tal vez habías conocido a alguien por internet. Alguien que vivía más lejos.

—No creías que fuera capaz de relacionarme con alguien en la realidad, ¿a que no?

—No quería decir eso.

Él giró la cabeza a un lado y le retiró la mano. Últimamente resultaba muy difícil saber lo que tenía que decir. Ella buscaba constantemente las palabras adecuadas, las que pudieran cerrar la brecha, acercarlos el uno al otro.

—Felicía no es como las demás —dijo él—. A ella no le importa lo que diga la gente, no cree en tonterías. Se forma su propia opinión.

—Eso está bien.

—Pero al abuelo no le gusta.

—Al abuelo no le gusta nadie.

Él giró la cabeza para que pudieran verse.

—¿Por qué haces siempre lo que él dice?

—No lo sé —contestó ella—. Quizá porque así es más fácil.

—Eres adulta, puedes hacer lo que quieras.

—No siempre es tan sencillo.

Parecía más pequeño en la oscuridad, más joven. Había sido muy fácil contestar a sus preguntas cuando era pequeño, muy fácil contarle alguna historia cuando no sabía la respuesta o no podía decirle la verdad. Pero aquel tiempo había terminado, y ahora él la miraba directamente a los ojos y veía las mentiras que se habían ido enredando allí dentro y la ahogaban.

—Nunca conduces —dijo él—, a pesar de que tienes permiso de conducir. Eres patética.

—Hoy he conducido el coche.

—Sí, porque el abuelo no estaba. De lo contrario te habrías sentado en el asiento del copiloto, como de costumbre.

Liv miró el fuego, parecía que las llamas se reían de ella. Era algo que él había empezado a hacer últimamente: cuestionar su falta de independencia. Lo hacía con la misma voz viperina que empleaba Vidar cuando quería ponerla en su sitio. Se preguntó si él era consciente de ello, de lo parecidos que eran.

Parpadeó antes de caer dormido. Liv permaneció completamente quieta, sintiendo cómo él se separaba de ella. Dejándola sola en la oscuridad. Vio cómo se consumía el fuego hasta que no quedaron más que las ascuas, mientras esperaba escuchar los pasos de Vidar en el porche. No sabía qué la asustaba más: no volver a verlo nunca o que apareciera por la puerta como si no hubiera pasado nada.

* * *

Liam se notó el cuerpo inquieto por la noche. Se sentó en la oscuridad y escuchó la respiración de Vanja mientras dormía. No quería sentarse demasiado cerca, tenía miedo de que su propia angustia se extendiera a ella y la sacara del sueño. Era una niña sensible para esas cosas; absorbía los sentimientos de quienes la rodeaban y los hacía suyos. Todo lo suyo se le contagiaba a ella, toda su vergüenza y todos sus fracasos dejaban su impronta en la niña. Aquel pensamiento no lo dejaba vivir. Tenía que mejorar, no había alternativa.

Su pesadilla siempre había sido que terminaría como su padre. El padre que se había destrozado trabajando en el aserradero desde los catorce años, que había pagado impuestos y comprado la bebida en el Systembolaget^[4] como un buen ciudadano, para morir antes de los cincuenta. El padre que les había emponzoñado la existencia con su ira y su resignación, y que en su lecho de muerte le echaba la culpa al trabajo. Lo había dado todo en el aserradero, pero nunca recibió nada a cambio, no tenía ni cuatro perras que dejarles. «Haced algo con vuestras vidas —les había espetado cuando estaban inclinados sobre él en la cama del hospital—, sacadle provecho, joder».

Liam salió con sigilo en medio de la noche para fumar. Los perros se movieron tras las rejas, sus ojos brillaban en la oscuridad y los azotes de las colas emitían silbidos. En la casa grande había dos ventanas encendidas. Él

podía imaginarse a su madre allí dentro, la melena larga y los tejidos envolventes, revoloteando como una polilla en su castillo solitario. Dormía mal, a menudo solo unas horas antes del amanecer. «Tengo demasiadas cosas en la cabeza», solía decir ella. Liam sabía a qué se refería. No se lo habían puesto fácil, ninguno de ellos. Y no importaba que pasara el tiempo y que el padre hubiera muerto, porque todos los malos recuerdos resonaban aún en las paredes de la casa, se cernían sobre todos ellos como una tormenta inminente. Liam se arrimó a la pared para que ella no pudiera verlo, y se preguntó qué sería de ella si se descubriera la verdad, si se enterara de que su hijo mayor era un asesino. Eso le haría perder el juicio definitivamente y ningún perro ni ninguna piedra del mundo podrían salvarla entonces.

* * *

Se despertó cuando Vanja presionó los panecillos en el tostador. Estaba subida en una de las desvencijadas sillas de la cocina y su pelo era como un manto brillante cayendo sobre su delicada espalda. El café hervía. Cinco años y ya sabía preparar café, un recordatorio vergonzoso de todas las mañanas en las que ella había tratado de cuidarlo cuando él estaba fuera de combate. Se parecía a él, la pobre; el antojo que tenía debajo de la oreja y que parecía una frambuesa era igual que el que él tenía en la espinilla. Al principio, Jennifer le había gritado que Vanja no era suya, pero ahora a nadie se le ocurriría decir eso.

No le gustaba pensar en Jennifer. La última vez que supo algo de ella era que se había escapado del centro de rehabilitación, se había largado al sur y seguía con las drogas. Cosas duras. Llevaba tanto tiempo fuera que Vanja había dejado de preguntar por ella. Casi como si nunca hubiera existido.

Se levantó del colchón y se acercó a su hija, levantó la persiana y dejó que entrara el sol.

—Estoy preparando el desayuno.

—Ya lo veo, qué bien. ¿Quieres sentarte a dibujar mientras yo continúo?

Comieron pan tostado con mermelada y escucharon el caos que se desató en la perrera cuando su madre entró para dar de comer a los perros. Parecía que fueran a destrozarla.

—Tienes los ojos muy grandes —dijo Vanja.

—¿De verdad?

Fue al baño y vio que tenía los párpados muy hinchados y el blanco de los ojos de un color rosa enfermizo. Se enjuagó con agua fría durante un buen rato y, cuando terminó, Vanja estaba sentada en la tapa del váter mirándolo.

—¿Sigues enfermo todavía?

—No, ya me siento mejor.

—¿Voy a ir hoy al colé?

Él observó su propia mirada en el espejo; los ojos inyectados en sangre lo asustaron, realmente parecía enfermo. Había una bolsa de pastillas detrás del espejo tentándolo. Ahora estaba cerca, sintió que estaba a dos pasos de hundirse. Le temblaba la mano cuando abrió el armario del baño y sacó la maquinilla de afeitar, intentando no mirar las pastillas.

—Sí, hoy tienes que ir al colé, porque yo voy a buscar trabajo.

—¿Con Gabriel?

Liam se extendió la espuma de afeitar por las mejillas y proclamó con determinación:

—No, con Gabriel no. Voy a buscar un trabajo de verdad, para que podamos construir la casa de la aurora boreal.

Ella soltó un pequeño grito de alegría, se abrazó a sus piernas y se aferró a ellas mientras él se afeitaba. Cuando terminó, le cepilló y le trenzó el pelo a la niña. Se había tragado un sinfín de vídeos de YouTube antes de dominar aquel arte, decidido a impresionar al personal de preescolar desde el primer día. No quería darles ni un motivo para que pensasen que él no era un buen padre.

Estaban el uno al lado del otro en la alfombra del baño cepillándose los dientes, luego escupieron en el lavabo al mismo tiempo e intercambiaron unas grandes sonrisas blancas. La risa de Vanja prendía pequeños fuegos en el pecho de él, lo llenaba de vida y de calor. Cuando dejaron el garaje y

salieron a la luz del sol, se dio cuenta de que no había pensado en Vidar Björnlund durante un buen rato. La noche en Ödesmark solo era un mal sueño mientras caminaba junto a ella. Casi como si no hubiera ocurrido nunca.

* * *

Liv tenía seis años cuando la policía llegó a Ödesmark. Entraron sin quitarse las chaquetas ni los zapatos y sus voces retumbaban en las paredes. Ella estaba sentada debajo de la mesa de la cocina y vio las huellas húmedas que ellos dejaban en el polvo. Las esposas brillaban en sus cinturones y a Vidar le temblaban las rodillas bajo la mesa. Entonces ella puso su mano encima del desgarrón de sus vaqueros y le acarició la piel húmeda que sobresalía por debajo. Lo acusaban de caza furtiva y era la primera vez que ella lo veía realmente asustado. Su voz se volvió tan discreta como los copos de nieve que rozaban las ventanas y, cuando los policías salieron para registrar el cobertizo donde se hacían las matanzas, él alargó una mano por debajo de la mesa y agarró la suya.

«¿Te van a meter en la cárcel, papá?».

«No, no lo voy a permitir. Tendrán que pasar por encima de mi cadáver».

Pero todo cuanto ella oyó fue miedo, y pronto aquel miedo se deslizó de la mano de su padre a la suya, hasta el estómago, y allí empezó a dar vueltas y más vueltas, como un animal ciego. Cuando uno de los policías se inclinó sobre Vidar y le gritó al oído, el miedo se volvió tan grande que los pantalones se le llenaron de pis.

La vejiga se le contrajo de nuevo cuando vio los faros entre los abetos. Simón estaba junto a la ventana y vio el coche de policía cruzar la barrera levantada y aparcar en el camino de entrada. La seriedad alrededor de sus ojos hacía que se pareciera tanto a Vidar que a ella se le olvidó respirar. Desde que dejó atrás la más tierna infancia, era evidente que había heredado las mejillas y la barbilla de Vidar, y su cuerpo correoso, con esos brazos tan

largos que parecían más un estorbo que otra cosa. Al mirarlo ahora, era al padre a quien veía. El parecido le ardió en el pecho.

Simón no sabía nada del golpe contra la caza furtiva en la década de los ochenta, que amenazó toda su existencia y estuvo a punto de sacarlos de quicio. Los policías habían crecido en su memoria como unos monstruos sin rostro que vestían uniformes ajustados. El miedo a que se llevaran a Vidar y lo metieran en la cárcel fue peor que cualquier cosa que ella hubiera experimentado. Él era todo cuanto ella tenía; si lo perdía no podría sobrevivir. Al menos eso era lo que ella creía de niña, y quizá lo seguía creyendo. Puede que por eso nunca consiguiera abandonarlo ni a él ni a Ödesmark.

Se había pasado toda la noche dando vueltas por la casa, y cuando aparecieron las primeras luces del alba llamó a la policía, a pesar de todos los recuerdos y del miedo a la furia de Vidar. Ahora estaba en silencio al lado de Simón, mirando a un hombre alto que bajaba del vehículo, con uniforme ajustado y venía solo. Fue Simón quien tuvo que ir a abrir mientras Liv se quedaba como paralizada en la cocina, apretando el frasco de linimento hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

Cuando el policía entró en la cocina, ella respiró.

—¿Solo eres tú?

Hassan miró a su alrededor.

—¿Solo yo? —dijo él—. De hecho, me han nombrado el mejor policía de Arvidsjaur no solo una, sino dos veces.

El policía sonrió y barrió la cocina con los ojos: las desgastadas puertas de los armarios, la perra, la silla vacía junto a la ventana donde Vidar debería estar sentado...

—Ah, ¿así es como vivís?

—¿Os conocéis? —preguntó Simón.

—Bueno, tanto como conocernos... Hassan suele comprar en la gasolinera.

Liv sacó otra taza de café y le pidió que se sentara. Él lo hizo enfrente de Simón y extendió la mano por encima de la mesa para saludarlo. Ella se alegró de que fuera Hassan, una cara conocida, aunque su presencia hizo que se sintiera insegura. Su voz sonó excesivamente aguda cuando empezó

a hablar de Vidar, de la cama vacía y del periódico de la mañana en el buzón. No había conducido, porque el coche estaba en la entrada, lo cual significaba que debía de haber salido al bosque. No había nada raro en ello, lo hacía cada dos por tres, pero nunca había pasado fuera un día entero sin decir nada, salvo cuando se trataba de cazar. Y aún hacía frío por las noches. Demasiado frío para andar por el bosque.

Simón habló sobre la búsqueda de la noche anterior, que habían alumbrado con linternas en la oscuridad y lo habían llamado sin obtener respuesta. Felicia y él habían dado una vuelta alrededor de todo el lago, pero no habían encontrado nada. Liv le contó su conversación con Serudia, donde la vieja aseguraba que había visto a Vidar corriendo como si lo persiguiera un lobo, aunque eso no había que tomárselo muy en serio. Solo había que mirarla para darse cuenta de que ya no veía mucho, aparte de los fantasmas que tenía en la cabeza.

Hassan escuchó con atención. Sus enormes manos reposaban sobre el tablero de la mesa, y no se tomó la molestia de apuntar lo que ella dijo. Algo en su mirada se le deslizó a Liv debajo de la piel, que empezó a arderle.

—¿Cuántos años tiene Vidar?

—Tiene ochenta años.

—¿Sufre alguna enfermedad?

—La edad está empezando a pasarle factura, claro, pero por lo demás está sano como una manzana. Nunca está enfermo.

—Solo tiene molestias con el entumecimiento —dijo Simón.

—¿Entumecimiento?

—Sí, el cuerpo se le queda rígido cuando duerme, especialmente las manos. No las puede cerrar cuando se despierta, los dedos se le quedan como garras.

Simón levantó una mano y se lo demostró.

—Se está medicando.

—¿Tiene algún problema con la memoria?

—Nunca —respondió Liv—. Más bien al contrario, no se le olvida nada.

—¿Ha expresado o mostrado alguna señal de que estuviera cansado de la vida?

—No —contestaron ambos a la vez.

En el patio, el serbal se balanceaba con el viento, parecía como si el viejo árbol se riera de ellos.

—Él nunca se suicidaría —dijo Liv—. Le parece lo más cobarde que puede hacer una persona: quitarse de en medio antes de que la vida haya acabado con uno.

La chaqueta de Hassan crujió cuando se levantó y entró en la habitación de Vidar. Liv y Simón se quedaron en la puerta mirando mientras él rebuscaba, sacando los cajones y abriendo las puertas del armario. Liv sintió que se le encogía el estómago cuando él pestañeó al ver la caja fuerte.

—¿Cómo iba vestido cuando se fue? ¿Lo sabéis?

—Su chaquetón de invierno no está —dijo Liv—. Ni las botas. No me explico cómo consiguió atarse las botas por la mañana tan temprano.

La perra estaba tumbada con la cola pegada al cuerpo y los seguía con la mirada atenta. A Liv le habría gustado poder hacer lo mismo. Acurrucarse y esconderse, como aquella vez hacía ya tanto tiempo, cuando Vidar le agarró la mano por debajo de la mesa con tanta fuerza que tuvo miedo de que le rompiera los dedos.

Hassan se movió por la casa, habitación tras habitación, y continuó fuera en el granero y los cobertizos. Ellos estaban en la ventana y vieron cómo lo azotaba el viento cuando cruzó el patio. Soplaban en ráfagas a través del bosque, los árboles se agitaban y temblaban y las hojas se perseguían unas a otras sobre la hierba muerta. Simón, que seguía al lado de Liv, se impacientó.

—Esto no es más que una pérdida de tiempo —dijo—. Voy a ir a buscarlo.

Salió al pasillo y empezó a atarse los zapatos. Liv lo siguió de mala gana. Cuando se encontraron con Hassan en el camino de entrada, había comenzado a nevar. Pequeños copos que picaban como agujas contra la piel por efecto del viento y que desaparecían tan rápido como habían llegado.

—He pedido un agente con un perro adiestrado —informó Hassan—. Pero vienen desde Piteå, así que puede pasar un rato antes de que

aparezcan.

—Vamos a buscar por nuestra cuenta —dijo Simón—. No podemos quedarnos aquí sentados sin hacer nada.

Era tan alto como el policía, pero más delgado. Su voz había adoptado un tono hostil, que hizo que ella se avergonzara y se le tensara el rostro. Simón se subió la capucha para protegerse de la nieve y empezó a caminar hacía la linde del bosque. Le hizo un gesto impaciente con la cabeza a Liv para que lo siguiera.

—¿Estáis realmente seguros de que no ha viajado a ninguna parte? —preguntó Hassan.

—Pero si está aquí el coche —dijo Liv, señalando el Volvo.

—Puede haberlo recogido alguien abajo, en la carretera.

—¿Quién podría ser?

—¿Algún amigo o conocido?

Liv buscó a Simón, que ya había desaparecido entre los árboles. Negó con la cabeza.

—Papá no tiene amigos.

* * *

Sintió que le fallaba el valor en el mismo momento en que dejó a Vanja. Las noticias de la radio tableteaban mientras él conducía a través del pueblo, todavía ni una palabra sobre Vidar Björnlund, pero ya no tardaría mucho. Antes de que se desatara el infierno. Pero él no podía rendirse sin más, tenía que seguir adelante. Era ahora o nunca, si quería poner orden en su vida. Le darían trabajo en el aserradero, estaba seguro de ello. El jefe de su padre se lo había prometido en el entierro. «Mi puerta está siempre abierta», había dicho, y Liam y Gabriel intercambiaron unas miradas rápidas que decían que preferían morir antes que aceptar la oferta. Seguía pensando lo mismo. La mera idea de ponerse el mono azul de su padre hizo que se le agriara la boca. Era una regla que con los años habían ido desarrollando entre los dos: no fumar nunca la misma marca de tabaco ni beber la misma cerveza ni

ponerse el mismo mono que su padre. El día que lo hicieran, estarían acabados.

Lo que fuera, con tal de librarse del aserradero. Tomó la salida y entró en la gasolinera, aparcó junto a uno de los surtidores y permaneció sentado. Buscó con la mirada a la hija de Vidar Björnlund a través de la amplia ventana, esperando que estuviera allí dentro como una prueba de que todo seguía igual que siempre, que la noche en Ödesmark solo había sido un mal sueño. Pero ella no estaba allí, era el dueño en persona quien estaba detrás de la caja. Era un hombre bajito con profundas arrugas de la risa. Su forma relajada de moverse daba a entender que era una persona satisfecha con su vida, uno de esos que pensaban bien de los demás y podían mirarlos a los ojos sin incitar a una pelea. Una persona como Liam quería ser.

Habían mangado cosas en la gasolinera más veces de las que podía recordar. Gabriel todavía lo hacía cuando le daba por ahí. Se metía un Snickers dentro de la cazadora por pura inercia, más por costumbre que por necesidad. Pero hacía mucho tiempo que no los habían pillado. Desde aquel verano cuando Liam tenía catorce años e intentó robar tabaco del almacén. La gasolinera tenía otro nombre en aquel tiempo. Un dependiente salió corriendo detrás de ellos hasta la iglesia, le echó la zancadilla a Gabriel y le hundió la rodilla entre los omóplatos cuando estaba en el suelo. Los amenazó con matarlos a los dos hasta que apareció la policía y le obligó a tranquilizarse. El castigo fue una paliza de su padre y algunas conversaciones con los de Asuntos Sociales. Por entonces, su padre ya había perdido todo el pelo, pero eso no le impidió darles una buena paliza. Lo que más le irritó fue que los pillasen, porque le habían hecho pasar vergüenza.

Liam giró el espejo retrovisor para escrutar su propia mirada. Una idea repentina le impactó en el pecho: aquí era donde trabajaría, en el centro, en el corazón del pueblo, para que todo el mundo pudiera ver que había cambiado. Se peinó el pelo con la mano, animado de pronto. No había ninguna posibilidad de que lo contrataran, pero merecía la pena intentarlo. Se miró la ropa, los vaqueros sin rotos y limpios y la camisa como nueva, a pesar de que ya tenía varios años. Un regalo de Navidad de su madre cuando aún tenía dinero, antes de que se le fuera todo en comida para los

perros y productos para desparasitarlos. No se la había puesto hasta ese momento; la camisa no encajaba en su antigua vida. Los ojos que vio en el espejo parecían exaltados. Intentó esbozar una sonrisa, pero no pudo. Parecía más bien un perro asustado enseñando los dientes.

Se sintió indispuerto mientras avanzaba hacia la tienda. Cuando cruzó la puerta, había un anciano junto a la caja. El dueño se reía a carcajadas. Parecía que estaban hablando de *hockey*, de un nuevo fichaje de Mótala. Liam recordó la paliza que le había dado a su padre para poder jugar al *hockey*; había insistido tanto que su padre se hartó y le gritó que realmente no tenía dinero para tantos patines y cascos y suspensorios y toda aquella puta mierda que hace falta para jugar al *hockey*. «¿Tienes que elegir el deporte más caro? ¿No podrías jugar al fútbol, por ejemplo?».

El anciano había terminado de comprar y saludó a Liam con la cabeza cuando pasó por su lado. Liam le devolvió el saludo. La tienda estaba vacía; solo el dueño y él. La adrenalina se le disparó en la sangre mientras se acercaba a la caja, como si tuviera la intención de robar. Le dolió el diente enfermo de tanto apretar las mandíbulas y se preguntó si se le notaría que era un mierda, que todo cuanto había debajo de su piel era sombrío y estaba podrido.

La sonrisa del dueño palideció cuando Liam puso la mano en el mostrador.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Creo que sí. —Liam vaciló—. Bueno... quería preguntar si necesitáis gente.

—¿Buscas trabajo? ¿Aquí?

—Sí.

El dueño parpadeó sorprendido. Se hizo un silencio denso. Liam miró de reojo la placa de identificación, nula; el nombre no le dijo nada. No podía recordar que sus caminos se hubieran cruzado en ningún lugar, pero nunca se sabe. Escondió las manos en las mangas de la cazadora para ocultar los nudillos tatuados, pero cambió de opinión y volvió a poner la mano encima del mostrador. Si iba a hacer aquello, no podía seguir escondiéndose. No era posible empezar una vida honrada a base de

mentiras. Vio cómo lo miraba Niila, cómo se fijaba en la cicatriz que tenía en la cara, y en la camisa, que parecía tiesa y poco hecha al cuerpo.

—¿Puedes trabajar los fines de semana?

—Puedo trabajar en cualquier momento.

—¿Has estado antes en una caja?

—No, pero se me dan bien las cuentas y esas cosas.

—La verdad es que ya no tenemos que hacer tantas cuentas. —Niila dio una palmadita en la caja por donde salía el cambio—. Ella nos hace la mayoría del trabajo.

A Liam le bullía el cuerpo debajo de la camisa, pero resistió el impulso de dar media vuelta y largarse.

—Sí, claro. Qué tontería.

—¿En qué has trabajado antes?

Niila parecía realmente interesado, no había nada malo o humillante en su voz. Liam tragó saliva. Había planeado contar que había estado limpiando pescado en Noruega. No era mentira del todo, había limpiado pescado millones de veces, pero nunca en Noruega precisamente. Y nunca le habían pagado por ello. No solía tener problemas para inventarse una historia, pero ahora era como si su cerebro se hubiera bloqueado. No quería soltar ninguna mentira, ahora no.

—Nunca he tenido un trabajo normal. Siempre me han surgido otras historias. Pero se me dan bien un montón de cosas y aprendo rápidamente. Tengo una hija, va a cumplir seis años, y no tiene madre porque ella eligió las drogas. Solo me tiene a mí, y he prometido cuidarla. De la manera correcta. Necesito un trabajo y, si me contratas, te prometo que no te decepcionaré. Me voy a dejar la piel.

Le salió todo así, sin más, y tal vez hubo algo en su voz, porque vio que a Niila se le puso la mirada seria y no se echó a reír ni le pidió que se fuera de allí. Pero antes de que él pudiera contestar, se abrieron las puertas y entraron dos chicas jóvenes en la tienda y Liam dio un paso a un lado para dejarles espacio. Ellas se entretuvieron un buen rato entre las estanterías y Niila no dijo nada hasta que ellas pagaron sus golosinas y sus revistas satinadas, y volvieron a salir.

—Sé quién eres —dijo Niila—. Tú y tu hermano. Los hermanos Lilja de Kallbodan.

A Liam se le cortó la respiración; la sensación de derrota le llegó como un puñetazo en el estómago. Claro que él lo sabía, todos lo sabían. Tendría que ir más allá de Arvidsjaur para buscar trabajo.

—Sois los que les vendéis marihuana y pastillas a mis primos.

—Ya no. Ahora no vendo nada.

—¿Tomas drogas?

Liam sacudió la cabeza. Le ardía la cara; la vergüenza y la rabia latían en su interior. Sintió el impulso de acercarse, agarrar del cuello a Niila y golpearle la cara contra la superficie brillante del mostrador hasta dejarla hecha papilla. De darle la respuesta que andaba buscando.

Pero vio a Vanja delante de él, con sus grandes ojos serios, y se quedó totalmente quieto. Dejó que le cayera encima todo el chaparrón.

Niila se rascó pensativo la cabeza. Bajo el cuello almidonado asomó un tatuaje.

—Realmente necesitaríamos a alguien los fines de semana —dijo él—. Pero no te puedo ofrecer más de diez o quince horas, al menos por el momento.

—No me importa. Acepto lo que sea.

—Ven aquí el sábado por la mañana a las diez, y veremos qué sabes hacer.

Se dieron la mano por encima del mostrador y Liam sintió que se le volvía a formar un nudo en la garganta, solo pudo sonreír y asentir. Cuando salió, había empezado a nevar y levantó la cara hacia el cielo y dejó que los copos húmedos le cayeran sobre el rostro. Un grito le cosquilleaba en la garganta, pero no lo liberó hasta que estuvo de vuelta en el coche, solo entonces golpeó el volante con las manos y lanzó un aullido.

Su mirada se quedó clavada en un hombre que estaba junto al surtidor de diésel, quien a su vez estaba observando su alborozo.

Llevaba subidos el cuello y la capucha para protegerse de la nieve, su cara pálida asomaba a través de la tela negra. Liam se quedó paralizado. Por un instante habría jurado que era Vidar Björnlund quien estaba allí. Vivito y coleando.

* * *

El bosque les devolvía el eco de sus voces. Había dejado de nevar, los rayos del sol se extendían entre los árboles y el vapor se elevaba del suelo y se posaba húmedo sobre sus caras. Seguían el camino que discurría alrededor del lago. Simon iba delante y Liv tenía que esforzarse para no perderlo de vista, temerosa de pronto de perderlo también a él. La perra de Vidar entraba y salía de entre la maleza, felizmente inconsciente de lo que estaba ocurriendo y tan torpe para seguir el rastro como un perrillo faldero. Liv estaba sorprendida de que Vidar le hubiera perdonado la vida; él nunca había sentido el menor aprecio por los perros tontos.

El suelo estaba mojado y la maleza se les pegaba a las piernas. Liv levantaba mucho los pies al caminar y se estremecía con el ruido de las frágiles ramas que crujían y se rompían a su paso. Le dio por pensar que estaban pisando huesos. Un bosque entero de cuerpos muertos pudriéndose en la tierra. Y la cara de Vidar por todas partes. Apareció con los ojos entornados detrás de los pinos, chasqueando sus delgados labios. A cada paso, ella temía que su mano crispada surgiera de entre los matojos y la agarrara.

La voz de Simon vibró a través de ella, su grito se deslizó sobre el espejo negro del agua y se propagó por el pueblo. No pasó mucho tiempo antes de que los vecinos se unieran a ellos. La primera en llegar fue Serudia, su figura encorvada tan bien cubierta por las ramas que colgaban de los abetos que no advirtieron su presencia hasta que empezó a cantar el nombre de Vidar con una voz tan potente como si estuviera llamando a un rebaño de vacas.

Los Modig también llegaron, con su olor a estiércol y su buen humor. Felicia tenía sombras negras alrededor de los ojos y su cabello azul revoloteaba descaradamente al viento. En las comisuras de sus labios se dibujó una sonrisa cuando miró a Liv, como si hubiera algo que la divirtiera en aquella incómoda situación. Eva se había equipado con unos largos

bastones de esquí y los utilizaba para penetrar más a fondo en la tierra suelta. Detrás de ella, Douglas, sudoroso y jadeante, la seguía a duras penas.

—¿Habéis llamado para pedir ayuda? —preguntó.

—Un agente con perro está en camino.

—En camino. —Escupió en el musgo—. Antes daremos nosotros con él.

Llegaron a la turbera que se extendía más allá del lago. Eva encabezaba la marcha, señalaba y guiaba con los bastones. Douglas le pisaba los talones a Liv; todo cuanto ella oía era su respiración jadeante y el agua que corría bajo los mantos de musgo. Johnny se unió también, preguntando a qué se debía tanto revuelo. Parecía como si acabara de despertarse, no se había afeitado y tenía el pelo revuelto. Cuando Liv le contó que Vidar había desaparecido, la miró con tristeza.

—¿Por qué no viniste a decírmelo?

—Lo intenté, pero no estabas en casa.

Le pidió que se colocara en el flanco exterior, el más alejado de ella. No quería que él la tocara ni se acerca demasiado. No en ese momento.

El único que no se ofreció a ayudar fue Karl-Erik, que estaba en el límite de su finca con los brazos cruzados sobre el pecho, haciendo muecas al sol y a sus esfuerzos. Cuando Douglas lo llamó, él se volvió de espaldas y desapareció entre la espesura como si no hubiera oído nada. Simón cogió un palo del suelo y lo blandió amenazador.

—¿Por qué no ayuda?

—Porque es un maldito holgazán —respondió Douglas.

—Dejadlo en paz —dijo Liv—. Papá tampoco lo habría buscado a él si la situación fuera al revés.

Douglas escupió en el suelo y dio un paso más hacia ella. Su rostro revelaba su entusiasmo en forma de pequeños tics. Encontraba todo aquello emocionante, Liv se lo notó. La desaparición de Vidar le había insuflado nueva vida.

—Un hombre podría estar muriéndose aquí fuera —dijo—. Y en un caso así, joder, es un escándalo que haya alguien que no eche una mano.

Liv se volvió y se fijó en el suelo que tenía delante, en la tierra mojada y en las ilusiones ópticas que allí se creaban. Bajo la luz brillante, todo se

volvió mucho más claro, menos amenazador, pero aun así seguía viendo a Vidar bajo sus pies, el blanco de sus ojos asomaba entre las ramas muertas y los líquenes. Su voz la atravesaba como un viento frío. Él estaba en todas partes y en ninguna.

Cuando llegó la agente con el perro, sus voces ya se habían silenciado. Estaban sentados al lado de una casa abandonada del pueblo y Serudia iba pasando alrededor la taza del termo con café, que compartían entre todos. La casa abandonada había pertenecido a un matarife, pero ahora nadie reclamaba la propiedad de aquellas tablas grises. Solo el viento y los topillos que silbaban y corrían a través de la madera vieja.

El chirriante coche de la policía parecía fuera de lugar entre la maleza. En el portón trasero, un pastor alemán babeaba de entusiasmo. La agente se presentó como Anja Svärd, y formuló las mismas preguntas que ya les había hecho Hassan. Simón arropó a Liv rodeándole los hombros con él brazo, mientras ella contestaba a sus preguntas y le señalaba los caminos y senderos por donde ya habían buscado. Anja quería algo que conservara el olor de Vidar, y Liv los condujo de vuelta a Björngården; una vez allí, descolgó la chaqueta del viejo, que seguía prendida en su gancho. Era la chaqueta que él solía ponerse, pero que rara vez lavaba. Antes de entregarla, se llevó la prenda a la nariz para asegurarse de que el olor a rancio de su padre estaba allí. Un olor como de fruta demasiado madura que impregnaba el áspero tejido.

Se quedó de pie en la ventana mirándolos cuando se iban. El perro negro tiraba de la correa como si ya hubiera encontrado el olor. La tensión vibraba en el aire. La voz de Simón flotó en algún lugar a su espalda.

—Ahora lo encontrarán. El perro lo va a encontrar.

Liv no respondió. Ni siquiera pudo darse la vuelta y sostenerle la mirada, porque estaba segura de que él podría ver directamente en su interior. Ver todos aquellos pensamientos ocultos. Pensamientos que decían que era mejor así, sin él. Que era mejor que no volviera nunca.

SEPTIEMBRE DE 2001

Un coche destartado se acerca a ella con los cristales de las ventanillas bajados. El hombre que va al volante tiene el pelo en los ojos y una boca que no sabe cerrar. Una barba descuidada le cubre media cara y la ropa está descolorida, llena de sietes y de restos del bosque. Sin apartar la mirada de ella, se tiende sobre el asiento y abre la puerta del copiloto.

—¿Vas a subir o qué?

La chica sigue con un pie en la cuneta. El otoño arde en los abedules y montones de hojas saltarinas dan vueltas alrededor de sus piernas y del chasis corroído. El coche vibra impaciente en la grava. Es la primera vez que ella duda. El ruido de otro vehículo arriba en la cima decide la cosa y ella salta dentro sin decir una palabra y cierra la puerta tras de sí. El hombre acelera con tanta prisa que ella se golpea la cabeza contra el asiento y una estela de humo del tubo de escape los persigue. Él se desvía por un camino más pequeño, sin preguntarle a ella adónde quiere ir. La chica sube el volumen de la radio, sobre todo para ocultar que tiene miedo. La típica música tonta para bailar en pareja que hace que él comience a silbar.

—¿Sabes quién soy? —pregunta él.

—Tú fuiste el que mataste a tu propio hermano.

Él resopla como si ella hubiera dicho algo divertido. El camino es malo y está lleno de charcos, los restos de agua de lluvia salpican los cristales. Ella no tiene ni idea de adónde se dirigen y tampoco le importa. Él apaga la música y la mira airado.

—Yo no lo maté. Fue un accidente.

Ella también lo mira. Ningún ojo puesto en el camino a pesar de que el coche sigue avanzando rápido. Una araña se mueve por su barba, entra y

sale entre los pelos tiesos. Ella extiende una mano y la aplasta con el índice y el pulgar, la sostiene triunfante en el aire antes de dejarla volar a través del hueco de la ventanilla.

Un extraño brillo en los ojos de él.

—Eso ha estado de más.

Ella sonríe. Él no puede notar que tiene miedo, eso es lo más importante. Los hombres son como los lobos, huelen el miedo y entonces atacan.

El estrecho camino comienza a ascender. Los abedules son pequeños y retorcidos, y el viento les arranca las hojas. El coche está a punto de rendirse, resopla, bufa y huele a quemado. Hasta que no llegan al alto, él no lo deja descansar. Los brezos brillan entre los pinos dispersos, y a lo lejos, abajo, en el valle, se vislumbra una casa solitaria. Ella tantea la puerta. Si intenta echar a correr, él le dará alcance. El bosque no puede esconderla de alguien como él.

Él se inclina por encima de ella con un rápido movimiento felino. Ella cierra los ojos y aprieta los dientes, pero él solo quiere llegar a la guantera. Su torso musculoso queda por encima de ella mientras rebusca en el pequeño hueco. De su ropa llueven acículas y líquenes. Saca una pipa, un encendedor y una chocolatina, que le da a ella. Con el calor, el chocolate se ha puesto blando y pegajoso bajo el envoltorio.

—Es todo lo que te puedo ofrecer.

Ella come la chocolatina y lo mira mientras él llena la pipa. Los bordes negros bajo sus uñas le sonríen a ella, tiene los brazos bronceados y marcados de venas. Un olor dulce llena el vehículo cuando él enciende la pipa; ella tiene los dedos pegajosos de chocolate cuando alarga la mano hacia la pipa. Él duda un poco antes de dejar que ella dé una calada. Ella aspira el humo profundamente y lo deja salir lentamente por la nariz. Pronto su cuerpo se vuelve muy pesado y se queda quieta contemplando las ráfagas de viento a través de los árboles y el oro que llueve sobre el valle.

—¿Es verdad que vives en el bosque? —pregunta ella.

—Todos nosotros lo hacemos, ¿no?

La risa le sale a borbotones. Todo el miedo ha desaparecido, ve que él no la va a tocar. Está asilvestrado, destrozado, y la soledad clama en su

mirada, pero no quiere hacerle daño.

—Yo también sé quién eres tú —dice él—. Sé quién es tu padre.

A ella se le cae la pipa en las rodillas, el tabaco le quema los vaqueros y ya no se ríe. El hombre no se enfada, solo la limpia con la mano, con cuidado, como si ella estuviera hecha de cristal. El chocolate le brilla en la barba.

—¿Crees que tu padre me pagará algún rescate si te llevo a casa?

—No voy a ir a casa.

—Vaya. ¿Adónde vas a ir entonces?

Ella señala entre las sombras que crecen y aletean al anochecer.

—Voy a ir contigo —dice ella—. Al bosque.

OceanofPDF.com

—¿Puedes venir aquí? Tenemos que hablar.

—No puedo, tengo que ir a buscar a Vanja al colé.

—Ven, solo un momento, es importante.

Gabriel empleó su característica voz suave, indicativa de que había problemas. Liam cortó la llamada, toda la alegría que había sentido por el nuevo trabajo acababa de ser reemplazada por una angustiosa preocupación. Él no quería saber nada de Gabriel, pero al mismo tiempo se sentía obligado a tenerlo vigilado, tenía que asegurarse de que no empeorara las cosas.

El edificio de apartamentos de alquiler estaba solo a un par de manzanas de la gasolinera, lo más céntrico que podía. Liam permaneció sentado en el aparcamiento de invitados observando los balcones rojos. Un árbol de Navidad seco colgaba en la barandilla, todavía con un poco de espumillón entre las ramas amarillas. La puerta del balcón estaba entreabierta y dentro se distinguía el tenue resplandor de un televisor.

Gabriel se había ido de casa cuando tenía dieciséis años. No le quedó otra opción: su madre se había hartado de sus drogas y de su mal carácter y lo había echado de casa. Hizo lo que nunca fue capaz de hacer con el padre. Estaba tan enfadada que arrojó sus cosas por la ventana; todo el patio se llenó de vaqueros y zapatillas de deporte robadas. Gabriel la empujó escaleras abajo, le pasó el brazo alrededor del cuello y apretó. La madre le clavó los dientes y mordió con fuerza. La cosa podría haber terminado realmente mal si Liam no se hubiera interpuesto entre ellos. Había conseguido separarlos en el último momento, antes de que se mataran el uno al otro. Él creía que su hermano acabaría regresando, pero no lo hizo.

Gabriel no había tenido nunca su propia casa, aunque siempre se las había arreglado de una forma u otra. Vivía con amigos o con novias. Un invierno que hizo frío de verdad llegó a dormir en el sofá de un viejo

borrachín que se había compadecido de él. Todo con tal de no volver a la casa de Kallbodan.

Ahora vivía con Johanna, una chica joven que parecía estar siempre dormida. Incluso cuando estaba despierta, se le caían los párpados como si fuera a quedarse traspuesta en cualquier momento. Las pocas veces que Liam habló con ella, no hacía más que arrastrar la voz. Gabriel decía que se iban a prometer. Había robado un anillo en la joyería Smycka y se lo había dado a ella. Como no era de su talla, tuvo que ponérselo en el dedo corazón, y cada vez que se lo enseñaba a la gente parecía que les estaba sacando el dedo impúdico.

Liam subió las escaleras a grandes zancadas. Llevaba el cuchillo en el cinturón y se sacó la camisa por fuera para que no se viera. Antes nunca había tenido miedo de Gabriel, no miedo de verdad, no como ahora. El apartamento estaba en la tercera planta y de debajo de la puerta salía un olor sofocante a marihuana y a patatas fritas. Tuvo que llamar tres veces antes de que Gabriel abriera. No llevaba ningún jerseys encima y los vaqueros le colgaban sueltos en las caderas. Tenía el pecho pálido y las mejillas completamente hundidas.

Gabriel sonrió cuando él entró en el pasillo.

—¿Qué cojones llevas puesto?

Liam miró la camisa de manga larga. La tela rígida se le pegaba al cuerpo.

—Hoy he estado buscando trabajo.

—No me jodas. Pensé que lo decías en broma.

Gabriel se rascó el pecho desnudo y esquivó su mirada. El apartamento estaba oscuro a sus espaldas, solo se veía el resplandor de la tele. El humo de un cigarrillo encendido salía de un cenicero y allí dentro el aire estaba cargado de humo. Johanna estaba tumbada en el sofá, solo llevaba bragas y una camiseta. No contestó cuando Liam la saludó.

Entraron en la cocina, donde las bolsas de patatas fritas y los cartones de *pizza* se acumulaban junto a botellas vacías y trozos de papel de aluminio. Una fina capa de ceniza brillaba por encima de todo. No había sillas para sentarse, por lo que Liam se apoyó contra el fregadero, pero notó algo pegajoso bajo las manos y prefirió ponerse contra la pared. Gabriel

abrió un poco las persianas y miró el patio. A los dos les costaba mirarse a la cara.

—Creía que no ibas a venir.

—¿Qué quieres?

—Quiero ver cómo estás.

—Vivo.

Liam se desabrochó los botones superiores de la camisa; le costaba respirar en aquel aire viciado.

—Joder, pareces un manojo de nervios —dijo Gabriel.

Sacó una bolsa de los vaqueros.

—Aquí tienes. Coge las que quieras. Antes de que revientes.

—No quiero nada.

Pero Gabriel le arrojó la bolsa. Liam la cogió y se la metió en el bolsillo, a pesar de que no debía, él ya tenía lo suyo en casa; además, quería dejarlo, pero no tenía fuerzas para discutir con Gabriel. Echó un vistazo al apartamento. En el rincón destacaba un colchón de uno veinte, con mantas y almohadas de distintos colores y tamaños dispuestas descuidadamente. El sofá esquinero estaba desgastado y lo habían arreglado con unos parches de cinta aislante por donde el relleno había empezado a salirse. Las pálidas piernas de Johanna yacían separadas sobre el cobertor lleno de bolitas, y en la parte interior de sus muslos podían distinguirse unas marcas muy rojas. Parecía como si no respirara. Liam apartó la mirada. No sabía dónde encontraba Gabriel a sus chicas. Siempre eran jóvenes, mucho más jóvenes que él, y él solo era bueno con ellas al principio.

—¿Por qué llamaste?

Gabriel miró de reojo hacia la habitación donde estaba Johanna y se acercó más a Liam.

—He pensado que deberíamos volver.

—¿Por qué?

—Podemos deshacernos de lo que quedó antes de que lo encuentren.

—Es demasiado tarde, ¿no lo entiendes? Habrá un hervidero de gente allí a estas alturas.

—No en mitad de la noche. Vamos allí esta noche y nos ocupamos de ello.

—Tú no estás bien de la cabeza.

Gabriel se pasó una mano por la cabeza rapada y las cicatrices de los nudillos brillaron a la tenue luz de la cocina. Intentó esbozar una sonrisa, pero una mitad de su rostro reaccionó con más lentitud que la otra, y no acabó de lograrlo.

—Estoy preocupado por ti, hermano —dijo—. Eres tú quien no me deja conciliar el sueño por las noches.

—Estoy bien.

Era cierto. Por primera vez en toda su vida sentía que se había abierto una distancia entre ellos, algo que se interponía entre los dos. Hasta donde le alcanzaba la memoria, él siempre había dejado que Gabriel abriera el camino, que le indicara en qué dirección tenían que ir. Había sido lo más fácil, dejar que otro tomara las decisiones. Aunque las cosas salían mal la mayoría de las veces, como eran dos, siempre tenía a alguien con quien compartir los batacazos. Liam no había sido capaz de seguir su propio camino ni siquiera cuando nació Vanja. Solo ahora, cuando el mundo ya se había resquebrajado bajo sus pies, se había dado cuenta de que era posible. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido en la turbera, a él lo había liberado.

Quizá Gabriel también notó el cambio que se había producido entre ellos, porque ahora se andaba con más cautela, casi parecía que se lo estuviera rogando.

—¿Cuándo crees que lo encontrarán?

—Me sorprende que estén tardando tanto.

Gabriel sacó dos cigarrillos, se puso uno en la comisura de los labios y le dio el otro a Liam. Sus pupilas parecían cabezas de alfiler a la luz del encendedor. Unas pequeñas gotas de sudor brillaban en su pecho, y daban una idea de la inquietud que arrasaba su interior. Pero su rostro no revelaba nada, su voz sonaba firme y tranquila. Gabriel siempre había sido así: amable y sumiso en un momento dado y explosivo al siguiente.

—Supongo que habrás borrado las fotos, ¿no? —preguntó.

—¿Qué fotos?

—Las fotos que hiciste cuando fuimos a reconocer el terreno, ¿lo has olvidado?

Liam aspiró el humo hasta el fondo de los pulmones y ahogó una tos. El iPhone le quemaba en el bolsillo. Vio la turbera delante de él y sintió que la humedad le saturaba la garganta. El viejo, tambaleándose al amanecer, parecía muy pequeño cuando el sol se elevó sobre su cabeza, pequeño e insignificante. Solo a un paso de la muerte. Pensar en las fotos lo puso enfermo.

—¿Qué hacéis?

Johanna estaba en el hueco de la puerta, mirándolos, somnolienta. Se estiró la camiseta para taparse las bragas. Gabriel le apuntó con el cigarrillo.

—Veté a la cama.

Johanna miró a Liam, pestañeando con los párpados pesados.

—Hola, Liam, cuánto tiempo.

—¡Vete a la cama, he dicho!

Gabriel se precipitó hacia la chica. Intentó agarrarla, pero solo enganchó las puntas de su cabello. Johanna gritó, logró liberarse, volvió corriendo al sofá y desapareció bajo una manta. Gabriel la miró airado.

—Liam está aquí para hablar conmigo y no quiero oírte decir ni pío, ¿entiendes? No quiero ni oírte respirar ahí fuera.

Su cuerpo delgado apenas se distinguía debajo de la manta, pero el tejido temblaba como si ella estuviera llorando. Gabriel se había vuelto igual que su padre. Trataba a la mujer de su vida peor que a un perro, peor que a nadie. Aquella intuición abrumó a Liam.

—Me voy a ir —dijo.

—Acabas de llegar. Quédate y descansa.

—Tengo que recoger a Vanja en el colé.

Gabriel lo acompañó al pasillo. Él nunca había sido mucho de abrazos, pero esta vez puso un brazo alrededor del cuello de Liam y lo atrajo hacia él, tan cerca que sus labios le rozaron la oreja.

—¿Has borrado las fotos?

—Mmm...

—¿Puedo verlo?

—No hay nada que ver. Han desaparecido.

—Bien.

Gabriel giró la cabeza para que sus frentes descansaran la una contra la otra; su boca desprendía un olor metálico.

—Olvídate del viejo —susurró—. Olvida toda esa mierda.

* * *

La noche cayó pesada y profunda, pero Liv no podía dormir. Le dolía todo el cuerpo después de haber pasado el día en el bosque y le pedía descanso a gritos, pero no podía apaciguar sus pensamientos. Algo se movía en la oscuridad, las sombras se arrastraban y vagaban por la espesura. La temperatura había bajado hasta seis grados bajo cero. Pensó en Vidar, que yacía allí fuera helado de frío. Vio sus manos delante de ella, los dedos rígidos, y supo que su cuerpo no podría aguantar muchas noches.

El perro policía no había encontrado nada, a pesar de que parecía tan ansioso. Su adiestradora le había devuelto la chaqueta con un gesto de disculpa. La prenda fría y húmeda ya no olía a Vidar cuando Liv se la llevó a la nariz. Hassan quería saber si su padre podría haberse ido de viaje. ¿Se había llevado el pasaporte? ¿Dinero en efectivo?

—Papá no tiene pasaporte. Nunca ha viajado a ninguna parte en toda su vida.

Le pidió que abriera la caja fuerte, pero ni ella ni Simón sabían la combinación. La fortuna no era suya, era de Vidar. Hassan le hizo muchas preguntas acerca del dinero, ¿cuánto dinero podría llevar él en efectivo en el bolsillo, si es que había decidido marcharse? Quería el nombre de los antiguos socios comerciales de Vidar, de todos los conocidos que pudieran saber algo. Liv escribió una lista con los nombres que recordaba, pero Vidar no había hecho ningún negocio desde hacía más de veinte años, así que el listado era corto e incompleto.

—Mi padre no ha viajado a ninguna parte.

—¿Cómo puedes estar tan segura de ello?

—Él no nos abandonaría nunca a Simón y a mí. Somos todo lo que tiene.

OCTUBRE DE 2001

Ese otoño lo pasa con el lobo solitario del bosque norte. Su coche está parado en el área de descanso cada vez que ella sale a la carretera principal. No enciende las luces ni pone en marcha el motor hasta que ella no está casi al lado, la recibe con una sonrisa que a ella la entenece por dentro. Su olor fuerte y salvaje la llena de libertad. Se deslizan por caminos estrechos envueltos en la niebla y comen carne que él ha cazado y secado y hablan de esas cosas de las que normalmente nunca hablarían.

Él le habla de su hermano, de las diabluras que solían hacer antes del mortal tiro fortuito. De la vida que vivieron juntos.

—Lo sostuve en mis brazos hasta que llegó ayuda, pero no recuerdo nada de eso. Lo único que recuerdo es que cuando llegué a casa mi madre se negó a dejarme entrar. Me había cerrado la puerta para siempre. Así es como acabé en el bosque.

Conserva las ropas ensangrentadas, están en un baúl, en la cabaña que se ha convertido en su casa. A veces las saca y hunde la cara en las prendas rígidas. La pena y la soledad lo han envejecido, no ha cumplido aún los treinta y ya tiene arrugas profundas. Y sus padres nunca lo han perdonado.

La chica trata de imaginar qué pasaría si su padre le cerrara la puerta para siempre, si la dejara fuera. No puede imaginarse nada mejor.

—Tu padre es una mierda —dice el solitario—. Pero tú..., tú brillas.

Ella le quita de la ropa los restos del bosque y habla de todos los lugares que van a visitar, de palmeras y callejones cubiertos de adoquines y del agua verde golpeando contra las rocas. «Podemos viajar juntos», dice ella, y él sonríe con esa sonrisa condescendiente que significa que ella es demasiado joven para entender el mundo. Él es diez años mayor que ella y

mantiene las manos en su sitio, nunca intenta tocarla de esa manera que hacen todos los demás hombres. A veces fuma tanta marihuana que ella tiene que coger el volante. Él duerme con la cabeza en las rodillas de ella con una sonrisa de felicidad en los labios agrietados.

Cuando cae la primera nevada, aparkan en un alto y ven cómo los copos van vistiéndolo el bosque con ropas de invierno. En un instante vertiginoso el mundo se vuelve dolorosamente blanco, y el hombre solitario llora al contemplar el valle que se extiende bajo sus pies. Pero no quiere decir por qué llora. Sale vaho de sus bocas y pronto solo ven niebla delante de ellos. Cuando él sale fuera, al frío, ella lo sigue y alzan las caras hacia el cielo y abren las bocas a la nieve con glotonería. Él tiene la barba rígida y reluciente cuando se vuelve hacia ella y le señala las puntas de los abetos.

—Toda la parte norte del bosque habría sido mía —dice él—, si no hubiera sido por tu padre.

Su voz tiembla de ira. Los copos húmedos se les posan en las pestañas, y ella se alegra de que no puedan verse bien el uno al otro. Ella ha oído hablar de la codicia de su padre por la compra de tierras desde el día en que nació, pero no sabe qué tiene que ver eso con ella.

—Se acercó a mis padres después de la muerte de mi hermano, cuando ellos estaban más débiles en su dolor. Se ofreció a comprarles las tierras para que ellos pudieran empezar una nueva vida en otro lugar, alejarse de todos los recuerdos. Unas tierras que habían pertenecido a nuestra familia desde hacía cuatro generaciones, se las vendieron sin pestañear.

La chica lo coge de la mano y se quedan un buen rato mirando cómo la nieve va tejiendo lentamente un manto sobre el valle. El aliento helado del río se eleva hacia el cielo y él se abre la cazadora para dejar que ella se acerque al calor que se esconde en su interior. Saca del bolsillo una joya brillante: un corazón y una cadena de plata. Sin decir nada, ella se levanta el cabello para que él pueda ponérsela alrededor del cuello.

—No es una casualidad que nos hayamos encontrado —dice él—. Estábamos destinados a juntar nuestros bienes. Para que podamos poner las cosas en su sitio.

Figuras inquietas atisbadas por el rabillo del ojo, la mirada errabunda entre el camino y los abetos. Liv seguía esperando que el bosque se abriera y liberara la figura descarnada de Vidar. Pronto aparecería caminando, como si no hubiera pasado nada. Entraría en el pasillo y vería las pisadas de zapatos de extraños y la maldeciría por haber dejado entrar gente en su casa, en su santuario. Casi podía ver cómo fruncía el ceño y olisqueaba como un perro el aire cargado de la casa. Su voz quebrada entre las paredes: «¿Qué he dicho yo de traer gente a casa?».

Tal vez quería darles una lección. Poner a prueba su lealtad de una vez por todas, al mantenerse alejado. A ella no le sorprendería que él estuviera ahí fuera, a una distancia segura, y tuviera sus acuosos ojos puestos en ellos. Pero ella no podía decirle eso a la policía, no lo entenderían. Ni siquiera Hassan.

—¿Te parece bien si me voy a casa de Felicia?

Simón estaba en la puerta, tenía la voz ronca después de tantos gritos, la cara marcada por el llanto y la falta de sueño. A ella le habría gustado extender los brazos y que él corriera a su regazo como hacía cuando era pequeño; le habría gustado pedirle que se quedara.

—¿Por qué no te vienes conmigo? —dijo él, como si adivinara sus pensamientos—. Eva siempre me dice que te lleve.

—Alguien tiene que estar aquí cuando vuelva a casa el abuelo.

Se sentó en la silla de Vidar junto a la ventana y lo vio marcharse. Antes de que los árboles lo ocultaran, él se volvió y le dijo adiós con la mano. Liv sintió el impulso de abrir la ventana y gritarle que volviera al calor y a la seguridad, donde nada podría hacerle daño, pero se conformó con levantar la mano hacia el cristal. Sintió el frío acechando fuera.

La perra yacía en el umbral de la habitación de Vidar, y cada vez que el viento acariciaba las viejas paredes de la casa levantaba la cabeza y aguzaba

el oído, siempre a la espera. Ella había dejado la puerta entreabierta, casi como para asegurarse de que la habitación estaba vacía.

Estaba a punto de quedarse dormida allí sentada, por eso no vio la figura que se movía a lo largo del camino. Hasta que la perra se incorporó y de su pecho escuálido surgió un leve gruñido. Liv miró detrás de la cortina. Descubrió el perfil de un hombre que se movía en las sombras. Avanzaba pegado a la leñera, como si no quisiera que lo vieran.

El gruñido de la perra se convirtió en ladrido. Liv se apresuró a retirar la taza extra de café que todavía estaba encima de la mesa, la taza de la que había bebido Hassan. Le chistó a la perra para que estuviera callada, antes de deslizarse hacia el pasillo. Apoyaba una mano en la pared mientras se movía; necesitaba algo estable en lo que sostenerse. Fuera estaba demasiado oscuro para ver algo a través de la ventana de la entrada, pero oyó que él subía al porche. Las viejas tablas crujían y chascaban bajo su peso.

—¿Papá, eres tú?

Le temblaba la voz; no obtuvo respuesta. Retrocedió, se dejó abrazar por las cazadoras de invierno colgadas de los ganchos mientras los pensamientos se le agitaban en la cabeza. Ahora ya se había acabado, el juego había terminado. Vidar estaba de vuelta, dispuesto a entrar y a tomar de nuevo el mando. Miró de reojo la escopeta que colgaba en la pared, se imaginó a sí misma alzando el arma y disparando, directamente a través de la puerta. Una de las cazadoras tenía la capucha forrada de piel y le hacía cosquillas en la cara. El desgastado tejido olía a él, a tabaco de pipa y a su vieja piel, falta de duchas. Sus palabras le resonaron en los oídos, todas las cosas desagradables que solía echarle en cara cuando estaba de ese humor.

«Cuando yo muera serás rica —solía decir—, eso es cosa segura. Lo único que puede dejarte sin herencia es que me mates».

Después se echaba a reír, como suele hacer uno cuando las palabras se vuelven demasiado desagradables.

De repente llamaron a la puerta y la perra soltó un ladrido agudo. A Liv se le cortó la respiración y esperó, agazapada entre las cazadoras. Vidar nunca llamaría a su propia puerta, antes preferiría arrancarla de las bisagras. Tres golpes discretos antes de que la manija se moviera hacia abajo. La

oscuridad y el viento penetraron en la casa como un suspiro cuando la puerta se abrió.

No era Vidar quien estaba allí. Los zapatos que aparecieron en el umbral eran ligeros y tenían barro, y la perra metió el rabo entre las piernas. La cara de un hombre se materializó en la penumbra y un ligero olor a humo de cigarrillo llegó hasta ella, mezclado con ese otro olor, ese del que ella no se saciaba nunca.

—¿Johnny? —susurró—. ¿Qué haces aquí?

—¿Liv? —Él entornó los ojos en medio de la oscuridad—. ¿Dónde estás?

Ella salió lentamente de entre las cazadoras, con las rodillas completamente desfallecidas de alivio.

—Has estado a punto de matarme del susto.

—No era mi intención, solo quería ver qué tal estás. ¿Sabes algo de él?

Liv buscó el interruptor y el pasillo se llenó de luz al instante. La perra avanzó con precaución meneando la cola y pasó el hocico por las perneras mojadas de los pantalones de Johnny. Liv miró de reojo hacia la habitación de Vidar, casi como si no se fiara de que realmente él no estaba allí.

—Ven —le susurró—, subamos a mi habitación.

Él se dejó guiar por las ruidosas escaleras, pasando por la puerta cerrada de la habitación de Simon hasta llegar a la de Liv. Se tendieron en la cama, procurando no tocarse el uno al otro. Ella no podía distinguir su cara, solo sentía el calor que él desprendía. Era extraño verlo allí, en su habitación de niña. Le costaba imaginarlo en otro lugar que no fuera la casa de la viuda Johansson, como si él fuera uno de los viejos muebles que la viuda había dejado al morir. Liv tenía un ojo puesto en la puerta cerrada; se imaginaba que la manija se movía.

—Nunca he tenido a nadie en mi cama.

—No te ofendas, pero me cuesta creerlo.

—A papá no le gusta que traiga gente a casa.

Él se quedó de piedra cuando mencionó a Vidar; sus ojos recorrieron las paredes.

—¿Dónde crees que puede estar?

—No lo sé. Hemos buscado por todo el pueblo; la policía ha rastreado con un perro. Pero él no está en ninguna parte.

—Tal vez se haya ido de viaje.

—El coche está aquí.

—Pero pasan autobuses por la carretera.

—No conoces a mi padre.

Pensó en todas las veces que ella había estado allí, en la carretera 95 haciendo autostop, mal vestida porque no era nada planeado. A veces llevaba dinero en el bolsillo, pero generalmente no solía ser así. Lista para saltar a la cuneta si veía aparecer el Volvo de Vidar en la curva. A menudo ocurría que él era el primero que pasaba conduciendo, como si tuviera una capacidad telepática para darse cuenta de cuándo ella estaba a punto de irse.

La voz áspera de Johnny la despertó.

—Tengo que contarte una cosa —dijo él—. No he querido decir nada cuando estábamos fuera en el bosque buscando con los demás, porque no suena muy bien.

—¿Qué?

—Vidar pasó por mi casa el otro día, empezó a acusarme de esto y de lo otro. Terminó diciéndome que me buscara algún otro alquiler. Dijo que no me quería en su pueblo.

Liv cerró los ojos.

—A veces se imagina cosas, de otras personas. No tiene nada que ver contigo.

—Parecía que tenía que ver conmigo. Desde luego tiene un humor de mil demonios, tu padre. Debe de ser un auténtico infierno vivir con él.

—Supongo que ya me he acostumbrado.

Él se incorporó para coger la cazadora. Ella tuvo miedo de que la abandonara, de que todo hubiera terminado, pero entonces oyó el clic de un encendedor, vio el ascua de su cigarrillo como una bengala en la oscuridad.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dijo él.

—Pregunta.

—¿Cómo se explica que aún vivas aquí, en casa de tu padre?

Ahí estaba, la pregunta que siempre temía. La angustia le escocía y tamborileaba en el pecho como un fuego.

—Así son las cosas. Yo era muy joven cuando tuve a Simon, no habría podido arreglármelas sola. Fue mi padre quien me ayudó. Y ya nos quedamos aquí.

—Pero ¿por qué? Él te tiene asfixiada.

—Tú no sabes nada de nosotros.

—Sé que andas fuera por la noche como una adolescente, y que él te lleva al trabajo como si fueras una colegiala. Joder, Liv, eso no es normal. Y todos hablan de vosotros por aquí, de ti, de Vidar y del chico. En cuanto digo que he alquilado una casa de vuestra propiedad, tengo que oír esto y lo otro.

—A la gente le gusta hablar.

—¿Sabes lo que dicen?

Liv se llevó las piernas hacia el pecho, apoyó la cara en las rodillas y se acurrucó hasta hacerse un ovillo. Oyó que él daba vueltas junto a la cama, el soplido abandonado cuando expulsaba el humo de la boca.

—¿Sabes lo que dicen de vosotros? —repitió.

Su corazón latía tan fuerte que estaba segura de que él también podía oírlo.

—Quiero que te vayas ahora.

—¿Qué?

Ella alzó la cara e intentó fulminarlo con la mirada en medio de la oscuridad.

—Quiero que te vayas ahora.

Ella lo vio hundirse, percibió el peso de su cuerpo mientras se ponía la cazadora, pero él no dijo nada, no intentó quedarse. La ceniza del cigarrillo revoloteó a su alrededor cuando abrió la puerta. Sus pasos permanecieron en la estancia hasta mucho después de que él hubiera desaparecido escaleras abajo. Siguió acostada bajo el edredón, abrazando su propio cuerpo con fuerza, como si temiera que fuera a hacerse añicos. Temblando de soledad hasta que la atrapó el sueño.

NOVIEMBRE DE 2001

La escarcha centellea en el abedul cuando el solitario se aleja en el coche con ella. La nieve llena el bosque con una luz nueva, ahora no pueden ir a ninguna parte sin dejar huellas. Llega el frío y él sostiene las manos de ella entre las suyas y se las calienta con su aliento, las deja reposar debajo de su cazadora, entre varias capas de ropa, para transmitirle su calor. Con él, ella nunca tiene que pasar frío, y no pasará mucho tiempo antes de que se dé cuenta de que lo ama. No como a un hombre, sino como a un hermano. Alguien en quien puede confiar, el primero.

—Tengo algo para ti —dice ella.

—Ah, ¿sí?

Ella espera hasta llegar al alto. Él aparca en el mismo lugar que la primera vez que se encontraron. Ahora la montaña es suya, el mundo blanco está a sus pies. La chica saca del bolsillo el papel doblado, siente el pulso en los dedos cuando se lo entrega. Él la mira detenidamente antes de desdoblar el papel. Ella contiene el aliento mientras espera. El solitario sujeta el papel a la luz y mira las líneas temblorosas que ella ha dibujado.

—¿Qué es esto?

—Ya lo ves, ¿no? Es un plano.

Es un dibujo de la casa de su padre, pero no tiene que decirlo, porque los ojos del solitario ya se han iluminado con un nuevo brillo y le tiembla el labio inferior. Ella se acerca y señala la cruz que marca el corazón de la casa.

—Ahí hay más dinero del que valían las tierras de tu familia —dice ella.

Con cuidado, casi con reverencia, él dobla el papel y se lo guarda en el bolsillo del pecho.

—¿Qué pides a cambio? —pregunta él.

—Nada.

—Venga ya, algo querrás.

—Solo quiero que me saques de aquí.

Encienden un fuego y se sientan cada uno a un lado de las llamas. Él lleva el tradicional vaso sami de madera en el cinturón y beben de él, el sol crece en el cielo y lame la escarcha de los árboles. Él lía un porro, se lo fuma lentamente y su rostro no tarda en dejar de temblar. Tiene los dedos apoyados en la barba, y entre ambos se crea una tensión vibrante, una especie de seriedad que nunca habían tenido. Ella ve en sus ojos que él también la ama. De esa forma maravillosa que no se puede expresar con palabras.

Cuando la deja en el área de descanso, el coche del padre está allí esperando. Se apean los tres al mismo tiempo, y el padre tiene una extraña sonrisa en los labios.

—Así que estáis aquí —dice él—. Casi había perdido la esperanza.

Sus ojos son tan grises como el cielo cuando le da una palmadita en el hombro a ella y le lanza una mirada que la hace encogerse. El solitario no dice nada, se limita a quedarse de pie a su lado, jadeando.

—Ve y siéntate en el coche —le dice el padre—, para que pueda hablar un poco aquí con tu nuevo amigo.

Su voz es suave como el musgo, pero ella no se atreve a protestar. Se sienta en el asiento trasero y ve a través de la ventanilla cómo su padre se acerca al solitario. Están el uno al lado del otro y hablan en voz baja. Su padre es quien más habla, sus manos revolotean en el aire. La cara del solitario cambia de color, pero al final asiente. Cuando él se vuelve para marcharse, ella se acerca a la ventanilla esperando que él le dirija una mirada, que gesticule un par de palabras, que le dé algo a lo que aferrarse. Pero él se sienta en el coche, pone la marcha y sale a la carretera principal sin mirar hacia donde ella se encuentra.

Cuando el padre vuelve al coche, la agarra. Introduce la mano por debajo de su jersey. Busca el collar, el corazón brillante que se oculta allí. Con un movimiento rápido le arranca la cadena del cuello y deja caer la joya en su bolsillo.

—Nunca lo volverás a ver —dice él—. No mientras yo viva.

Durante todo aquel largo invierno, ella visita el área de descanso, se abre paso a través de la oscuridad y la nieve, y permanece mucho tiempo bajo la aurora boreal esperando. A su alrededor, los abetos mudos y pesados le hacen compañía. El frío hace presa en ella sin que lo note, pero el solitario no viene nunca. Piensa en el plano que le dio, en lo que él dijo, que lo arreglaría todo. La carretera está tan silenciosa y solitaria...

Ahora están solos los dos, cada uno por su lado. Pero ella se niega a creer que él se haya ido para siempre.

OceanofPDF.com

La despertaron los gritos de Vidar, su voz ronca resonó en el patio helado. Medio despierta, medio en sueños, salió de Björngården y caminó en dirección a la angustiada voz que la llamaba desde el bosque. Se tambaleó entre los pinos que enrojecían bajo la luz, y descendió hasta el agua por el sendero accidentado y resbaladizo. El sol todavía no había tenido tiempo de levantar la niebla del lago, así que ella no podía distinguir las granjas del otro lado, solo imaginar sombras oscuras donde la vida seguía su curso. Un ladrido solitario se elevó entre los árboles y parecía venir desde todas las direcciones. La escarcha nueva crujía bajo sus botas y la voz de Vidar dejó de oírse en su interior. El frío de la noche subía de la tierra, penetraba bajo su ropa y ella sentía frío y sudaba, todo al mismo tiempo. Ahora estaba despierta, en su sano juicio, y sin embargo no podía quitárselo de la cabeza. Él estaba ahí fuera, ella lo sabía.

La casa de Serudia se alzó de repente al lado del camino e hizo que Liv se deslizara entre los abetos. Los vivos trinos de los pájaros bullían en el claro, y, cuando se acercó, vio cajas de nidos y comederos de pájaros colgados de los árboles como adornos de Navidad. El suelo estaba lleno de semillas esparcidas y había pájaros por todas partes —batían las alas hambrientos y trinaban con ganas—. Los movimientos de Liv hicieron que desaparecieran en las copas de los árboles.

La voz llegó como un soplo de viento inesperado.

—¿Quién está merodeando por aquí, asustando así a mis pájaros?

Serudia apareció entre los abetos como un ángel caído. Llevaba un gorro en la cabeza y el cabello blanco asomaba por debajo; algunos mechones sueltos revoloteaban alrededor de sus mejillas chupadas. Tenía los ojos maravillosamente claros.

Liv dio un paso adelante y salió de la espesura.

—Soy yo, Liv. Lo siento, no quería asustar a tus pájaros. Estoy buscando a mi padre. He soñado con él esta noche.

Los ojos de la anciana la buscaban en vano, y finalmente se detuvieron cerca de donde ella se encontraba, justo fuera del alcance de la vista. La anciana alzó el puño lleno de venas al aire, y lo dejó en suspenso apenas un breve instante antes de abrir los dedos y esparcir nuevas semillas sobre el musgo, atrayendo a los pájaros hacia sí.

—Vidar vendrá cuando quiera —dijo ella—. Siempre lo ha hecho.

La vieja solo llevaba el camisón debajo del abrigo, y arrastraba la tela ligera de la prenda por el suelo húmedo. Pero fue el gorro que llevaba en la cabeza lo que hizo que Liv se sobresaltara. Le caía de forma exagerada sobre la frente, porque era varias tallas más grande que su cabeza, y había algo en la lana roja que la dejó sin aliento.

—¿De dónde has sacado este gorro?

Serudia se llevó las manos a la cabeza y lo palpó delicadamente con los dedos. Los pájaros cantaban histéricos.

—Lo encontré —dijo ella—. Estaba esperándome en un claro.

—Ese es el gorro de papá. Lo tejíó mi madre hace mucho tiempo.

El miedo hizo que su voz se volviera aguda. Se acercó rápidamente, cogió el gorro de la cabeza de la anciana y se lo apretó contra el pecho a punto de estallar. Serudia la miró sin decir nada, con la boca abierta, asustada, pero no protestó. Liv se llevó el gorro a lacara y percibió el olor a humedad y a bosque y al linimento de Vidar. El olor era tan intenso que fue como si él estuviera de nuevo a su lado.

Liv miró a la vieja una última vez antes de darle la espalda y salir corriendo.

SEGUNDA PARTE

OceanofPDF.com

La cosechadora forestal extendió su brazo negro entre los árboles, y pareció dudar unos segundos antes de hundirse y dejar que la grapa aprisionara uno de los troncos. Sujetó el árbol en un abrazo amoroso antes de que las cuchillas empezaran a pelar la corteza. Los pinos de alrededor temblaban en el aire. Un sol pálido vigilaba la devastación y, cuando estuvo en lo más alto del cielo, la máquina se detuvo y el hombre que estaba detrás de las palancas salió. Se colgó los cascos de protección auditiva alrededor del cuello y se sacudió como un perro al cruzar por entre los restos de madera que acababan de caer. Se bajó la bragueta y meó entre la espesura antes de dirigirse a una granja abandonada, medio oculta entre los árboles. Las paredes descoloridas parecían tristes a la luz del sol, la puerta de la casa estaba entreabierta y los goznes chirriaban. Había enredaderas de lúpulo marchitas adheridas a los canalones.

El hombre se sentó en las escaleras del porche y las viejas tablas crujieron de manera alarmante bajo su peso. Llevaba una bolsa al hombro y sacó de su interior un termo y unos bocadillos envueltos en plástico de cocina. Comió escuchando el viento que se movía alrededor de la vieja casa. De vez en cuando traía consigo un olor que hizo que le supiera mal la comida en la boca. El hombre desenroscó la tapa del termo y dejó descansar la cara en el vapor caliente del café. No podía ver la cosechadora forestal en la espesura, donde estaba parada esperándolo, y al instante se arrepintió de no haber tomado su almuerzo allí, en la cabina calentada por el sol.

Se tragó el último trozo de bocadillo y se levantó, Mientras regresaba vadeando a través de la hierba alta, el hedor se volvió aún más fuerte. Le llegaba en forma de acres oleadas que le revolviéron el estómago. Se volvió y miró la casa, que lo llamaba con las ventanas vacías como bocas abiertas. Le dio por pensar que allí dentro había alguien, un cadáver en alguna cama olvidada. Se volvió de nuevo hacia el bosque; sus pies se tropezaban en la

hierba mojada cuando comenzó a correr. Pero el olor lo perseguía entre la espesura y lo condujo hacia un pozo de piedra abandonado que se alzaba por encima del musgo. Se detuvo un poco antes de llegar allí y se tapó la cara con una punta de la camisa de trabajo para protegerse, aspirando su propio miedo a través de las fosas nasales. No quería acercarse, todo en su interior le gritaba que volviera a la cosechadora y a la seguridad de la cabina. Pero el cuerpo no quiso obedecer. Sus pies empezaron a moverse poco a poco hacia el pozo. Una tapa de madera grisácea cubría la boca y, cuando la levantó, salió del fondo una nube de moscas. Contuvo la respiración mientras se inclinaba sobre el brocal. Una cadena oxidada colgaba hasta desaparecer en las sombras. No pudo ver agua, solo una oscuridad impenetrable. Cuando tiró de la cadena, notó un peso sólido. Fuera lo que fuese lo que hubieran hundido en el fondo, él no pensaba sacarlo. Ahora el hedor era tan intenso que se sintió indispuesto. Una violenta arcada lo obligó a agacharse sobre el musgo y a vomitar la comida que acababa de ingerir. Cuando se recuperó, vio la sangre. Manchas oscuras impregnadas en el musgo blanco que se extendían hasta las piedras del pozo. Retrocedió tan violentamente que se cayó de culo en el suelo húmedo. Se puso de pie rápidamente y echó a correr. Cuando llegó a la cosechadora el cielo se había llenado de pájaros negros.

PRINCIPIOS DEL VERANO DE 2002

Ella ya puede sentir el olor de la nueva vida. Por las tardes, cuando se sienta a la mesa de la cocina frente a su padre, solo finge, todo le resbala. Tiene la cabeza llena de futuro, y contempla la pared que forma el bosque allí fuera mientras cuenta las noches y los días que faltan para estar al otro lado. Los ojos pálidos del padre ya la buscan por encima de las gafas, como si adivinara que ella está a punto de marcharse. Que su cabeza está llena de libertad.

Él rebusca en su habitación cuando ella está en la escuela, hurga en sus cajones y escondrijos. Huellas de sus manos entre su ropa y en los cuadernos, en el diario secreto donde ella solo escribe lo que quiere que él lea, lo que no significa nada.

Los verdaderos secretos los ha escondido en el bosque. La chica camina describiendo círculos para despistar antes de acercarse a la turbera. El terreno inestable actúa como una especie de foso que mantiene alejada a la gente. A la sombra de la torreta para la caza de alces, se pone de rodillas y se arrastra durante el último trecho, se incorpora y sube por la vieja escalera, palpitando de inquietud. Como una niña en una casa colgada de un árbol, una vez arriba se sienta, rodeada por las enormes tablas de las paredes, y espera a que se le calme la respiración. Avanza a tientas hasta el ventanuco de tiro, contempla con los ojos entornados los campos abiertos de su padre y se imagina que él camina por allí de espaldas a ella. Un arma invisible descansa entre sus manos y ella levanta el cañón y le dispara. Él cae de cabeza al suelo pantanoso. El enorme cuerpo se contrae y se retuerce como un pez en tierra. Ella cierra los ojos y lo ve todo delante de sí, hasta

que los despreocupados zorzales empiezan a trinar en los árboles y la devuelven lentamente a la realidad.

Busca la tabla suelta en la pared, la encuentra, introduce los dedos por debajo de la madera podrida y saca el tesoro que tiene allí escondido. El corazón le late hasta en la punta de los dedos mientras desenvuelve el plástico bien cerrado: tres bolsas en total, para mantener a raya la humedad. Dentro hay un fajo de billetes, ella lo sopesa en la mano, los cuenta uno por uno como tantas veces antes. La sangre se precipita en su interior, le vibran los dedos de tanto como anhela ver mundo. Pronto saldrá. Pronto.

Pero llega el verano y el fajo de billetes sigue en el escondite de la torreta de caza. Una enfermedad se desliza en su interior, un cansancio violento y unas náuseas que la vuelven del revés, dejándola sin fuerzas. Todas las noches toma la decisión de marcharse al amanecer, pero cuando llega la mañana vuelve a estar de nuevo en el piso frío del cuarto de baño mientras el mundo se tambalea a su alrededor. La sombra del padre dando vueltas tras la puerta cerrada.

«¿Qué te pasa?».

OceanofPDF.com

Trabajar es como hacer teatro. Liam estaba detrás de la caja, sudando con la camisa de trabajo. Se la había abrochado hasta el último botón y el cuello le rozaba la piel recién afeitada. En el sucio espejo del cuarto del personal, él parecía uno de ellos, de los normales, pero cuando estaba allí, detrás de la caja, le costaba mirar a los ojos a los clientes. Parecía como si estuviera leyendo una réplica cuando les deseaba que tuvieran un buen día. Y se imaginaba que ellos fruncían la boca ante su cara aseada y su nueva indumentaria. No se iban a dejar engañar tan fácilmente.

De todos modos, Niila parecía satisfecho, y después del ajetreo de la mañana llegó con café en una taza de porcelana.

—Aprendes rápido.

Eso fue todo lo que dijo, pero Liam sintió que le escocía el cuello y bebió el café hirviendo para que no se le notara que el elogio lo conmovía. El trabajo en sí no era difícil, era a la gente a lo que él no estaba acostumbrado.

Todo había ido muy rápido, Había hecho la prueba durante el fin de semana y el lunes por la mañana ya lo había llamado Niila para preguntarle si quería trabajar también los días de diario. «Una de mis empleadas está sufriendo una especie de crisis —había dicho él—. Su anciano padre ha desaparecido». «Por supuesto —le había respondido Liam con el corazón en la garganta—. Cuenta conmigo».

Y ahora estaba de pie bajo los tubos fluorescentes, sudando e intentando adaptarse en vano. Después del almuerzo la afluencia de clientes fue menor, la mayoría entraban solo para pagar la gasolina. Niila le enseñó a vigilar los surtidores y a leer las matrículas de los que repostaban. Había cámaras, pero nada como los propios ojos. Niila se comportaba con una calma contagiosa. Su voz era como un susurro tranquilo a través de un viejo bosque, hacía que el pulso se ralentizara.

—¿Fumas? —le preguntó.

—A veces.

—Puedes hacer una pausa para fumar si quieres, solo tienes que decirlo.

—Lo voy a dejar de todos modos.

Niila hizo un gesto que decía que no le creía.

—No seas demasiado duro contigo mismo, entonces todo se va al garete. Algún vicio tiene que permitirse uno.

Después desapareció en la oficina y dejó a Liam solo detrás de la caja, un gesto sencillo que mostraba que había superado la prueba. Que él era alguien digno de confianza.

Ella debió de entrar a través del almacén porque él no la oyó llegar. Estaba de espaldas al mostrador, reponiendo la estantería de los cigarrillos, cuando de repente estaba a su lado, la hija de Vidar Björnlund. Llevaba una cazadora vieja que le quedaba varias tallas más grande y su cara brillaba pálida por encima del cuello; él podía entrever las venas azules debajo de su piel. No parecía realmente un ser viviente; más bien, una muñeca de porcelana con los ojos vacíos.

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Liam. Trabajo aquí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace muy poco.

Ella no se parecía a su padre, ni pizca. Él dejó que su mirada se deslizara por la frente brillante, los labios y el cabello fino que ella había intentado peinarse hacia atrás recogido en una cola de caballo. Pero del viejo no había ni rastro. Quizá no fuera posible comparar a los vivos con los muertos.

Ella le tendió la mano. Él, ocupado con los paquetes de cigarrillos, se apresuró a dejarlos, sintió el frío de los dedos de ella en los suyos, aquel contacto le produjo un escalofrío a lo largo de la espalda.

Liam ya se había temido aquel momento, cuando tuviera que mirarla a los ojos; el miedo a que ella pudiera ver todo lo que él ocultaba dentro de sí.

—Liv Björnlund, pero eso ya lo sabrás.

—Niila dijo que no trabajarías esta semana.

—¿Sí?

—Dijo algo de que tenías un problema familiar, que tu padre había desaparecido.

Vio que el suelo se balanceaba bajo los pies de la chica, que perdía apoyo durante una fracción de segundo. Pero se recuperó enseguida y se le aproximó, demasiado cerca.

—Sé quién eres —susurró ella.

Liam miró de reojo hacia la puerta del almacén que estaba detrás de ella, buscando alguna vía de escape. Liv acercó mucho su cara a la de él mientras observaba cada espinilla y cada rasguño de su piel enrojecida. A Liam le entró el pánico. Le inquietaba terriblemente que ella lo hubiera visto en Ödesmark cuando él merodeaba en torno a aquel chamizo que era su casa.

—Tú sueles venir aquí a mangan con tu hermano —dijo ella.

—De eso hace mucho tiempo.

La sombra de una sonrisa cruzó el rostro de Liv.

—No te preocupes, no lo digo con mala intención. Niila siente debilidad por todo lo que necesita ser reparado, y las personas no somos una excepción. ¿Cómo crees que acabé yo aquí?

Se sonrieron mutuamente con inseguridad. Los ojos de Liam se fijaron en el calzado de ella: unas botas gruesas de hombre más grandes que las suyas, cubiertas de bosque y de barro. Los vaqueros no estaban mucho mejor, tenían las perneras mojadas y sucias, y ella olía mal, a una mezcla de sudor y heno podrido. Se veía de lejos que era una persona en crisis, y la mala conciencia le oprimió el pecho.

Tal vez ella lo vio, porque empezó a decir algo, pero las sirenas surgieron de la nada y la interrumpieron. A través de las ventanas mojadas vieron pasar dos coches de policía con las luces azules encendidas, a tal velocidad que el agua del deshielo levantó auténticas cortinas alrededor de los neumáticos.

—¿Qué pasa? —preguntó Liv.

—No lo sé.

Pero ella ya se había dado la vuelta. Sus botas rechinaron contra el suelo mientras corría hacia la puerta. Liam vio que se paraba junto al surtidor de diésel y miraba hacia la iglesia con las manos apretadas sobre el corazón. La lluvia había coloreado todo aquel mundo oscuro y ella parecía pequeña y pálida bajo un cielo que colgaba a poca altura. Se tambaleó como si fuera a desplomarse en cualquier momento.

Niila salió corriendo de la oficina.

—¡Joder, ¿qué está pasando?!

Liam se lo quedó mirando mientras corría hacia los surtidores y tendía un brazo protector alrededor de Liv y ella se apoyaba pesadamente en él. El chico se quedó detrás de la caja, lo invadió una sensación de naufragio. La policía conducía hacia el norte, hacia Ödesmark, y en el fondo él sabía que la espera había acabado. Ahora todo estaba perdido.

Se apoyó en el mostrador y cerró los ojos con fuerza. Detrás de sus párpados se escondía Vidar. Lo vio con toda claridad —la piel exangüe y el agujero negro de la boca que sobresalía del musgo—, llamándolo. Tal vez habían llegado las alimañas, lo habían convertido en su presa y lo habían desgarrado hasta dejarlo irreconocible. Él sabía que no era posible permanecer intacto allí fuera mucho tiempo, el bosque se ocupaba de sus muertos.

Se quedó completamente quieto cuando Liv y Niila entraron en la tienda de nuevo. Niila la guio solícitamente por entre las estanterías y le sujetó la puerta del almacén. Antes de irse, ella se volvió hacia Liam y le dirigió una larga mirada cargada de intenciones, como si compartieran un secreto. Como si ella supiera.

* * *

Le temblaban los hombros de cansancio cuando cayó el hacha, pero ella la volvió a levantar una y otra vez. Partía la leña con tal furia que resonaba en todo el pueblo. No lo vio acercarse. No hasta que lo tuvo justo al lado, gritándole que parara. Había empezado a caer una lluvia fría, pero ella

tampoco lo había notado, hasta que no clavó el hacha en el tajo no recuperó el sentido. Un dolor persistente a lo largo de la columna vertebral y la lluvia fría en la nuca. Simón le puso una cazadora sobre los hombros y comenzó a guiarla hacia la casa y el calor, con determinación, como si ella fuese un animal al que había que encerrar por la noche. Ella cojeaba en la grava mojada.

—Algo tengo que hacer mientras espero.

Ya había llamado a Hassan desde la gasolinera. El tono de su voz dejaba entrever que las cosas no iban como esperaban, pero no quiso decirle nada por teléfono. «Iremos a vuestra casa», fue todo lo que dijo, pero los minutos pasaban y ellos no llegaban.

Se sentaron en la cocina con la luz apagada y miraron el bosque. No intercambiaron ni una palabra. La inquietud saturaba el aire que respiraban. Liv fue a la sala de estar y llenó un vaso con el vodka de Vidar. De vuelta a la mesa de la cocina bebió un par de tragos y le pasó el vaso a Simón. El chico bebió con más ganas de las que ella había esperado. Deseaba que él dijera algo, que se quejara, que la llamara patética. Cualquier cosa, pero algo. El silencio vibraba insoportablemente en sus tímpanos, los latidos iban a reventarle el corazón.

La barrera estaba abierta y la lluvia caía como lanzas plateadas a la luz de los faros cuando el coche de la policía por fin entró en el patio. Salieron a recibirlos al porche. Hassan se había quitado la gorra y el pelo le chorreaba. Un colega más joven permanecía como una sombra detrás de él. Rígidamente máscaras de duelo en sus caras, no necesitaban decir nada.

—Está muerto, ¿verdad? Papá está muerto.

—Quizá sea mejor que entremos —dijo Hassan— para que podamos sentarnos.

Sus palabras estuvieron a punto de ahogarse en el repiqueteo de la lluvia, y a ella le pareció que el cuerpo se le llenaba de ácido carbónico. «Ahora está ocurriendo —pensó—. Ahora es de verdad». Cuando se hizo a un lado para dejarlos pasar, las piernas amenazaron con doblarse bajo su peso. Se apoyó con fuerza en Simón, sintió que él también estaba temblando. Le costaba fijar la mirada, le costaba mantenerse en pie, pero no

quería sentarse. Quería gritarles que se fueran de allí, que no tenían que decir nada, que ella no lo quería saber. Que ya lo sabía.

—¿Lo habéis encontrado? —preguntó Simón.

—Hemos encontrado a Vidar —dijo Hassan, y su voz sonó distante—. Lo hemos encontrado y lamentablemente está muerto. Lo halló un trabajador forestal a la hora del almuerzo, a poco más de cinco kilómetros al norte de Ödesmark, en el pueblo de Gråträsk.

Mientras hablaba, el pelo seguía goteándole. Liv sintió un nudo en la garganta, la lengua apretada contra el paladar. Gråträsk, ¿qué pintaba Vidar allí?, eso no podía ser cierto. Miró a Simón, el color había desaparecido de su rostro y le temblaba la barbilla. Le cogió la mano mientras la noticia iba calando en ella, él tenía los dedos tan helados como los suyos. Vidar revoloteó en su retina, lo vio tendido allá fuera, en el bosque, con los ojos hacia el cielo y el cuerpo espolvoreado de nieve. Vio que los pájaros se le posaban en la cabeza y le picoteaban los ojos muertos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella—. ¿Cómo murió?

—No podemos entrar en detalles en este momento, pero está claro que lo mataron.

Ella asintió, se notó el cuello extraño y rígido, el cuerpo pesado. Puso un brazo alrededor de Simón, sintió que temblaba, oyó que le castañeteaban los dientes en el silencio. El suelo parecía blando bajo sus pies cuando se levantó para ir a buscar una manta a la sala de estar. Se la puso al chico alrededor del cuerpo tembloroso. Los policías siguieron sus movimientos, como si temieran que ella fuera a hacer alguna locura. Liv le acariciaba la espalda a Simón mientras el miedo iba calando en su estómago, y por fin exclamó furiosa:

—¿Veis lo que habéis hecho? Habéis asustado a mi hijo.

Vidar había desaparecido, estaba muerto. Las palabras sonaban en sus oídos, pero no las asimilaba. La luna resplandecía en el bosque, y Liv se sorprendió a sí misma atisbando la linde de la espesura, buscándolo todavía. Lo vio allí; por más que dijera la policía, estaba escondido en lo profundo de las sombras y le sonreía.

—¿Queréis que llamemos a alguien? —preguntó Hassan—. ¿A algún amigo o familiares?

—No tenemos a nadie más. Solo somos nosotros.

Aquellas palabras lo entristecieron, ella vio que él sentía lástima de ellos. Hassan les explicó con calma el trabajo que estaba haciendo la policía, que tenían que determinar el lugar del crimen e investigar los movimientos de Vidar durante su último día con vida. Liv asintió con un susurro, a pesar de que tenía la cabeza patas arriba y se esforzaba en ocultar el caos que se había desatado en su interior. Cuando Simón fue al baño, no tuvo nada en que apoyarse, y el suelo comenzó a moverse formando olas bajo sus pies. La mesa de pino navegaba en la superficie. Miró a Hassan, a su colega, se esforzó en asentir a todo cuanto decían para que no notaran cómo rugía por dentro.

No podía decirles que no les creía en absoluto, que ella todavía esperaba que él entrara por la puerta en cualquier momento. Trató de recordar las granjas de Gråträsk, la de Stor-Henrik y la de Granlund, eran las últimas que quedaban, pero no se podía imaginar a Vidar allí, por más que lo intentara. Desvió la mirada hacia el serbal, le pareció ver que del árbol colgaba una soga con un lazo movido por el viento.

—¿Se ha ahorcado? —susurró mientras Simón estaba en el cuarto de baño.

Hassan sacudió la cabeza.

—Como dije antes, no ha sido autoinfligido.

Ella entendía las palabras, pero no podía hacerlas suyas. No quería.

—Mi madre se ahorcó —dijo señalando el serbal que se alzaba hacia el cielo estrellado.

Hassan siguió su mirada, pero ella notó que él no comprendía nada. Era demasiado joven, aquello había ocurrido mucho antes de su tiempo. La noche de Walpurgis, cuando Kristina Björnlund se colgó del serbal. Liv no podía recordarlo; sin embargo, aquella imagen quedaría grabada a fuego para siempre en su interior. El vestido de novia arrastrando sobre la nieve y las hojas podridas. El viento que levantaba y azotaba su larga melena oscura. Y todas las veces que ella había deseado que hubiera sido Vidar quien la hubiera abandonado y no su madre.

Simón permaneció mucho tiempo en el baño. Hassan preguntó si había medicamentos allí dentro, algo que pudiera hacerle daño. Liv sacudió la cabeza.

—Quiere estar solo con su llanto.

Vidar nunca había tenido paciencia con los chicos que lloraban. Ya desde muy pequeño, Simón había aprendido a escabullirse cuando rompía a llorar. Pero eso ella no lo dijo. Ellos, los policías, creían que Liv no estaba en sus cabales. Ella percibió un destello de preocupación en los ojos de los policías, el miedo a que ella no hubiera entendido lo que le decían. Porque no se trataba de un ahorcamiento: Vidar no se había suicidado. Alguien lo había matado. El vértigo llegó cuando la verdad comenzó a emerger.

—Quiero verlo —dijo ella al fin—. ¿Puedo verlo?

* * *

El coche de la policía pasó por delante de la ventana de la tienda, se deslizó despacio entre los surtidores y paró. Liam miró a su alrededor, buscando vías de escape rápidas. Niila estaba junto a la fruta, apilando manzanas, y sus mejillas brillaban como las pieles rojas de la fruta. Cuando miró hacia donde estaba Liam, en su rostro se dibujó una amplia sonrisa.

—¿Qué tal por ahí?

—Bien.

—Si tienes alguna duda no tienes más que preguntarme.

Niila era demasiado bueno, casi como si hubiera pensado en hacerle daño. Algo así como una maniobra para desarmarlo antes de que él mostrara su verdadero yo. Liam sintió el malestar avanzando a lo largo de sus brazos. Había sido un error pensar que podía trabajar allí.

El policía se bajó del coche. Liam lo reconoció, era uno de los más jóvenes, uno de los que todavía tenían algo que demostrar. Saludó a Liam alzando la mano, como si se conocieran. Liam respondió al gesto con movimientos rígidos, tratando de recordarse a sí mismo que él era ahora

uno de ellos, uno de los que trabajaban y pagaban impuestos. Uno de los que podían confiar en la amabilidad de la gente.

Los clientes notaban que él no encajaba realmente allí, pero eran amables de todos modos, le daban ánimos. Era como un niño que estaba aprendiendo a montar en bicicleta: lo mejor era pedalear sin más, no pensarlo demasiado. Sin embargo, eso era exactamente lo que hacía él, pensar. Había contado setenta y cinco pasos hasta la puerta del almacén, el coche y la libertad. Podía volcar las estanterías en la huida, crear una pista de obstáculos con conservas y manzanas brillantes. Nadie lo alcanzaría en cuanto se decidiera, ni Niila ni la policía. El viejo escondite del bosque aún estaba esperándolo, el escondite que Gabriel y él habían construido cuando tenían mucho de lo que esconderse. Antes de crecer y comprender que todo iba a ir de mal en peor con el tiempo.

Los segundos se alargaron, pasó una eternidad antes de que el policía volviera a colocar la manguera en su sitio. Había pagado con tarjeta y no hizo ningún amago de entrar en la tienda. Solo le lanzó una última mirada a Liam antes de acomodarse en el asiento del conductor y marcharse de allí. Eso fue todo. Niila seguía silbando junto a la fruta, inconsciente de la tensión que flotaba en el aire. De cuán cerca había estado.

El móvil vibró en el bolsillo, exigiendo su atención. Le preocupaba que fuera su madre quien llamaba, que le hubiera pasado algo a Vanja, pero entre dos clientes echó un vistazo a la pantalla y vio que era Gabriel. No paraba de llamar, como si fuera cosa de vida o muerte. Liam pasó de contestar.

—¿Es tu teléfono el que zumba? —preguntó Niila.

—Bah.

—¿Es tu chica quien llama?

—No tengo ninguna chica.

—Puedes tomarte un descanso si quieres responder.

—Gracias, pero no es necesario.

—De todos modos, no te olvides de hacer un descanso. Es importante despejar la cabeza de vez en cuando.

Pero cuando terminó su turno de trabajo, Liam aún no se había tomado un descanso. Tenía la cabeza cargada de impresiones. Al salir por el almacén, pasó al lado de una estantería con baterías de automóviles y se sorprendió a sí mismo pensando por cuánto podría venderlas. Luego se avergonzó. Se puso un cigarrillo en la comisura de los labios y se desabrochó los botones superiores de la camisa antes de abrir la puerta del almacén. Un hedor a basura le golpeó la nariz cuando salió a la húmeda oscuridad.

El puñetazo llegó antes de que sus ojos hubieran podido adaptarse. Un dolor blanco en el puente de la nariz, seguido inmediatamente por la sangre tibia. Buscó a tientas la puerta, pero ya se había cerrado de nuevo tras de él.

Cuando llegó el siguiente golpe, ya había levantado los brazos para protegerse. Dos manos lo agarraron del cuello y le golpearon la cabeza contra la áspera pared de ladrillo. Un reguero de sangre le corrió por la boca y la barbilla, y siguió bajándole por la garganta.

* * *

Podían ver a Vidar, pero no podían saber cómo había muerto. La policía no quería dar ningún detalle para proteger la investigación, y Liv pensó que tal vez fuera mejor así, que se libaran de oírlo. Lo más importante era que ella pudiera verlo, que pudiera asegurarse de que él realmente estaba muerto.

Liv le apretó la mano a Simón, el cuerpo del chico vibraba a su lado en el asiento. O quizá era ella quien temblaba. La oscuridad le escocía en los ojos faltos de sueño, pero no había derramado ninguna lágrima.

El bosque se dispersó y dio paso a la ciudad. Todas aquellas farolas y lámparas apiñadas borrraban las estrellas del cielo. Pasaron por un puente y ella pudo ver el río reptando abajo. Un caminante solitario se acurrucaba bajo un paraguas, y al otro lado las luces de neón de un restaurante de comida rápida la deslumbraron. Empañó el cristal con su respiración mientras pensaba en silencio, para sí misma, que él no podía estar allí. Muerto o vivo eso no importaba, Vidar Björnlund rechazaba la ciudad.

Entraron en un subterráneo y aparcaron. Un ascensor lento se movió suspirando entre las plantas y Simón seguía cogido de su mano. Tenía la cara pálida e inexpresiva bajo la intensa luz del tubo fluorescente. Salieron del ascensor y recorrieron un pasillo largo bordeado de puertas cerradas. Sus pasos resonaban en el silencio, y el olor a enfermedad y a productos de limpieza resultaba cada vez más fuerte y sofocante. Se detuvieron frente a unas puertas automáticas blancas. Hassan entró el primero en la sala llena de superficies brillantes y de azulejos descoloridos, que producían la impresión de que las paredes sangraban. Una larga fila de pequeños armarios cuadrados dispuestos a lo largo de una de las paredes hizo que se le contrajera la garganta. Liv tenía los dedos doloridos de apretar la mano de Simón; sus pieles húmedas estaban pegajosas.

—¿Estás seguro de que tienes fuerzas?

—Quiero ver al abuelo.

Apareció una mujer de cabello oscuro vestida con ropa azul de hospital.

—Venid conmigo.

Liv sintió que se le contraían todos los músculos del cuerpo cuando cruzaron la puerta. No olía a nada, y eso la sorprendió. Se preguntó cómo habían conseguido eliminar el olor a muerto allí dentro. Vidar yacía en una camilla de acero inoxidable. Liv se quedó sin respiración en cuanto lo vio. Era un caparazón más que un cuerpo, con la piel gris y sin sangre, pero no cabía ninguna duda de que era Vidar. Tenía heridas en la cara, llena de pequeños cortes y magulladuras que no tenía cuando estaba vivo, como si un animal salvaje le hubiera puesto las garras encima. Una sábana blanca le cubría el torso y las piernas, pero ella se imaginó que podía entrever las lesiones debajo: la piel levantada y desgarrada y un agujero oscuro allí donde había estado el corazón.

Las manos, antes surcadas de venas azules, descansaban suaves y quietas a los costados. Liv extendió una mano con cuidado y le tocó los dedos. Ya no eran garras doloridas; la muerte lo había enderezado, lo había vuelto complaciente y agradable. Lo había vuelto mejor.

Simón comenzó a llorar a su lado, un llanto salvaje y violento que resonó en las paredes esterilizadas. Ella sintió cómo se le abrían unas heridas profundas. Lo atrajo hacia sí, y apoyó la cara de su hijo contra su

pecho para que no tuviera que ver el cuerpo, aunque ella no podía dejar de mirarlo. No lloró ni gritó ni maldijo. Solo estaba de pie, con los ojos puestos en su padre muerto, y sintió que una alegría silenciosa iba tomando forma en lo más profundo de su ser. Asintió a Hassan.

—Es él —dijo—. Es papá.

* * *

—Así que es aquí donde trabajas —masculló Gabriel—. De todos los lugares elegiste este, ¿verdad? Con ella.

—Fue Niila quien me dio el trabajo. No tiene nada que ver con ella.

En el aire el bufido de otro golpe más, pero esta vez él consiguió esquivarlo, cayó en un montón de restos de nieve y sintió el frío extendiéndose por su ropa. Gabriel estaba de pie encima de él, sus movimientos espasmódicos dejaban ver que había consumido *speed*. Liam se tapó la nariz con los dedos para detener la hemorragia, y miró en dirección a la puerta del almacén para asegurarse de que nadie los había oído. Si Niila lo viera ahora, en aquel estado, seguro que recelaría de él y lo echaría.

Gabriel le dio una patada.

—Súbete al coche —le ordenó—. Vamos a dar una vuelta.

Dirigió a Liam hacia el bosque, lejos de la gente, por caminos llenos de baches y olvidados, que ya no conducían a ningún lugar. Los árboles exhalaban una humedad fría que formaba una condensación brillante sobre el coche, borrando cualquier línea nítida. Gabriel tamborileaba con los dedos sobre el pantalón vaquero, y no dejaba de mirar a Liam con aire pensativo.

—No puedo confiar en ti —repetía una y otra vez—. No piensas, no utilizas el cerebro.

Liam vio al viejo delante de él. Había sido muy rápido, como soplar una vela. Solo unos segundos, y una vida había llegado a su fin. Mantenía un ojo puesto en la cazadora de Gabriel, en lo que escondía debajo. Las manos

de Gabriel en las piernas, los dedos inquietos, rebuscando cada dos por tres en los bolsillos, sacando cigarrillos y un encendedor. Y cada vez, a Liam se le disparaba el corazón.

—Imagina el *shock* cuando paso por allí y te veo dentro, donde ella suele estar.

—No tiene nada que ver con ella.

—Son los remordimientos los que te están presionando, ¿a que sí? Sientes pena de ella.

—No sé de qué estás hablando.

Liam conducía demasiado rápido, era difícil tomar las curvas. El camino empezó a ascender, el bosque menguaba con la altura, los árboles se volvían más pequeños, dejando espacio al cielo, que se extendía oscuro y sin estrellas por encima de sus cabezas. Ya había pasado la hora de irse a la cama de Vanja, esta vez no podría darle las buenas noches.

Llegaron a un alto donde terminaba el camino. La noche había engullido el paisaje, y uno solo podía imaginarse los kilómetros de bosques, lagos y terrenos talados que se extendían bajo sus pies. Igual podrían haber estado rodeados por un mar, negro y tranquilo. Algunas luces a lo lejos daban señales de vida; aparte de eso, nada. Liam reconoció el lugar, habían estado allí cuando eran pequeños. Durante las ocasiones en que su padre los había metido en el coche y le había dicho a su madre que todo había terminado, que iba a coger a los niños y a largarse, de una vez para siempre. Un paquete de seis cervezas en el capó y su padre allí, haciendo un movimiento envolvente con el brazo. «Uno tendría que construirse una casa aquí arriba —decía— para que ningún hijo de puta lo pudiera mirar a uno por encima del hombro».

Liam aparcó y abrieron las puertas al mismo tiempo, como si siguieran órdenes. Se sentaron y dejaron que el aire frío de la noche cayera sobre ellos. Él se miró en el espejo retrovisor, tenía un bigote de sangre seca en el labio superior, pero nada grave.

—¿Qué hacemos aquí?

Gabriel no respondió, abrió un poco la cazadora y sacó un paquete de cigarrillos, sin intentar ocultar el arma que llevaba debajo. Liam fijó la vista en el valle para tratar de medir la distancia hasta la linde del bosque. Se

convenció a sí mismo de que le daría tiempo a escapar, si elegía el momento adecuado. La oscuridad lo ocultaría.

El murmullo sordo del motor de un vehículo interrumpió sus pensamientos. No tardaron en ver un viejo cacharro subiendo la cuesta, un resplandor blanco y frío entre los abetos. Liam reconoció el coche, el faro delantero roto y la carrocería oxidada. Era un milagro que siguiera rodando. Las ventanillas tintadas de color lila oscurecían el interior, pero él ya sabía quién se ocultaba tras los cristales.

—¿Qué vamos a decir?

—Tú no vas a decir una mierda, ya has hecho bastante.

La puerta del conductor se abrió y la figura de Juha apareció lentamente en la oscuridad. Dejó los faros del coche encendidos y, aproximándose desde un lateral, su cuerpo felino caminó hacia ellos describiendo un amplio círculo. La barba rala le colgaba sobre el pecho e iba vestido con ropa amplia que podía ocultar muchas cosas. Gabriel bajó del coche y le hizo un gesto a Liam para que lo siguiera. El diente enfermo estalló de dolor.

Juha estaba de pie con los faros a su espalda, deslumbrándolos para que no pudieran verle la cara. Su figura delgada se movía en la grava. Gabriel se acercó y le entregó el material, cubriéndose la cara con una mano para protegerse de la luz. Juha tomó la bolsa y retrocedió sin molestarse en examinar la hierba, como de costumbre. Sus movimientos eran rápidos e impredecibles; el blanco de sus ojos brillaba en la oscuridad.

—Quiero saber qué pasó —dijo él.

—¿De qué hablas? —preguntó Gabriel.

—Allí en Ödesmark. Quiero saber lo que pasó.

Juha dio un paso al frente y lanzó un escupitajo hacia ellos. El viento le alborotó el cabello y saturó la noche con su olor acre. Liam se mantuvo al margen. Al ver cómo se pavoneaba Gabriel, se le revolvieron las tripas del miedo. Le preocupaba lo que pudiera hacer si Juha decía lo que no debía y se armaba jaleo.

—Tienes hierba para dos meses —le dijo Gabriel—, después tendrás que buscar a otro que te la venda.

Juha metió lentamente una mano dentro de la cazadora. El tiempo se detuvo mientras sacaba los billetes del bolsillo interior y se los entregaba. Retiró la mano, como si tuviera miedo de que le mordieran.

—Soy un hombre solitario —dijo—, pero no puedo evitar oír el canto de los pájaros, por mucho que lo intente. Y ahora los pájaros susurran que Vidar Björnlund está muerto, dicen que alguien lo mató. Y supongo que vosotros dos sabéis algo del asunto, ¿a que sí?

Gabriel contó los billetes e hizo como que no lo oía. Liam se mantuvo fuera de la luz de los faros, con la mirada puesta en el bosque y en el cielo, y en el valle negro que se extendía abajo. Quería decirle a Juha que se metiera en el coche y se largara de allí antes de que todo se volviera mucho peor, antes de que Gabriel perdiera la paciencia.

—Es la hostia —dijo Gabriel—. Esta noche ha logrado reunir toda la pasta. Te lo agradecemos.

Se guardó los billetes en el bolsillo del pantalón vaquero e inclinó la cabeza ante Juha, a modo de reverencia burlona.

—Te he dado algunas de mis mejores plantas. Te ayudarán a acabar con todas las ideas tontas que te bullen dentro de la cabeza, te lo garantizo. Ahora creo que deberías irte a tu pequeño chamizo y olvidarte de nosotros.

Pero Juha siguió balanceándose en la grava, respiraba como si el aire de la noche estuviera a punto de asfixiarlo.

—Fui yo quien os envió a Ödesmark —dijo—. Y ahora quiero saber qué pasó. Me debéis esa explicación.

Gabriel se echó a reír, y el desagradable timbre de su risa viajó por todo el valle. Miró a Liam y le hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos, sube al coche —le ordenó—. Quiero hablar a solas con Juha.

Liam volvió al coche de mala gana. Su sangre corría acelerada, y como tenía la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies, sus pasos parecían inestables. Se sentó al volante; le habría gustado arrancar el coche y largarse, dejarlos allí a los dos, pero Gabriel había cogido las llaves, como hacía siempre; era como si tuviera la certeza de que Liam estaba solo a un paso de darle la espalda y escapar. Cerró la puerta, se secó las manos en los vaqueros y palpó el cuchillo que ocultaba bajo el asiento, pero lo dejó allí. Si había pelea, él pensaba mantenerse al margen.

Vio que Gabriel se acercaba a Juha; juntaron tanto las cabezas que ya no podía distinguirles la cara. Solo vislumbraba la mano de Gabriel en el aire mientras hablaba, sus dedos pálidos como una mariposa nocturna en la oscuridad. Después vio que Juha movía la cabeza como si asintiera en señal de aprobación o de conformidad. Liam abrió un poco la ventanilla y aguzó el oído, pero ni aun así pudo oír lo que decían.

Por fin, Gabriel retrocedió un paso y le dio a Juha una palmadita en el brazo. Juha se quitó el gorro y se rascó la cabeza antes de volver a ponérselo; ahora parecía mucho más tranquilo. Le lanzó una mirada prolongada a Liam, y por fin levantó la mano para despedirse. Liam se estremeció como si le hubieran dado un latigazo en la espalda y respondió con torpeza levantando la mano a su vez. Vio que Gabriel y Juha se estrechaban las suyas. Toda tensión y hostilidad entre ellos había desaparecido: fuera lo que fuese que se hubieran dicho el uno al otro, ahora parecían estar de acuerdo.

Cuando Juha finalmente se retiró, empezaron a pitarle los oídos.

* * *

Hassan y sus colegas repetían sus preguntas una y otra vez sin darse por satisfechos con las respuestas. «¿Tenía Vidar enemigos? ¿Había alguien que quisiera hacerle daño? ¿Se habían peleado?». Liv y Simón tuvieron que sentarse en habitaciones separadas y responder a las mismas preguntas hasta que las palabras se pegaron unas con otras y se convirtieron en un légame incompresible. Se oía un tintineo de llaveros por todas partes. La casa se había convertido en una cárcel de puertas que no les estaba permitido cerrar. La luz tenía que llegar a todos los rincones. Hubo que entregar todas las llaves; los policías tenían que entrar en el coche, en el armario de las escopetas y en los cobertizos. Unas manos extrañas revolvían en cada cuartucho y escondrijo y volcaban todo cuanto encontraban, mientras el despiadado sol primaveral brillaba sobre todas sus pertenencias: todas las fotos y los títulos de propiedad, e incluso el camisón de Kristina,

que aún colgaba como un fantasma al fondo del armario de Vidar. Liv se sentó rodeando con el brazo a su hijo, y ambos crearon una pequeña isla de silencio a la que nadie tenía acceso. No había ninguna llave.

Tan pronto como se fue la policía, Felicia apareció por allí y se interpuso entre ellos. Se coló por la puerta principal sin llamar y se dirigió a las escaleras que conducían a la habitación de Simón sin hacerle el menor caso a Liv. Se movía por la casa a oscuras como un alma en pena. Liv le siguió el juego y fingió que no veía ni oía nada. Después se pasó un buen rato de pie en el oscuro descansillo de la escalera escuchando sus voces detrás de la puerta cerrada. Sentía el peso de la soledad sobre su cuerpo.

Cuando ya no pudo más, golpeó con los nudillos en la madera gastada y, antes de que ellos pudieran contestar, entreabrió la puerta. Dentro estaba Felicia con la espalda contra el amarillento papel pintado y la cabeza de Simón en el regazo. Él tenía la cara congestionada por el llanto y miraba hacia la pantalla del ordenador mientras los dedos de Felicia se deslizaban por su cabello. Liv tosió para llamar su atención.

—Felicia —dijo—, no sabía que estabas aquí.

—¿Dónde iba a estar si no?

La misma rebeldía en la mirada que aquel día en el lago, la misma sonrisa desafiante que exhibió cuando balanceaba los pies sobre el bloque de hielo.

—¿Tenéis hambre?

Ellos intercambiaron una larga mirada antes de sacudir la cabeza, de acuerdo en su negativa.

—¿Qué estáis mirando?

—Solo una película —dijo Simón.

Liv permaneció en el hueco de la puerta, con los dedos aferrados a la manija, tratando de encontrar algo más que decir, algo que pudiera llamarles la atención. Lo que más le hubiese gustado habría sido entrar en la habitación y sentarse con ellos, sacar la botella, que se imaginaba que había debajo de la cama, y tomar un par de buenos tragos. Pero era evidente que

no había sitio para ella, que no era bienvenida, y lo único que podía hacer era cerrar lentamente la puerta y volver a la silenciosa cocina.

Encendió la pipa de Vidar y abrió un poco la ventana mientras fumaba. El viento se agitaba entre los árboles y traía consigo un coro de voces familiares. Entre aquel murmullo pudo distinguir las de varios vecinos, y parecía que estaban cerca. Salió al pasillo y, con la pipa colgada en los labios, se puso los zapatos y la cazadora. Cogió la llave del gancho y les cerró la puerta a los jóvenes. Era la primera vez en su vida que cerraba la puerta principal, y el mecanismo le pareció rígido y un poco raro, ya que ni la llave ni la cerradura solían utilizarse. Se subió la capucha y dejó que las voces la guiaran por el bosque.

Se habían reunido abajo, junto al lago, Douglas y Eva, Karl-Erik y otras dos figuras que estaban sentadas de espaldas a ella. Un fuego crepitaba animado y lanzaba chispas hacia el cielo. Liv se detuvo un momento en la linde del bosque haciendo acopio de valor, pero Douglas la vio y le hizo señas con la mano animándola a acercarse. Tenía el rostro rojo y brillante a la luz de las llamas.

—Liv, ven y siéntate con nosotros. No vas a estar sola en un momento como este.

Todos la miraron cuando ella se acercó de mala gana. Johnny también estaba allí, se levantó cuando ella llegó y le hizo un hueco junto al fuego. Intentó poner su mano sobre la de ella, pero Liv retiró la suya. Johnny cruzó los brazos y acomodó las manos en las axilas, y ella se percató de que a él le había dolido. Pero no podía evitarlo, si dejaba que alguien la abrazara en ese momento, nunca podría dejarlo marchar, porque entonces todo lo que llevaba dentro cedería y saldría a raudales. Todo el pueblo se llenaría de su vergüenza y de su alivio, y de esa sensación muda a la que todavía no podía poner nombre. La sensación de que todo había pasado. De que la vida por fin podía empezar.

—¿Por qué estáis sentados aquí? —preguntó.

—Estamos aquí tratando de entender qué demonios está pasando en nuestro pueblo —contestó Douglas con una voz que vibró por encima de las

crepitantes llamas, al tiempo que desafiaba a Johnny con la mirada—. Ha muerto un hombre y alguien tiene que ser el responsable.

Liv los miró a la cara, de uno en uno, seria y determinada, a la luz de la hoguera. Solo Serudia parecía reconocible. Sus ojos nublados tenían un brillo triste y le temblaban los labios de emoción. Liv guardó la pipa en el bolsillo y se arrepintió de haber ido. Estar en compañía nunca le había servido de consuelo, y tampoco iba a servirle ahora. Podía oír a Vidar riéndose en el bosque entre la oscuridad de los abetos, oía cómo los maldecía a todos ellos, uno tras otro, con ese odio que casi se convertía en pasión. El odio era su estado más apasionado.

—La policía ha registrado toda la granja —dijo—, pero no me han dado ninguna explicación.

—También han estado registrando nuestras granjas —añadió Douglas, escupiendo al suelo—. Es como si pensarán que hemos matado a uno de los nuestros.

Las palabras le resonaron en el pecho y le causaron una extraña sensación. Le sorprendió que de repente Douglas sintiera semejante vínculo con Vidar, que lo llamara uno de los suyos, porque, ciertamente, ese afecto no se notaba cuando su padre estaba vivo. Y Vidar, si hubiera podido, habría protestado enérgicamente contra toda aquella cháchara, Liv lo sabía. Pero ahora estaba sola y ella no era de las que protestan. Ya resultaba suficientemente incómodo estar allí sentada, alrededor de un fuego con personas a las que había aprendido a evitar. Personas que despreciaban a Vidar, con independencia de lo que dijeran ahora.

Karl-Erik se llevó una petaca a los labios y bebió un buen trago antes de pasársela a los demás.

El silencio se extendió entre los presentes. Liv sintió todas aquellas miradas curiosas sobre ella, sentada al lado de Johnny, como si supieran que había algo entre ellos. El recién llegado y la hija de Vidar, ese tipo de cosas eran las que desataban los cotilleos. Cuando la petaca llegó a ella, echó un trago largo y profundo, y sintió cómo el calor se extendía bajo la cazadora.

Vio a Vidar en las llamas. A pesar de que lo había visto en el depósito de cadáveres, no era su cara muerta lo que la perseguía. Eran sus manos, la alianza de boda profundamente hundida en la piel llena de lunares y los

dedos marchitos tratando de aferrarla. Recordó la primavera en que aprendió a ir en bicicleta: se cayó y se arañó la cara, y Vidar se lamió las manos y le lavó las mejillas con su propia saliva. La limpió como hacían los animales salvajes con sus crías. El viento en las copas de los pinos trajo consigo su voz, ahogada y suplicante. «Si me dejas, no sé lo que haré».

Los demás hablaban de los vehículos que cruzaban Ödesmark tanto de día como de noche, a pesar de que la temporada de pruebas de automóviles ya había terminado. La respuesta a lo que le había pasado a Vidar estaba en ellos, decía Eva, en los conductores desconocidos que no deberían estar ahí.

Liv recordó de pronto el coche que había visto la mañana que él desapareció, el coche oscuro que estuvo peligrosamente cerca de acabar en la cuneta. ¿Se lo había contado a la policía? No lo recordaba.

Hacía demasiado calor junto al fuego, el cuello de la cazadora se le pegaba a la piel y Johnny insistía en sentarse demasiado cerca. Liv sabía que era así como funcionaba en el mundo normal, que uno buscaba consuelo y protección en los demás. Pero en ella la proximidad tenía el efecto contrario, la ponía nerviosa y la irritaba, hacía que la comezón se despertara de nuevo. Se levantó bruscamente. La bebida ya había llegado a la sangre y dio ligereza a sus pies.

—He dejado a Felicia y a Simón en casa —dijo—. No debería haberlo hecho.

Era una excusa contra la que nadie podía decir nada. El aire frío le refrescó las mejillas ardientes mientras dirigía sus pasos hacia el bosque; adentrarse entre los árboles fue como bucear en lo profundo de un frío manantial. Se detuvo un momento y llenó los pulmones, oyó el murmullo que surgió cuando ella los dejó, oyó sus voces persiguiéndola en la oscuridad. No debería estar sola, decían. Ahora no. El tono desesperado de sus voces le hizo acelerar el paso.

* * *

El bosque se llenó de pálidos fantasmas bajo el resplandor de las luces largas. El camino de grava serpenteaba caprichosamente en la oscuridad, lo que obligaba a Liam a sujetar el volante con ambas manos. Quería llamar a su madre, preguntarle si Vanja ya se había dormido, decirle que todo estaba bien, pero que el móvil se había quedado sin cobertura. «Tengo que ir a casa», le repetía una y otra vez a Gabriel, pero parecía no oírlo. Iba sentado profundamente hundido en el asiento del copiloto, fumando, y solo levantaba la mano de vez en cuando para indicarle a Liam por dónde debía desviarse. Cuando Liam le preguntó adónde iban, no le contestó. La idea loca de que iba camino de su propia ejecución le revoloteó en el pecho, pero se esforzó en quitársela de encima, en convencerse a sí mismo de que aquello era absurdo.

—¿Qué le dijiste a Juha? —preguntó.

—Nada de lo que debas preocuparte.

—No es de fiar. Si le da por hablar, se acabó.

Gabriel sopló el humo en su dirección.

—Juha no va a hablar.

—¿Cómo lo sabes?

—El tipo vive en una choza, joder. Preferiría morir antes que hablar con la pasma. Y, de todos modos, nadie le haría caso.

El camino de grava dio paso a otro mal asfaltado, los baches levantaban dolor de cabeza. Liam se mordió la mejilla hasta que sintió el sabor de la sangre en la lengua. Ahora podía percibir agua al lado de la carretera, una abertura entre los árboles donde se reflejaba la luna creciente. No se cruzaron con nadie, por allí no conducía nadie de noche, pero ahora sabía dónde estaba. Solo cinco kilómetros más y estaría de vuelta en casa, en Kallbodan, todo lo que tenía que hacer era mantener la calma y concentrarse en el camino, no dar pie a ninguna bronca. Pronto estaría en casa con Vanja; ya podía verla allí acostada, arropada en su antigua habitación de chico, rodeada de raídos animales de peluche y de piedras de su madre. Él se prepararía la cama en el suelo, como tantas otras veces antes, y se quedaría dormido con el sonido de su respiración.

Pero Gabriel le golpeó el hombro con la mano, negándose a dejarlo en paz.

—Para en el área de descanso, aquí delante.

—¿Por qué?

—¡Para, te digo!

El volante estaba resbaladizo bajo sus manos; parar era lo último que él quería, pero si no lo hacía tendrían pelea. Liam fue reduciendo la velocidad y tratando de ocultar la inquietud que le recorría el cuerpo.

El área de descanso consistía en un edificio alargado de madera con retretes y un mapa plastificado de la zona pegado en una de las paredes cortas. Habían pasado mucho tiempo allí cuando eran más jóvenes, dibujando grafitis en las paredes y dando indicaciones erróneas a turistas perdidos. Hacía unos veranos, un recolector de bayas extranjero murió de un disparo en ese lugar. Los rumores sobre el suceso habían proliferado desenfrenadamente, pero la policía nunca detuvo al culpable.

Se encendió una luz cuando Liam entró y aparcó. Una de las puertas de los retretes estaba abierta y se movía con el viento. Sintió que la inquietud le cosquilleaba la nuca.

—Tengo que irme a casa —dijo—. Mamá empezará a preguntarse dónde demonios estoy.

—Déjala que se lo pregunte.

Gabriel sostuvo el paquete de cigarrillos a la altura de la barbilla de Liam y le insistió para que cogiera un cigarrillo. La cicatriz que tenía en el labio inferior brillaba en la oscuridad, pero sus ojos estaban vacíos, su mirada era tan negra como la noche. Liam se colocó un cigarrillo en la comisura del labio y apagó el motor; una sensación de desastre pesaba sobre sus hombros cuando salió del coche. Pudo oír cómo corría el río justo al lado, henchido de primavera y lleno de vida.

Un sendero estrecho conducía al edificio y Gabriel le indicó con la cabeza que fuera delante. Él lo seguía, sacudiendo la cabeza de tal manera que le crujían los músculos y los tendones. A Liam, el sonido de aquellos crujidos le provocaba escalofríos. Se detuvo junto al banco que había al lado de los aseos. Por el suelo había un rollo de papel higiénico mojado y el olor a orina llenaba el aire. No quería sentarse. Le dolía el labio por el puñetazo de Gabriel, y con la hinchazón le costaba fumar. Se preguntó qué les iba a decir a su madre y a Vanja. A Niila y a los clientes.

Gabriel se apoyó contra la pared carcomida. Un brillo negro centelleaba en sus ojos.

—¿Te acuerdas del recolector de bayas al que le volaron el cráneo aquí? —preguntó.

—Claro que me acuerdo.

—Joder —dijo Gabriel—. Toda la pared llena de masa encefálica es una imagen que uno no olvida en toda su vida.

Empezó a sentir latidos en la cabeza, latidos en el labio hinchado. Corrió el rumor de que había sido un asunto de drogas que salió mal, que fue por eso por lo que el recolector de bayas perdió la vida, pero era la primera vez que Gabriel insinuaba que él había estado implicado en el asunto, que había estado allí. Liam dio una calada al cigarrillo e intentó que no se le notara el caos que sentía por dentro.

—¿Qué estamos haciendo aquí realmente? —preguntó, y escupió—. Hace un frío de mil demonios.

Los dientes de Gabriel brillaron en la oscuridad.

—Solo quiero que sepas que no te pienso quitar los ojos de encima —dijo Gabriel—. Andaré con mil ojos. Y no importa que seas mi hermano: el más mínimo paso en falso y no te lo perdonaré, ¿lo entiendes?

Quizá fuera el miedo o el cansancio, pero Liam sintió una carcajada brotándole de la garganta y oyó cómo sonaba en la oscuridad antes de que pudiera contenerla. Un ronco cacareo nervioso. Lanzó el cigarrillo a medio fumar en dirección a Gabriel, con la esperanza de quemarlo. Gabriel atacó, pero Liam respondió agarrándolo del cuello y apretándole la cabeza debajo de la axila. No tardaron en rodar por el suelo húmedo y frío, pegándose y tirando el Uno del otro como habían hecho tantas veces. Él sabía cómo peleaba Gabriel: no se echaba atrás a la hora de emplear los dientes ni las armas blancas, lo que fuera, con tal de ganar. Las drogas lo habían debilitado, pero su falta de control lo hacía impredecible.

Liam se encontró de espaldas con las manos de Gabriel alrededor del cuello, el frío de la tierra húmeda se le filtraba a través de la ropa y la piel, hasta llegarle a la médula. Le faltaba el aire, le costaba centrar la mirada, y la sombra de Gabriel y las copas de los árboles centelleaban sobre su cabeza. Oía un gorgoteo que solo podía salir de él mismo. Vio a Vanja delante de él,

su sonrisa desdentada brillando como el sol de la mañana. Rugió, logró quitarse a Gabriel de encima de un empujón, se levantó y le propinó una patada en el pecho que lo hizo caer entre las zarzas. Se sentía presa de una ira negra y ardiente. Se habían pegado muchas veces antes, se habían provocado contusiones y había habido dedos rotos, pero no podía recordar que hubiera sentido nunca tanta ira. Vio que Gabriel se ponía de pie, se sacudía y se quitaba el bosque de la ropa. Sangraba profusamente de un corte en la sien, pero parecía no importarle, al contrario, sonreía en la oscuridad.

—Te juro que cada día te pareces más a papá —dijo Liam, secándose la boca.

—Vete a la mierda.

Liam se pasó la mano por el cuello dolorido y escupió. Mantuvo la distancia, aunque la ira seguía palpitando. Gabriel encendió otro cigarrillo y comenzó a caminar hacia el coche, dando a entender que ya se habían pegado bastante por esta vez. Abrió la puerta del conductor y asintió con la cabeza hacia Liam.

—No pienso quitarte los ojos de encima —dijo—. No lo olvides.

Después cerró de un portazo y puso en marcha el motor. Liam se quedó en medio de la oscuridad y el olor a orina, viéndolo alejarse.

* * *

Ya casi había llegado a la casa cuando notó que alguien la seguía. Oyó la respiración, ronca y jadeante, mucho antes de verlo, y se dejó caer en el porche, esperando a que llegase su perseguidor. Karl-Erik salió de entre los abetos dando traspiés y descansó las manos en las rodillas un buen rato antes de atreverse a enderezarse y a mirarla a los ojos.

—Uno casi podría creer que corres como si te fuera la vida en ello —dijo él—, rápida como una maldita comadreja.

—¿Qué quieres?

—Solo quería asegurarme de que llegabas a casa bien.

Karl-Erik se apoyó pesadamente contra la barandilla del porche y la madera podrida crujió de forma alarmante bajo su peso. Parecía un hombre más joven en la oscuridad, las arrugas se le suavizaron y los ojos adquirieron un brillo diferente. Liv hacía muecas mientras miraba al suelo, tratando de calmar la respiración. Por un momento se imaginó que era Vidar quien la perseguía.

—Vidar está muerto —dijo Karl-Erik, como si pudiera leerle el pensamiento—. Ahora ya nada será como antes.

—Lo vi en la morgue, vi con mis propios ojos que ha muerto. Sin embargo, parece como si solo hubiera salido a dar una vuelta, como si en cualquier momento fuera a salir caminando de entre la espesura.

—Te llevará tiempo asumir la verdad. Primero tienes que superar la conmoción.

No se atrevió a contarle lo vacía que se sentía, lo irreal que parecía todo, a pesar de que había visto su cadáver. Vidar como un muñeco sin sangre delante de ella. Todavía no había llorado, ni cuando Hassan le dio la noticia ni después, en el depósito de cadáveres. Lo único que sentía era un alivio furtivo en el pecho, y que ya no le picaba la piel.

Karl-Erik puso un pie en las escaleras, balanceando el peso de su cuerpo. Se preguntó si debería invitarlo a entrar. Ya era hora de que empezara a comportarse como las personas, ahora que Vidar había muerto. Tal vez era mejor hacerse amiga de la gente del pueblo antes de abandonarlo. Aunque siempre sentía una especie de inquietud cuando Karl-Erik estaba cerca, una inquietud que le recordaba la que solía sentir con Vidar: la insidiosa sensación de querer huir de su propio pellejo.

—Ahora tenemos que mantenernos unidos —dijo él—, nos guste o no.

—¿Cuál es realmente el parentesco entre nosotros? —le preguntó ella, a pesar de que lo sabía.

Karl-Erik demoró la respuesta; al principio pensó que no la había oído bien, tenía la mirada puesta en la puerta que había detrás de ella.

—La madre de Vidar y mi madre eran hermanastras, hijas del mismo padre. Aunque no llegaron a conocerse, por lo que yo sé. Tu abuela era ilegítima. Nunca se le permitió entrar en la familia de mi madre.

—¿Por eso os llevabais tan mal Vidar y tú?

Karl-Erik frunció el ceño. El alcohol le salía por los poros, pero no parecía borracho, en absoluto.

—No, nuestra mierda era más profunda que eso.

—¿De qué se trataba?

—Es una larga historia, y estoy cansado. Pero pásate por casa algún día cuando tengas fuerzas y entonces te lo contaré todo.

El timbre oscuro de su voz hizo que ella se incorporase y buscara la puerta. Los viejos tablones crujían bajo su peso mientras se mecía lentamente hacia delante y hacia atrás. Quería preguntarle por qué Vidar le había llamado mal perdedor, quería saber qué era lo que había perdido, pero sintió como si él estuviera allí fuera, escuchándolos en la oscuridad. Como si su ira aún pudiera caer sobre ella si hablaba demasiado.

—Has de saber una cosa —dijo Karl-Erik, señalándola—. No son los lazos de sangre los que hacen una familia, sino la vergüenza. Eso es lo que nos une.

Clavó sus ojos en los de ella, y Liv tardó un buen rato en recobrar el aliento antes de que su cuerpo volviera a funcionar con normalidad. Sintió que aquellas palabras le quemaban, que le resultaban demasiado familiares. Cerró los brazos alrededor de su propio cuerpo, como si tratara de protegerse.

—No sé de qué estás hablando.

Karl-Erik sonrió con una sonrisa triste.

—Creo que sí lo sabes.

Un soplo de viento trajo consigo las voces de los demás y el olor de su fuego. Karl-Erik se aproximó a ella y le susurró, como si temiera que su voz también fuera a propagarse demasiado lejos en la noche:

—¿Qué sabes realmente de ese tipo?

—¿De quién?

—Ese al que le tenéis alquilada la casa, Johnny, o como se llame.

—Es muy discreto. Trabaja, paga el alquiler y va a su aire. No tengo queja de él.

Karl-Erik se pasó los dedos por la barba, pensativo. Parecía como si tuviera intención de protestar, pero, en lugar de eso, levantó el pie de la

escalara, sacó la petaca del bolsillo y dio unos tragos sin quitarle la mirada de encima.

—Debes tener cuidado de a quién dejas entrar en tu casa —susurró—. Porque ninguno de nosotros estamos seguros ahora. Lo único que podemos hacer es mantener los ojos y los oídos bien abiertos y no fiarnos de ningún hijo de puta. Ni siquiera de nosotros mismos.

* * *

Liam avanzaba a tientas a través del bosque oscuro, la luna había desaparecido detrás de las nubes y la lluvia helada le arañaba el rostro dolorido mientras corría. Los zapatos inundados rechinaban, y los vaqueros empapados de agua fría se le pegaban a las piernas, pero aun así sudaba. No era la primera vez que Gabriel lo dejaba tirado en medio de la nada, pero se juró que aquella sería la última.

Las granjas estaban en silencio y sin luz cuando por fin llegó a Kallbodan. Los perros empezaron a ladrar mucho antes de verlo, y su madre estaba en la ventana, mirando hacia la oscuridad, cuando él entró corriendo en el patio. Al llegar al vestíbulo, ella ya estaba allí.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

—Ha sido Gabriel —dijo él sin más.

Eso era suficiente. Ella no hizo más preguntas, no quería saber. Se limitó a quitarle la ropa mojada y lo envolvió en una toalla de baño como ya había hecho tantas veces, lo condujo a la cocina, sacó un filete de alce del congelador y se lo puso sobre el labio hinchado. Él preguntó por Vanja, aunque sabía que ella se había dormido hacía rato. La madre encendió el fuego en la cocina de leña y él se sentó en la silla más próxima a las llamas mientras el calor se extendía por sus articulaciones congeladas, lo que le provocaba una intensa sensación de dolor. Tal vez fue algo en su silencio, o la forma en que respiraba, porque su madre se puso detrás de él, le rodeó el torso con los brazos delgados y posó la mejilla en la de Liam. Él la dejó, aunque lo abrazaba tan fuerte que le hacía daño en su cuerpo ya dolorido.

—Gabriel se ha llevado mi coche —dijo él—, ¿puedo coger el tuyo para ir mañana al trabajo?

—Ya sabes que puedes.

—Gracias.

—Y recuerda lo que te digo siempre —le susurró ella—. No tienes que relacionarte con él solo porque seáis hermanos.

Cuando se recuperó, se deslizó escaleras arriba. Vanja estaba durmiendo en su antigua habitación de niño y abrazaba un conejo de peluche que había sido suyo hacía mucho tiempo. Buscó un edredón y una almohada y se preparó la cama en el suelo. La angustia se apoderó de él mientras estaba allí tendido escuchando la respiración de su hija dormida. Pensó en todas las noches que no había vuelto a casa, en todos los días que había pasado como muerto para el mundo mientras Vanja estaba con su madre esperando a que él se despertara. Su alegría cuando él finalmente despertaba, como si Liam fuera lo mejor que tenía, a pesar de todo. Trató de consolarse pensando que había mejorado, que hacía mucho tiempo que no se perdía la hora de dar las buenas noches a su hija o que se pasaba un día entero durmiendo, pero, con todo, sentía mucha vergüenza y era consciente de que no se la merecía.

Los pensamientos no dejaban de darle vueltas en la cabeza. Todas aquellas noches cuando la gente llamaba tarde y quería género. Él siempre se encontraba con los compradores abajo, junto a la carretera, nunca dejó que nadie se acercara a la casa, nunca dejó que vieran a Vanja. Pero aquel tiempo había terminado. Había dejado de guardar la mercancía en casa. La gente se había dado cuenta rápidamente, ahora llamaban a Gabriel, él era quien se ocupaba de la plantación, quien se ocupaba de todo. Liam se había ido retirando más cada mes, procurando alejarse de su antigua vida día a día. Se le había acabado el dinero, pero eso no le importaba. El dinero sucio, de todos modos, no hacía sino escurrirse entre los dedos, nunca daba para nada. Y él había dejado de consumir. A veces tomaba algo para calmar los nervios, pero nunca como antes.

Tanto la policía como el personal de los Servicios Sociales tenían los ojos puestos en él. Si no ponía orden en su vida, le quitarían a Vanja, solo era una cuestión de tiempo. Si no hubiera sido por su madre, lo habrían hecho hacía tiempo. Pero ella siempre había estado allí respaldándolo y llenando los huecos cuando él no estaba, o cuando metía la pata. Él no sabía por qué lo hacía, ni de dónde sacaba las fuerzas. Solo sabía que era mérito de su madre que él todavía tuviera a Vanja. Pero ni siquiera su madre podría salvarlo ahora si se descubría la verdad de la noche en Ödesmark. Entonces, todo estaría perdido, su hija crecería sin él. Un llanto silencioso le corrió por las mejillas al pensar en ello. En lo jodidamente cerca que estaba de perderla.

* * *

Liv sabía que la llave de los secretos de Vidar estaba en su habitación, pero no sabía dónde tenía que buscar. Podía sentir el disgusto de su padre quemándole los dedos mientras rebuscaba entre las cosas que había dejado. Tenía la sensación de que estaba prohibido sacar sus cajones y sumergirse entre todo lo que allí estaba escondido. Tabaco de pipa barato, una buena colección de cuchillos samis, un reloj de acero inoxidable que había dejado de usar desde hacía mucho tiempo. En todas partes había claros rastros en el polvo del paso temerario de la policía por la casa. También se sentía desmoralizada, pues estaba convencida de que no iba a encontrar nada a lo que ellos no le hubieran echado ya el guante.

Vidar aún no había abandonado la habitación. Por mucho que la ventilara su olor dulzón a enfermo aún seguía adherido al desgastado papel de las paredes. Llenó un cubo con detergente y agua caliente y empezó a fregar el suelo y las paredes. Dejó las ventanas abiertas de par en par mientras limpiaba para que entrara el aroma del bosque.

Retiró la mesilla de noche para llegar mejor a los rincones, y entre el polvo descubrió una agenda que se había caído allí detrás. La agenda negra que Vidar llevaba encima como si fuera una biblia, y que nadie podía tocar.

Compraba una nueva cada año y guardaba las viejas en una caja en el sótano. Cuando ella era más joven, alguna vez las había leído a escondidas, pero enseguida se dio cuenta de que leída una, leídas todas, así de aburrida era la vida de su padre.

Dejó la bayeta y empezó a hojear la agenda, podía oír las protestas de Vidar en el silencio. Las páginas estaban llenas de anotaciones breves referentes a todo lo que había hecho durante el día: llevar a Liv al trabajo, ahumar salmón, arreglar las bisagras del cocedero, ir a buscar a Liv. Llevar y traer a Liv eran las actividades que se repetían con más frecuencia, aquello alrededor de lo cual giraba el resto de la jornada. Algunos días eso era todo lo que hacía. Era una existencia triste, contada con una caligrafía torpe y anticuada.

Aquí y allá también había hecho anotaciones que ponían de manifiesto su inagotable necesidad de control.

Liv salió de casa a la 01:16, volvió a las 04:32.

Liv salió a correr, fuera más de tres horas.

La bicicleta de Simón aparcada fuera de la granja de Modig a las 21:22.

Liv salió de casa a las 00:12, volvió a las 03:31.

Vi a dos hombres en la finca a las 02:13.

Esta última anotación la hizo sobresaltarse. Él había hablado de lobos en la finca, no de hombres. La observación estaba fechada el 25 de abril, una semana antes de su desaparición. Dejó la agenda y se llevó las manos a la cabeza. Debería haberlo entendido antes. Vidar siempre llamaba a los hombres de otra manera —eran bestias, perros, buitres—, nunca personas.

Empezó a marcar el número de teléfono de Hassan, pero se arrepintió a medio camino. Las anotaciones de Vidar eran excesivamente vergonzosas, revelaban demasiado sobre sus vidas, sobre su obsesión. Era el libro de registro de una existencia enferma que no se podía mostrar a nadie.

* * *

Vanja estaba sentada, inclinada sobre él cuando se despertó. Tenía los ojos tan cerca de los de Liam que casi se fundían.

—Tienes la boca completamente negra —susurró ella.

—Solo me caí y me hice un poco de daño.

—Parece realmente horrible.

Él se pasó los dedos con cuidado. La sangre se había coagulado formando una gran costra en el labio inferior. Cuando se incorporó, sintió un martilleo en la cabeza. Parecía como si todo el cuerpo fuera a estallarle en pedazos. Vanja le puso las manos en las mejillas con delicadeza.

—¿Quieres que sople?

—Sí, hazlo.

Ella tomó impulso como si estuviera a punto de soplar las velas de una tarta de cumpleaños. Liam cerró los ojos y dejó que su cálido aliento le bañara el rostro, permaneció totalmente quieto, tratando de contener las lágrimas que comenzaban a escocerle bajo de los párpados. Se preguntó qué diría Niila en el trabajo, qué pensarían los clientes cuando lo vieran. Le preocupó que pudieran despedirlo.

La voz de un hombre en el piso de abajo los hizo temblar a ambos. Vanja abrió muchos los ojos.

—Gabriel está aquí —dijo ella.

—Eso parece.

Antes de que él pudiera reaccionar, ella lo había soltado y había echado a correr descalza hacia el piso de abajo. Bajó la escalera corriendo también, aunque sabía que no podía hacerlo, y él estaba demasiado aturdido para reprenderla. Cuando se levantó de la cama improvisada y arrastró los pies hasta el cuarto de baño, donde su madre había colgado su ropa para que se secara, el cráneo y el corazón le retumbaban al mismo ritmo. Se vistió rápidamente y se echó agua fría en la cara dolorida. En el bolsillo de los vaqueros encontró la bolsa que le había dado Gabriel, se tomó una benzodiacepina, dejó que se disolviera bajo la lengua y se estuvo un buen rato de pie con las manos metidas en el lavabo, tratando de tranquilizarse.

Gabriel estaba sentado en la silla de su padre cuando Liam bajó a la cocina. Le temblaba el cuerpo ligeramente, y esa agitación hacía que vibrara la mesa. La cocina olía a bayas cocidas y su madre estaba de pie, pegada al fregadero, como si lo que tuviera delante fuera un animal extraño y no su propio hijo. Vanja estaba sentada en las rodillas de Gabriel y resplandecía a la luz del sol, vibrando también al ritmo que marcaba su locura. Gabriel miró a Liam detenidamente, fijándose en las ropas sucias de la noche anterior. El labio roto.

—Joder, hermano, tienes pinta de haber pasado una noche muy dura.

—¿Qué haces aquí?

Gabriel giró la trenza de Vanja alrededor de su mano como si fuera una cuerda y lo desafió con la mirada. Liam entró de mala gana en la cocina. El té de hierbas de su madre estaba humeando en una jarra sobre la mesa junto al pan de centeno hecho en casa. Ella empezó a sacar tazas y embutido con movimientos nerviosos, sus joyas chirriaban y tintineaban como las cadenas de un prisionero. Su voz sonaba quebradiza cuando al fin se disculpó y salió afuera con los perros, ansiosa por alejarse de allí. Gabriel provocaba el mismo efecto que su padre: hacía que toda la casa temblara de miedo.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Gabriel le hizo un gesto a Liam.

—Siéntate.

—No tengo tiempo. Debo ir a trabajar.

Gabriel apoyó la barbilla en la cabeza de Vanja y, a continuación, la rodeó con sus venosos brazos como si tuviera la intención de estrujarla.

—Siéntate, te digo.

Su voz sonaba bastante tranquila, solo los ojos dejaban entrever su ira. Liam miró de reojo el reloj, podía sacrificar diez minutos, no más.

Gabriel le susurró algo al oído a Vanja que la hizo reír. La niña empezó a prepararle un sándwich, lo cubrió abundantemente de queso, embutido y rodajas de pepino; un auténtico sándwich gigante.

El periódico *Piteå-Tidningen* estaba abierto en la mesa delante de ellos, Gabriel lo empujó hacia Liam y golpeó el titular con los nudillos. Las letras

negras parecían gritarle:

EL HOMBRE DESAPARECIDO HA SIDO ENCONTRADO MUERTO EN UN POZO.

Toda la cocina se movió. Gabriel se inclinó sobre la mesa y lo fulminó con la mirada.

—Un pozo, dice. ¿Cómo demonios explicas eso?

* * *

Liv estaba sentada en la primera fila de bancos tratando de forzar las lágrimas. La iglesia estaba abarrotada, la gente había peregrinado hasta allí desde los pueblos vecinos. Habían ido de Moskosel, Auktsjaur y Järvträsk. El aire estaba cargado de perfumes, lociones de afeitado y otras fragancias por el estilo. Curiosidad y preguntas. Sentía sus miradas en la nuca. Todos sabían quién era Vidar, pero nadie lo había conocido. Ahora habían ido para verlos a ellos: a la hija y al nieto. Se sentía como un zorro obligado a salir de su madriguera, asustada y expuesta a la luz. Rodeaba a Simón con el brazo, quería protegerlo de la curiosidad y de todas aquellas miradas que los asediaban. Felicia estaba sentada al otro lado de él; tenían las manos estrechamente entrelazadas. Ahora siempre estaban juntos, nunca se separaban. Liv rozó el cabello de Felicia con la mano del brazo que tenía alrededor de los hombros de Simón y notó que era más suave de lo que ella pensaba, muchísimo menos rígido y artificial de lo que parecía. El maquillaje se le había corrido, y había acabado formando unas rayas negras que podrían pasar por señales de aflicción. Pero no eran lágrimas verdaderas, pensó Liv; simplemente a la chica se le daba bien meterse en el papel.

En el interior de Liv todo era tranquilidad y vacío. La policía también estaba allí, ella había visto a Hassan antes de sentarse. Camisa oscura y corbata, nada de uniforme en esta ocasión, aunque comprendía por qué estaba allí. A Liv le preocupaba el hecho de que el asesino de Vidar pudiera encontrarse en aquel recinto lleno de gente; tal vez estuviera sentado en uno

de esos duros bancos contemplando su obra. Delante de ella estaba el sencillo ataúd de pino con flores que ya habían empezado a ponerse mustias. Fueron Eva y Douglas quienes se encargaron de todo, quienes insistieron en que Vidar debía tener un entierro digno. Ella había protestado, argumentando que a él no le habría gustado nada saber que ella tiraba el dinero en semejantes futilidades. «Cuando muera, quiero que me queméis —había dicho él más de una vez—. No quiero florituras». Él se habría subido por las paredes si hubiera podido ver a todas aquellas personas que se habían reunido para llorar su muerte. Liv podía oír claramente sus protestas mientras el cura peroraba, con su voz ronca pero tan clara a la vez: «Malditos buitres, todos ellos. Ahora ya no va a poder ni morirse uno en paz».

Liv echó un vistazo por encima del hombro, vio a toda aquella gente apretujada en los bancos; los que no tenían sitio estaban de espaldas contra la pared amarilla. Vio a Johnny de pie; era más alto de lo que ella había creído en casa de la viuda, destacaba por encima de los parroquianos como un pino. Le pareció que él la miraba fijamente, buscando contacto. Ella se apresuró a dejarlo atrás y siguió paseando la mirada por todas aquellas caras conocidas. Estaban allí todos, los vecinos y los clientes de la gasolinera. Con expresión de tristeza en sus rostros.

Simón acercó la boca a su oído.

—A nadie de toda esta gente le importaba una mierda el abuelo —susurró—. ¿Por qué están aquí ahora?

Durante el café que siguió al funeral, se acercaron y presentaron sus condolencias. Un coro de voces que decían todas lo mismo. Era terrible lo que había ocurrido, horrible, aterrador. Vidar era complicado, incluso difícil, pero nadie merecía una desgracia como aquella. Algunas personas compartían anécdotas de su juventud, de cuando Vidar era joven y vivía la vida, hacía negocios y corría detrás de las mujeres. Relatos que daban lugar a risas huecas, intentos infructuosos de animar el ambiente, de convertirlo en una persona a la que pudieran recordar con afecto. Pero Liv ni se reía ni lloraba. Se limitaba a permanecer sentada mirando el reloj y preguntándose

cuándo podrían dar las gracias y marcharse a casa sin parecer desagradecidos ni llamar demasiado la atención.

Los vecinos, Douglas, Eva y Karl-Erik, estaban sentados alrededor de ella y de Simón, tratando de protegerlos del exceso de atención.

Ella no se lo esperaba, no después de los muros que Vidar había ido levantando a lo largo de los años. Muros que ahora habían caído de la noche a la mañana. Serudia también estaba allí tomando el café en el platillo, y cuando nadie escuchaba se acercó y puso una mano huesuda sobre la de Liv.

—La memoria me falla cada vez más —dijo ella—. Pero de una cosa estoy completamente segura: en el lugar donde encontré el gorro de Vidar crecen moras de los pantanos.

—Pero ahora no crecen las moras, la nieve apenas ha desaparecido.

—Tú sabes a lo que me refiero. Su gorro estaba en medio de un moral.

Se hablaba de ella en voz baja. Liv captaba alguna frase suelta en medio del murmullo, sentía que la quemaban las miradas. Acusaciones mudas que escocían en la piel.

—Esto es un funeral —le oyó decir a Douglas varias veces—. No es el lugar ni el momento para chismes ni especulaciones. Tenemos que dejar que la policía haga su trabajo.

Liv permaneció un rato en el baño con la cara entre las manos. Las voces de la gente a su alrededor sonaban como graznidos de pájaros. El suelo se movía bajo sus pies cuando trataba de volver a la mesa con sus vecinos. Johnny estaba sentado un poco alejado de los demás, y entonces ella vio brillar su rostro a través del local, un brillo extraño en su mirada cuando los ojos de ambos se encontraron.

Distinguió el cabello rubio de Simón como un rayo de sol en la silla que había al lado de su asiento vacío. Le parecía que estaba muy lejos, los separaban demasiados cuerpos, un mar negro de poliéster y miradas acusadoras. Liv iba tropezando con la gente, ataviada de punta en blanco para la ocasión; llevaba un vestido que se le pegaba al cuerpo como una piel fofa, y tenía el cabello húmedo en la nuca. Lo único que tenía seco era la

boca. La lengua se le había pegado al paladar, no podía responder a lo que le decía la gente, aunque quisiera. Una rabia encendida brotó de su interior, quiso arrancar los manteles blancos de las mesas, derramar el café caliente en sus rodillas hipócritas y llenar sus finos zapatos de porcelana rota. Quiso ponerse un fragmento en su propia garganta, a la vista de todos, pero solo fue capaz de levantar la cabeza y mirarlos a los ojos, uno por uno. Se callaban conforme ella pasaba, como si alguien fuera a su lado bajando el volumen. Y comprendió que todos pensaban lo mismo, aunque no se atrevieran a decirlo delante de ella. El convencimiento podía apreciarse con tal claridad en sus tensos hombros y en la delgada línea de sus labios que bien podrían haber pregonado lo que en el fondo creían: que era ella quien había matado a su propio padre.

OceanofPDF.com

INVIERNO DE 2002

Ella ignora todos los indicios: los pechos sensibles y el sentido del olfato que se le ha vuelto tan sensible que casi no puede ir a ningún lado. Todo apesta: el aliento ardiente de las personas, los vapores de la gasolina de las motos de nieve que conducen por el pueblo y el olor dulzón de la matanza que llega desde la granja del vecino, donde los animales son dispuestos en piezas limpias en la cuesta del establo. Nada se le escapa.

Oculto el cuerpo hinchado bajo capas de ropa amplia, agradecida por el frío y la oscuridad del invierno. Cuando ya no puede ocultar la barriga deja de ir a la escuela. Se queda acostada en su habitación y siente cómo se mueve el bebé, se revuelve como una lombriz dentro de ella, un parásito enorme que le absorbe toda la energía.

Cuando llega su padre, ella tira del edredón hasta la barbilla, pero él, de todos modos, no se atreve a mirarla y sus ojos fluctúan en alguna parte por encima de su cabeza. Tres veces al día le sube la comida: morcilla, albóndigas de hígado y caldo hecho con tuétano. Alimentos ricos en hierro y grasa que la harán lo suficientemente fuerte para dar a luz a una criatura. El niño se despierta cuando ella come, da patadas y se mueve como si tuviera hambre de algo.

El padre no quiere que ella salga de la granja los últimos meses; tiene que conformarse con estar en la linde del bosque y respirar el aroma de la nieve y la quietud, pero ella siente la mirada de su padre desde la casa y su cuerpo no consigue relajarse. En lugar de eso, ella abre la ventana y escucha el susurro de la nieve al caer y el viento entre los abetos. El pueblo está envuelto en la oscuridad; la gente y el mundo habitual parecen lejanos. El

padre corta el paso a todos los que intentan acercarse. Dice que no necesitan a nadie más.

«No te preocupes, cariño mío. Esto lo vamos a superar juntos».

Al final, el niño pesa tanto que ella no tiene fuerzas para salir. Se queda de pie en medio de las escaleras para recuperar el aliento, y cuando el padre le grita que tiene que quedarse en la habitación, ella lo hace. Permanece acostada en su cama de niña con las sábanas de color rosa, viendo cómo se eleva su vientre abultado. Puede sentir los pies del niño debajo de la piel cuando él patalea, porque ella ya sabe que es un chico —un hombre en ciernes y un monstruo—. Teme el día en que salga de ella y se vea obligada a encontrarse con él.

Piensa en los coches y en los hombres, en las luces de neón de la gasolinera y en sus manos frías debajo de la cazadora de ella. Hielo fundido cuando la penetran, en cómo la dejan con la piel de gallina y los dientes castañeteándole. Los recuerdos del lobo solitario son los únicos que le aportan calidez. A veces, por la noche busca su rastro a través de la ventana. Percibe el olor salvaje y la embriaguez de su cercanía en la sangre. El asiento del copiloto de su coche es lo más cerca de la libertad a donde ha conseguido llegar.

OceanofPDF.com

La muerte se apiñaba bajo los tubos fluorescentes. Trajes y vestidos negros se amontonaban en las estanterías, una saciedad fría en sus rostros. Fuera de la tienda amenazaba la lluvia, el cielo colgaba como una sábana sucia por encima de todo, tan mojado como las personas que entraban y salían por las puertas trayendo la humedad consigo. Acababan de enterrar a Vidar Björnlund y nadie podía hablar de otra cosa. Liam estaba detrás de la caja registradora empapándose de todo cuanto salía de sus bocas.

—Pensé que se iba a desmayar, pobre chica.

—Me pregunto qué será del chico. Él es el mayor perjudicado en este enredo.

—No hay que hablar mal de los muertos, pero Vidar ha tenido lo que se merecía. Me ha dado muy mala espina desde que murió su esposa.

Se especuló mucho sobre cómo habían ocurrido los hechos. Un hombre con el pelo rapado y la barba espesa se inclinó sobre el mostrador y le susurró a Liam que él había oído de buena tinta lo que había pasado.

—Primero le reventaron la cabeza de un disparo y después le pasaron por encima con un quad hasta romperle todos los huesos del cuerpo. ¡Ya no era más que un fardo cuando lo arrojaron al pozo!

Estaban tan ocupados hablando del muerto que parecía que no se fijaban en su labio partido ni en el corte de la mejilla. Solo Niila le había preguntado qué le había pasado y Liam le soltó algo sobre un entrenamiento de *hockey*. Y eso que no había jugado al *hockey* en toda su vida. A pesar de que eso era lo único con lo que soñaba cuando era pequeño.

Durante la pausa estaba tan cansado que tuvo que apoyarse en el maloliente contenedor para no derrumbarse. La bolsa con pastillas que le había dado Gabriel mermaba cada día. No quería tomarlas, pero no podía evitarlo: necesitaba algo contra el estrés. Tenía los nervios tan delicados que el más ligero ruido lo hacía saltar. Se había tragado dos benzodiacepinas

antes de empezar el turno de trabajo, pero no sentía ningún efecto, seguía teniendo la cabeza llena de paranoias. Mantenía los ojos abiertos mientras fumaba por si aparecía Gabriel, siempre con miedo a que su hermano saliera de la oscuridad y lo acosara con nuevos problemas, nuevas exigencias y mentiras.

Liam sabía que había sido Gabriel quien había trasladado el cuerpo, aunque lo negara. Estuvo allí sentado a la mesa de la cocina de su madre, tratando de hacerse el tonto, intentando poner excusas. Desde la noche en que estuvieron en la turbera ya no era posible hablar con él. Desde entonces, Gabriel era mucho peor de lo que lo fue nunca su padre; las drogas le permitían vivir en su propia realidad, le permitían creerse sus propias mentiras. Y lo único que podía hacer Liam era mantenerse a distancia y no dejarse arrastrar más profundamente en la mierda de lo que ya estaba.

Acababa de apagar el cigarrillo cuando se abrió la puerta del almacén y apareció Liv Björnlund. Llevaba puesto un vestido negro que le colgaba como un saco. Tenía la cara pálida, pero resuelta.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

—Me di un golpe tonto en el entrenamiento de *hockey*.

—¿Te puedo robar uno?

Liam trató de calmar sus manos temblorosas mientras sacaba el paquete. Ella tampoco tenía encendedor, y cuando él acercó la llama a su rostro pudo ver que ella arrastraba el mismo cansancio que él. Su cara estaba llena de sombras de agotamiento y de arrugas. Pero no vio indicios de que hubiera llorado.

—Hoy he enterrado a mi padre.

—Eso he oído, lo siento.

—Niila no quiere que trabaje nada este mes, dice que la gente es demasiado curiosa. Que no me dejarán en paz. Dice que tú puedes hacer mis turnos.

—Solo hasta que vuelvas. Entonces, todo volverá a ser como siempre.

Ella miró inquieta las sombras del anochecer, como si tuviera miedo de que allí hubiera alguien escuchando. Daba caladas profundas al cigarrillo mientras balanceaba la parte superior del cuerpo.

—No le digas nada a Niila, pero no creo que vuelva.

—¿Por qué no?

—Ya estoy lista aquí. Mi padre ha muerto y no hay ninguna razón para que me quede. Venderé la casa, cogeré a mi hijo y me mudaré a algún lugar muy lejos de aquí.

Él percibió una alegría en su voz que no existía antes, una nueva luz en sus ojos cuando se retiró el pelo de la cara y lo miró. Aquello era mejor de lo que él se habría atrevido a imaginar ni en sus mejores sueños: si su hijo y ella se iban, ya no habría nada que se lo recordara a diario, y entonces todo caería pronto en el olvido.

—Tengo que volver, antes de que Niila empiece a buscarme.

—He oído que tienes una hija.

—Es cierto.

—Niila dice que por eso trabajas aquí. Por ella.

Liam bajó la cabeza y se fijó en su calzado: dos calcetines de distinto color sobresalían de sus botas negras, uno blanco y otro negro.

—Le he prometido una casa.

—¡Guau! No está mal.

Ella levantó el pie y pisó el cigarrillo con la bota. Liam fue hasta la puerta del almacén, la abrió y le hizo un gesto indicándole que pasara ella delante. Liv se detuvo en el umbral, se inclinó cerca de él y le susurró:

—¿Sabes qué es más importante que darle una casa?

—No.

—Asegurarse de que un día se atreva a abandonarla.

* * *

A Vidar lo habían asesinado de un disparo antes de arrojarlo al pozo. Parecía que las portadas de los periódicos se lo estuvieran gritando cuando Liv cruzó el pueblo con el coche. Y por todas partes ardían las miradas de la gente. Simón iba sentado a su lado con la capucha puesta, tratando de ocultar que estaba llorando. Ella quería consolarlo, quería decir que el

abuelo, a pesar de todo, no había tenido que sufrir, que todo debía de haber ocurrido tan rápido que no tuvo tiempo de sentir nada. Pero aquellas palabras le dejaban un sabor desagradable en la boca, y cuando llegaron a Ödesmark seguían callados, unidos en aquella nueva oscuridad que ahora los rodeaba.

Junto a la barrera de su entrada había dos extraños esperando —una mujer joven y un hombre—, periodistas a juzgar por las cámaras y el micrófono redondeado. Liv los reconoció, también habían estado haciendo pasillo fuera de la iglesia, como un par de cuervos hambrientos.

Simón puso la mano en la puerta cuando ella redujo la velocidad.

—¿Les digo que se vayan a la mierda?

—No, no les vamos a decir nada.

Salió y levantó la barrera para que no tuviera que hacerlo él. «¿Cómo estás, Liv? —dijo la periodista—. ¿Quieres hablar un poco con nosotros?». Su voz era suave, casi suplicante, pero Liv se ocultó aún más bajo la capucha de la cazadora y se negó a mirarla. Con movimientos rígidos se las arregló para levantar la barrera y llevar el coche a un lugar seguro. Una vez en casa, bajó las persianas para huir de toda aquella curiosidad que los amenazaba en el exterior. Miradas que la desgarraban.

Esperó a que cayera la oscuridad sobre el pueblo antes de aventurarse a salir. Estaba sentada en el porche con la mirada vagando por el bosque y la pipa de Vidar en los labios cuando llamó Hassan y dijo que iba de camino a su casa. Los periodistas se largaron cuando bajó a levantar la barrera para dejarlo pasar.

—Se podría pensar que ahora vives aquí —dijo mientras él salía del coche.

—No se lo digas a mi pareja, que ya piensa que paso fuera demasiado tiempo.

Él se sentó al lado de ella en el porche. Liv chupaba la pipa, estudiando el rostro de Hassan en un intento de descubrir por qué estaba allí. Le pasó la pipa, pero él la rechazó.

—¿Qué tal estás? —preguntó él.

—He tenido días mejores.

Esperó a que Hassan dijera algo, y sintió la impaciencia corriéndole por todo el cuerpo; tenía la sensación de que él solo fingía preocuparse por ella para tenerla vigilada.

El periódico *Piteå-Tidningen* estaba tirado en la mesa. Ella golpeó con un dedo la portada negra.

—Aquí dice que recibió dos disparos.

Hassan suspiró profundamente.

—Es cierto.

—¿Por qué hemos tenido que leerlo en el periódico? ¿Por qué no nos lo dijiste tú?

—Porque es una filtración. Lo siento, no queríamos que escribieran sobre cómo habían ocurrido los hechos. La investigación todavía se encuentra en una fase muy sensible.

—¿Tenéis alguna teoría de quién está detrás?

—Nada que pueda discutir contigo, en la situación actual.

Parecía realmente triste. Se volvió para poder verla mejor. Liv mantuvo la mirada puesta en el bosque, observando cómo los árboles y el cielo se fundían con la oscuridad.

—Creéis que fui yo quien le disparó, ¿verdad? Por eso registrasteis la granja, y por eso tú no me cuentas nada.

Hassan se pasó la mano por el rostro, lo que alteró sus agraciados rasgos.

—Es imposible resolver un asesinato sin investigar a las personas más próximas a la víctima. Eso es así, no hay más. No puedo pedirte perdón por hacer nuestro trabajo. Todo lo que puedo decir es que no os lo tenéis que tomar como algo personal. Así es como funciona esto.

La pipa se apagó en el mismo momento en que el horizonte engulló el último fragmento de sol. Un frío húmedo se levantó de la oscuridad. Liv se estremeció, pero no quería entrar en la casa. Ahora todo le parecía extraño allí dentro, aireado y desnudo. Hassan se le acercó y le habló en voz baja:

—Lo creas o no, estoy de tu lado, Liv. Aunque no pueda contarte exactamente lo que pensamos ni por qué hacemos lo que hacemos, quiero

que lo sepas. Estamos aquí por vosotros y por Vidar. Nadie se merece una tragedia semejante.

A Liv le lloraban los ojos a causa del viento, pero no se molestó en secárselos; quizá él pensó que eran lágrimas. De amor.

—Sé que Vidar y tú estabais muy unidos —siguió diciendo el agente—. Este es un momento increíblemente duro para ti y para Simón, y quiero que sepas que yo estoy aquí si necesitáis algo. No solo como policía, sino también como amigo.

—¿Qué te hace pensar que estábamos muy unidos?

La pregunta lo sorprendió, y ella se dio cuenta de que él se sentía desconcertado. Hassan se pasó la mano por el espeso cabello.

—De lo contrario, no habrías seguido viviendo bajo el mismo techo, ¿no te parece? Y, además, él no habría llevado encima una foto tuya.

Hassan rebuscó en la cazadora. Mientras murmuraba algo sobre la ropa de Vidar y sobre las pruebas, sacó una bolsa pequeña de plástico y se la entregó. La foto estaba en el bolsillo de la camisa de Vidar cuando lo encontraron. Liv pasó los dedos por la bolsa, pero no se molestó en mirar; ya lo sabía.

—La de la foto no soy yo, es mi madre.

—¡No me digas! Sois increíblemente parecidas, ¡podría haber jurado que eras tú!

La foto estaba manoseada y envejecida por el tiempo; era Kristina, joven y sonriente, con la melena suelta. Tan solo sus ojos traslucían la gravedad que se escondía en su interior, la oscuridad que pronto iba a exigir su espacio. Liv le devolvió la foto. Vidar había llevado encima fotos de Kristina desde que ella podía recordar. De pequeña le gustaba mirarlas, había pasado muchos momentos con aquel hermoso rostro delante, y nunca se cansaba de contemplarla. Pero todo cambió cuando se hizo mayor y ya solo se veía a sí misma en la foto.

—Se suicidó cuando yo solo tenía unos meses.

—Tiene que haber sido increíblemente duro crecer sin una madre —dijo Hassan.

Liv se levantó y silbó a la perra. Le dolía el cuerpo de agotamiento, cada paso le causaba dolor. Se detuvo junto a la puerta de la casa y le lanzó

una última mirada.

—La gente dice que fue culpa de mi padre que ella lo hiciera. Dicen que la amó hasta matarla.

* * *

Todos aquellos rumores hicieron que la cabeza le diera vueltas y le recordaban las fotos que había sacado con su móvil. Liam esperó a que cayera la noche y los perros se callaran. Vanja dormía con la cara contra la pared, y las grietas del papel pintado se extendían como una telaraña por encima de su cuerpecillo. Se sentó a la luz del ordenador y examinó las fotografías, que pronto ocuparon toda la pantalla. La espalda de Vidar inclinado sobre el suelo, sus manos hundidas profundamente en la tierra humeante, como si estuviera buscando algo.

Liam había pasado las fotografías al ordenador antes de borrarlas del teléfono. Tampoco se sentía seguro teniéndolas allí, pero no era capaz de borrarlas definitivamente, algo en su interior se lo impedía cada vez que lo intentaba. Tenía que miraras, tenía que entender lo que había pasado aquella noche, aunque eso lo pusiera enfermo.

La mayoría de las fotos que había tomado eran de la granja propiamente dicha. La ventana solitaria que iluminaba la noche y los senderos que ofrecían sus vías de escape a la luz de la luna. Las tres puertas de acceso a la casa: una en la parte delantera, otra en la parte trasera y la puerta del sótano en un lateral. El manzano de la fachada lateral podía servir de escalera si uno tenía que saltar desde el segundo piso o desde el tejado. El Volvo estaba aparcado junto a uno de los laterales, con el morro entre los arbustos de grosellas, con sus oxidadas llantas reluciendo como el oro a la luz del amanecer.

Las imágenes borrosas justo antes de que ocurriera todo. El viejo con la cara contra la tierra. Su frágil sombra entre los abetos mientras el cielo clareaba y los primeros rayos del sol caían sobre el suelo humeante. La sombra de la torreta de caza que se extendía sobre su cuerpo. Se había

alejado del sendero, casi como si él también se estuviera escondiendo de algo, Liam aumentó el brillo y acercó la imagen. Todo se volvió mucho más claro en la pantalla del ordenador, lo invadieron los recuerdos, el griterío de los pájaros y el olor a pólvora. Un sudor frío le corrió por la espalda desnuda y le entró un escalofrío, pero no podía dejar de mirar. Vanja se movió en la cama, y al oírla Liam se quedó paralizado en la silla. Una luz blanquecina había comenzado a filtrarse en la habitación y lanzaba un resplandor enfermizo sobre la cara dormida de la niña.

Volvió a fijar la mirada en la pantalla. Vidar estaba de rodillas, con las manos en la tierra. Algo en la esquina izquierda sobresaltó a Liam. Amplió la imagen, entornó los ojos y vislumbró una sombra que parecía fuera de lugar. Alguna cosa de color azul claro brillaba en la oscuridad del bosque, quizá algún tipo de prenda: una cazadora sobre el cuerpo de una persona que se escondía entre los árboles. ¿Podría ser Gabriel? Pero él se encontraba justo al otro lado. Liam amplió la imagen hasta que todo se convirtió en un revoltijo desordenado de píxeles. Subió el brillo y el contraste, pero todo cuanto se veía eran unos inestables contornos azules. No podía estar seguro de que realmente hubiera alguien allí. Bien podría ser que el cansancio le estuviera jugando una mala pasada.

Vanja emitió un ligero sonido, y él se apresuró a cerrar las imágenes. A la luz del ordenador vio cómo la niña se hacía un ovillo, con su brillante trenza colgando sobre el borde de la cama, pero no se despertó. El sueño la tenía tan profundamente atrapada que resultaba difícil saber si realmente estaba respirando. Con las articulaciones anquilosadas, se acercó sigilosamente a ella y apoyó la mano en su espalda para asegurarse de que la vida seguía palpitando en su cuerpo, tal como solía hacer cuando era una recién nacida y tenía tanto miedo de perderla que apenas podía dormir por la noche.

Se acurrucó en el colchón, se cubrió con el edredón y la manta, pero seguía teniendo frío. Estuvo tiritando hasta que el sueño lo envolvió en pesadillas y la tos de Gabriel llenó la habitación.

* * *

El pueblo vecino dormía más profundamente que Ödesmark. Los graneros vacíos y las casas azotadas por el viento los miraban con sus bocas abiertas cuando pasaban. Liv iba bien hundida en el asiento, y todo el tiempo tenía la sensación de que había alguien espiándola tras las oscuras ventanas. Era Simón quien conducía, necesitaba practicar. Unas sombras tristes bajo sus ojos le hacían parecer más maduro. Cuando pasaron unos columpios, redujo la velocidad, a pesar de que hacía mucho tiempo que no se oían risas de niños en aquellas granjas. Liv trató de tragarse su malestar.

—Si la policía está allí, damos la vuelta —dijo ella.

—No podemos hacer eso, oirán que nos acercamos.

—No soporto sus miradas.

La policía había investigado los últimos días de la vida de Vidar, pero al parecer seguían sin creerla cuando decía que él no tenía ni amigos ni enemigos. La soledad se había convertido en su seguridad, a los únicos que soportaba era a sus seres más cercanos. Y en cuanto a las deudas, él nunca había tenido. La policía había registrado la casa y el coche, y se había llevado las armas del armero del sótano. Pero lo peor no eran las preguntas ni la intromisión, sino aquellas miradas que trataban de escrutar su interior, que querían penetrar profundamente bajo su piel y rebuscar. Sentía cómo la taladraban con sus miradas.

Cuando pasaron por la casa de Stor-Henrik, él estaba fuera del establo y se quedó mirándolos, con su jersey de forro polar refulgiendo como un sol de invierno bajo la mísera luz. Simón saludó con la mano, pero solo obtuvo una mirada sombría por respuesta.

—Mándalos a la mierda.

—Nadie quiere saber nada de nosotros ahora —dijo Liv—. La desgracia nos acompaña.

—Antes tampoco quería nadie saber nada de nosotros.

Vieron el cordón policial desde lejos. Varias roderas de vehículos cruzaban de un lado a otro el camino de grava y la cinta de la policía revoloteaba en la espesura. Más allá de los límites de la parcela y la espesura se extendía como una enfermedad una zona talada en medio de todo aquel verde oscuro. Allí no había vida, solo las sombras de las nubes que se movían lentamente por el suelo. Simón se acercó tanto que el parachoques rozó la señal que indicaba la zona acordonada.

—Aquí no hay nadie —dijo él.

—¿Dónde crees que está el pozo?

—Estará en algún lugar dentro de la finca. Lo que pasa es que el bosque y las malas hierbas lo han invadido todo. Si no hubiera sido por la tala, no lo habrían encontrado nunca.

Tal vez fuera la tormenta que se avecinaba o la sensación de abandono, pero de repente el llanto estaba allí, creciendo en su garganta. Un llanto que había brillado por su ausencia desde que recibió la noticia de la muerte. Liv no dejó de parpadear, y las lágrimas tuvieron que buscar una salida a través de la nariz. Se lamió la sal y abrió la puerta. Allí disponía de paz para llorar.

La policía había abierto senderos que corrían como pequeños arroyos a través de la espesura y convergían alrededor del pozo, situado dentro de un círculo de abedules desnudos que abrían la boca para recibir las primeras gotas gruesas de lluvia. Se detuvieron delante de las piedras cubiertas de musgo y Liv levantó la tapa con decisión.

Se preguntó si lo habrían arrojado de cabeza. El pozo era profundo y no tenía agua, y cuando se inclinó sobre las piedras pudo oír un murmullo, un susurro proveniente de las entrañas de la tierra. De cerca se veían manchas oscuras sobre los líquenes y las piedras donde había salpicado la sangre. Liv apartó los ojos y miró a Simón, que observaba la zona talada como si buscara una explicación entre los árboles cortados.

—Hay quienes dicen que es Juha que ha vuelto a las andadas —dijo él.

—¿Juha Bjerke? ¿Quién dice eso?

—Una de las que cuidan el ganado de Modig. Dice que últimamente ha visto a Juha merodeando por el pueblo varias veces. Según parece, suele cazar por aquí, aunque no tiene licencia. Y no sería la primera vez que confunde a una persona con un animal.

Liv sacudió la cabeza.

—La gente, en cuanto ocurre algo, siempre tiene que echarle la culpa a Juha. Dudo de que él tenga algo que ver con esto.

Esperaba que Simón no le hubiera notado el temblor en la voz. No había visto a Juha Bjerke desde hacía muchos años, casi se había olvidado de su existencia, pero aún podía ver su barba salvaje delante de ella, su mirada atormentada. Habían pasado muchos años desde entonces, pero ella nunca olvidaría los paseos que habían dado en su viejo coche mientras el otoño ardía fuera de las ventanillas, hablando de libertad y fumando marihuana. Fue un tiempo lleno de luz y esperanza, antes de que Vidar interviniera y lo estropeará todo. Ella no sabía lo que él le había dicho para deshacerse de Juha, solo sabía que el lobo solitario del bosque norte nunca más volvió a buscarla.

—¿Conoces a Juha? —le preguntó Simón.

—Bueno, conocer, conocer... Todo el mundo sabe quién es.

—Qué mal se te da mentir.

«Solo a ti —le hubiera gustado decir—, a ti nunca te puedo mentir».

Dio unas vueltas alrededor del pozo y las malas hierbas. Si era cierto que a Vidar lo habían matado a tiros, eso no había ocurrido allí. La cantidad de sangre era muy escasa, solo unas pocas manchas alrededor de la tapa del pozo. La única explicación posible era que lo hubieran trasladado hasta ahí para ocultarlo, arrastrándolo desde un lugar donde crecían moras de los pantanos, si daba crédito a las palabras de Serudia. Alrededor del pozo nunca habían crecido moras de los pantanos, el suelo era demasiado seco.

Había una colilla de cigarrillo oculta bajo la rama de un abeto. Liv la recogió y la examinó a la luz, era un Marlboro rojo y estaba a medio fumar, parecía que alguien lo había apagado con el zapato.

—¿Qué has encontrado?

—Nada.

Cerró los dedos alrededor de la colilla inmediatamente y la dejó caer en el bolsillo.

—Vámonos, no quiero estar más tiempo aquí.

Stor-Henrik ya no estaba fuera del establo cuando volvieron a pasar, pero ella pudo entrever su sombra detrás de la cortina. Sin pensárselo dos veces, apoyó la mano en el hombro de Simón.

—Entra aquí.

—¿Para qué?

—Quiero saber qué está pasando en este maldito pueblo.

* * *

Gabriel había dejado de contestar a sus llamadas. Cuando se presentó en su apartamento, fue Johanna quien abrió. Iba vestida con ropa de Gabriel y la melena oscura le caía sobre la cara. Bajo los mechones se podía entrever un ojo hinchado.

—Gabriel no está en casa.

—¿Puedo entrar a esperarlo? Es importante.

—Me ha dicho que no puedo dejarte entrar.

—¿Sabes dónde está?

Ella negó con la cabeza y se mordió el labio. Liam se dio cuenta de que la chica sabía más de lo que quería decir, pero no quiso discutir, bastante tenía que aguantar ya.

—Si lo ves, ¿puedes decirle que he estado aquí?

Ella empezó a cerrar la puerta, hasta dejar solo una pequeña rendija para el ojo sano.

—Está preocupado por ti —dijo en voz baja—. Dice que has perdido la cabeza.

Liam sonrió.

—La última vez que lo comprobé estaba en su sitio.

Lo encontró en el Frasses. Gabriel estaba sentado solo a una mesa de la terraza y engullía patatas fritas a dos carrillos. No reaccionó cuando Liam se bajó del coche y, hasta que no se sentó frente a él, Gabriel no levantó la cabeza. La mitad vaga de su rostro parecía más flácida que de costumbre a la luz del sol; un chorretón de ketchup le goteaba por una de sus comisuras.

Apartó la comida y se limpió las manos en los vaqueros.

—Pierdo el apetito solo con verte.

—Lo mismo digo.

—¿Qué quieres?

—¿Podemos ir a dar una vuelta? Quiero enseñarte una cosa.

—No puedo. Estoy esperando a alguien.

—Solo serán diez minutos, cuando estemos listos te traigo de vuelta. Es importante.

El lago estaba reluciente y desierto, nadie se bañaba aún. Un brillo verde refulgía en los abedules, pero el verano aún parecía muy lejano. Gabriel bajó el cristal de la ventanilla y encendió un porro, fumaba y tosía a la par, evitando mirar a Liam. El grito de un ave hizo que los dos se estremecieran, siempre con los frágiles nervios en tensión y el cuerpo listo para huir.

«Él también tiene miedo —pensó Liam—. Ambos nos tenemos miedo».

Lejos quedaba aquel tiempo en que buscaban seguridad el uno en el otro, como habían hecho durante tantas interminables noches, cuando la oscuridad caía como una manta asfixiante sobre la granja y la casa vibraba llena de lágrimas y de gritos. Siempre era Liam quien se metía en la cama de Gabriel, nunca al contrario. Gabriel solía poner sus manos sobre las orejas de Liam para evitar que él oyera todo lo que ocurría en el piso de abajo, todo lo que se rompía y se hacía añicos, eso que nunca se podría arreglar. A veces, en los peores momentos, Gabriel solía cantarle para que el aire vibrara bajo el edredón. Cantaba hasta que Liam se dormía.

Liam dio una calada al porro para salvar la brecha que se había abierto entre los dos y sacó el móvil.

—Creo que no estábamos solos allí fuera —dijo finalmente.

—No empieces otra vez.

Liam puso el móvil delante de Gabriel. Mostraba la foto en la que el viejo estaba de rodillas y el sol del amanecer lanzaba un resplandor cálido sobre el bosque. Gabriel dio una calada al porro y retuvo el aire en los pulmones mientras hablaba.

—Creía que te había dicho que borraras esa mierda.

—Lo sé, pero mira bien esto. Mira la esquina izquierda.

—¿Qué estoy mirando?

Liam apretó el móvil contra su cara. No se distinguía muy bien en aquella ínfima pantalla, pero si uno se esforzaba podía distinguir una sombra azul que flotaba detrás de Vidar.

—Ahí, entre los árboles, ¿ves la sombra?

Gabriel expulsó el humo y miró la pantalla con los ojos entornados.

—Solo veo una mierda de foto que deberías haber eliminado hace mucho tiempo.

Apagó el porro en una lata de Coca-Cola vacía que había en el portavasos, se recostó en el asiento y miró a Liam por debajo de sus pesados párpados. Unos pequeños tics en la cara dejaban translucir la ira que le bullía bajo la piel. Le propinó un capón a Liam.

—A veces me pregunto si tienes algo ahí dentro —le dijo—. Te niegas a escuchar, te niegas a hacer lo que se te dice. Ya no sé qué hacer contigo. Después de todo, quizá debería haber dejado que Juha se ocupara de ti. Así me habría librado yo.

Liam se apartó de él, haciendo como si no lo oyera. Él volvió a mirar la foto, y de pronto empezó a dudar de sus propios sentidos. Podía ser que el viento entre los árboles le hiciera ver aquella mierda inexistente, captando la luz y dándole al mundo nuevos colores y apariencias. Tal vez Gabriel tuviera razón, tal vez solo fuera su cerebro destrozado que le estaba jugando una mala pasada, buscando otras explicaciones. Una salida.

Antes de que pudiera reaccionar, Gabriel le quitó el teléfono de la mano y salió del coche. Liam vio cómo lo levantaba por encima de su cabeza, lo estrellaba con todas sus fuerzas contra el asfalto y lo pisoteaba. Lo pateó una y otra vez, hasta que no quedaron más que añicos. La ira era una

máscara blanca en su rostro. Cuando terminó, recogió los restos y los arrojó lejos al lago, uno por uno.

Liam permaneció sentado totalmente quieto y le dejó hacer, observando los círculos que las ondas formaban en el agua. Sintió los movimientos del suelo bajo sus pies, el crujido de la tierra que se expandía lentamente y se abría. Esperándolo.

* * *

Había un gato flaco sentado en el porche de la casa de Stor-Henrik que los observó con disgusto cuando se bajaron del coche. Nadie abrió cuando Liv tocó el timbre, a pesar de que ella podía oír que alguien se movía detrás de la puerta.

—Será mejor que abras —gritó—. Sé que estás en casa.

Simón ya había comenzado a caminar hacia el coche cuando la puerta chirrió y Stor-Henrik asomó la cara por el hueco. Liv solo le llegaba al pecho, y su enorme corpachón llenaba la puerta. Sin embargo, no se atrevía a levantar la vista de los zapatos de ella.

—¿Qué queréis?

—Queremos entrar y hablar contigo.

—¿De qué queréis hablar conmigo?

—Eso te lo podrás imaginar.

Stor-Henrik se balanceó en el umbral. Un recuerdo de los tiempos de la escuela le vino a Liv a la cabeza: frío de enero y el bosque cubierto por una espesa capa de nieve; el autobús escolar había pinchado, y Stor-Henrik y ella fueron juntos siguiendo las roderas de las motos de nieve y hablando todo el camino hasta Ödesmark, a pesar de que antes ni siquiera se habían mirado el uno al otro. Allí donde la nieve era más profunda, él se adelantaba, para que ella pudiera seguir sus pisadas. Al día siguiente fue como si aquello no hubiera ocurrido nunca, nada que revelara el tiempo que habían compartido. Y ahora era igual, aquella cara arrugada no quería saber nada de ella.

—Entra entonces, no faltaba más.

La casa era grande, silenciosa y estaba parcamente amueblada. Stor-Henrik los guio hasta la cocina y los invitó a sentarse. Una abigarrada composición de círculos de café en el hule revelaba cuál era su sitio. Ahora vivía solo, desde que su madre murió. De todos los hermanos solo Stor-Henrik se había quedado en el pueblo.

—Querréis tomar un café, supongo.

Sin esperar respuesta, metió un trozo de madera en la cocina de leña y empezó a poner café en la cafetera.

—No hace falta que te tomes molestias por nosotros.

Liv se esforzó en hacer que su voz pareciera dócil, no quería que él se cerrara en banda. Simón estaba sentado a su lado, mordiéndose las uñas. Stor-Henrik sacó tazas de porcelana fina con el borde dorado. Tenía una calva en la cabeza y se la toqueteaba todo el tiempo, no paraba de rascársela y de arañársela.

—Es terrible lo que ha pasado —dijo él—. Estuve en el entierro. Lo organizasteis muy bonito, creo yo.

—Nos ayudó Modig, de lo contrario no habría habido ningún funeral.

Stor-Henrik hizo un gesto hacia la ventana.

—Cuesta imaginar que estaba aquí fuera, a un tiro de piedra de mi casa. Me da miedo solo de pensarlo.

—Entonces ¿no viste nada?

Parpadeó.

—Ya le he contado a la policía todo lo que sé. Cómo acabó Vidar en el pozo es algo que no comprendo.

—¿No has visto a ninguna persona extraña pasar por la carretera, aquí fuera?

—Ya no pasa nadie por aquí. La empresa forestal entra por el otro lado, han abierto su propio camino. No hay nadie que tenga motivos para pasar por aquí. No hasta que ocurrió esta desgracia. Ahora están destrozando la carretera, la policía, la gente de la prensa y todos los demás curiosos e hijos de puta.

La calva de la cabeza le ardía cuando les sirvió el café. Simón apoyó las manos en la mesa, sin apartar la mirada de aquel hombre grandote mientras

probaba la bebida caliente. Ella era incapaz de tomar nada, ya tenía el estómago revuelto.

—Supongo que no faltarán habladurías. Seguro que habrás oído algunos rumores, ¿no es así?

La porcelana fina parecía cómica en las manazas de Stor-Henrik, como si estuviera jugando con un servicio de café para muñecas.

—Por supuesto que he oído esto y lo otro, pero no sé si querréis oír esas cosas.

—No te preocupes por nosotros. Solamente queremos saber qué se dice.

Stor-Henrik suspiró, se llevó la mano a la cabeza y se los quedó mirándolos.

—Bueno, tendréis que perdonarme si esto suena duro, pero hay mucha gente que quería meterle una bala en la frente a Vidar Björnlund. Existe mucha rabia que ha ido creciendo con los años. En realidad, ha sido un milagro que haya tardado tanto tiempo.

Simón apartó su taza de café con un tintineo. Liv pudo ver cómo se le aceleraba el pulso por encima del cuello.

—¿Te refieres a alguien en concreto? —preguntó ella.

—No tengo pensado colgar a ningún pobre hombre, porque se lo he oído decir a más de uno. Tu padre era muy poco apreciado, y eso lo sabes tú también. Vidar se forró a costa de la desgracia ajena, engañando con la compra de tierras a gente honrada para vendérselas luego a empresas forestales y a otros extraños. Varias familias perdieron todo de la noche a la mañana, y esas cosas no se olvidan. Esas heridas escuecen todavía.

—Papá no ha hecho ningún negocio desde hace más de veinte años.

—Claro, pero sus estragos han dejado ondas en el agua. Ahora, después de tantos años, les han dado permiso para talar también el bosque norte, a pesar de que es un auténtico bosque milenario. Y no fue otro sino Vidar quien echó a rodar la bola cuando compró las tierras de los Bjerke y luego las vendió.

Ahora le tocaba a Liv mirar el hule. Sentía los ojos inquisitivos de Simón cosquilleándole la piel. No estaba segura de cuánto sabía él de las cosas pasadas, de todo lo que había ocurrido antes de que él naciera. Cosas de las que ninguno de ellos podía hacerse responsable ahora, toda una vida

después. Ella sabía que había gente que había estado enfadada con Vidar, pero todo eso ocurrió hacía mucho tiempo, debería estar olvidado.

—¿Es dinero lo que quieres? —preguntó ella.

Stor-Henrik soltó una risa sorda.

—Tú nunca has estado bien de la cabeza, Liv.

—Dime una suma, la que sea. Te pago lo que quieras, si me cuentas quién mató a mi padre.

Por fin, él alzó los ojos y la miró a la cara. Su enorme corpachón temblaba de rabia cuando se inclinó sobre la mesa.

—Recuerdo cuando estabas abajo, en la carretera principal, con el pulgar al viento y querías irte lejos de aquí. Pero, a pesar de que te metiste en todos y cada uno de los viejos coches que pasaban, nunca llegaste a ninguna parte. Y ahora es demasiado tarde, ahora te has vuelto igual que tu padre. Ahora crees que todo se arregla con dinero.

Ella se levantó tan bruscamente de la mesa que el café que quedaba en la taza se derramó por el hule de la mesa. La antigua vergüenza ardió en su interior mientras se apresuraba, a través del oscuro pasillo, afuera, hacia el atardecer, que acababa de surgir de la nada y ahora la envolvía su gelidez mientras corría hacia el coche. Tuvo tiempo de arrancar el motor y de dar un giro brusco en la grava antes de que Simón le diera alcance. El chico se deslizó en el asiento del copiloto, buscó a tientas el cinturón de seguridad y tardó un buen rato en encontrar las palabras.

—¿De qué iba todo eso?

Liv le tendió el brazo y buscó su mano.

—Eso no tiene ninguna importancia. Nada de lo que pasó antes de que tú nacieras tiene ninguna importancia.

OceanofPDF.com

FINALES DEL INVIERNO Y COMIENZOS DE LA PRIMAVERA DE 2003

El llanto del niño la taladra. Aun así, no tiene fuerzas para levantarse de la cama. La cuna se convierte en una jaula a la luz de la luna, una cárcel bastante más pequeña que la suya. Las raídas paredes de la casa no pueden contener el llanto del niño, ella ve cómo viaja a través del pueblo y hace que los pájaros salgan asustados de los árboles.

Es el padre quien levanta al pequeño y quien lo acuna en sus brazos por las oscuras habitaciones con una mano protectora sobre la cabeza aún sin pelo. Todas las noches se las pasa así, incansable en su amor. A intervalos regulares se desliza en la habitación de su hija. Ella hace como si estuviera dormida cuando él proyecta su sombra sobre ella.

—Hay que amamantarlo.

—Estoy durmiendo.

—No querrás que se muera, ¿verdad?

Él intenta asustarla, pero su cuerpo ya no reacciona ni ante el miedo. Es como si todo su interior se hubiese derramado fuera durante el parto y la hubiera dejado vacía y hueca. Ya no tiene estómago ni corazón, ni sangre para transportar el miedo.

Había confiado en que le quitarían al niño después del parto, en que la comadrona y las enfermeras verían cuál era la situación y se apiadarían. Pero ni vieron nada ni se apiadaron.

El padre la sienta en la cama, le levanta la camiseta y deja al descubierto sus abultados pechos. El bebé es un peso enorme en sus brazos.

Está sentada en la oscuridad y ve que al niño le cuesta agarrarse, a ella le escuecen y le duelen los pezones bajo la pequeña boca insaciable, y

cuando él finalmente la suelta, la delicada piel se le ha agrietado y ha comenzado a sangrar.

Se queda sentada con los ojos cerrados mientras el padre la elogia.

—Ya verás lo fuerte y lo grande que se hará.

La nieve pesa en los abetos y nada respira, solo los gritos del recién nacido vibran por encima de todo ese silencio blanco. La chica se pone la almohada encima de la cabeza, finge que también está enterrada en el frío. Ve la imagen del niño reflejada en las ventanas oscuras, la cara arrugada y el hueco de la boca sin dientes que grita pidiendo todo lo que ella no le puede dar. Una luz resplandeciente llena la habitación, pero ella no tiene fuerzas para recibir el día. Lo único que se le ocurre es meter la mano debajo del colchón y coger el cuchillo que la está esperando allí. Deja que la hoja afilada se deslice sobre la piel suave y pálida de los antebrazos. Siempre hay una salida, aunque no conduzca a ninguna parte.

OceanofPDF.com

Los ojos negros de Kristina la observaban desde el otro lado de la habitación. Ella se acercó, liberó la foto del desgastado marco y estuvo mucho tiempo con ella en la mano, acariciando con el dedo la cara granulosa, tan parecida a la suya que era como estar sosteniendo un espejo. Solo se diferenciaban en el cabello, el de Kristina fuerte y negro como el petróleo, hacía que sus ojos pálidos lucieran como estrellas.

Liv volvió la foto y observó unos números en el borde derecho. Al principio creyó que se trataba de una fecha, pero los números no encajaban, había demasiados. Once. Estaban escritos con la torpe mano de Vidar, descuidados y torcidos. Ella miró hacia la puerta cerrada del armario, detrás de la cual estaba oculta la caja fuerte. Aún seguía cerrada, burlándose en las sombras. La policía había dicho que iban a enviar a un técnico que pudiera abrirla, pero que podía retrasarse. Se levantó algo insegura y llamó a Simón.

Había olvidado qué Felicia estaba allí. Ambos bajaron las escaleras, desgarbados, con el pelo alborotado y las mejillas encendidas, como si les hubieran sorprendido haciendo algo.

—¿Por qué gritas?

Liv vaciló. Miró de reojo a Felicia y la chica le sonrió; su indómito cabello azul hacía que pareciera una sílfide, alguien salido de un cuento. Finalmente, levantó la foto de Kristina.

—Creo que he encontrado la combinación de la caja fuerte.

Simón le quitó la foto y miró los números. Un repiqueteo de espinillas furiosas se extendió por sus hombros desnudos. Liv pudo oír la voz ronca de Vidar vibrar en su interior. «Ponte un jersey, chico, para no tener que verte».

—Venid, vamos a probar —dijo.

La puerta del armario se abrió con un profundo suspiro. Todo parecía muy oscuro y desnudo allí dentro, después de que ella se hubiera deshecho

de la ropa de Vidar. Solo quedaban unas pocas perchas solitarias, que chirriaron con la corriente de aire, y el ojo negro de la caja fuerte, que estaba fijada al suelo y no se podía mover. Liv había visto allí dentro los fajos de billetes cuando era muy pequeña, pero de eso hacía mucho tiempo y ya no se fiaba de su memoria.

Liv y Felicia se colgaron del hombro de Simón cuando empezó a girar el cierre siguiendo la combinación. Cada clic sonaba a través de Liv como un tiro. Felicia lo notó y le puso una mano en la espalda, dándole unas torpes palmaditas. Despedía un ligero olor a alcohol, o quizá solo fuera perfume, Liv no podía estar segura. Tenía la cara de un tigre tatuada en la parte superior del brazo, la fiera abría las fauces amenazadoramente y los colmillos le brillaban en la mandíbula como si fueran de verdad.

—¿Sabéis qué se esconde ahí dentro? —preguntó ella.

Liv sacudió la cabeza lentamente.

—No he visto a papá abrir la caja desde que era pequeña. Ya hace mucho tiempo, cuando aún confiaba en mí.

—Mi padre es igual —dijo Felicia—. Ha empezado a dormir por la noche con la cartera debajo de la almohada.

Lo dijo riéndose, pero su mano parecía helada entre los omóplatos de Liv. Simón estaba en cuclillas, el sudor le corría por la espalda y olía como si hubiera estado corriendo a través de un bosque empapado. Ahuecaba la mano cuidadosamente sobre la rueda de bloqueo. Once clics estrepitosos antes de que la puerta de la caja se abriera. Sucedió tan repentinamente que los tres se echaron hacia atrás, como si esperaran que Vidar estuviera allí y se lanzase sobre ellos. Ahí estaba, aquella boca negra que se había estado riendo de ella desde que tenía uso de razón. Pensó en Juha, en que ella siempre imaginó que sería él quien estaría allí abriendo la caja para acceder a la fortuna. Pero ahora allí no había ni fajos de billetes ni tesoros, solo polvo revoloteando en la oscura abertura.

Simón se volvió hacia ella.

—Aquí no hay nada. Está vacía.

La sorpresa la hizo estremecerse.

—Debe de tener otro escondite. O puede que lo haya puesto todo en el banco, aunque parezca mentira. Pero me cuesta creerlo.

Vidar nunca se había fiado por completo de los bancos, siempre había dicho que uno debía tener también su propio cofre del tesoro. Por seguridad.

Simón introdujo una mano en la caja y la pasó por los estantes lisos. Se detuvo cuando algo tintineó bajo sus dedos. Levantó con cuidado el hallazgo y lo exhibió a la luz. Liv contuvo el aliento. La cabeza se le llenó de recuerdos cuando vio el collar, y la invadió un aroma a libertad y a carne seca. La cadena rota y el corazón estaban descoloridos por el tiempo, pero no cabía duda de que era el mismo collar que Juha le regaló una vez hacía mucho tiempo.

—¿Qué es esto? —preguntó Simón.

—Es mío.

—¿Qué hace en la caja fuerte?

—No lo sé.

Pero ella lo sabía. El collar era un guiño de Vidar para ella, un recordatorio de cómo había actuado a sus espaldas aquel otoño con Juha. Sus ingenuos planes de coger el dinero y largarse —la estupidez juvenil y la máxima traición—. Por eso había vaciado Vidar la caja fuerte; aunque ellos jamás ejecutaron sus planes, él nunca la había perdonado. Podía oír las maldiciones resonándole en la cabeza cuando se acercó a coger el collar. Sintió un miedo tan profundo como si él todavía estuviese vivo.

* * *

Liam estaba sentado en el cuarto del personal mirando casas en el portal de Hemnet. Todas eran demasiado caras. Y en los chamizos que se podía permitir no quería vivir. El sueño era una casa junto al agua, con el bosque detrás y su propio jardín. Lejos de los perros de su madre, de Gabriel y de su antigua vida. Se esforzaría con los vecinos, les invitaría a café y a charlar un rato, se comportaría como hacían las personas. Si tenía esa oportunidad.

El teléfono nuevo era más grande que el que Gabriel había destrozado y todo se veía mucho más claro en la pantalla. Cuando Niila entró en el

cuarto, miró por encima del hombro de Liam, y vio aquellos sueños pintados de rojo deslizándose por el teléfono.

—Sale más barato comprar un terreno y construirse uno mismo la casa, si sabes cómo hacerlo, claro está.

—No sé nada de cómo se construye una casa.

—¿No te enseñó tu padre?

—Murió cuando yo tenía trece años.

Su padre solo le había enseñado a romper cosas. Había más agujeros en las paredes de la casa que cuadros tenía su madre para taparlos, pero esas no eran cosas de las que uno hablaba en voz alta. Niila le dio unas palmaditas en el hombro. Liam se puso tenso al sentir aquel contacto.

—Yo puedo enseñarte, si quieres seguir ese camino. He construido mi casa y la de mi hermano. Es un trabajo muy duro, pero cuando está terminada la sensación es incomparable: saber que te has construido tu hogar tú solo. Da para sentirse satisfecho de uno mismo durante mucho tiempo.

Liam tragó saliva y sintió que empezaba a dolerle la garganta. No estaba acostumbrado a que alguien quisiera ayudarlo, no sabía qué decir, así que se quedó allí sentado como un idiota, tosiendo para tratar de alejar los sentimientos. Puede que Niila se percatase de lo que le pasaba, porque no dijo nada más, solo sonrió con su media sonrisa y llenó las tazas de café antes de volver a desaparecer en el interior de la tienda.

Liam acababa de meterse una pastilla debajo de la lengua cuando la clave de la puerta sonó de nuevo. Pensó que sería Niila que se había olvidado algo, pero en lugar de Niila quien entró en el cuarto fue Liv Björnlund. La puerta se cerró con tanta fuerza tras ella que el sonido seguía retumbando en las paredes mientras se miraban.

—¿Hay café? —preguntó ella.

—Creo que sí.

Un sabor amargo le llenó la boca cuando ella se acercó a la máquina y se sirvió el café; él se apresuró a tragarse la pastilla, luchando contra las consiguientes arcadas. Aún tenía el teléfono delante de él en la mesa, pero la pantalla se había apagado. Ella no iba a ver las casas con las que él soñaba.

—¿Vas a trabajar? —preguntó él.

—No, Niila piensa que aún no estoy preparada para subir al escenario.

—¿Qué escenario?

Ella se sentó enfrente de él. La parte superior de su cuerpo se perdía dentro de una camisa de franela roja con parches desgastados en los codos y manchas oscuras de café en el pecho, como una chica pequeña con la ropa de su padre.

—La caja es como un escenario, ¿no lo has notado? Allí se dirigen todas las miradas. Y una tiene que estar allí de pie y repetir las mismas réplicas cansinas un día tras otro.

Liam parpadeó, había pensado que solo era él quien se sentía observado. Quien actuaba en un escenario.

—Sé a qué te refieres.

Ella sonrió. Unos rizos desordenados le caían por la cara, pero sus ojos brillaban debajo. Pudo entrever a la niña que ella había sido alguna vez, antes de que comenzaran a colgarle los hombros y las sombras se extendieran por su cara.

—Solo he venido para entregarle unos papeles a Niila —dijo ella—, porque insiste en que debo darme de baja por enfermedad.

—¿Prefieres trabajar?

Ella se encogió de hombros.

—Aquí, por lo menos, una puede escuchar todo lo que se dice, todos los rumores y especulaciones. Si estás en casa no te enteras.

—En cualquier caso, no son más que un montón de tonterías —dijo Liam—. Mejor no oírlo.

Ella ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

—¿Me puedes contar qué se dice?

—¿De qué?

—De mi padre, de mí. Sé que se habla. Todos los que entran a comprar tienen sus teorías sobre lo que ha sucedido. Raro sería, si no.

Liam apuró el café y echó una ojeada al reloj; faltaban tres minutos para que tuviera que ponerse detrás de la caja.

—No escucho los cotilleos.

—Anda ya, conmigo no tienes que andarte con paños calientes. Me culpan a mí, ¿verdad? Creen que yo maté a mi padre. Piensan que fui yo quien mató a mi propio padre.

—Yo, en tu lugar, me cagaría en lo que dice la gente.

La luz del día cayó sobre el rostro de Livy sus ojos se volvieron de un azul tan deslumbrante que él tuvo que apartar la mirada.

—Tú también crees que fui yo.

Él se levantó y enjuagó las tazas, y sintió que ella lo seguía con la mirada, esperando, desalentada. Él intentó sonreírle por encima del hombro, de esa manera tranquilizadora que solía dedicarle a Vanja cuando ella estaba preocupada por algo. Sonrió, pero la mala conciencia se abrió paso y le hizo sentir un punzante nudo en el estómago. Era culpa suya que ella estuviera allí sufriendo; era él quien se había metido en su mundo y lo había convertido todo en un caos.

Antes de salir del cuarto, le tocó suavemente el hombro y carraspeó para encontrar la voz adecuada.

—Creo que Niila tiene razón: deberías irte a casa y descansar.

* * *

Ella no podía descansar, no soportaba la calma. Tenía que estar todo el tiempo moviéndose, no podía sentarse tranquila y pensar. Apoyó la cabeza en la ventana y miró el serbal cortado. Las ramas negras se extendían como huesos de costilla sobre la hierba adormecida. Las quemaría junto con las hojas del año anterior y arrancaría el sombrío tocón con las raíces. Tal como se había prometido a sí misma durante todos aquellos años.

La casa olía a jabón. Las superficies brillaban donde daba el sol, el suelo estaba barrido y fregado, y la perra había estampado sus patas sobre las tablas mojadas. La puerta del dormitorio de Vidar estaba abierta de par en par. Ahora la habitación se veía tan vacía y sin alma como su dueño.

Las ventanas de la planta baja estaban abiertas y el aire de la primavera corría llevándose toda aquella vieja acritud. De Vidar no quedaba nada, ni

siquiera su olor. Ella había apilado toda su ropa formando un montón en el patio, un lío fabuloso de plumón, forro polar y franela. Viejas camisetas de malla amarillentas y calcetines con agujeros. Parecía un gran animal multicolor acurrucado en la grava. Todo iba a arder poco a poco, en una hoguera de los recuerdos.

La risa radiante de Felicia se precipitó desde el piso superior.

Liv se esperaba que Simon protestase por la purga, que quisiera conservar la habitación de Vidar tal como había sido, pero el chico no dijo una palabra. Quizá él la comprendía, quizá a él también le parecía que ahora se respiraba mejor. O quizá solo estaba absorbido por la chica del cabello azul.

Fueron aquellas risas las que la impulsaron a salir, aquella repentina soledad entre las superficies brillantes. De pronto, la casa fregada le pareció extraña. Se detuvo frente al espejo roto y se cepilló el cabello con los dedos, se lavó las axilas con agua fría y se pellizcó las mejillas para darles un poco de vida. Después les gritó a los jóvenes que se iba a dar una vuelta. «¡Adiós!», contestaron, ansiosos por deshacerse de ella. Sus risas la persiguieron hasta el patio.

Pasó corriendo por delante del montón de andrajos de Vidar y se adentró entre los pinos, donde los últimos restos del invierno se evaporaban al calor. El agua murmuraba en el suelo y los pájaros habían recuperado sus voces tras el largo silencio. Sintió que la primavera la invadía a ella también, que el sol le calentaba la piel y hacía que todo brotara y chispeará allí dentro. Los pensamientos sobre Vidar y la oscuridad no tenían cabida allí.

Tomó el atajo a través de la turbera, ansiosa por llegar a la casa de la viuda Johansson. Ahora le tocaba reír a ella, poder desaparecer por un momento. Pero solo tuvo tiempo de avanzar un trecho sobre el musgo movedizo antes de que algo brillante le hiciera aminorar la marcha: un trozo de metal que captaba la luz y la reflejaba. Se acercó tambaleándose, saltó entre matas de hierba y tocones cubiertos de líquenes, y al fin se agachó frente al objeto brillante. Respiró profundamente cuando vio lo que era. Los cristales se habían foto y la montura metálica se había doblado del revés, pero, aun así, saltaba a la vista. Eran las gafas de Vidar, sin las cuales él

estaba casi ciego. Sacó con cuidado las gafas rotas del agua, sujetándolas suavemente entre el índice y el pulgar como si fueran un animal muerto al que ella realmente no quería tocar.

Las metió en el bolsillo interior de la cazadora y dio una vuelta alrededor del lugar chapoteando con cuidado, en busca de algo más, de una explicación. Pero allí no había más que musgo y barro, y la respiración húmeda del suelo elevándose hacia el cielo. El recuerdo de Vidar junto a la mesa de la cocina, allí sentado con los prismáticos apretados contra las gafas y la vista fija en la oscuridad, convencido de que había lobos merodeando por sus tierras.

Unos metros más allá se distinguían las roderas de un quad, dos surcos oscuros que desaparecían entre los pinos. A doscientos metros de distancia en la dirección contraria, se alzaba la torreta de caza como una sombra triste dominándolo todo, y ella casi pudo oír los disparos resonando en el pueblo, pudo sentir la ráfaga de las balas y ver los pájaros salir volando de los árboles. Fue así como ocurrieron las cosas. Serudia tenía razón. Ahí era donde había caído, en medio de las matas de moras de los pantanos.

Las gotas henchidas de agua, relucientes como joyas en los árboles, reventaron y le llovieron encima cuando se adentró entre las ramas. Los abetos le peinaban el pelo, y pudo sentir los ojos de los animales del bosque clavados en ella desde sus madrigueras. Era una ironía pensar en todos aquellos testigos que habían presenciado el instante de la muerte de Vidar: los cuervos revoloteando entre los árboles y soñando con las partes blandas, los labios y los ojos; los depredadores que habían levantado el hocico hacia el cielo desde la distancia y se habían embriagado con aquel primer aroma de la muerte, cuando el cuerpo todavía está caliente y lleno de sangre. Puede que por eso lo hubieran trasladado hasta el pozo, no solo para ocultarlo, sino también para evitar que fuera despedazado en su propia finca. ¿Un último gesto de compasión?

El suelo chapoteaba bajo sus pies cuando se fijó en la torreta de caza. Las gafas de Vidar estaban al lado de un pino caído, y ella se apoyó un momento en la madera podrida para tratar de calcular la distancia hasta la torreta. Cincuenta metros, no más. Vidar no había tenido ninguna posibilidad de escapar. Su asesino debió de atraerlo para que saliera al

bosque aquella mañana y hacerlo caer directamente en la trampa. Ella lo vio muy claro, lo tenía ante sus ojos.

El quad había abierto profundos surcos en la tierra, pero el agua negra que se filtraba a través del suelo había borrado el dibujo de los neumáticos. Había huellas en todas partes y en ninguna. Liv tuvo buen cuidado de meter los pies en la misma agua para que sus propias huellas también se borraran en el barro. Unas nubes bajas aparecieron de la nada y ocultaron el sol. Se agachó tan cerca del suelo que recorrió el último trecho casi arrastrándose, buscaba algo, lo que fuera. Cuando llegó a la desvencijada escalera que subía hasta la torreta de caza, sus ropas chorreaban agua, el frío había penetrado bajo las diversas capas de ropa que llevaba y le castañeteaban los dientes. Oyó la voz ronca de Vidar como una canción dentro de su cabeza mientras trepaba escaleras arriba. «Todavía no han llegado los mosquitos —cantaba—, todavía falta mucho hasta que florezcan las moras del pantano. Pronto volveremos a amarnos en el prado, pronto llegará nuestro hijo».

La torreta estaba vacía, salvo por todas las acículas y piñas que se habían colado a través las generosas rendijas. Se puso de rodillas y pasó la palma de las manos por el piso desigual en busca de casquillos, de colillas de cigarrillos o de cualquier otra cosa que un supuesto tirador pudiera haber dejado tras de sí, pero allí no había nada. Introdujo la mano por debajo de la tabla suelta de la pared, rebuscó en el estrecho escondite hasta que notó el plástico bajo los dedos. Se asombró de que realmente siguiera allí. Expectante, sacó con cuidado las bolsas de plástico. Habían sido azules en su día, de eso estaba segura, pero el color había desaparecido con los años. Desdobló el plástico en silencio y sacó el tesoro que se escondía allí. Los viejos billetes se habían ondulado y habían perdido el color, se habían pegado los unos con los otros, de manera que ya no era posible contarlos. Un violento sollozo le atravesó el pecho. Dejó caer de nuevo el fajo de billetes en las bolsas y volvió a introducirlo detrás de la tabla. No quería recordar.

Las tablas podridas crujían inquietantemente mientras ella gateaba hasta el ventanuco de tiro. Un nuevo chaparrón caía sobre la turbera, la lluvia aterrizaba en el musgo produciendo unos murmullos sordos. Cuando era más joven, él le prometió que podría aprender a cazar. Cada otoño cuando

se iba al bosque le repetía la misma canción, al año siguiente ella podría acompañarlo, claro que sí. Pero el año siguiente llegó y pasó sin que ella pudiera ni siquiera tocar la escopeta.

* * *

El alce de la pared la miraba fijamente a través de las espirales de humo; parecía que se reía para sus adentros. Las cortinas estaban echadas, pero, aun así, el sol se filtraba en la habitación, dejando al descubierto el polvo y sus pálidos cuerpos invernales. La mano de Johnny, ligera como una pluma, descansaba sobre su cadera. Aquello habría sido un remanso de paz si no hubiera sido porque él insistía en hablar de Vidar. Impregnando el momento con el fantasma del muerto.

—¿Cómo avanza la investigación? —quería saber—. ¿Sabes algo más?

—La policía dice que avanza, pero no sé qué significa eso.

—¿Tienen algún sospechoso?

—Si lo tienen, a mí no me lo dicen.

—Las especulaciones corren como locas en el aserradero. La sala del personal es como un enjambre.

—Me lo puedo imaginar.

Ella le puso la mano en el pecho, los dedos en el vello áspero. Debajo, el corazón de Johnny latía con fuerza.

—Se habla mucho de ti —dijo él con prudencia.

—¿Y qué dicen?

—Que tú eres quien más tiene que ganar con esto.

Ella retiró la mano; se quedó mirando fijamente la cabeza del alce unos segundos antes de levantarse y comenzar a buscar su ropa. Se cubrió el cuerpo con el brazo. A veces podía sentir la presencia de la viuda en la habitación; el olor a rancio de la vejez seguía asentado en las paredes. Ella sabía que se hablaba, siempre se había hablado. Desde que tenía uso de razón se murmuraba acerca de la pequeña esclava Liv Björnlund y del tacaño de su padre.

—No te habrás enfadado, ¿verdad? Yo solo digo lo que he oído.

—La gente está llena de mierda. No me importa lo que digan.

—No te vayas, por favor.

Encontró el jersey y se lo pasó rápidamente por la cabeza. La cazadora colgaba encima de la cómoda, y en el bolsillo interior se escondía la montura de las gafas de Vidar. Sintió el acero contra el pecho al subir la cremallera. El hombre encendió otro cigarrillo en la cama, sus ojos negros fijos en el ascua. Ella se acercó lentamente a su mesilla de noche, se inclinó, levantó una de las colillas del cenicero y la miró.

—¿Qué haces?

—¿Sabes cazar?

—No, ¿debería?

—¿No has empuñado nunca una escopeta?

—Hice la mili, pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Sabes disparar o no?

—Tanto como saber... —Sonrió él—. Digamos que no soy un inútil total.

Ella dejó caer de nuevo la colilla en el cenicero y se estiró para coger los vaqueros. Le colgaban sueltos en las caderas, había perdido mucho peso en los últimos años. Todo había comenzado a caérsele, hasta su propio cuerpo. Los perros empezaron a ladrar fuera mientras ella se vestía. Se acercaba un coche subiendo por el camino. Ella se deslizó hasta la ventana y miró a través de las persianas.

—Es la policía.

Johnny se apresuró a apagar el cigarrillo y a vestirse, extendió la colcha sobre las sábanas arrugadas y los huecos que sus cuerpos habían dejado en el colchón. Pronto comenzaron a resonar unos golpes impacientes a través de la vieja casa. Liv se escondía a la sombra de la cabeza del alce.

—No quiero que me vean aquí. Aquí no.

Johnny desapareció en el pasillo y volvió enseguida con los zapatos de ella.

—Sal por la ventana —susurró mientras cerraba la puerta del dormitorio.

Ella los oyó entrar en el pasillo, una voz femenina llenó la casa. Querían hablar un poco, dijo ella, sobre el vecino Björnlund y la desgracia que había ocurrido en el pueblo. Johnny los invitó a pasar a la cocina, las patas de las sillas rozaron contra el suelo y se oyó el agua del grifo. Liv se deslizó bajo la cortina y quitó el pestillo de la ventana. Había moscas muertas con las patas estiradas entre los dos cristales, y frágiles telarañas llenas de insectos negros que se le pegaron a la cazadora y al cabello. El sol se había puesto y el bosque la esperaba fuera, a tan solo unos pasos, con sus oscuros brazos abiertos. Levantó una pierna sobre el alféizar y luego la otra, y los perros de Johnny olisqueaban ansiosos sus zapatos colgados en el aire. Cuando se soltó y echó a correr, fueron tras ella, la persiguieron un buen trecho por la turbera, hasta que tropezó en el agua y se quedó tumbada. Cerró los ojos y dejó que el frío se filtrara a través de la tela. La pestilencia de las fauces de los perros la incitó a enseñarles los dientes a su vez, como una provocación para que acabaran con ella, la desgarraran en pedazos y dejaran que el musgo y el agua negra de la turbera se la tragan. Pero la dejaron allí, hundiéndose en el barro blando.

* * *

Había un Ford rojo que llevaba aparcado un buen rato junto a los surtidores sin repostar. El conductor tampoco hacía ningún intento de salir afuera. Liam vigilaba el coche mientras los clientes entraban y salían, y de pronto le dio la paranoia de que aquello tendría algo que ver con Gabriel o con la pasma. Para colmo, el conductor se ocultaba detrás de uno de los surtidores, lo cual hizo que la fantasía de Liam se desbocara sin freno, a pesar de que sabía que los policías de paisano solían moverse en Volvos V70 casi nuevos, y de que no observó retroiluminación adicional ni antenas visibles. Nada indicaba que fuera de la policía. Al contrario, el vehículo parecía una cafetera. Era más probable que perteneciera a algún perdedor con el que andaba Gabriel. Alguien que ahora ocupaba el lugar de Liam detrás del volante.

La aglomeración de clientes que salían del trabajo llegó y pasó, y cuando la cola finalmente se redujo, el coche rojo ya se había ido. Liam trató de sacudirse de encima la paranoia. Cuando terminó su turno, se sirvió una taza de café y asomó la cabeza en la oficina para despedirse de Niila antes de desaparecer por el almacén. La bombilla que había encima de la puerta del almacén se había fundido, y se alumbró con el móvil para no tener que salir a la oscuridad total, no fuera a ser que Gabriel lo estuviese esperando escondido entre las sombras.

Pero no era Gabriel quien lo esperaba en esta ocasión, era el Ford rojo. La puerta del almacén se cerró detrás él con un portazo y no pudo volver a la tienda, aunque le hubiera gustado. El café chapoteaba en la taza y él se quedó de espaldas a la puerta viendo cómo una mujer rubia de bote se bajaba del coche y le sonreía. Llevaba puesto un abrigo rojo y los labios, también rojos, le habían manchado los dientes.

—¿Liam Lilja?

—¿Quién pregunta?

Los pensamientos se le aceleraron mientras la mujer se le iba acercando. Parecía poco formal para ser de la pasma y, al mismo tiempo, demasiado arreglada para venir de parte de Gabriel.

—Malin Sigurdsdotter —dijo ella—. Periodista de *Norran*.

Periodista, debería haberlo adivinado. Niila le había advertido de todos los buitres que se apiñarían en torno a la desgracia de Liv. «No digas nada —le había dicho—. Ahora lo más importante es que Liv y su hijo tengan paz y tranquilidad».

Malin Sigurdsdotter sacó la mano del guante y se la tendió para saludarlo, le apretó los dedos, sacudió la mano con fuerza, y le brindó una sonrisa amplia y roja. Liam se preguntó si debería devolverle la sonrisa, si no sería mejor parecer complaciente cuando menos, o si era más seguro darle la espalda sin más. Retiró la mano, tomó un sorbo de café y comenzó a caminar hacia su coche; no quería que ella notase que había empezado a sentirse muy inquieto.

Ella trotó tras él, le preguntó por el trabajo, por el ambiente entre los compañeros, por Liv.

—No tengo nada que decir. Soy nuevo aquí. Yo no sé nada de nada.

Se deslizó prudentemente en el asiento del conductor y puso el café en el portavasos. La periodista se inclinó a través de la puerta abierta, no quería dejarlo ir.

—Dicen que han despedido a Liv Björnlund a raíz del asesinato de su padre, y que te han empleado a ti para ocupar su puesto, ¿es cierto?

Liam frunció el ceño.

—No, eso no es cierto.

Comenzó a cerrar la puerta, obligándola a retirarse. La irritación le ardía hasta en las puntas de los dedos cuando arrancó el motor y sujetó el volante con fuerza. Dio marcha atrás sin mirar a la periodista, hizo como si no existiera. Una sensación de malestar lo acompañó durante todo el camino. Al parecer, todos creían que él había ocupado el puesto de Liv, y eso le molestaba. Quizá porque había algo de verdad en ello.

* * *

Liv corrió a través del bosque. Las raíces de los árboles le ponían la zancadilla una y otra vez, se caía de bruces en el suelo húmedo, solo para levantarse con dificultad y seguir corriendo. No veía el momento de llegar a casa. Un perro ladró en algún lugar en medio de la oscuridad, un ladrido imperioso destinado a marcar la presa, que normalmente solo se oía durante la caza. Cuando llegó a Björngården había un coche de policía aparcado junto al garaje. A través de la ventana pudo ver la cabeza rubia de Simón y la fornida silueta de Hassan. Parecía como si la policía hubiera invadido todas las casas del pueblo. La idea de darse la vuelta sin más y salir corriendo de allí se le pasó por la cabeza, pero era demasiado tarde, y no tenía ningún lugar adonde ir. Ningún lugar donde esconderse.

Las risas de ambos salieron a su encuentro cuando ella entró en el pasillo. Los zapatos de Hassan estaban perfectamente alineados sobre la alfombra, irónicamente brillantes al lado de las gastadas botas de ella. Estaban sentados a la mesa, al amor del café, con un plato de pastas delante, y si no hubiera sido por el uniforme de policía parecería un café normal

entre amigos. Ella se quedó de pie en el hueco de la puerta y percibió el espanto en sus miradas cuando la vieron.

—¿Qué es lo que has hecho? —preguntó Simón—. Joder, pareces una loca.

Entonces se dio cuenta de que tenía la ropa mojada y las manos negras de tierra.

—Tomé el atajo de la turbera y me caí.

Miró a Hassan.

—¿Qué haces aquí?

Su tono de voz sonaba duro, casi hostil, pero Hassan se limitó a sonreír.

—Comprendo que estéis empezando a cansaros de mí —dijo él—. Pero en realidad traigo buenas noticias. Acabo de contarle a Simón que recientemente se ha producido un avance bastante significativo en la investigación. Lamentablemente, no puedo entrar en detalles, todo lo que puedo decir es que hemos encontrado pruebas importantes alrededor del pozo donde se halló a Vidar, y estoy convencido de que pronto obtendremos las respuestas que estamos buscando.

Liv se puso una mano en el pecho de la cazadora, sintió los bordes metálicos de las gafas de Vidar escondidas bajo la tela, y vaciló.

—He encontrado algo en la turbera que quizá pueda ser importante para la investigación.

—Ah, ¿sí? Cuenta.

—Di con las gafas de papá por pura casualidad. Estaban a un tiro de piedra de la torreta de caza. Él estaba ciego sin sus gafas; no iba a ninguna parte sin ellas, nunca.

Sacó las gafas del bolsillo de la cazadora con cuidado, se acercó y se las dio a Hassan. La vieja montura rayada brilló a la luz.

—Creo que fue allí donde le dispararon —continuó ella—, en la turbera. Serudia insinuó eso mismo, aunque entonces no la creí. Ella dijo que había encontrado el gorro ensangrentado de papá donde crecen las moras del pantano.

Hassan sacó del bolsillo un par de guantes finos de plástico azul y se los puso antes de acercarse las gafas a la cara y estudiarlas detenidamente.

—¿Puedes mostrarme dónde las encontraste?

—Creo que sí. Estaban en la cara sur de la torreta.

—¿Estás segura de que son de Vidar?

Tanto Liv como Simón asintieron; no había ninguna duda.

Ambos permanecieron en silencio, observando a Hassan mientras colocaba con cuidado las gafas rotas en una bolsa de papel que marcó con la fecha del día. Fue una experiencia extraña ver las pertenencias de Vidar tratadas de esa manera, empaquetadas como un regalo mal envuelto. Las cosas perdían su fuerza sin él, se volvían menos reales.

OceanofPDF.com

PRIMAVERA DE 2003

El niño es una flor exótica que crece entre ellos en la oscuridad. La primavera llega con una nueva esperanza y llena las silenciosas habitaciones con una luz singular. El padre y la chica están inclinados sobre el niño, se buscan a sí mismos en aquella cara arrugada, llenos de ese miedo blanco y limpio que solo el amor lleva consigo.

Los muchos viajes al centro de salud le provocan ansiedad. La chica lleva al niño contra su débil hombro, siente cómo va creciendo y aumentando de peso cada día que pasa. El bebé come, duerme, llora y se agarra a ella con sus pequeños y fuertes dedos. Aun así, ella está cada mañana encima de él, observando cómo crece su suave cuerpecillo, acariciándole la pelusilla de la cabeza y buscando en sus ojos inexpresivos las señales del monstruo que se esconde allí dentro. El convencimiento de que esconde alguna enfermedad invisible la desgarra. Porque ella sabe que existe un defecto, que él no es como otros niños. No debería haber nacido jamás.

—Al niño no le pasa nada —dice el padre—. Eso lo puede ver cualquiera.

Pero de camino al centro de salud, ella siempre tiene la nuca húmeda de sudor, a pesar de que la escarcha todavía brilla en los árboles por la mañana. El padre espera, como siempre, en el aparcamiento mientras ella entra en el centro con el niño en brazos. La mirada de él desde el coche le quema la espalda cuando las pesadas puertas se cierran tras ella. Un sol resplandeciente los sigue hasta la sala de espera y los deslumbra cuando están sentados delante de la médica. La chica está sentada en el borde de la silla mientras observa cómo pesan y miden al pequeño. Un halo de luz

primaveral rodea la tierna cabeza del pequeño y la pediatra habla con una sonrisa en la voz.

—Qué niño tan hermoso.

El bebé crece como debe, no hay nada que señalar. Si la médica vislumbra al monstruo, no lo demuestra. En cambio, la chica sí que le preocupa.

—Tendrás alguien que te ayude, ¿verdad? Es importante que tú también puedas descansar de vez en cuando.

—Me las arreglo.

—¿Y el padre del niño? ¿Todavía no tienes idea de quién puede ser?

—No, no lo conozco.

La mentira es una gran manta cálida con la que envuelve al niño y a ella misma. Un poderoso tejido del instinto de supervivencia para que nadie pueda atacarlos. Y en el aparcamiento está sentado el padre con la cara en las manos, meciéndose hacia delante y hacia atrás.

OceanofPDF.com

Hacía una mañana luminosa y viva mientras ella se movía por el pueblo. Tomó un pequeño desvío más allá de la casa de Serudia para evitar tropezarse con la vieja. Podía oír el griterío de los pájaros desde lejos mientras se abría paso entre las ramas de los abetos.

La casa de Karl-Erik estaba en un alto. La granja era una heredad que había pasado de padres a hijos a lo largo de varias generaciones, pero, a diferencia de Björngården, había estado bien cuidada. La casa destacaba entre los abetos con su color rojo vivo. Vagos recuerdos de la infancia, de cuando ella se sentaba en una cocina soleada y mojaba bollos de almendra en el café mientras Vidar y Karl-Erik intercambiaban unas palabras en la parte trasera de la casa. Así lo había llamado Vidar. Incluso cuando Karl-Erik le lanzó una botella y él se vio obligado a huir cuesta abajo, dijo que solo habían intercambiado unas palabras. Pero cuanto mayor se iba haciendo ella, más la prevenía Vidar contra Karl-Erik, diciendo que no estaba en su sano juicio y que tenía tendencia a perder la cabeza con las mujeres. «No es ninguna casualidad que haya acabado siendo un solterón».

La cara de Karl-Erik parecía hinchada a la luz del día, con la piel gris cubierta de grandes poros negros.

—Ajá, eres tú, Liv. Pasa, pasa.

La casa aún estaba en mejor estado por dentro. La cocina renovada y los suelos nuevos la impelieron a andar en calcetines mirando dónde pisaba y a hablar en voz baja, como si estuviera en la iglesia.

Karl-Erik colocó una cafetera francesa sobre la mesa y le preguntó si quería leche. Cuando se ocultó detrás de la puerta del frigorífico, ella oyó que echaba unos tragos de algo que guardaba allí detrás.

—¿A lo mejor quieres algo más fuerte?

—Gracias, el café está bien.

Sus ojos inspeccionaron las paredes y le llamó la atención un grupo de cuadros que colgaban encima del banco de la cocina. Árboles muertos a lápiz negro que alzaban sus ramas desnudas hacia un cielo borroso y plomizo. Cada dibujo parecía representar el mismo árbol, solo que desde ángulos distintos. El serbal del que Kristina se había colgado. Aquel descubrimiento le causó un profundo desasosiego.

Karl-Erik abrió una cerveza; el ruido la hizo estremecerse.

—¿Qué tal estáis Simón y tú?

—Bien. Nos vamos arreglando.

—La policía viene aquí casi todos los días a hacer preguntas. Pero parece que no llegan a ninguna parte. Quizá tú sepas más que yo...

Liv sacudió la cabeza, pensó en la turbera y en las gafas de Vidar, pero no quiso decir nada de lo que sabía. No a Karl-Erik.

—Es la hostia —exclamó él—. Que vosotros, los familiares más cercanos de Vidar, no podáis saber nada. Joder, esto es un escándalo.

Se terminó la cerveza y ahogó un eructo. Sus movimientos torpes atestiguaban que no era la primera cerveza del día. Al ver aquellos ojos acuosos mirándola fijamente, como queriendo escarbar, a Liv le entraron ganas de salir corriendo de allí.

—Nunca he entendido por qué te quedaste en casa con Vidar —dijo él—. Siempre pensé que te irías de aquí. O que al menos te buscarías algo propio.

Ella se arrepintió de no haber pedido algo más fuerte, si esas eran las preguntas que él iba a hacerle. Su mesa de la cocina parecía tan nueva como el suelo, madera brillante sin arañazos. Ningún raspón en el que fijar la mirada.

—Estoy aquí porque quiero hablar de ti y de mi padre —dijo ella—. De la disputa entre vosotros.

Karl-Erik aplastó la lata de cerveza vacía con la mano y sacó otra del frigorífico. Tenía las mejillas rojas por encima de la barba.

—No hay que hablar mal de los muertos, pero te digo lo mismo que le he dicho a la policía: no lamento que Vidar haya muerto, más bien lo contrario. Por fin, se puede respirar libremente en este pueblo. Si supiera quién es el responsable, le daría una palmada en la espalda.

De pronto sintió ira dentro de ella, ardiente e inesperada, y el jersey se le pegó a la espalda. Los árboles muertos parecían moverse en las paredes, burlándose de ella.

—¿Por qué dices eso?

—Espera aquí.

Karl-Erik desapareció en una habitación contigua, y Liv oyó cómo comenzó a abrir cajones y revolver cosas. Reparó en un cuchillo que había sobre la encimera. La funda era de cuero oscuro, y el mango, de cuerno de reno con grabados, y era sorprendentemente parecido al del cuchillo que Vidar solía llevar en su cinturón. Se levantó para mirarlo más de cerca y dejó que las yemas de sus dedos se deslizaron sobre la artesanía mientras escuchaba lo que hacía Karl-Erik. Sacó el cuchillo de la funda y lo sostuvo a la luz. A medida que examinaba los delicados detalles, un desasosiego fue brotando de ella.

Cuando Karl-Erik regresó, ella empuñaba el cuchillo delante de él, y le apuntaba con la hoja.

—Se parece al de papá.

Karl-Erik se apoyó en el marco de la puerta, mirando alternativamente el cuchillo y a ella.

—Tengo este cuchillo desde que era niño. Fue un regalo del tío Henrik. Solía hacernos cuchillos a Vidar y a mí, así que es posible que tu padre tuviera uno parecido. Pero ese cuchillo es mío, te doy mi palabra.

Llevaba un álbum de fotos bajo el brazo y lo dejó encima de la mesa con cuidado.

—Ven y siéntate —le dijo—. Echa un vistazo a estas viejas fotos y comprenderás alguna que otra cosa.

Ella dejó el cuchillo a regañadientes y se sentó. Como no hizo ningún intento de abrir el álbum, él se colocó detrás de ella y comenzó a hojearlo con manos temblorosas. El álbum estaba lleno de fotos antiguas de un tiempo en el que Karl-Erik tenía los pómulos estrechos y enmarcados por unas patillas. Sonreía tanto que ella casi no lo reconocía, pero no cabía duda de quién era la mujer que aparecía en las fotos. El cabello oscuro como el petróleo y una mirada que hizo que todo se detuviera en el interior de Liv.

La misma mirada con la que se encontraba todas las mañanas al mirarse en el espejo.

Pasó un poco de tiempo antes de que lo entendiera. El brazo de Karl-Erik alrededor de Kristina, sus cabezas muy juntas. En una de las fotos se bañaban desnudos mientras el sol se ponía al otro lado del lago, en otra posaban con esquís, gorros y cazadoras de invierno a juego. Los dos eran muy jóvenes, de la edad de Simón, solo unos niños. En algunas fotos había otras personas, pero al único al que ella reconoció fue a Vidar. Estaba sentado aparte, sonriendo, joven él también. Pero no era él quien rodeaba a Kristina con el brazo.

Liv miró a Karl-Erik; sus labios parecían una herida sangrante en lo más profundo de la barba.

—¿Mamá y tú estabais juntos?

—Kristina fue mi primer gran amor. La única mujer a la que he amado en mi vida.

Su voz sonaba totalmente sobria cuando lo dijo, clara y firme.

La cara irradiaba dolor.

—Pero ¿qué paso?

—Sabes muy bien lo que pasó. Vidar me la arrebató. Y después se hundió el mundo.

* * *

—Papá, ¿sabes hacer una trenza espina de pescado?

—Una trenza ¿qué?

—Una trenza espina de pescado. Es una de esas trenzas gruesas que parecen una espina de pescado.

—Eso suena raro.

—Son muy difíciles de hacer, pero la mamá de Jamila sabe hacerlas porque es peluquera.

—Seguro que puedo aprender.

Vanja le sonrió desde el asiento trasero.

—Jamila dice que las mamás son mejores que los papás para hacer peinados, pero yo le he dicho que no es verdad, porque mi papá sabe hacer todos los peinados que hay en YouTube.

Liam se reía mientras giraba para entrar en el camino de grava que conducía a su granja.

—Puedo intentarlo de todos modos.

El orgullo que destilaba la voz de Vanja le tocó alguna fibra oculta. Era una sensación a la que nunca se acostumbraría, que hubiera alguien en el mundo que creyera tanto en él, que solo viera lo bueno.

No se fijó en el coche de la policía hasta que ya fue demasiado tarde. Estaba aparcado en el camino de entrada de la casa de su madre y los perros estaban como locos detrás de la verja. Recibían tan pocas visitas que ninguno de ellos estaba acostumbrado, y menos aún los perros. Sopesó la idea de hacer un giro en U y desaparecer de nuevo por la carretera principal, pero sabía que era demasiado tarde; ellos ya lo habían visto.

Vanja golpeó la ventanilla con el dedo.

—La policía está aquí.

—Ya lo veo.

—¿Crees que están buscando a Gabriel?

—No sé, vamos a ver.

Casi se le doblaron las rodillas cuando dio la vuelta al coche y le desabrochó el cinturón a Vanja. Tal vez ella notara su miedo, porque se quedó completamente callada e insistió en que le dejara montar a caballito en su espalda. Los pequeños brazos de la niña se agarraron con fuerza alrededor de su cuello y a él nada le habría gustado más que adentrarse corriendo en la maleza con ella y desaparecer.

El miedo era tan intenso que se sintió enfermo cuando cruzó el umbral. Estaba convencido de que todo había terminado, todos sus errores habían acabado por darle alcance. Su intento de forjarse una existencia normal no los iba a salvar a ninguno de ellos, había dejado pasar demasiado tiempo. Le quitarían a Vanja, él ya no sería su papá. Otro la llevaría en brazos, le trenzaría el pelo y se llenaría con su risa. Alguien que se lo mereciera.

Se le aceleró la sangre y se sintió mareado. Pero, pasara lo que pasase, él no podía derrumbarse, no podía asustar a Vanja. Le pediría a su madre que se la llevara a otra habitación antes de que lo detuvieran, para que ella no tuviera que ver quién era su padre realmente.

Su madre salió a su encuentro en el pasillo. Su cabello olía a azafrán cuando los abrazó.

—Lleva aquí más de una hora —susurró—, pero se niega a decirme de qué se trata.

Hassan estaba sentado en la silla del padre y bebía té de un vaso con el borde dorado que la madre de Liam había comprado en Marrakech. Había viajado allí directamente después del entierro del padre, en un intento tardío de encontrarse a sí misma. Liam se inclinó sobre el marco de la puerta. Vanja seguía colgada en su espalda, con los ojos grandes y en silencio, y con la mejilla pegada a la de él.

—Aquí estás —dijo Hassan—. Estaba a punto de perder la esperanza.

—¿Qué quieres?

—Ahora mismo, quiero saber quién es este monito que llevas a la espalda.

Vanja se inclinó sobre el hombro de Liam.

—Yo no soy un monito.

—¿No? Pues ¿quién eres tú entonces?

—Soy Vanja.

—¿Vanja? —Hassan puso cara de asombro—. La última vez que te vi eras así de pequeña.

Hizo un gesto como si tuviera a un recién nacido entre las manos.

—¿Me conoces?

—No, pero conozco a tu papá. A veces, cuando se vuelve demasiado travieso soy yo quien sale a echarle la bronca.

Hassan le guiñó un ojo a Vanja. Liam la dejó con cuidado en el suelo y le preguntó si quería salir un rato a ver los perros. Ella frunció la boca con desconfianza y miró detenidamente tanto a Liam como a Hassan antes de acompañar a su abuela a la perrera.

Liam esperó a que la puerta se cerrara antes de volverse hacia el policía. Se imaginó que el hecho de que Hassan estuviera solo era una buena señal. Si tuvieran intención de detenerlo, habrían ido más policías.

—Ahí tienes algo de lo que estar orgulloso —dijo Hassan.

—¿Qué quieres?

—Siéntate, para que podamos hablar.

Liam caminó de mala gana por la estancia y se sentó a la mesa sin quitarse la cazadora, a pesar de que el aire allí dentro era dulzón y sofocante. Hassan se puso varias cucharadas de azúcar en el té. Miró a Liam, pero su mirada no revelaba nada.

—Joder —dijo—, pareces otra persona. Casi no te reconozco.

—¿Has venido para eso? ¿Para comentar mi aspecto?

—Te veo bien y me alegro. Se nota que has cambiado.

—Lo estoy intentando.

Liam vio a Vanja y a su madre por la ventana. La puerta de la perrera chirrió y el viento jugaba con su pelo mientras se abrían paso entre los cuerpos ansiosos de los perros. Pronto se verían obligadas a visitarlo a él también detrás de las rejas. El pensamiento le dolía.

—He oído que has empezado a trabajar en la gasolinera.

—Es cierto.

—Niila dice que haces el turno de Liv Björnlund, ¿es así?

Liam sintió que la silla desaparecía bajo su cuerpo cuando oyó el nombre de la chica. Las grietas del suelo se agrandaron.

—Solamente hasta que todo se haya tranquilizado un poco para ella.

—¿Os conocíais de antes, Liv y tú?

—Le he comprado cosas alguna vez, pero nada más.

—¿Te ha contado algo sobre la muerte de su padre?

—Solo que fue asesinado.

Hassan tomó un sorbo de té. Había un cristal de roca en la mesa, entre ambos, que capturaba la luz. Liam sabía que su madre lo había puesto allí en un intento de protegerlo. Le reconfortó verlo, aunque él no creyera en absoluto en sus piedras.

—¿No te ha dicho nada más?

Liam se dio cuenta de que Hassan no andaba detrás de él, sino de Liv. No era solo la gente de los pueblos la que creía que ella era la responsable de la muerte de Vidar, la policía también lo creía.

Levantó el cristal de roca de la mesa y lo apretó en la mano; sintió que le transmitía una sensación de alivio.

El otro día me preguntó si yo creía que era ella quien lo había hecho.

—Hecho, ¿qué?

—Ya sabes, matar a su propio padre.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que debería irse a casa y descansar.

La mirada de Hassan le quemaba en la piel.

—Entonces ¿tú no crees que Liv Björnlund tenga nada que ver con la muerte de su padre?

El cristal le succionó la palma de la mano, aquella era su oportunidad. Él sabía lo que habría hecho Gabriel si hubiera estado allí sentado: habría aprovechado la ocasión para sembrar sospechas sobre ella hasta quedarse afónico. La conciencia nunca fue un obstáculo para su hermano cuando se trataba de salvar su propio pellejo.

La risa de Vanja penetró a través de la ventana. Liam sintió que se le agrietaba la piel bajo la piedra.

Liv Björnlund es jodidamente rara —dijo Liam—, pero no es una asesina.

* * *

Conducían hacia la costa y Simón iba sentado en el asiento de al lado mirando el teléfono. Había llamado el abogado Ljuslinder y les había pedido que fueran para la lectura del testamento de Vidar. Liv ni siquiera sabía que había un testamento. La noticia hizo que se estremeciera, preocupada por cuál podría ser la última voluntad de Vidar y si sería otro intento de amargarle la vida.

Dejaron atrás los bosques sin viento y condujeron hasta que pudieron ver el cielo reflejado en el mar. A Simón le había crecido tanto el cabello que podía peinárselo hacia atrás y recogerlo en una pequeña coleta, dejándole a la vista una marca roja debajo de la oreja que ella no había visto antes. Supuso que se trataba de las huellas de los labios de Felicia. Ella lo había marcado, como hacían los jóvenes cuando creían que amaban. Esa necesidad infantil de dejar huellas, de intentar grabarse el uno en el otro como se hace con la hoja de una navaja en la corteza de un árbol. Eso no era amor, pero ella no podía decírselo. Era una de esas cosas que solo la vida podía revelar.

En realidad, estaba contenta de que finalmente él tuviera a alguien. Aquel chico sensible y solitario, siempre triste, ya no existía. El niño que lanzaba la pelota contra una pared en los recreos porque los otros niños no querían jugar con él. El joven que siempre se sentaba en la parte delantera del autobús para que el conductor pudiera intervenir en caso de que alguien se metiera con él. El niño que pedía muñecas Barbie y My Little Pony como regalo de Navidad para poder dárselos a las chicas. Unas chicas que a veces eran buenas, mejores que los chicos. Ellas le hacían collares, que él tenía que esconder debajo del jersey cuando llegaba a casa para que Vidar no los viera. Pero, por supuesto, siempre acababa viéndolos. Una vez, Vidar le arrancó un collar con tal violencia que el suelo de la cocina se convirtió en un mar de relucientes cuentas. Liv aún recordaba el espantoso estruendo de todo un mundo hundiéndose bajo sus pies.

—¿Estás triste? —le preguntó ella.

Él asintió, miró por la ventanilla y se apartó de ella.

Liv vio que se secaba los ojos, no quería que ella lo viera llorar.

La ciudad brillaba bajo el sol de primavera, la gente se desabrochaba las cazadoras y hacía muecas con sus caras pálidas de invierno. El río corría como una enorme arteria que lo atravesaba todo, bordeado por el resplandor verde de los abedules. Liv se deslizaba por rotondas y cruces con los nudillos blancos; no estaba acostumbrada al tráfico, y los coches parecían venir de todas las direcciones.

—¿Tú estás triste? —preguntó Simón, cuando finalmente pudieron aparcar.

Ella llevaba la pipa de Vidar y ahora estaba sentada llenándola de tabaco con dedos torpes.

—Claro que estoy triste.

—Pero no se te nota. No lloras.

—No puedo llorar. Creo que se me ha olvidado cómo se hace.

—No te he visto llorar en toda mi vida.

Ella sonrió. Había muchas cosas que él no había visto, muchas que no sabía. Sobre ella y las noches en coches extraños. La grava como lluvia contra el chasis mientras las manos de los hombres hurgaban en su piel. La liberación que sentía cuando la penetraban con lenguas y penes. Y, después, el vacío cuando todo se acababa. De camino a casa siempre era Vidar quien estaba detrás del volante y se negaba a mirarla. Era entonces cuando llegaba el llanto. Solo entonces. Ella le acarició el pelo a su hijo, las mejillas afeitadas.

—Mis lágrimas desaparecieron cuando te tuve a ti.

Habían llegado pronto. La cita era a las diez y aún no eran ni las nueve y media. Liv salió y se apoyó contra el capó, encendió la pipa, chasqueó los labios y aspiró el humo, como solía hacer Vidar. Los recuerdos le pesaban como una losa en el pecho, lo veía por todas partes. Sus manos retorcidas en la mesa de la cocina por las mañanas eran las mismas manos que soltaron el portaequipajes cuando ella estaba aprendiendo a montar en bicicleta. Hasta que no estuvo cerca de la carretera principal, no se percató de que él ya no iba corriendo detrás de ella; él solo era un punto en la lejanía, y el descubrimiento hizo que la bicicleta empezara a tambalearse y pronto ella se encontró tendida en la grava con las rodillas arañadas y la sensación de que había sido traicionada escociéndole en los ojos. La mirada de Vidar por encima del borde de las gafas cuando la vio. «Tenemos que permanecer juntos, tú y yo —le dijo—. Si nos separamos, todo se irá a la mierda».

Simón salió y se puso a su lado. Cuando estiró la mano para coger la pipa, ella no protestó. Sus hombros se rozaban mientras estaban allí de pie lanzando anillos de humo contra los relucientes tejados de las casas, y ninguno de los dos lloraba.

En la oficina del abogado parecía como si todos les estuvieran mirando a ellos. Las botas de Liv se balanceaban inseguras sobre la alfombra manchada cuando Ljuslinder los guio hasta su despacho. El abogado tenía los ojos llorosos y las manos húmedas, la coronilla calva y sudorosa. El vello de la nariz asomaba por encima del labio superior cuando hablaba, fundiéndose con su tupido bigote. El despacho estaba lleno de polvo y apestaba a fruta podrida.

—Lamento mucho lo ocurrido. Vidar era un buen hombre. Esto es terrible. Terrible.

Una nube de moscas de la fruta se arremolinaba encima de la papelera y atraieron la atención de Liv mientras Ljuslinder se chupaba los dedos y hojeaba sus papeles. Conocía a Vidar desde hacía más de veinte años y había sido un verdadero honor haber trabajado para un hombre tan carismático, dijo. Liv estaba sentada en el borde de la silla, intentando determinar si lo decía en serio o no era más que una forma de congraciarse con ellos. Le sorprendía que Vidar, al final, hubiera decidido confiar en los abogados y en los bancos en lugar de en su propia familia, pero ella comprendió que eso tenía que ver con el control. Vidar se había asegurado de tener la última palabra, pasara lo que pasase.

Ljuslinder deslizó un papel sobre la mesa; sus dedos dejaron huellas húmedas en el borde. Su voz nasal resonaba en la sala. El testamento de Vidar se había escrito el mismo año que nació Simón, lo cual no era en absoluto nada extraño o inusual.

—Vidar solo quería asegurarse de que su nieto también heredaría cuando él falleciera. Sin un testamento, son los hijos quienes heredan primero, y por lo tanto toda la herencia te habría correspondido a ti, Liv. Pero el deseo de Vidar era que heredaseis la mitad cada uno y que os

repartierais por igual toda su herencia. En su opinión, este era un reparto más justo.

Liv miró a su hijo y sintió un gran alivio. Se oyó a sí misma soltando una carcajada. Se temía algo bien distinto, algo malo y calculado, un último intento de controlarla. Cualquier cosa, pero eso no.

Simón parecía perdido, parpadeó mudo y perplejo, mientras Ljuslinder explicaba los detalles. Las cantidades sonaban vulgares en boca del abogado, incomprensibles. Sumas que podían cambiarlo todo. A Liv le costaba asimilar las palabras, solo veía los pelos de la nariz, las moscas de la fruta y la sombra de Vidar planeando por encima de todo.

Ella lo vio paseando de un lado a otro, a la luz de la luna, con el recién nacido en brazos, la mano ahuecada como un escudo sobre la cabeza con pelusilla. Miradas furtivas dirigidas a ella, como si tuviera miedo de que le quitara al niño. Vidar había amado al chico desde el primer momento, mucho antes de que ella fuera capaz de hacerlo.

Liv conducía demasiado rápido en el camino de vuelta a casa, sin reparar en los radares de las cámaras de control de velocidad ni en los pasos para alces y renos ni en las alambradas de protección cinegética. Las nubes corrían por el cielo y los vientos de primavera hacían que el bosque a su alrededor se agitara como el mar. El viejo Volvo daba bandazos sobre la carretera agrietada.

—Ahora podemos comprar un coche nuevo —dijo Simón.

—Podemos comprarlo todo nuevo.

La idea debería haberle alegrado, saber que la existencia mísera que habían vivido con Vidar, por fin, había terminado. Ya no necesitaban preocuparse por nada, ni por el coche ni por la motosierra ni por la casa en ruinas. El mundo estaba abierto, todas las decisiones estaban en sus manos. Aun así, ella no podía relajarse, sentía una presión en el pecho al pensar en la nueva libertad. Parecía muy extraña, casi amenazante. Tal vez Simon sintiera lo mismo, porque tenía la mirada perdida en el interior del bosque y se mordía las mejillas.

—Quiero hacer algo bueno con el dinero —dijo él.

—¿Como qué?

—Quiero ayudar a la familia de Felicia. Están a punto de perderlo todo, las vacas y la granja. Y el banco no quiere concederles más préstamos. Si no los ayuda alguien, están perdidos.

El viento arrastró el coche más cerca de la cuneta, a Liv le dolían las manos de sujetar el volante. Oyó la voz ronca de Vidar en su cabeza y sintió las protestas brotando en su interior.

—No creo que debas mezclarte en los negocios de Modig.

—¿Por qué no?

—Está bien que quieras ayudar, pero sois muy jóvenes, y nunca es bueno mezclar el dinero en las relaciones. Eso solo puede acabar mal.

—Perdona, pero ¿qué sabes tú de relaciones? Nunca has tenido una relación de verdad. Al menos, que yo sepa.

Aquel tono humillante le recordó a Vidar, al igual que la mirada sombría. Se dio cuenta de que su muerte no tenía importancia. No mientras el viejo siguiera viviendo en ellos.

* * *

Liv se despertó porque Simón estaba saltando a la comba. El corazón de la casa latió más fuerte que nunca. La luz detrás de las cortinas hablaba de calor y de renacimiento, y ella supo inmediatamente lo que tenía que hacer. El impulso fue tan fuerte que no tuvo tiempo de preocuparse por lo que llevaba puesto. Vestida tan solo con la camiseta que usaba para dormir, salió a la leñera y buscó el bidón de gasolina. De manera chapucera y frenética, empapó las cosas de Vidar; las viejas prendas raídas no parecían gran cosa allí mojadas, a la espera de que Liv dejara caer la cerilla. El fuego prendió con un feroz chisporroteo. No hacía viento esa mañana y las llamas crecieron altas y voraces. Ella se imaginó que el humo estaba lleno de él cuando se elevaba hacia el cielo, con el mismo olor acre que salía de su garganta llena de heridas cuando se inclinaba sobre ella. El fuego crujía y crepitaba y ella no oyó acercarse a Simón, que de pronto estaba allí,

sudoroso y jadeante. Liv temió que él protestara, que se pusiera a llorar como había hecho en el depósito de cadáveres cuando todo se volvió demasiado real. Pero se limitó a estar allí en silencio a su lado, mirando el fuego llameante.

—He pensado en vender la granja antes del verano —dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque ahora somos libres, y no tenemos que seguir aquí.

Tenían que gritar para entenderse por encima del ruido de las llamas.

—Pero yo quiero estar aquí —dijo Simón—. No quiero vender.

—Siempre has dicho que querías mudarte a una ciudad.

—Eso era antes, cuando el abuelo estaba aquí. Cuando él decidía. Ahora somos nosotros quienes tomamos las decisiones.

No pudieron proseguir con la conversación porque vieron aparecer los coches de policía en la carretera. No llevaban las sirenas ni las luces puestas, pero conducían rápido. Demasiado rápido. Liv volvió la cabeza para seguirlos cuando pasaron por su entrada y continuaron hacia el interior del pueblo. Un dolor sordo se abrió paso por su estómago.

—¿Adónde crees que van? —preguntó Simón.

—No lo sé. Vamos a esperar a ver.

—Me voy corriendo a casa de Felicia, a ver si ellos saben algo.

Liv permaneció junto al fuego y lo vio desaparecer en el bosque. Le habría gustado gritarle que se quedara, pero no le salieron las palabras. Le asustaba la soledad, y entonces era cuando volvía Vidar, su sombra se movía por el rabillo del ojo como si no hubiera pasado nada. Como si todavía estuviera vivo.

Volvió a la cocina, se sentó en la ventana y miró las llamas que se extendían hacia el cielo. La perra estaba a sus pies y cada vez que el animal aguzaba el oído, a Liv se le aceleraba el corazón. Estaba sentada como solía hacerlo Vidar, agachada detrás de la cortina y con la vista puesta en la carretera y en el fuego. De pronto le pareció que estaba siendo observada; era la misma sensación que experimentaba detrás de la caja en la gasolinera, con todas las miradas puestas en ella. Se imaginó que había alguien fuera, oculto en el bosque, apuntando a su cabeza con la mira telescópica.

Pasó un buen rato antes de que la policía volviera a pasar. Ahora conducían más despacio, pero ella no pudo ver si era Hassan quien iba al volante. Contuvo el aliento cuando pasaron junto a la barrera, por miedo a que giraran hacia su casa, pero siguieron carretera abajo y desaparecieron detrás del cambio de rasante.

Poco después, Karl-Erik se detuvo delante de la barrera y tocó el claxon. El coche nuevo relucía como un salmón a la luz del sol cuando ella bajó para dejarlo entrar. Él hizo un giro torpe para sortear el fuego y dejó unas roderas profundas en la grava al frenar delante del porche. Lanzó miradas nerviosas a su alrededor cuando se bajó del coche, casi como si esperara que alguien fuera a saltar sobre él, y finalmente se fijó en la pira humeante.

—Creo firmemente que la policía se ha llevado a vuestro inquilino.

—Ah, ¿sí?

—Los he adelantado hace un momento, iban dos coches de policía; Johnny Westberg iba en el asiento trasero de uno de ellos y parecía apesadumbrado.

Liv miró en dirección a la carretera con los ojos entornados, tratando de ocultar la conmoción que sentía en su interior.

—No sé nada de eso.

—¿Qué estás quemando aquí?

—Solo son algunas cosas de papá.

Karl-Erik asintió como si lo entendiera. Ella pudo adivinar a Vidar en la cara de Karl-Erik, los rasgos familiares estaban escritos en sus arrugas cansadas. El hombre introdujo un puño venoso dentro de la cazadora y lo primero que ella pensó fue que iba a sacar la petaca y a tomar un trago, tal como le había visto hacer cuando se cruzaban en el bosque, como si la mera visión de otra persona ya lo impulsara a beber. Pero en lugar de eso sacó una pulsera y se la dio a Liv. Una correa de cuero negro con hilos de estaño trenzados y un cierre de cuerno de reno que producía una sensación de frescura en la piel.

—Era de Kristina. No sé si es de tu talla, pero no importa, eres tú quien debe tenerla.

La piel era suave y estaba gastada, y los hilos de estaño se habían descolorido con el paso del tiempo, pero la artesanía era exquisita. Sin decir nada, se la puso alrededor de la muñeca y dejó que Karl-Erik abrochara el cierre. Vio que él también sufría rigidez en las manos, aunque no tan severa como la de Vidar. La pulsera le quedaba justa. Podía sentir su propio pulso palpitando bajo el brazalete.

—¿Dónde tienes a tu hijo?

—Está en casa de Modig.

Karl-Erik escupió en el suelo.

—Ya veo que Douglas le ha puesto las zarpas encima.

—¿A qué te refieres?

—Douglas anda por ahí presumiendo de que su hija y tu chico van a comprar todo el pueblo. Desde que Vidar murió, se comporta como si le hubiera tocado la lotería.

Liv puso una mano sobre la pulsera. Sintió el calor del fuego y aspiró profundamente el humo acre, tratando de no pensar en Johnny, en el coche de la policía, en el pesado brazo de Douglas alrededor de su hijo, en las gafas abandonadas en la turbera... Todo daba vueltas en su cabeza demasiado rápido. Oyó las advertencias de Vidar vibrando a través de ella: «El día en que confíes en otra persona, ese día te perderás a ti mismo».

* * *

Sacó a pasear a la perra antes de encerrarla y se dirigió a la turbera. El sol de la tarde iluminaba el camino, pero ella no necesitaba luz para moverse por allí. El pueblo rumiaba tranquilamente a su alrededor, solo el olor de las vacas de Modig llegaba hasta la turbera junto con algunos ladridos dispersos de perros. Por lo demás no había señales de vida.

La casa de la viuda Johansson se alzaba solitaria junto a la turbera. Todas las luces estaban apagadas y no salió ningún perro a su encuentro cuando enfiló el camino de grava. Lo único que se oía era el ruido de un plástico azotado por el viento, y cuando se acercó vio que habían pegado

precinto adhesivo de la policía en la puerta y habían colgado un cartel que informaba de que la zona estaba acordonada. Liv pasó la mano por la cinta y tanteó la puerta. Estaba cerrada; por primera vez desde que Johnny entró a vivir allí, la puerta estaba cerrada.

Se detuvo junto a la ventana de la cocina y alumbró el oscuro interior con la linterna del teléfono móvil. Todo parecía como de costumbre allí dentro: cacharos sin fregar en la encimera, y en la mesa un par de velas consumidas y una caja de cerillas. Los cuadros bordados de la viuda le devolvieron la mirada desde las paredes. Dio la vuelta a la casa y miró en el dormitorio, donde la esperaba la cabeza de alce colgada como si no hubiera pasado nada. El edredón estaba tirado en el suelo como si Johnny se hubiera despertado cuando llegó la policía. Apagó la linterna del móvil y lo abrazó contra el pecho; no quería ver nada más.

Estaba sentada a oscuras en la cocina cuando Simón llegó a casa. Traía consigo a Felicia, sus voces parecían animadas mientras se sacudían la primavera de los zapatos y colgaban las cazadoras. Cuando entraron en la cocina, ella pudo ver en sus rostros que había ocurrido algo terrible y que no podría evitar que se lo contaran, aunque lo hubiera preferido. No estaba segura de poder escucharlo.

—La policía ha detenido a Johnny Westberg —dijo Simón—. Vimos cómo se lo llevaban.

—Preguntamos qué había hecho, pero no nos lo quisieron decir —añadió Felicia.

—Ha sido él, ¿verdad? Él fue quien mató al abuelo.

Simón tenía la cara roja y acompañaba sus palabras con unas pequeñas burbujas de saliva. Liv solo pudo sacudir la cabeza.

—No creo que debamos sacar conclusiones apresuradas antes de que sepamos más.

—Estás enamorada de él, ¿verdad? ¡Por eso lo defiendes!

—Yo no definiendo a nadie. Pero no podemos juzgarlo antes de saber lo que ha pasado.

Simón dio un puñetazo en la pared, con tanta fuerza que le hizo un agujero. Miró asustado el destrozo y luego la miró a ella, antes de correr escaleras arriba y desaparecer en su habitación. Felicia se quedó parpadeando en silencio delante de Liv, y en cuanto logró salir de su asombro se apresuró a subir detrás de él.

Liv se quedó en la cocina, sintiendo cómo la soledad le llenaba las arterias. Solo el agujero negro de la pared la miraba boquiabierto.

OceanofPDF.com

VERANO DE 2003

El niño duerme en sus brazos. Ella le cubre la preciosa cara con su chaqueta noruega de lana para protegerlo del sol y del viento, y de los coches que pasan. Un delicado verdor se inclina sobre el camino de grava y el aroma a verano pende en el aire fresco. Es temprano, pero el sol brilla con fuerza sobre la polvorienta grava y se refleja en los parabrisas de los coches, de manera que ella no ve quién va sentado al volante. Está de pie en la cuneta con el niño en brazos mientras pasan uno tras otro. Lleva una bolsa llena de pañales y el asa se le va clavando lentamente en la piel. Le duelen los brazos por el peso del niño. Crece muy deprisa, y sus ojos claros ven cada día más. Ella debe darse prisa, el tiempo ya ha empezado a agotarse para ellos.

Aparece un coche negro en lo alto, el capó reluce como aceite al sol. La chica con el niño respira profundamente y sale a la carretera, levanta la mano libre al viento y sonríe de tal modo que le duelen las mejillas. Hasta que el coche no frena, ella no ve que es una mujer quien conduce. Baja la mano, pero ya es demasiado tarde, la mujer se ha parado, ha bajado la ventanilla y la mira por encima de la montura de las gafas de sol.

—¿Adónde quieres ir?

La chica pone la mano sobre la cabeza del niño. Suele evitar a las mujeres, ven demasiado, sus ojos penetran por todas partes. No son como los hombres, ellos solo ven lo que quieren ver y se quedan atrapados en sus propias fantasías. Las mujeres se atienen a la realidad.

—Solo hasta Arvidsjaur.

—Te has echado encima más de lo que puedes llevar, por lo que veo. ¡Sube, que te llevo!

El cabello de la mujer es de color caoba y le cae alrededor de la cara formando capas afiladas que parecen vibrar de curiosidad cuando la chica finalmente abre la puerta y se hunde en el asiento. La mujer se quita las gafas de sol, levanta un poco la chaqueta y contempla asombrada al bebé dormido.

—Oh, oh, oh —susurra—. ¿A quién tenemos aquí?

—Lo siento, pero no he traído la silla del niño.

—Entonces conduciré despacio, con una carga tan preciosa.

La mujer le ofrece un tofe de chocolate y café en un termo. Huele a gloria, pero la chica tiene miedo de manchar al niño y no quiere nada. Abraza el suave cuerpo dormido contra el pecho y mantiene los ojos fijos en la carretera mientras la mujer la mira.

—¿Queréis bajaros en algún sitio?

—Puedes dejarnos donde te venga bien.

El sol crece en el cielo y vierte una luz prodigiosa sobre la vegetación. La chica señala todas las cosas bonitas que van apareciendo para evitar las preguntas; es una especie de superpoder que ha desarrollado, a lo largo de los años, para librarse de la curiosidad de la gente y de todas las trampas que intentan tenderle. La mujer ya no sonríe; el tofe de chocolate le abulta debajo de la mejilla.

—¿Te pega? —pregunta de repente—. ¿Corre peligro tu vida?

—Nadie me pega.

—Hoy es viernes, la policía tiene abierto hasta las tres.

—Ah, ¿sí?

—¿Qué te parece si te dejo allí? Ellos podrán ayudaros.

El corazón de la chica le late con tanta fuerza en el pecho que teme despertar al niño. Se muerde la mejilla y siente el sabor de la sangre llenándole la boca. Esta es la última vez que hace autostop con una mujer. Cuando pasan por la iglesia, tiene la mano libre en el tirador de la puerta. Si no hubiera sido por el niño, la habría abierto y habría echado a correr, pero ahora duda por temor a que el bebé se haga daño. Está ahí por él, para que no lo lastimen.

El verano ha invadido las calles, hay gente por todas partes y el aire vibra de asfalto saciado de sol y de desenfado. La chica observa con avidez

a las personas, sus sonrisas y sus piernas bronceadas. La mujer aparca fuera de un edificio bajo de color rojo y acaricia con un dedo la mejilla del niño dormido.

—Os acompaño.

—No es necesario.

Coge al niño y la bolsa a toda prisa y sale del coche. Se encamina despacio hacia las puertas cerradas y no se vuelve hasta que no tiene un pie en las escaleras. La mujer se despide con la mano antes de poner primera y alejarse de allí. Le sorprende que haya desistido tan rápido, que no haya insistido. En la puerta hay un cartel colgando con las palabras: vuelvo pronto, y cuando toca la manija ve que está cerrado. Siente un alivio en las piernas, se deja caer y se queda sentada en las escaleras. La boca del niño es la primera que se despierta, buscándola. Allí sentada en las escaleras de la policía, con los ojos cerrados al sol, le da el pecho al niño. De pronto se siente muy cansada.

El viento trae consigo un hedor a muerte. Los abedules que rodean el edificio de la policía tiemblan cuando ella se levanta y sigue el hedor dando la vuelta a la esquina. Hay tres sacos de basura en fila a la sombra y un enjambre de moscas vuela alrededor del plástico negro. Pone una mano sobre la cabeza del niño, se inclina hacia delante y abre un poco el primer saco. Una cabeza de reno la mira fijamente, las moscas se arrastran sobre los ojos ciegos y un trozo de lengua sobresale de la boca sin vida. La chica retrocede, protege al niño con la chaqueta y se le escapa un grito que rebota entre los árboles.

—Caza furtiva de renos —dice una voz a su lado.

Un policía joven con granos en la barbilla ha salido de la nada. Ella abraza al niño con más fuerza.

—¿Quién puede hacer algo así?

—Ya ves, se cometen muchas locuras cuando la gente se deja llevar por el odio.

Lleva una bolsa de comida rápida en las manos y el pelo de la nuca sudoroso. El uniforme parece darle mucho calor. La chica contiene la respiración, solo se oyen los balbuceos del niño y el zumbido de las moscas

sobre los cuerpos muertos de los animales. Los renos mutilados le envían una advertencia, un escalofrío le recorre la columna vertebral.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunta el policía—. ¿Has venido a poner una denuncia?

Él le hace un gesto para que lo siga hasta la comisaría. La chica busca una salida mientras él abre la puerta. El niño le vomita un hilo de leche tibia en el hombro y ella observa la nuca roja y reluciente del policía e intenta centrar sus pensamientos. Es más difícil mentir a hombres uniformados, están entrenados para olfatear la verdad, y la verdad es peligrosa, no podrá contarla nunca. Porque entonces le quitarían al niño.

El hombre uniformado sujeta la puerta para dejarla pasar, una mancha oscura de grasa se extiende por la bolsa que lleva en la mano. Ella entra al aire fresco, el olor a muerte se le ha pegado a las fosas nasales. La chica esboza una amplia sonrisa para ocultar el miedo que la atenaza.

—No quiero poner ninguna denuncia, solo necesito un teléfono para llamar a mi padre. Parece que nos hemos perdido el uno al otro.

El policía se inclina sobre el niño y arruga la cara haciendo una mueca.

—Por supuesto, puedes llamar. Los padres son importantes, no puede uno ir por ahí perdiéndolos.

OceanofPDF.com

Cuando Hassan llegó a la granja, las cosas de Vidar estaban quemadas en un montón. Iba solo y ella lo agradeció. No había pegado ojo y le dolía la cabeza a causa del cansancio.

—¿Qué has quemado aquí?

—Algunas de las cosas viejas de papá.

Él parpadeó ante las cenizas.

—¿No es un poco drástico? Sabes que hay tiendas de segunda mano, ¿verdad?

—Solo era basura, nada que pudiera venderse.

—Hay gente que lo compra todo.

—Papá no hubiera querido que nadie corriera por ahí con sus cosas. Habría preferido verlas arder.

El suelo crujió bajo sus pies; cuando entró en el pasillo, la perra se acurrucó en su rincón con las orejas aplastadas contra la cabeza. Liv se preguntó si era el uniforme o el corpachón del hombre lo que la asustaba, o si era porque notaba la gravedad de la situación. Hassan se agachó a poca distancia del animal y extendió la mano, esperando pacientemente a que se atreviera a salir.

—¿Quieres café?

—Sí, gracias.

Liv entró en la cocina y empezó a poner cucharadas de café en la cafetera sin llevar la cuenta, mientras esperaba a que él dijera algo. Pero él se entretuvo en el suelo, jugando con la perra y rascándola; le hablaba con una voz clara y bobalicona de la que quizá ella se hubiera reído si todo fuera como de costumbre.

Después, cuando se sentaron uno frente al otro a la mesa, él dirigía todo el tiempo la mirada hacia el montón de cenizas, como si las respuestas estuvieran allí.

—Espero que hayas guardado algunos recuerdos de todos modos.

—Tengo recuerdos de sobra.

Él sonrió sin ganas.

—¿Qué tal estás?

—Estoy viva.

—Y Simón, ¿cómo está llevando todo esto?

—Lo está pasando mal, pero la mayor parte de las veces sé va casa a de su novia. Ahora está allí.

—¿Felicía Modig?

—Sí.

Ella se preguntó cómo sabía que Simón y Felicia estaban juntos, si se lo había contado Simón o si era algo que él había descubierto por otros medios. Probablemente, a esas alturas, ya lo sabría todo de ellos, todos los chismes que la gente de los pueblos podía ofrecer.

—Por lo que sé, tú también tienes una relación en el pueblo —dijo Hassan—. ¿Estás con Johnny Westberg?

—Relación, lo que se dice relación... Nos acostamos a veces.

Su rostro se incendió mientras él la observaba. No era capaz de sostenerle la mirada.

—Según él, parece que es algo más. Dice que lleváis juntos desde el otoño pasado y que él está enamorado de ti.

—Eso es cosa suya.

—¿Cómo describirías tú vuestra relación?

—Como acabo de hacerlo: a veces nos acostamos juntos. Nunca ha habido nada más y no entiendo por qué puede importarle esto a la policía.

Hassan se retrepó en la silla y la miró fijamente, como si buscara algo. Ella cogió la pipa de Vidar y la bolsa de tabaco que estaba en el alféizar de la ventana, necesitaba hacer algo con las manos.

—Johnny Westberg fue detenido ayer —dijo Hassan.

—Lo he oído.

—Es sospechoso del asesinato de tu padre, y con indicios graves, que es el grado más elevado de sospecha. Las pruebas contra él son muy sólidas.

El tabaco suelto se le deslizó entre los dedos y cayó sobre el café, que aún no había tocado. Las imágenes de Johnny cayeron sobre ella: la cicatriz

del cuello brillando en la oscuridad, la negrura de sus ojos cuando decía que no era justo que ella tuviera que esconderse de su propio padre. Su repentina confesión de que Vidar había intentado echarlo de la casa solo unos días antes de que ocurriera todo. La angustia de su voz la desgarraba por dentro. Ella vio el cuerpo de Vidar en la morgue, los dedos blancos y blandos, la frente que se había vuelto lisa. Intentó verlo delante de ella: Johnny disparándole, arrojando el cuerpo viejo y sin vida al pozo. La idea le produjo náuseas. Apretaba la pipa en la mano, no era capaz de encenderla. Hassan se resistía a quitarle los ojos de encima, buscaba algo en su rostro, alguna emoción que pudiera darle pistas.

—De momento, él lo niega. Pero también ha contado que no le gustaba a Vidar y que teníais que mantener vuestra relación en secreto. También dice que tú corrías hasta su casa por las noches cuando Vidar se había dormido, que os escondíais como dos adolescentes.

—A papá no le gustaba nadie aparte de los suyos; aparte de Simón y yo.

—Johnny afirma que tú estuviste en su casa la noche que mataron a Vidar, ¿es cierto?

La pipa se movía en su mano al ritmo de sus pulsaciones. Era cierto, ella había estado en casa de Johnny un rato no muy largo. Nunca se quedaba más de dos horas; el miedo a Vidar era demasiado fuerte, la preocupación de que los descubriera. Tal vez ya los había descubierto, tal vez la había seguido y había esperado a que ella se marchara de allí para mostrarse. Ella visualizó mentalmente cómo los dos hombres se enfrentaban a la luz de la luna. Aquel pensamiento la dejó helada.

—Solo estuve allí un par de horas.

—¿Cuándo exactamente?

—Entre la medianoche y las dos, quizá un poco menos. Nunca me quedaba más tiempo.

—¿Por qué no has mencionado nada de esto antes?

—No pensé que tuviera ninguna importancia.

Hassan la miró como si ya no se conocieran.

—¿Puedes contarme cómo os conocisteis, Johnny y tú?

—Fue el otoño pasado. Él vino a la granja a buscar las llaves de la casa de la viuda Johansson. No sé la fecha exacta, pero ya había caído la primera

nevada, de eso estoy segura. Solo nos saludamos; fue mi padre quien se ocupó de todas las cosas prácticas.

—¿No habíais mantenido ningún contacto antes, por internet o algo así?

—No. Fue mi padre quien se ocupó de todo ese asunto. Él quería alquilar la casa en lugar de venderla, le parecía que era más seguro así. Pero yo no sé cómo se puso en contacto con Johnny, todo lo que me dijo fue que finalmente había encontrado a alguien que quería vivir en la casa de la viuda Johansson. Poco después apareció Johnny en la escalera pidiendo la llave. Yo no lo había visto nunca hasta ese día.

—¿Cuándo iniciasteis vuestra relación sexual?

—Poco después.

—¿Quién tomó la iniciativa?

Liv miró el bosque, que se mecía con el viento de primavera.

—Una tarde pasé por delante de la casa de la viuda y lo vi sentado allí. Parecía muy solo en la vieja casa. Le pregunté si tenía café para invitarme, y lo tenía. Así fue como empezó.

Todo era cierto, pero se sentía como una mentirosa. Tal vez fuera la comprensión repentina de que ya no podía entender nada, todo era una niebla gris en su cabeza. Ella no conocía a Johnny, no a fondo. Todos los intentos que había hecho él por acercarse, ella los había rechazado. Y eso lo frustró. Jamás se había mostrado violento, pero ella vislumbraba su decepción cada vez que lo dejaba para volver corriendo a casa con los suyos, a pesar de que él le había pedido y hasta suplicado que se quedara. Una sombra oscura le cruzaba el rostro cada vez que tenían que separarse. Y ella pensó que todo era culpa suya, que era ella quien debía haber sido más cuidadosa. Desde que tenía uso de razón, Vidar la había advertido de los peligros del mundo allá fuera, de las bestias que andaban merodeando alrededor de sus tierras y que solo esperaban el momento de atacar. En cuanto uno les daba confianza, estaba perdido.

Había resignación en el rostro de Hassan. Él tampoco había probado su café.

—Entiendo que has heredado mucho dinero de tu padre.

—Eso puede decirse, sí.

—¿Hablasteis alguna vez de dinero, Johnny y tú?

Ella sacudió la cabeza y dejó que el cabello le cayera sobre las mejillas. Liv no hablaba nunca de dinero con nadie, si lo podía evitar, lo cierto era que la mera palabra hacía que se le formara un nudo en la garganta. El dinero era algo malo y feo que alzaba muros entre las personas, que les hacía perder la cabeza. Aún podía oír las advertencias de Vidar, el pesimismo que le había inculcado desde la infancia. «El dinero es la razón principal de que las personas se maten unas a otras —solía decir—. Jamás debes mencionar nuestra riqueza a nadie, cariño mío. Si amas la vida, no lo hagas».

* * *

Liam podía ver a los niños jugando a través de la ventana; parecía que estaban bailando, con Vanja en el centro de un corro de niños, dando vueltas y más vueltas hasta que la falda amarilla parecía un paraguas alrededor de su cintura. Él sabía que se estaba riendo a pesar de que no podía oírla. Esa risa contagiosa a la que ni el hijo de puta más frío del mundo podía resistirse. Él vivía por esa risa.

La cazadora podía quedarse en el coche, quería que el personal viera su camisa de trabajo. Llevaba aquella prenda con orgullo, como si fuera una bandera. Quería que vieran que hablaba en serio, que había puesto orden en su vida. Las preguntas y las caras con rictus de preocupación podían guardárselas para ellos mismos.

El móvil le vibró en el bolsillo mientras subía por el camino de grava. Seguro que era su madre que quería que comprara comida para los perros; podía parecer tan desesperada como un drogata cuando se trataba de los perros. «Con solo un saco de diez kilos nos arreglamos —solía decir—, de lo contrario tendré que sacar el salmón del congelador».

Pero no era su madre, era Gabriel. Sonaba como si estuviera corriendo, jadeaba fuerte en el teléfono.

—Hermano, tienes que venir. ¡Esto es el caos!

—No puedo. Estoy en el colé.

—Yo estoy en el invernadero. Tienes que venir aquí... ¡Date prisa!

—¿Qué ha pasado?

Pero la conversación se cortó antes de que Gabriel pudiera contestar. Liam estaba en el sendero de grava bien rastrillada, fuera de la guardería, tratando de llamar a su hermano, pero el teléfono no daba señal. Gabriel no solía pedir ayuda, solo daba órdenes. Liam se sintió muy inquieto. Vanja lo vio y dejó de bailar; tenía la frente pegada a la ventana de cristal de la puerta y lo miraba con sus grandes ojos serios. La gruesa trenza despeinada le caía por el hombro delgado y le ardían las mejillas. Liam dejó caer el móvil en el bolsillo y esbozó una sonrisa grande y falsa mientras se apresuraba a llegar hasta ella. La niña abrió la puerta y lo recibió en la escalera, escrutó su rostro un par de segundos antes de dejar que la levantara. Las mejillas de Vanja ardían al contacto con las de Liam.

Los maestros de preescolar se apiñaron alrededor de ellos mientras Vanja forcejeaba con su ropa de abrigo tratando de ponérsela. Todas aquellas sonrisas benevolentes y pegajosas de los maestros le dieron grima. Querían saber cómo le iba en la gasolinera, si había encontrado un apartamento. Marcus, el más joven de ellos, tenía un primo en Abborrträsk que iba a vender la casa, por si le interesaba. El móvil vibraba como loco en el bolsillo. Cuando finalmente estuvieron listos para salir, Gabriel había enviado dos SMS. «Date prisa —decía—, ¡esto es un caos!».

—¿Vamos a comprar comida para los perros? —preguntó Vanja.

—Primero tenemos que ir a ver al tío Gabriel.

—¿Se ha drogado?

—No, no, solo quiere hablar un poco.

Vanja se sentó y estuvo muy callada mientras él le ponía el cinturón de seguridad. Ya no era posible engañarla, quizá nunca lo había sido. Liam apretaba los dientes mientras conducía. En realidad, debería mandar a la mierda a Gabriel, que se las arreglara él solo. Pero no podía darle la espalda, todavía no. Había mucho en juego. Ahora, cuando por fin estaba en el buen camino, debía tener un ojo puesto en Gabriel para asegurarse de que no hacía más daño, para que no saboteara el nuevo futuro que Liam estaba tratando de construir.

La primavera iba en serio más allá de las sucias ventanillas, había agua por todas partes, se evaporaba y salpicaba, dejando películas de suciedad en los coches y en las señales de tráfico. Las botas de Vanja colgaban sobre el asiento como dos soles amarillos.

—La abuela dice que Gabriel era muy listo antes de empezar a drogarse, incluso más listo que tú.

—Ah, ¿sí?

—Ella dice que las drogas le han quemado el cerebro. Como una bengala.

Vanja extendió los dedos y emitió un sonido chisporroteante. El móvil volvió a vibrar en el bolsillo de Liam, pero no lo cogió. Parecía como si el agua también fluyera a través de él, formando una corriente fría y sucia que le hacía un nudo en la garganta y le irritaba los ojos. Y que amenazaba con asfixiarlo.

—¿Crees que duele, papá?

—¿Qué?

—Que te quemen el cerebro.

Liam bajó el cristal de la ventanilla y escupió.

—Sí, eso creo. Eso duele muchísimo.

—Pero ¿por qué toma uno drogas si duele?

—Porque a veces duele más no tomarlas.

* * *

El montón de papeles aterrizó sobre la mesa con un ruido sordo. Órdenes de cobro y cartas de la Agencia Tributaria arrugadas y manchadas de café. Hassan golpeó las hileras de números con el nudillo, y unas arrugas de preocupación le transformaron el rostro en el de otra persona, alguien mayor y más cansado. Ella volvió la cabeza hacia las copas de los pinos más allá de la ventana. No quería mirar los papeles, no quería saber.

Hassan empujó suavemente el montón de papeles sobre la mesa, obligándola a enfrentarse a la realidad.

—¿Hasta qué punto dirías que conoces a Johnny Westberg?

—En realidad no lo conozco en absoluto. Solo sé que viene del sur y que trabaja en el aserradero de Glommers.

—¿Nunca se os ocurrió pedir un informe de solvencia económica de vuestro inquilino?

—Era papá quien se ocupaba de todo eso. Y dudo mucho de que hubiera pagado por algo así. En estos casos él prefería formarse su propia opinión.

—¿Johnny tenía dificultades para pagar el alquiler?

—Que yo sepa no. Tampoco era una gran suma. La casa había estado vacía durante más de diez años. Nos alegramos mucho de que alguien quisiera vivir allí.

—Fue una pena que no solicitarais un informe de solvencia, porque, si lo hubierais hecho, habríais visto que las deudas de Johnny Westberg ascendían a más de dos millones. Ha estado viviendo con un mínimo vital durante tres años, una circunstancia que al parecer ha resultado muy dura para él. Ha intentado quitarse la vida en varias ocasiones. La cicatriz del cuello es el resultado del último intento, y según el informe médico estuvo muy cerca de conseguirlo.

La cicatriz del cuello. Liv podía sentir la protuberancia bajo las yemas de los dedos, una franja de piel blanca que era mucho más suave que el resto. Estuvo a punto de preguntarle dónde se la había hecho, pero algo la detuvo. Bastaba con entrever la oscuridad de los demás para que Liv retrocediera. Ya tenía bastante con la suya.

—No tenía ni idea. Nunca hablamos de su pasado.

—Hemos averiguado que Johnny ha tenido tratos con gente de los bajos fondos en sus intentos por librarse de la deuda, lo cual no ha hecho más que empeorar su situación. Al parecer, frieron las amenazas de esas nuevas amistades las que lo trajeron al norte. Y yo creo que no fue una casualidad que os alquilara la casa justo a vosotros. Hemos confiscado su ordenador y hemos descubierto que había hecho cientos de búsquedas en Google relacionadas con la fortuna de Vidar, tanto antes de mudarse a Ödesmark como después. Todo indica que tenía la vista puesta en vuestro dinero desde el primer momento.

Liv podía oír la risa ahogada de Vidar entre las sombras. «¿Qué es lo que te he dicho siempre? Solo puedes confiar en los tuyos. El resto solo son mendigos o buitres». Desde que ella tenía uso de razón, su padre la había estado previniendo contra eso, contra la maldad y la avaricia que acechaban al otro lado del bosque.

Pensó en Johnny, en su rostro bajo el resplandor del cigarrillo, en la vulnerabilidad que a veces asomaba en su mirada tímida. Johnny nunca había insinuado que necesitara dinero. Fue ella quien lo buscó a él al principio, todo había sucedido por iniciativa suya.

—Si era dinero lo que buscaba, lo ha ocultado muy bien.

—Johnny Westberg es un hombre desesperado —dijo Hassan—, y las personas desesperadas hacen cosas estúpidas. De momento, niega el crimen, pero dudo de que sea capaz de mantener la máscara por mucho tiempo.

El repiqueteo de la lluvia contra la ventana los sobresaltó. Sobre el pueblo se había deslizado una tormenta sin que ellos lo hubieran notado, y no tardaron en tener que levantar la voz para poder oírse.

—Si lo que quería era dinero, podía haberse conformado con robarnos, ¿no? ¿Por qué tenía que matar a papá?

—Quizá no fuera esa su intención. Pudo ser un impulso fatal.

Liv se llevó el puño a los labios, y empezó a sentir un malestar creciente. Pensó en lo que Johnny le había contado, que Vidar fue a buscarlo y le pidió que se marchara de allí. Tal vez aquello fue el comienzo de todo. Ella le quería contar el incidente a Hassan, pero no pudo. Había muchas cosas dentro de ella que amenazaban con salir, muchas cosas que no podía contar. Se tapó la boca poniendo la mano a modo de escudo, y apretó las mandíbulas con fuerza.

Hassan se le acercó, buscando su mirada.

—¿Le hablaste a Vidar de vuestra relación?

—No hizo falta —susurró ella—. Él lo averiguaba todo.

—¿Y qué dijo cuándo se enteró?

—Dijo lo mismo que solía decir siempre cuando yo conocía a alguien.

—¿Y qué era?

—Que me iban a hacer daño.

* * *

Había jurado que nunca dejaría que Vanja se acercara a la plantación, pero algo en la voz de Gabriel hizo que se saltara el juramento. Solo por esa vez.

Se trataba de una cabaña de veraneo abandonada al lado de un río, con las ventanas cerradas a cal y canto y las paredes cubiertas de maleza. Solo las huellas de las ruedas sobre la hierba del año anterior indicaban que alguien visitaba el lugar. El coche de Gabriel estaba oculto en el bosque y la puerta del conductor batía a causa del viento, pero no veían a Gabriel.

—¡Qué casa tan horrible! —dijo Vanja.

—Solo está un poco vieja. Quédate aquí, yo vuelvo enseguida.

El viento azotaba los árboles, y cuando Liam salió del coche el aire estaba cargado del inconfundible olor de las plantas que crecían allí dentro. Miró a su alrededor y recorrió con la mirada el bosque tembloroso. La cabaña más cercana estaba lejos, la gente solo iba allí en verano, a veces ni eso. Mientras se abría paso entre la maleza tuvo la sensación de que algo iba terriblemente mal. Lo de la plantación había sido idea suya, por aquel entonces Vanja aún era muy pequeña y él no estaba preparado para dejar las drogas. Cultivar para su propio consumo significaba librarse de tener que trapichear con un montón de idiotas. En cualquier caso, esa era la idea. Hasta que intervino Gabriel y quiso hacerlo todo a mayor escala para que pudieran vender también. Fue Liam quien hizo el trabajo duro, quien sembró las primeras semillas y experimentó con las lámparas y los purificadores de aire hasta que todo cuadró y las plantas comenzaron a brotar. Resultó que tenía talento para ello; tal vez había heredado la habilidad para la jardinería de su madre, su sensibilidad para todo cuanto tenía vida.

Durante el último año había tratado de desentenderse de aquella mierda. Le había dicho a Gabriel que se las arreglara él solo, que era demasiado arriesgado. Pero Gabriel sabía cómo hacerlo volver; siempre sabía qué tecla tenía que tocar.

Cuando se acercó a la puerta, entendió qué era lo que iba mal. Estaba demasiado oscuro allí dentro, las lámparas estaban apagadas. Una oscuridad vacía había sustituido el característico resplandor lila. Se volvió y vio los ojos de Vanja abiertos como platos detrás de la ventanilla del coche. Se había metido la trenza en la boca, era una manía que tenía cuando se ponía nerviosa: chupar y morderse el pelo hasta que acababa colgando en mechones húmedos y enmarañados. Él había tratado de asustarla diciéndole que se le iba a llenar el estómago de pelo y que tendrían que operarla si no dejaba de hacerlo. Pero la niña seguía con aquel hábito, y él era consciente de que la culpa era suya, que era él quien provocaba inquietud en sus vidas.

Oyó la tos escandalosa de Gabriel desde el interior de la cabaña. Empujó la puerta y entró directamente en el destrozo.

El piso estaba cubierto de tierra y de vidrios rotos. Las plantas habían desaparecido, alguien había estado allí y las había arrancado de sus macetas, solo quedaban las más pequeñas, tiradas formando montones marchitos entre los desperdicios. Las lámparas estaban rotas y los plásticos que recubrían las paredes, hechos trizas, esparcidos como jirones negros de piel por todas partes. El zumbido de los ventiladores se había parado, ya no daban vueltas, todo estaba destrozado. Como si hubiera pasado un huracán por la cabaña.

Gabriel estaba en cuclillas, en medio del caos, removiendo los restos.

—Ya has venido, ¿por qué has tardado tanto?

—¿Qué cojones ha pasado?

—Es Juha, sé que ha sido él. Quiere castigarnos por lo que pasó con el viejo Vidar. Al menos la mitad de las plantas han desaparecido y el resto morirá. Y todas las jodidas lámparas están rotas, lo ha destrozado todo.

Gabriel levantó una maceta del suelo y la tiró contra la pared con tanta fuerza que varios fragmentos se incrustaron en la madera podrida. Liam se quedó inmóvil junto a la puerta, trató de serenarse y de calcular cuánto habían perdido. La verdad era que no le preocupaba, ya no. Todo lo que sintió fue un gran alivio porque no fuera la policía quien estaba allí, dispuesta a detenerlos. La plantación propiamente dicha le importaba una mierda, casi mejor que estuviera destrozada para siempre.

Los fragmentos de vidrio rechinaban bajo las botas de Gabriel mientras daba vueltas alrededor de la estancia. Tenía la cara completamente blanca.

—Ven —dijo—, vamos a ver a Juha.

—Tengo a Vanja en el coche, no puedo ir a ningún lado.

—Se me había olvidado lo condenadamente inútil que te has vuelto, pero no importa. Esto lo arreglo yo solo.

—¿Qué piensas hacer?

Gabriel le dio una patada a una lámpara rota, y una ola de añicos cayó sobre la habitación.

—Juha no va a poder liarse un porro cuando acabe con él. Me voy a ocupar de que siga el mismo camino que el viejo Björnlund.

* * *

Douglas Modig llenó las copas de *snaps* hasta el borde y levantó tanto la suya que el alcohol se derramó. Pasó el brazo que le quedaba libre alrededor de Liv y apoyó la mejilla sudorosa en la frente de ella mientras proponía un brindis.

—Por la policía —dijo—; por un trabajo bien hecho. Con el asesino de Vidar en chirona, por fin podemos empezar a digerir esta terrible tragedia.

Liv desvió la mirada hacia las láminas de carne de reno que brillaban en el plato. La grasa se había solidificado formando una película amarillenta. No había sido capaz de probar un solo bocado. Ir a casa de Modig había sido un error. En cuanto cruzó el umbral le pareció una traición a Vidar. Y no le gustaba cómo la trataban Douglas y Eva, como si ella fuera un enigma que ellos se habían propuesto resolver.

Había ido por Simón. Él estaba sentado enfrente de ella y tampoco comía como solía, solo daba vueltas a la comida con el tenedor. Pero se notaba que estaba acostumbrado a sentarse allí, en casa de Modig. Se bebió el *snaps* de un trago sin pestañear y Liv se preguntó con cuánta frecuencia solía tomar alcohol cuando iba a casa de Felicia, porque esa no era la primera vez.

—Me pareció raro que no se trajera enseres domésticos —dijo Eva—. Cuando lo visité el pasado invierno, estaba allí sentado, rodeado de las cosas de la viuda Johansson. No se había traído ni un mueble. Parecía todo muy triste.

—Sí, joder —dijo Douglas—. Al principio me dio pena del pobre diablo. Estaba mal preparado para la vida aquí arriba. Se mudó en pleno invierno sin un triste trozo de madera. Le dimos leña al pobre hombre para que no se muriera de frío hasta que pudiera organizarse. Y luego se entera uno de que es un frío asesino. Se le pone a uno la piel de gallina solo de pensarlo.

Liv sintió el viejo picor cosquilleándole los brazos. La comida flotaba en el plato delante de ella; era una lástima no comer una carne tan buena, pero era incapaz de levantar los cubiertos. La conversación giraba todo el tiempo en torno a Johnny Westberg y Liv sabía que estaban esperando que ella dijera algo. Como no lo hizo, Douglas volvió a abrazarla de nuevo.

—¿Qué tienes que decir de todo esto, Liv? Sé que Johnny y tú solíais veros, ¿no es cierto? ¿Había algo entre vosotros?

Liv apartó el plato con la carne de reno sin probar. Miró de reojo a Simón.

—No —dijo ella—. No había nada entre nosotros. Yo pasaba a veces por allí solo para echar un vistazo a la casa.

Douglas le sonrió con suspicacia.

—Me sorprende que Vidar no se olera nada —dijo colocándose un palillo debajo del labio—. Solía tener buen olfato para esas cosas.

Douglas tenía las mejillas rojas, había un brillo de excitación en su mirada. «Como un niño el día de Nochebuena», pensó Liv. Era más que evidente que él disfrutaba con aquello. Pero si era la muerte de Vidar lo que lo animaba, o si era el consiguiente revuelo porque por fin pasaba algo en el pueblo, eso era difícil de determinar. Cada vez que se le acercaba, ella tenía ganas de gritar.

Cuando Eva finalmente se levantó para recoger los platos, Douglas había servido otra ronda de *saps*. Liv dio un sorbo, luego otro más, y sintió un intenso calor descendiendo por su estómago. Observó que Simón tenía la mano apoyada en el muslo de Felicia debajo de la mesa.

Eva silbaba mientras se hacía el café. Sirvió helado de vainilla con mermelada de moras, y en medio del trajín le dedicó una sonrisa de complicidad a Simón.

—No te preocupes —le dijo—. Tengo sorbete para ti. Ya sé que te da miedo la grasa.

Tal vez fue el tono maternal de su voz, o la forma de acariciarle el pelo con una mano, pero Liv sintió que se le cortaba la respiración. Simón solo tenía diecisiete años. Deberían haberle preguntado a ella antes de ofrecerle alcohol. Un *snaps* hasta el borde, y después dos más. Sorbete en lugar de helado. Eva no tenía ni idea de cuáles eran sus miedos. No era la grasa lo que le daba miedo, era la voz burlona de Vidar en la mesa. Comentarios acerca de que él no podía echar barriga, de que nunca conseguiría tener una novia si era feo y gordo. Eso era lo que le martilleaba la cabeza al chico. Eva y Douglas no sabían nada de su hijo. Sin embargo, se comportaban como si fuera suyo.

Toda la estancia se detuvo cuando Liv se levantó. Simón la miró fijamente, se ruborizó y le hizo un gesto indicándole que se comportara, que no los avergonzase.

—Tengo que irme —dijo—. Disculpadme, pero no me encuentro bien.

Douglas estiró sus dedos húmedos e intentó retenerla, pero Liv salió apresuradamente al pasillo. Buscó a ciegas entre los abrigos. Encontró los zapatos, pero Eva tuvo que ayudarla con la cazadora y le subió la cremallera como si fuera una niña. Liv ya había abierto la puerta, estaba de pie con la cara hacia la noche fría y llenó los pulmones de aire. Las vacas mugían en el establo cuando cruzó el umbral tambaleándose en la oscuridad; se disculpó una última vez antes de cerrar la puerta de nuevo y alejarse apresuradamente de allí. De vuelta a su propia casa. Tomó el atajo del bosque y solo se volvió para ver si Simón la seguía. Pero detrás de ella solo había oscuridad.

VERANO DE 2008

Las risas del niño hacen que su corazón rebose. El niño está en el agua al sol y la deslumbra con su cuerpo regordete y esa cara que brilla de felicidad. Su alegría es contagiosa y se le desliza a ella debajo de la piel, insuflándole nueva vida. Es como quitarse una venda de los ojos y descubrir el mundo de nuevo: el bosque bullendo con su delicada vegetación y las ondas de las libélulas en el agua, donde su niño practica sus primeras brazadas. El mundo es hermoso gracias a él.

Ella no ve al hombre que se abre paso entre las adelfillas espantando las moscas. Lo primero que le llega es el olor a estiércol, y cuando él se sienta a su lado, el olor es tan fuerte que tiene que respirar por la boca. Lo saluda sin apartar la mirada del niño en el agua, el tono ligeramente cortante de su voz pone de manifiesto que él está molestando. Este es su paraíso, su momento hermoso sobre la tierra.

—¿Quieres un café?

Hace aparecer por arte de magia café de un termo e insiste en que ella lo tome junto con una buena porción del típico pastel de queso, que se queda en el banco sudando entre ellos. Hay un brillo de animal depredador en sus ojos cuando mira al niño, y a ella se le contraen y le duelen todos los músculos del cuerpo.

El hombre moja el pastel de queso en la taza y sonríe.

—Tienes un chaval muy guapo.

El niño tiene un cazamariposas en la mano, que desliza bajo la superficie del agua en busca de renacuajos y pecas. El movimiento hace que sus pies se vuelvan inestables y está a punto de caerse, pero recupera el equilibrio en el último momento. Él grita y se ríe al mismo tiempo. El

hombre que está al lado de ella se ríe también, es imposible no hacerlo, el café salpica y cae humeante en la hierba. Él le grita algo al niño, algo sobre que lo que necesita realmente es una caña de pescar de verdad. Hace calor, el sudor le cosquillea la espalda y ella sabe lo que él anda buscando. Ve como él hace visera con la mano y entorna los ojos para ver mejor al niño. Sus delicados rizos y sus mejillas regordetas.

—Pues no puede decirse que se parezca mucho a ti —dice él.

—No, por suerte, no.

Él ahoga una risa. El café quema en la boca; sabe a estiércol. Ella ya sabe lo que va a decir él a continuación, casi puede oír cómo las palabras se le materializan en la garganta.

—¿Quién es su padre?

—Nadie que tú conozcas.

—Pero comprenderás que la gente siente curiosidad...

—Eso me importa un bledo.

Él se quita la camiseta por la cabeza y se seca el sudor de las axilas con ella. Su barriga tiembla por encima del cinturón y en el pecho tiene un tatuaje que ella no le había visto antes: el nombre de su hija grabado con unas letras recargadas. Él corta otro trozo de pastel de queso, se lo lleva a la boca y le hace muecas al niño, que responde haciendo muecas a su vez, como si mantuvieran una conversación entre los dos al margen de ella.

El zumbido de las moscas suena en el aire, se posan como racimos negros en las botas sucias de él y buscan el sudor en el cabello de ella. Se termina el café y le grita al niño que es hora de volver a casa, pero él tiene la mirada puesta debajo del agua y hace como si no la oyera. El hombre se echa hacia atrás y se acaricia la barriga gruesa y blanca.

—La gente ha llegado a preguntarme si es mío.

—Ah, ¿sí?

—Pero ahí tengo que ser honesto y decir las cosas como son. Que hacía varios años que no había nada entre nosotros, así que mío no puede ser. Aunque me gustaría que lo fuera.

—Creía que no hacías caso de los chismes del pueblo.

—La gente quiere saber cómo son las cosas. Es inevitable, somos así.

Ella se levanta y vuelve a llamar al niño, él ha tirado el cazamariposas en la hierba y está de pie con sus manitas regordetas ahuecadas bajo el agua. El hombre tose detrás de ella, insiste.

—¿No será tú padre quien se ha propasado contigo?

No lo pregunta en voz alta realmente, pero aun así parece que las palabras resuenan en el lago.

—Vete a tomar por el culo.

Ella tiene el corazón en los oídos cuando corre hacia el agua y levanta al niño en brazos. El cubo con los renacuajos la golpea en la espalda cuando se aleja con él.

OceanofPDF.com

La casa estaba abandonada y a oscuras, lo único que se movía era la perra. Estaba de pie, con la cadena estirada al máximo y la vista fija en la casa mientras de su garganta salía un gruñido sordo, como si algo peligroso y extraño se ocultara allí dentro.

Cuando Liv introdujo la llave en la cerradura, descubrió que la puerta ya estaba abierta. En el umbral percibió un olor extraño, acre, que hizo que se le revolviera el estómago. Cogió el calzador del estante y lo sostuvo delante de ella como si fuera un arma. Siguió el olor hasta la cocina, sus ojos se posaron en una sombra junto a la ventana, en la silla que había sido de Vidar. Sintió crecer el miedo en la garganta. El calzador vibraba delante de ella al tiempo que avanzaba en busca del interruptor. De pronto, un hombre extraño apareció bajo la potente luz. Liv introdujo dos dedos bajo el collar de la perra para que no se acercara demasiado.

—¿Quién eres?

—Vamos, Liv. ¿Es que ya no me reconoces?

El cabello gris le caía por encima de los hombros nervudos y se fundía con una barba de varios años. Era evidente que la cara había envejecido antes que el cuerpo. Tenía la piel de la cara sin lustre, surcada por las inclemencias del tiempo. Un brillo familiar en los ojos del hombre la dejó sin aliento.

—¿Juha?

—Cuánto tiempo.

Recordó el otoño que habían pasado juntos, la sombreada área de descanso donde Juha la esperaba mientras las hojas caían sobre la chapa y el invierno se acercaba. Entonces tenía el pelo más oscuro, la piel más saludable. Él le hizo albergar tantas esperanzas que le dolía el pecho al pensar en ello.

—No puedes entrar en mi casa así por las buenas. Has estado a punto de matarme del susto.

—He oído lo que le ha ocurrido a Vidar. Te acompaño en el sentimiento.

—No lo haces en absoluto.

Hubo un amago de sonrisa, pero no era la misma sonrisa que ella guardaba en el recuerdo; esta era triste y estaba llena de huecos negros. Liv soltó a la perra y dejó que lo olisqueara. Quedó claro que él tenía mejor mano con los animales que con las personas.

Ella se fijó en los harapos que llevaba puestos: forro polar verde y pantalones de montaña, descoloridos por el bosque y el fuego. De su cinturón colgaban dos cuchillos, pero no parecía que llevase más armas encima.

Liv se quedó de pie junto al fregadero, manteniendo la distancia. Buscando a Simón a través de la ventana. El hombre sentado junto a la mesa no le quitaba los ojos de encima. Ella lo desafió con la mirada.

—Estás sentado en la silla de papá.

—Pero él ya no la necesita, ¿verdad?

Juha le guiñó un ojo. A la débil luz de la lámpara de la cocina ella aún pudo entrever al hombre que había dormido con la cabeza recostada en sus rodillas. Tuvo la sensación de que el tiempo no había pasado en absoluto.

—Te estuve esperando en el área de descanso. Todo un invierno estuve esperándote. Pero nunca viniste.

—Fue Vidar quien me dijo que me mantuviera alejado.

—¿Y tú le hiciste caso?

—Podía ser persuasivo, tu padre.

—Te eché de menos.

La sonrisa se desvaneció. Él se tapó los ojos con la mano, se le escapó un débil gemido. Ella seguía de pie junto al fregadero, no quería acercarse demasiado. Su nariz se había acostumbrado, tal como suele ocurrir, y ya no notaba el olor que él despedía. Tenía tierra negra bajo las uñas y las manos llenas de surcos, como si hubiera estado excavando para salir de una madriguera subterránea. Durante casi veinte años él la había evitado, se había mantenido alejado, pero ahora, de repente, estaba sentado en su cocina, como si él también la hubiera estado esperando.

Él fue levantando la vista lentamente. Se fijó en la foto de Simón que colgaba en la pared.

—¿Es tu chico?

—Sí.

—Se parece más a Vidar que a ti.

—Veté a la mierda.

Juha levantó sus sucias palmas de las manos.

—Lo creas o no, no he venido aquí para discutir contigo. Tú sigues brillando como un lago de invierno, Liv, y eso me alegra. Sé que llego tarde, debería haber venido hace mucho tiempo. Pero ahora estoy aquí y creo que aún podemos ayudarnos el uno al otro.

—Lo dudo.

Él lanzó unas fugaces miradas a la oscuridad que presionaba contra la ventana, como si tuviera miedo de que hubiera alguien escuchando fuera. Liv fue a buscar la botella de vodka de Vidar y sirvió unas gotas para cada uno. Juha bebió agradecido y la bebida le brilló en los labios agrietados.

—Joder —dijo—. Parece que fue ayer cuando dábamos vueltas en el coche los dos juntos.

Liv bebió un poco de vodka. No quiso decir que a ella le parecía una eternidad.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre Vidar y las tierras? —preguntó Juha.

—Me dijiste que tus padres le vendieron todo a mi padre después de la muerte de tu hermano.

—Así empezó todo. Ninguno de los dos estaba en condiciones de pensar con claridad cuando cerraron el trato. El cuerpo de mi hermano casi no se había enfriado en su tumba antes de que Vidar llamara a la puerta. Yo dormía en el viejo Mercedes porque ya nadie soportaba verme. Todavía no hay nadie que soporte verme. Mi madre está ingresada en el hospital en Skellefte y le ha dicho al personal que no me dejen entrar bajo ninguna circunstancia. Su único hijo vivo.

Una vez que empezaba a hablar ya no podía parar. Liv estaba de pie junto al fregadero mientras el vodka de Vidar, de fabricación casera, la iba calentando por dentro, oxigenando también la rabia que le ardía en el

pecho. Todo un invierno se había pasado esperando a Juha. Y ahora estaba allí sentado, viejo y consumido, y clamando por las mismas injusticias que hacía dieciocho años. Se le ocurrió pensar que ella no era la única que se había quedado atrapada, había otros que estaban mucho peor que ella. Dejó el vaso sobre la mesa dando un golpe para hacerlo callar.

—Yo no tengo nada que ver con eso.

Juha se quedó cortado, con la mandíbula inferior vacilante mientras la miraba.

—Hay una cosa más, de la que creo que tú no sabes nada.

—¿Qué?

—Hicimos un trato los dos, Vidar y yo, después de que nos sorprendiera juntos. Me prometió que podría seguir viviendo en el bosque norte, pero solo si me mantenía alejado de ti. Durante casi veinte años cumplió su promesa, pero en marzo recibí una carta de la empresa forestal.

Sacó un papel del bolsillo interior y lo desdobló lentamente.

—Van a talarlo todo. Me quieren lejos de allí antes del solsticio de verano.

El rostro le tembló de emoción cuando miró a Liv, como si estuviera a punto de romper a llorar o a gritar, o algo aún peor. Aquella escena hizo que la rabia creciera dentro de ella. Así que por eso la había abandonado. Una simple promesa de Vidar había sido suficiente.

—Yo no tengo nada que ver con los negocios de mi padre. Ya lo sabes.

—Pero tú has heredado su dinero, ¿no?

—¿Por eso has venido, porque quieres dinero?

Él hizo una mueca, como si aquellas palabras lo hubieran ofendido. Se le escaparon unas lágrimas. El dolor hizo que se pareciera más al hombre joven que había sido, al hombre al que ella había amado como a un hermano. Creyó en él durante todo aquel otoño, depositó sus esperanzas en la soledad de él, que era muy parecida a la suya. Pero él eligió las tierras antes que a ella.

—Solo quiero recuperar lo que me ha sido arrebatado —dijo él—. Y sé que tú puedes ayudarme.

—Lo dudo.

Se limpió la boca con el reverso de la mano. Dejó vagar la mirada por las paredes, le costaba mirarla a los ojos.

—La policía se ha equivocado de hombre. Yo sé quién mató a Vidar, y no fue ese pobre tipo del que hablan los periódicos.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Soy un hombre solitario, Liv. Ya no vivo entre la gente. A decir verdad, los únicos que quieren tratar conmigo son los rateros y otra gente de mal vivir. Un hatajo de indeseables que viven en las sombras, igual que yo. Nosotros sabemos todo lo que pasa en la oscuridad, tanto si queremos como si no. Es nuestra maldición.

Juha señaló la noche con el dedo, tras la ventana.

—Yo sé quién mató a Vidar —siguió diciendo—, y no fue ese estafador cantamañanas al que le alquilasteis la casa. La policía ha detenido al hombre equivocado.

—Tal vez deberías hablar con la policía en vez de conmigo.

—Yo me cago en la policía. Es a ti a quien quiero ayudar, ¿no lo entiendes? He pensado en ti a menudo a lo largo de estos años, Liv, quiero que lo sepas. Y te mereces la verdad, es lo mínimo. Solo te pido las tierras que Vidar me prometió, y a cambio te daré el nombre del culpable.

Liv se sujetó al fregadero con tanta fuerza que empezaron a dolerle los dedos.

—No puedo darte ningunas tierras, lo sabes muy bien. Papá lo vendió todo.

—Dame el dinero que consiguió por el bosque del norte. Así estaremos en paz.

Juha se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió sin pedir permiso. El humo flotaba entre la nariz y las comisuras de sus labios mientras esperaba que ella le diera alguna respuesta. Como ella no lo hizo, él, impaciente, golpeó la mesa con un dedo.

—Arregla las cosas, Liv. Es lo único que te pido. Y entonces tendrás al asesino de tu padre en bandeja.

* * *

Liam estaba fumando al lado del contenedor, tratando de leer los periódicos de la tarde pese al viento. En todas las portadas aparecían gruesos titulares que hacían referencia al hombre de cuarenta y dos años detenido por el asesinato del millonario de Ödesmark. Describían al hombre como un lobo solitario con grandes deudas de juego. Se especulaba con que se había trasladado al norte para cumplir el sueño de empezar una nueva vida, y que eligió precisamente la localidad de Ödesmark atraído por el dinero del viejo Björnlund. Vidar Björnlund figuraba en las listas de los hombres más ricos de la provincia de finales de los noventa, algo de lo que el presunto asesino podría haber sido muy consciente. El hombre de cuarenta y dos años había alquilado una casa directamente a Björnlund y había conseguido trabajo en el aserradero de Glommersträsk. Según sus compañeros de trabajo, era un tipo bastante reservado, iba a la suya, pero por lo demás no tenían ninguna queja de él, hacía bien su trabajo. La policía todavía guardaba silencio sobre el móvil del asesinato, pero todo indicaba que se trataba del dinero.

—No vayas a creer todo lo que escriben.

La voz surgió de la nada. Cuando Liam bajó el periódico ella estaba allí, pálida y ojerosa, aunque su rostro traslucía cierta resolución.

—No lo hago.

Liv estiró la mano, le cogió el cigarrillo, se lo llevó a los labios y dio una calada profunda, sin dejar de mirarlo. Liam dobló el periódico y se lo guardó bajo el brazo. Encendió otro cigarrillo, tratando de mantener la distancia entre ellos. Miró el reloj, su pausa casi había terminado. Niila podía asomar la cabeza en cualquier momento y preguntar dónde se había metido.

—La policía se ha equivocado de hombre —dijo ella.

—No me sorprendería en absoluto.

Liv esbozó una sonrisa; estaba demasiado cerca y tenían que girar la cabeza para no respirar el humo del otro. Cuando se abrió la puerta y

apareció Niila, los dos retrocedieron y se separaron como si los hubieran sorprendido haciendo algo.

Liam se puso detrás de la caja y vio que Liv y Niila desaparecían en la oficina. Dobló cuidadosamente el periódico y volvió a colocarlo en su sitio. Los clientes se dirigían hacia los periódicos nada más cruzar las puertas. Los titulares de los periódicos sobre Ödesmark se habían vuelto más importantes que la leche y el tabaco. Se quedaban allí parados, hojeándolos y murmurando mientras Liam tenía un ojo puesto en la puerta de la oficina. No lograba relajarse cuando ella estaba cerca, daba vueltas detrás de la caja como un animal acorralado y se le desencajaban las mandíbulas cuando los clientes intentaban hablar con él. Veía al hombre muerto en sus caras. Se preguntaba qué habría querido decir ella con eso de que la policía había detenido al hombre equivocado. Se preguntaba qué sabía ella realmente.

Cuando Liv salió por fin de la oficina, se limitó a asentir brevemente en su dirección antes de desaparecer por la puerta del almacén. La inquietud lo consumía. Hubo algo en su manera de mirarlo que hizo que todo se le derrumbara, como si ella pudiera ver directamente a través de la máscara tras la cual él trataba de ocultarse. Niila salió de la oficina, se acercó a Liam y le habló en voz baja.

—Tendremos que echarle un ojo —dijo él—. Me temo que está empezando a perder el juicio.

—¿A qué te refieres?

—Dice que ella misma se encargará de encontrar al verdadero asesino de su padre.

* * *

Cuando se tomó el segundo descanso, ella aún estaba allí. Liam solo tuvo tiempo de abrir la puerta del almacén y encender un cigarrillo antes de que

ella volviera a aparecer entre las sombras, casi como si hubiera estado esperándolo.

—Mi coche no arranca, ¿tienes pinzas?

Al principio él no entendió lo que le estaba diciendo, se quedó mirándole fijamente los labios como un tonto. Tal vez se esperaba otra cosa, algo mucho peor. Cada vez que ella estaba delante de él, sentía que todo se había terminado.

Él se estremeció.

—Claro que tengo pinzas.

No necesitó mover el coche, el viejo cacharro de Liv estaba aparcado al lado del suyo. Él sacó las pinzas del hueco del maletero y abrió el capó. Ella se puso a su lado y empezó a atusarse el cabello con coquetería. Aquello lo puso nervioso.

—Este cacharro ha conocido mejores tiempos —dijo él.

—Voy a comprarme un coche nuevo. Lo que pasa es que todavía no me he decidido.

—Tienes otras cosas en que pensar.

—Mi padre siempre decía que comprar un coche nuevo era como limpiarse el culo con dinero.

Sonó gracioso cuando ella lo dijo, como si estuviera imitando a su propio padre. Liam se rio, y cuando la miró de reojo bajo el capó del coche vio que ella también sonreía. Aquella sonrisa hizo que la sangre le volviera a circular con normalidad por el cuerpo. Unas nubes plumizas se extendieron por encima de sus cabezas mientras ella alumbraba con la linterna y él fijaba las pinzas.

—¿Sabes quién es Juha Bjerke? —preguntó ella de repente.

Liam trasteó torpemente con la pinza de la batería.

—¿El lobo solitario del bosque norte? Todo el mundo sabe quién es.

—Ayer vino a mi casa.

—Ah, ¿sí?

—Dice que la policía se ha equivocado de hombre. Dice que él sabe quién mató a mi padre.

—Es la leche.

—Pero quiere que le pague para que me lo cuente.

Liam se enderezó lentamente. Le rugía la cabeza.

—Ya puedes arrancar el motor.

Liv apagó la linterna y se sentó en su tartana. La puerta se resistió un poco, no quería cerrarse, pero al tercer intento se cerró, y cuando por fin giró la llave, el motor arrancó. Liam vio que ella sonreía a través de la ventanilla sucia y le devolvió la sonrisa, a pesar de que el corazón le latía de tal manera que apenas podía respirar. Ella bajó la ventanilla y le dio las gracias, y él recogió los cables y los apretó con fuerza contra el pecho.

—Juha Bjerke está loco —dijo él—. Yo no daría un duro por sus declaraciones.

* * *

Era tarde, pero Gabriel respondió a la primera señal. La oscuridad era su tiempo de vigilia.

—Ha pasado una cosa —dijo Liam.

—¿Sí?

—Es sobre nuestro amigo del bosque. Creo que está a punto de hablar.

Un momento de silencio denso antes de que Gabriel soltara un improperio.

—Voy.

Liam no podía quedarse quieto mientras esperaba, daba vueltas en círculos cerrados al alrededor del exiguo espacio, se paraba de vez en cuando en la ventana y miraba hacia la carretera. Distinguía las sombras de los perros abajo, en la perrera. Vanja dormía profundamente, envuelta en sus sueños con uno de los perros más pequeños a su lado, una pequeña cosa enredada que levantaba la cabeza con ojos vigilantes mientras él daba vueltas por la habitación.

Vio la luz entre los abetos antes de oír el coche, salió a las escaleras con el mayor sigilo posible y dejó a Vanja dormida y calentita. Las colas de los perros azotaron la verja como si aplaudieran con entusiasmo cuando Gabriel apareció en el camino de entrada. En la casa grande se encendió

una lámpara y Liam pudo ver los ojos curiosos de su madre tras las flores. Ella era como los perros: vigilante y prevenida. No se le escapaba nada.

Se armó un gran revuelo cuando Gabriel bajó del coche. Liam gritó a los perros para que se callaran, temía que fueran a despertar a Vanja. Se sentaron en el sofá, con la tela llena de bolas, hundido profundamente en la hierba dormida. Fue su padre quien había arrastrado fuera el sofá de la sala de estar cuando apareció el cáncer. El primer invierno de la enfermedad quedó enterrado bajo la nieve, pero tan pronto como llegó el primer sol primaveral, él quitó la nieve, colocó pieles de reno sobre los asientos y cavó un hoyo para hacer fuego. Después estuvo allí sentado hasta que murió.

Gabriel se subió el cuello para taparse la cara y tosió en el jersey, a fin de ahogar el ruido estrepitoso de sus pulmones. Su forro polar de color anaranjado desprendía un olor dulzón a hachís.

—Ayer vi a Jennifer —dijo él—. Me preguntó por ti.

—Ah, ¿sí?

—Le enseñé algunas fotos de Vanja, de lo grande que estaba, pero no debí hacerlo. Se volvió loca del todo, comenzó a gritar y a tirarse del pelo. Se arrancó grandes mechones.

—Creía que estaba en Estocolmo.

—Ha vuelto. Quería que le vendiera, pero la eché de allí. Le dije que ya no le vendo más.

Liam escupió en la hierba. El camino de grava se deslizaba como una serpiente plateada a la luz de la luna, casi se esperaba que Jennifer apareciera caminando en la oscuridad, con los ojos desvaídos y la barriga de Vanja delante. Así era como aún la veía, embarazada de su hija. No fue un embarazo planeado y no habían pensado quedarse con el bebé, pero a Jennifer se le pasaron todas las citas en el centro de salud y pronto se le pudo ver la barriga y sentir al bebé que se movía allí dentro. Liam nunca había estado tan aterrado en toda su vida como en aquel verano antes de que naciera Vanja. No había estado sobrio ni un solo día, el miedo se encargó de ello. Y Jennifer fue aún peor, se metió tanto pastillas como alcohol de destilación casera. No volvía a casa por las noches a pesar de que tenía el cuerpo tan torpe que se balanceaba hacia delante. Cuando se acercaba la fecha, Liam echó a patadas las puertas de tres apartamentos buscándola.

Acabó detenido. La noche que Vanja nació, él la pasó bajo arresto, solos él y un policía que preparaba café y le ofrecía cigarrillos de contrabando. Liam estuvo toda la noche dando vueltas por la celda sin ventanas, gritando que ellos no iban a tener un niño, sino un monstruo, porque ninguno de los dos había podido mantenerse alejado de las drogas, y fuera lo que fuese lo que crecía en el vientre de Jennifer, nunca había tenido una verdadera oportunidad. Cuando lo dejaron en libertad por la mañana, su madre estaba allí, llena de arrugas de tanto llorar, y le anunció que había sido padre de una niña. Una niña totalmente sana.

Miró de reojo hacia la puerta del garaje para asegurarse de que Vanja no estaba allí escuchando.

—Jennifer sabe lo que hay: solo podrá ver a Vanja las veces que quiera si deja las drogas. Yo no seré un obstáculo.

—Ella nunca dejará las drogas. Tendrías que haber visto el destrozo, todo el pasillo lleno de pelos, parecía como cuando dos gatos han andado a la greña.

Gabriel soltó una risa ahogada. Pudieron ver a su madre en la ventana; había encendido una vela y la llama se agitaba cuando ella se movía detrás de la cortina.

—Querías hablar de Juha, ¿no? —preguntó Gabriel—. ¿Qué ha hecho ahora?

Liam dudó; siempre era arriesgado contarle cosas a Gabriel. Era una marioneta en los hilos de sus propias emociones, controlada por los arrebatos y por la ira, que constantemente estaban agazapados bajo su piel y dispuestos a estallar. Pero tenía que contárselo, antes de que todo empeorara.

—Estuvo ayer en casa de la hija de Vidar Björnlund y le dijo que la policía se había equivocado de hombre. Le aseguró que él sabía quién había asesinado realmente a Vidar.

—¿Nos acusa a nosotros?

—No ha dicho nada aún, quiere que le pague por hablar.

Gabriel hizo rechinar los dientes; el ascua de su cigarrillo vagaba como una luciérnaga en la oscuridad.

—Para vivir en una choza, le gusta el dinero de narices.

—Ella no le ha pagado aún, pero se nota que siente curiosidad. Quiere salvar a su novio, el de las deudas.

—¿El tío que está detenido es su novio?

—Eso dicen.

Gabriel dejó escapar una risa ahogada.

—No tienes que preocuparte, ya me he ocupado de Juha. Vengo ahora de allí.

Puso una mano delante de la cara de Liam y le mostró los de nudillos ensangrentados. La oscuridad ocultaba en qué condición se encontraba el resto de su cuerpo, pero se alumbró con el teléfono móvil para que Liam pudiera ver las manchas de sangre fresca diseminadas por su ropa y sus brazos, que ascendían hasta la cara. Parecía como si hubiera estado sacrificando a un animal.

—¿Qué cojones has hecho?

—Ya te dije que me encargaría de Juha. Me di una vuelta por el bosque norte para buscar las plantas y tener unas palabras con nuestro lobo solitario. No volverá a molestarnos más.

OceanofPDF.com

VERANO DE 2009

El niño se va haciendo mayor, y la idea de marcharse ya no tiene sentido. Las primaveras y los veranos han llegado y han pasado, pero la chica ya no va a la carretera a hacer autostop. Los hombres de los coches se convierten en sombras chinescas en su memoria, a veces los ve en la oscuridad que cae sobre el pueblo, pero ya no cree que ellos puedan salvarla.

Ahora es su padre quien se sienta detrás del volante, él la lleva al pueblo, hasta la luz de neón de la gasolinera, donde ella está en medio de la gente, un día tras otro, casi como si formara parte del inventario. Fue Niila, el dueño de la gasolinera, quien le ofreció el trabajo, un invierno cuando ella estaba con Simón apoyado en la cadera, esperando a que Vidar llenara el depósito. Quizá sintió pena de ella al verla allí, tan joven y con un niño del que hacerse cargo.

—Nos vendría bien un poco de sangre nueva en la tienda —dijo él—. Si estás interesada.

Al principio se quedó completamente quieta, como si no lo hubiera oído, pero luego se apresuró a decir que sí antes de que el padre tuviera tiempo de entrometerse. Cuando él cruzó la puerta, Niila y ella ya se habían estrechado la mano.

Ahora se encuentra en el escenario bajo la potente luz de los tubos fluorescentes, sonriendo ante la curiosidad de la gente. Ellos pagan por su gasolina y su leche, y cada dos por tres dejan caer sus preguntas mientras parlotean. Les brillan los ojos y fruncen los labios cuando preguntan por el niño. Observan hasta el último detalle en la cara del niño cuando va a visitar a la chica al trabajo y está de su mano. La gente busca respuestas a los

hermosos rasgos del niño. Es raro, dicen, es como si el niño hubiera salido de la nada. Casi podría pensarse que ha caído del cielo, como un ángel.

Ella se olvida del fajo de billetes escondido, pudriéndose entre las tablas quebradizas de la torreta de caza. La mentira la mantiene allí, la negra mentira. El amor al niño es más grande que los sueños que una vez tuvo. El padre se sienta en su silla de la cocina y lo ve todo antes de que haya sucedido. Camina delante por el bosque y le muestra al niño todo lo que un día será suyo.

«Si me dejáis, me tiro al lago», dice a menudo, y las amenazas y el amor se convierten en una tela que los envuelve. Que los atrapa. El pueblo es un agujero negro que los succiona y que nunca los va a soltar. Todas las mañanas la misma vista desde la ventana del segundo piso: el serbal negro y el muro del bosque. Tras la puerta corre una alfombra roja, el cordón umbilical, que conduce a la habitación del niño. Ya no está sola con el padre, nunca lo estará.

Habían pasado muchos años desde que ella estuvo con Juha Bjerke, pero los recuerdos aún ardían con fuerza en su interior. El olor montaraz y la sensación de libertad en la sangre. Ella solo había visto su humilde vivienda en una ocasión, pero además del miedo había algo que reforzaba los recuerdos, y dejó que estos la guiaran por el bosque negro. El estrecho camino se retorció a través de parajes deshabitados, pasando por granjas olvidadas que abrían las bocas a su paso desde las ventanas vacías. El sol de la tarde ardía en el espejo retrovisor y las sombras del bosque se extendían sobre el coche. Y entonces, justo cuando estaba a punto de abandonar y dar la vuelta, allí estaba la cabaña de maderos, encajada entre los pinos, tal como ella la recordaba. El coche de Juha también estaba allí, ella aún podía sentir el asiento áspero cosquilleándole los muslos y el olor a marihuana. Su voz que rogaba y suplicaba poder desaparecer.

Trató de no mirar los cuerpos de los animales que colgaban de los árboles, pero no pudo evitar las cuerdas chirriantes y la danza sorda de las moscas alrededor de la muerte. Había dos pieles de ciervo extendidas entre los pinos como alas enormes en la oscuridad, y podía oír el rumor del arroyo dentro de la espesura. Sin embargo, no tenía miedo al acercarse a la cabaña de Juha, ya había estado cara a cara con su locura y sabía que él no quería hacerle daño.

Dio un discreto golpe en la puerta que fue respondido con un ladrido estridente, pero no por Juha. Al final golpeó la puerta con todo el puño, de manera que el cráneo que había encima de la puerta empezó a vibrar sobre los clavos que lo sujetaban.

—Juha —gritó ella—. Soy yo, Liv Björnlund. ¡Traigo el dinero!

Sentía el roce del fajo de billetes que guardaba en el interior de la cazadora, allí había más dinero del que ella había llevado encima en toda su vida. No había sido capaz de tocar ni una corona de la herencia, a pesar de

lo mucho que lo necesitaban: coche nuevo, techo nuevo, vida nueva. El dinero la asustaba. La repentina libertad tenía un efecto paralizante, no se decidía a hacer nada. Hasta ahora, cuando de pronto se encontraba frente a la casa de Juha Bjerke, dispuesta a pagar para que le dijera el nombre del asesino de su padre. Tal vez fuera un pensamiento vano, pero se imaginaba que solo cuando supiera la verdad desaparecerían las pesadillas y comenzaría la vida.

Tanteó la puerta, y esta se deslizó lentamente. El perro esperaba allí dentro; una cosa peluda parecida a un lobo que no se dejó acariciar y que la siguió con ojos ávidos cuando ella entró en la cabaña. Un aire cálido y viciado la golpeó, y entonces sintió el olor del hombre mucho antes de verlo. La luz gris del día entró por la puerta y dejó al descubierto los sencillos muebles de madera que parecían figuras sombrías en la oscuridad. Los trofeos de caza sobresalían por todas partes: cuernos, cráneos y pieles de animales. Era como entrar directamente en un osario, un lugar decorado por la muerte.

Juha yacía en una litera al fondo de la cabaña, un bulto delgado, que ni se movía ni hablaba. De no haber sido por su olor inconfundible, ella lo habría pasado por alto.

—Juha, soy yo, Liv. ¿Estás despierto?

Ni tan siquiera recibió un suspiro por respuesta.

—¿Estás vivo?

Dejó la puerta entreabierta y dio un par de pasos por el interior del cubículo con precaución. Unas ráfagas de viento fresco se agitaron entre la suciedad: cenizas, acículas y hojas muertas revolotearon alrededor de sus botas. La cabaña era como una prolongación del propio bosque, más una choza que una verdadera casa.

O estaba muerto o era una trampa. Un hombre que vivía en medio del bosque nunca dormiría tan profundamente como para dejar que el mundo desapareciera a su alrededor. No podía permitírselo.

Una protesta sorda salió de la garganta del perro cuando Liv se acercó a la litera, pero se mantuvo a distancia. Volvió a gritar su nombre. Sintió un miedo negro cuando vio que él no contestaba. Hasta que no estuvo justo encima de él, no oyó su respiración. Desprendía un nauseabundo olor a

sangre, dulzón y ferruginoso. Le vinieron a la mente los recuerdos de la matanza, el duro destello en los ojos de Vidar cuando clavaba el cuchillo en el cuerpo del animal y el vapor caliente que salía de la abertura fresca.

Puso con cuidado su mano en el hombro de Juha y él gimió al notar su contacto. En su rostro desfigurado brillaba la sangre reseca, y la barba le caía por debajo del pecho formando flecos enredados. Su mano surgió de la nada y agarró la muñeca de ella con tanta fuerza que no tuvo la menor duda de que la vida seguía palpitando en aquel cuerpo. La voz de Juha era débil como un susurro.

—Intentó matarme.

—¿Quién intentó matarte?

—El mismo diablo, me temo.

Liv miró de reojo hacia la puerta.

—¿Sigue aquí?

—Lo oí alejarse con el coche. Cuando no encontró resistencia ya no le pareció tan divertido. Entonces, creyó que había acabado conmigo.

Juha soltó a Liv e intentó incorporarse, pero el esfuerzo le provocó un violento ataque de tos que lo obligó a tenderse de nuevo sobre las pieles. Sonó como si algo se hubiera desprendido dentro de él. Liv miró alrededor del cuarto; si quería saber la verdad, primero tenía que ayudar a Juha Bjerke.

—Tienes que ir al hospital.

—Y una mierda. Para eso prefiero morir aquí mismo.

Hizo un gesto y señaló la botella que había en la repisa del hogar.

—Dame un trago y verás cómo me arreglo.

—Hay que lavarte las heridas.

—Y una mierda; tú dame la botella.

Ella ignoró sus protestas, lo dejó en la cabaña y se dirigió al arroyo en busca de agua fresca para limpiarle las heridas. A falta de otra cosa, rasgó un trozo de su propio jersey para lavar al herido. Logró quitarle la ropa con mucho cuidado y esfuerzo: el forro polar y la camiseta de malla y los calzoncillos largos llenos de bolas. El dolor hacía que le corriera el sudor por el tronco, pero a pesar de todo intentó hacerse el gracioso.

—Seguro que solo has venido hasta aquí para ver esto.

Liv limpió la capa de suciedad y dejó al descubierto los moretones que se escondían debajo. Tenía una hinchazón en el pecho que le arrancó un aullido cuando ella la tocó. Sin embargo, la cara era lo peor: tenía cortes tanto en la ceja como en el labio, la sangre se le había resecado en las mejillas y en la barbilla, y se le había extendido por el cuello. En cuanto ella le pasaba el trapo se descamaba como una corteza de abedul. El perro estaba sentado al lado e insistía en lamer el cuerpo del herido con el mismo tierno entusiasmo que si se tratara del saco amniótico de un cachorro. Liv lo dejó hacer porque se notaba que a Juha le hacía sentirse bien. El animal tenía un efecto calmante sobre él.

Cuando Juha estuvo más o menos limpio, ella vertió unas gotas de vodka de destilación casera en un vaso de plástico y se lo dio, lio un porro con dedos torpes y se lo puso en los labios. Después de echarse al coleteo la bebida y de dar un par de caladas, profundas a la par que fatigosas, se sintió lo suficientemente fuerte para incorporarse y sentarse. Liv entreabrió la cazadora y le dejó ver el fajo de billetes.

—Dime qué sabes del asesino de mi padre y serán tuyos.

—Ya no quiero tu dinero.

Le faltaban varios dientes en la mandíbula superior y la lengua le resbalaba por la boca al hablar. Liv volvió a cerrar la cazadora. La adrenalina y el aire viciado la hicieron sentirse mal.

—Quiero confesar mis pecados —dijo Juha—. Eso es lo único que quiero.

Algo en su voz hizo que se le helara la sangre. Liv salió hasta la puerta, asomó la cara por el hueco y respiró el aire de lluvia que se acercaba. Él no parecía estar en su sano juicio. Se preguntó si le habrían dado un golpe en la cabeza; puede que tuviera una conmoción cerebral.

—Yo solo quiero saber lo que le ocurrió a mi padre.

—Es una historia larga y triste, me temo. Y quedará entre nosotros, porque yo no pienso hablar con ningún policía. Esto te lo cuento solo a ti.

—Está bien, empieza.

Juha asintió, y se dispuso a hablar.

—Todo comenzó con la carta de la empresa forestal. Yo sufrí un *shock* cuando recibí la noticia, me iban a expulsar de mis tierras después de todos

estos años, las mismas tierras en las que reposa mi hermano. Es muy difícil de digerir. Vidar me juró por lo más sagrado que podría quedarme aquí. Si mantenía mis pezuñas lejos de ti, no cambiaría nada. Eso fue lo que me dijo. Pero cuando fui a verlo esta primavera, se rio de mí en mis narices y dijo que no era él quien decidía. Al final, su promesa resultó ser como agua en una cesta.

Un ataque de tos se apoderó de él. Liv seguía de pie junto a la puerta, observando el frágil cuerpo de aquel hombre que temblaba en la oscuridad, y volvió a sentir miedo.

—Fuiste tú quien lo mató, ¿verdad? Fuiste tú quien mató a mi padre.

—Si hubiera tenido el coraje de matar a Vidar, lo habría hecho hace tiempo, pero soy demasiado cobarde para esas heroicidades. Ya tengo la muerte de una persona sobre mi conciencia, y es más de lo que puedo soportar para seguir viviendo.

—Pero dices que tienes pecados que confesar.

En la barba de Juha brillaba la mucosidad que acababa de expectorar. Cogió el jersey del suelo, se limpió la cara con la prenda y cerró los ojos para recuperar las fuerzas.

—Hay dos hermanos —dijo al fin—. Uno es un inútil y el otro, un demonio. Suelen venir con marihuana y café, así me evito conducir hasta el pueblo y andar buscando las cosas. Resulta cómodo para un solitario como yo. Además, son jóvenes, fuertes y tienen ganas de vivir, no como yo. Por eso tomé la decisión de enviarlos contra Vidar, tan pronto como llegó la notificación de la empresa forestal. Fue mi forma de vengarme de una vez por todas.

Liv se tambaleó.

—¿Les pediste que lo mataran?

Juha dio una calada al porro e hizo un gesto de rechazo con la mano.

—No, joder. La idea nunca fue que la palmará. Ellos solo iban a robarle un poco del dinero que Vidar había ido acumulando a lo largo de los años. Un dinero que no hacía más que acumular polvo en ese viejo chamizo al que llamáis casa. Un dinero que me pertenecía a mí y a otra pobre gente a la que él había engañado. Vidar se había estado enriqueciendo durante

demasiado tiempo a costa de la desgracia de los demás; ya era hora de que probara su propia endiablada medicina.

Liv se agarró al marco de la puerta y sintió una oleada de calor en la cara, a pesar de que el aire frío le daba en la espalda.

—Pero yo debería haberlo pensado mejor —continuó Juha— antes de confiar en esos dos. A ese al que yo llamo el inútil se le deslizó el dedo hacia el gatillo y mató a Vidar. Y ahora han decidido que yo siga el mismo camino porque sé demasiado. Pero conmigo no van a acabar tan fácilmente.

—¿Cómo se llaman esos hermanos?

Juha vaciló un buen rato, le pesaban tanto los párpados que ella apenas podía verle los ojos.

—Lilja, se apellidan —dijo al fin—. Liam y Gabriel. La familia tiene una granja en Kallbodan. Su padre murió de cáncer y la madre es una especie de *hippie* que colecciona perros. La casa no tiene pérdida, hay chuchos por todas partes.

—¿Liam? ¿Has dicho Liam?

—Sí, ¿por qué? ¿Lo conoces?

Liv tragó saliva. Los pensamientos se le desbocaron. Liam el de la gasolinera. El chico destrozado que soñaba con una casa. El que apenas podía mirarla a los ojos. Con un movimiento rápido sacó el fajo de billetes del bolsillo y se lo ofreció a Juha, pero este negó con la cabeza.

—No quiero tu dinero. Arréglalo todo, nada más. Eso es lo único que quiero.

Ella dudó. Los billetes le escocían al contacto con la piel. Haciendo un movimiento rápido, estiró la mano, dejó el dinero en la mesa y salió por la puerta, dejando a Juha allí.

* * *

El camino de grava discurría como un arroyo turbulento a través del bosque. Una lluvia silenciosa extendía su filtro brillante sobre el mundo. La voz áspera de Vidar sonaba en su interior mientras conducía, advirtiéndola

y reprendiéndola. La sombra de su sonrisa satisfecha se vislumbraba en el parabrisas sucio, por eso puso los limpiaparabrisas, para deshacerse de él. El padre no había mencionado nada de que había vendido el bosque norte, de que Juha iba a ser expulsado de sus tierras después de tantos años.

Juha no era mentiroso, si decía que Liam y su hermano habían ido a Ödesmark a robarles, era verdad. Ella notó que pasaba algo extraño con Liam desde la primera vez que lo vio detrás de la caja en la gasolinera. La inquietud que reflejaba su rostro cuando la veía, y aquella sensación de que se quedaba como petrificado en cuanto ella se acercaba, como si se preparara para luchar... No era ninguna casualidad que él hubiera buscado trabajo en la gasolinera, cerca de ella. Todo formaba parte de algo más grande, algo que ella no entendía, pero contra lo que Vidar la había prevenido mucho antes de morir.

Oyó a los perros antes de ver la casa. Era un chamizo solitario que se encontraba en el mismo estado lamentable que Björngården. Una perrera se extendía a lo largo de un lateral de la finca, y ella pudo ver las sombras ávidas que se apiñaban contra la verja. Cuando detuvo el coche, notó los dedos agarrotados alrededor del volante. Todavía tenía el olor de Juha pegado en la nariz, y cuando se miró la ropa vio que estaba manchada de sangre. Giró el espejo retrovisor y descubrió que también había manchas rojas en su cara. Una antigua pintura de guerra le devolvió la mirada. Se humedeció los dedos y trató de frotar las más visibles. Tenía el miedo inyectado en los ojos. Intentó no pensar demasiado, solo actuar, dejarse guiar por el instinto. Una voz en su interior le decía que debería llamar a Hassan, informarle de lo que se disponía a hacer. Pero él se lo desaconsejaría, eso ya lo sabía ella. En una de las ventanas había aparecido una cara, una mujer con el cabello despeinado y algo salvaje en la mirada. Liv se bajó del coche con la sangre palpitándole en la cabeza. Los ladridos de los perros la siguieron por el camino de grava, y alcanzaron su clímax cuando llamó a la puerta con los nudillos.

Fue la mujer quien abrió. Llevaba un vestido largo que barría el suelo y un ojo tatuado entre las clavículas que le devolvió la mirada.

—¿Puedo ayudarte en algo?

No era mucho mayor que Liv, pero los años se le habían ido acumulando en forma de oscuras arrugas alrededor de la boca que le conferían un aspecto ajado. Liv le tendió la mano y se presentó.

—¿Podría hablar con tus hijos?

—¿Eres de la policía?

—Trabajo en la gasolinera OKQ8, con Liam.

—¿Ha hecho alguna tontería?

—Solo quiero hablar con él.

La mujer tenía un collar de piedras brillantes y se lo enrolló alrededor de la mano con tanta fuerza que se le pusieron los dedos blancos. Señaló con la cabeza un edificio que había al otro lado del patio.

—Encontrarás a Liam en el garaje.

Liv se dio la vuelta y reparó en un viejo sofá hundido en la maleza. Una ventana solitaria brillaba arriba, pero no vio a nadie.

—Gracias —dijo ella, pero la mujer ya había cerrado la puerta.

Los ladridos de los perros volvieron a elevarse hacia el cielo cuando ella pasó. Sus ávidos ojos depredadores la siguieron al otro lado de la verja; era como moverse por el corredor de una cárcel, avasallada por pares de ojos hambrientos.

Se detuvo fuera del garaje. Un cartel de color naranja con relámpagos y las palabras `KEEP OUT` le devolvieron la mirada. Oyó voces dentro, la risa clara de una niña que le hizo retirar la mano del cuchillo. La señal de advertencia tembló en el clavo cuando ella llamó. Abrió una niña pequeña; tenía una trenza gruesa cayéndole por encima del hombro y unos ojos curiosos.

—¿Quién eres tú?

Liv buscó las palabras, sorprendida por la niña. Cruzó los brazos para ocultar la ropa manchada de sangre.

—¿Está tu papá en casa?

Liam estaba sentado dentro, en la sombra, y su rostro no pudo ocultar un brillo de sorpresa al verla allí. Parecía más joven sin la camisa de trabajo. La parte superior de su cuerpo se perdía en una sudadera oscura con capucha y parecía más un hermano mayor que un papá, alguien que solo estaba jugando a ser adulto.

—¿Qué haces aquí?

Puede que notara algo en su voz, porque la niña entró rápidamente en la habitación y desapareció detrás de su padre. Aquella escena retrotrajo a Liv a otro tiempo, a las perneras oscuras de los policías y a la mano de Vidar buscando la suya bajo la mesa de la cocina. Tuvo la fatídica sensación de que la existencia es un hielo de primavera a punto de romperse, dos pasos más y ella se vería arrastrada al fondo.

—Me ha enviado Juha Bjerke. Tengo que hablar contigo. Sobre mi padre.

Ella vio que él la entendía; su nuez se agitó cuando tragó saliva. Cogió a la niña en brazos, y ella escondió la cara en el cuello de su padre.

—Vanja, ve a ver a la abuela un rato para que los adultos podamos hablar.

La niña se sentó en sus rodillas; tenía las mejillas rojas como manzanas.

—¿Le pido a la abuela que ponga café?

—Sí, eso puedes hacer.

—¿Y bollos calientes?

—Si tiene alguno...

Él acompañó a Vanja hasta la puerta, y ambos se quedaron mirando a la niña correr hasta la casa grande. Liam tenía la respiración entrecortada. Liv volvió a notar el cuchillo y apretó los dedos alrededor del mango, dispuesta a poner la hoja contra el cuello de Liam si fuera necesario. Él hizo un gesto indicándole el interior del cuarto.

—¿Quieres algo de beber? Tengo zumo y cerveza.

—Gracias, no quiero nada.

Ella se quedó de pie, de espaldas a la puerta, mientras él entraba en la habitación. Sacó una cerveza del frigorífico y se sentó junto a la mesa, el tablero redondo estaba lleno lápices de colores y papeles. Obras de arte que presentaban diferentes estadios de pericia, VANJA  PAPÁ, ponía con letras temblorosas en una de ellas. Liam señaló la mesa.

—Entra y siéntate.

—Estoy bien aquí.

* * *

Ella no se atrevía a entrar en el cuarto, tenía los ojos puestos en Liam, como si él la fuera a atacar en cualquier momento. La mano detrás de la espalda dejaba claro que ella escondía un arma de algún tipo, una pistola o un cuchillo. Eso no lo asustó.

—Tú buscaste trabajo en la gasolinera para poder controlarme —dijo ella.

—Busqué trabajo porque quería empezar una nueva vida.

—Yo vi vuestro coche fuera, en la carretera, aquella noche.

Los rizos mojados le caían por delante de la cara, y tenía manchas oscuras en la ropa, como si se hubiera arrastrado por el barro. O puede que fuera sangre. La mirada de ella se le clavaba en la piel, y hacía que le escociera de vergüenza. Liam abrió la cerveza y dio un profundo trago.

—No sé de qué me hablas.

—Anda ya, Juha me lo ha contado todo. Y yo os vi, mi padre también os vio. Él dijo que había lobos merodeando alrededor de la casa, refiriéndose a vosotros. Os descubrió y por eso lo matasteis.

A Liam empezaron a picarle los dedos y la lata de cerveza le quemaba en la mano. Si hubiera estado allí Gabriel, lo habría lanzado contra ella, habría volcado todo cuanto había en la mesa y le habría gritado que ella no sabía de lo que estaba hablando. Le habría puesto una mano alrededor del cuello y la habría levantado en el aire hasta que sus pies no tocaran el suelo. Quizá Liam habría hecho lo mismo hacía poco, cuando se dejaba llevar por los impulsos. Pero ahora permaneció sentado, tan quieto como pudo, mientras la cerveza y la inquietud le burbujeaban en el estómago.

—A Juha se le da bien tramar historias.

—Es evidente que a ti también. Niila y yo nos creímos tu pequeña historia sentimental sobre comenzar una nueva vida, nos la tragamos enterita. Incluso sentí pena de ti la primera vez que te vi en la gasolinera. Parecías tan perdido, tan inseguro... Ahora entiendo por qué.

—Yo no tengo nada que ver con la muerte de tu padre.

La miró directamente a los ojos, con la voz tranquila y firme, habituada después de toda una vida de mentiras. Tal vez él pudiera convencerla de que todo aquello era un error, antes de que fuera demasiado tarde.

La cara de Liv, inmóvil como la de una muñeca, no reveló nada. La mano derecha todavía a la espalda, la otra en la manija de la puerta, pero su pecho se levantaba como si ella ya estuviera corriendo. Liam se preguntó si ya habría llamado a la policía, si estaban de camino hacia la granja. Quizá ya habían detenido a Gabriel, quizá él ya estaba dándoles su versión hecha a medida en una sala de interrogatorios, en alguna parte. Pasara lo que pasase, sería la palabra del uno contra la del otro. Lo único que él podía hacer era convencerlos, convencerla a ella.

Liv se adentró un paso en el cuarto; su coraje lo impresionó, así como el hecho de que hubiera ido sola.

—Han detenido a un hombre inocente —dijo—. No pienso darme por vencida hasta que no sepa qué fue lo que pasó realmente.

Liam se terminó la cerveza, abrió otra mientras su cerebro trabajaba. Los dibujos de Vanja estaban encima de la mesa, suplicándole: un sol con rayos que llegaban hasta la hierba, personas con enormes sonrisas y mariposas con alas llenas de estrellas. Y en medio de todo, su nombre: VANJA  PAPÁ.

Le ardían los párpados por dentro. La mujer que tenía delante también era hija de alguien. La hija de un hombre muerto. Lo invadió un enorme cansancio al mirarla, cada músculo de su cuerpo cedió, dejó de luchar. Él ya no era capaz de seguir mintiendo, no tenía fuerzas.

—Yo estuve allí —dijo al fin.

—¿Qué?

—No fui yo quien le disparó, pero lo vi caer. Yo estuve allí.

Las palabras comenzaron a salir de su boca sin que pudiera detenerse. Liv contuvo el aliento mientras él explicaba que habían aparcado junto al lago, que habían permanecido inmóviles entre las sombras de los abetos, observando la parca luz de sus ventanas, sus movimientos dentro del chamizo. Explicó que habían aguardado el momento, para hacerlo todo bien. Sin embargo, se habían desviado de su plan cuando siguieron a Vidar

hasta el interior del bosque. Aquello fue idea de Gabriel. En realidad, habían llegado demasiado tarde, el sol ya estaba a punto de salir y la noche casi había terminado. Le contó que se separaron, y que él perdió de vista a Gabriel. Las orejas le ardían mientras hablaba y tenía la boca tan seca que la lengua se le pegaba al paladar. Bebió un poco de cerveza y evitó mirarla mientras describía el bosque y la turbera, y de pronto todo apareció con claridad delante de él. El suelo lleno de agua y teñido de rojo al amanecer, la niebla que colgaba entre los árboles. El cuerpo del viejo balanceándose como un árbol azotado por el viento segundos antes de caer sobre la tierra esponjosa. La conmoción silenciosa que sintió cuando sonaron los disparos, aquel silencio infinito antes de que los pájaros llenaran el cielo.

—No teníamos intención de matar a nadie. No estábamos allí para eso. Pero algo se torció jodidamente allí fuera. Mi hermano..., él a veces hace las cosas sin pensar.

El llanto le estranguló la garganta, las palabras se pegaban unas a otras, tragó y tragó, y de pronto vio algo en los ojos de ella que lo asustó.

Los dibujos de Vanja revolotearon cuando Liv se acercó a la mesa.

—Entonces ¿fue tu hermano quien lo hizo?

—Eso creí yo al principio, pero ahora ya no estoy tan seguro. Creo que había alguien más esa mañana, alguien que estaba allí para matarlo.

Liam vislumbró el cuchillo en las manos de ella, sus dedos blancos alrededor del mango. El miedo de ella se reflejaba en el suyo. Trató de no pensar en la policía, en lo que podía pasar después. Solo trató de contarle la verdad.

—Tengo una cosa que quiero enseñarte.

Sin esperar respuesta, se levantó y buscó el ordenador, le temblaban las manos mientras tecleaba la contraseña y abría la carpeta oculta con las fotos. Gabriel lo mataría si lo supiera, pero ya no importaba. Ya no importaba nada. A Liam ya no le preocupaban ni su hermano ni la policía; lo único que sabía era que todo lo que había guardado en su interior tenía que salir. De lo contrario, el peso lo mataría.

Giró la pantalla para que ella pudiera ver. Se oyó un ruido sibilante cuando ella sacó el cuchillo de la funda. Se acercó a la mesa lentamente. Olía a lluvia y a sudor y le goteaba el cabello. Liam bebió cerveza e hizo

como si no viera el cuchillo, pero en realidad lo estaba controlando en todo momento por el rabillo del ojo, dispuesto a retorcerle la mano para hacer que lo soltara si fuera necesario.

Él la oyó inspirar profundamente mientras abría las fotos. Su casa parpadeó en la pantalla, la ventana solitaria y las puertas. Los claros negros del bosque por donde discurrían las sendas. Cuando llegó a la imagen del viejo, el cuerpo de ella empezó a temblar.

—No sé cómo acabó en ese pozo —dijo Liam—. Porque le dispararon en la turbera.

—Lo sé —dijo ella, y su voz salió de lo más profundo—. Sé dónde murió.

Vieron el frágil cuerpo de Vidar inclinado sobre la tierra como si rezara, sus manos rebuscando en la tierra mojada.

—Estaba buscando algo en la turbera —dijo Liam—, pero no sé qué era.

—Había perdido las gafas —susurró ella—. Eso era lo que estaba buscando.

Liam colocó el puntero en la esquina izquierda y amplió la imagen. Examinó los abetos borrosos y el cielo cálido del amanecer como si fuera la primera vez. Señaló la pantalla con la uña.

—Gabriel estaba en algún lugar al otro lado. No estoy seguro de dónde.

Movió el dedo hacia la sombra clara que flotaba entre los árboles.

—Tal vez sean figuraciones mías, pero parece como si hubiera alguien más allí fuera. Alguien con una cazadora azul. ¿Lo ves?

Liv se acercó a la pantalla, tenía los dedos apretados contra la boca y la cara tan blanca que Liam se asustó. Se levantó de la silla y la invitó a sentarse porque temía que se desmayara, pero ella lo rechazó con un gesto y estuvo peligrosamente cerca de arañarlo con el cuchillo. Mantenía la mirada fija en la pantalla todo el tiempo, en los perfiles inestables y en la sombra azul, posiblemente de una cazadora o de un jersey, algo que no formaba parte del verdor de las coníferas. Podía tratarse de una ilusión óptica, pero cuanto más miraba, más seguro estaba él de que allí realmente había alguien.

—No veo nada —dijo ella, enderezándose.

Liam sintió el peso de la decepción como una losa en el estómago.

—¿No ves que podría ser una persona? Una persona con una cazadora azul.

Pero ella no veía nada. Se limitó a sacudir la cabeza, comenzó a alejarse de él y se precipitó hacia la puerta. La lluvia repiqueteaba en el tejado y en la única ventana del cuarto. Liv se puso la capucha, dispuesta a protegerse de la lluvia. Su delgado cuerpo se perdía en el tejido impermeable. Liam se quedó de piedra. Si no hubiera tenido la imagen delante de él, no se habría fijado en ello, pero ahora la similitud era tan evidente que saltaba a la vista. Miró simultáneamente la pantalla y la espalda de la cazadora de Liv, una y otra vez. El color azul era el mismo.

* * *

La lluvia se acumulaba en brillantes trampas mortales a lo largo de la carretera. Conducía rápido, a pesar de que el coche patinaba peligrosamente en las curvas y los limpiaparabrisas no daban abasto. La tormenta era tan cerrada que ella ya no podía distinguir el cielo del bosque, todo se mezclaba, como en un oscuro túnel sin fin. Lloraba de manera convulsiva, las lágrimas saladas le corrían por las mejillas y la barbilla. Nunca se había fijado en la señal que indicaba el camino que conducía al pueblo, simplemente sabía que estaba allí. Un hilo invisible la comunicaba con la casa de su infancia y le impedía perderse. Un hilo que le impedía salir de allí. El camino estaba embarrado y el fango se pegaba a las ruedas. Bajo el resplandor de las luces largas, la lluvia caía del cielo como lanzas blancas, como una declaración de guerra contra todo aquel que se atreviera a salir. Ella no esperaba cruzarse con otros coches ni con ninguna persona. Por eso estuvo tan peligrosamente cerca de atropellarlo.

Él iba por en medio del camino, con el cuerpo inclinado contra la tormenta, y ella frenó con tanta brusquedad que el barro le alcanzó la cara. Quitó las luces largas para que él pudiera ver que era ella y se limpió las lágrimas de la cara con la cazadora mojada para que no se percatara de su

estado, de lo cerca que estaba del abismo. Cuando él se sentó en el asiento del copiloto, ella lo abrazó, empapándose de nuevo con el agua helada que desprendía su ropa; sintió cómo tiritaba. Cogió la manta de la perra del asiento trasero y se la puso por encima. Él seguía siendo su niño, su hijo, y nadie podría arrebatárselo.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Felicia y yo hemos discutido y no quería quedarme allí.

Ella arrancó el coche y continuó bajando por el camino del pueblo, con el corazón a punto de estallarle, y cuando llegó a la barrera y al camino que conducía a Björngården decidió seguir conduciendo. Simón se movía inquieto en el asiento, exhalando un vaho espeso que empañaba el parabrisas.

—¿Qué haces? Te acabas de pasar la entrada.

—Podemos conducir un poco.

—¿Ahora? ¡Pero si está lloviendo a cántaros!

—Quiero hablar un momento contigo.

Él hizo un aspaviento, pero no dijo nada. Cuando salieron de nuevo a la carretera principal, la lluvia había amainado y Liv pudo ver el letrero y la piedra grande en la cuneta donde ella había estado agachada tantos veranos, esperando a que pasara el coche perfecto. El que la iba a sacar de allí.

—¿Por qué habéis discutido?

—¿Qué?

—Felicia y tú.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No quiero hablar de eso.

Liv lo miró de reojo; parecía más enfadado que triste. Era agua de lluvia lo que le caía por las mejillas, no lágrimas. De pronto volvía a albergar una nueva esperanza. Esta era su oportunidad de marcharse, la última. Ahora era ella la que estaba sentada tras el volante.

—Cuando era más joven solía hacer autostop por esta carretera, ¿te lo he contado? Quería marcharme de aquí a toda costa, ni siquiera me importaba quién me recogiera, tan desesperada estaba.

—¿Por qué volviste entonces? Si querías irte.

—Papá siempre me encontraba. No importaba lo lejos que me fuera; él siempre estaba allí sentado en el Volvo, esperándome. Después viniste tú. Y entonces ya no quería desaparecer.

Simón pasó un dedo por el cristal del parabrisas; dibujó un círculo en el vaho.

—Es peligroso hacer autostop. Podrías haber muerto.

El mismo tono de reprobación que solía emplear Vidar. Ella se preguntó si él era consciente de lo parecidos que eran, cada día más, y de lo mucho que eso la asustaba. Entró en un aparcamiento y dio la vuelta hacia Ödesmark con la determinación palpitándole en el pecho.

—Cuando lleguemos a casa quiero que hagas la maleta.

—¿Por qué? ¿Adónde iremos?

—Nos vamos de aquí. Para siempre.

* * *

Encendió la pipa y observó su propia imagen reflejada en la negra ventana. Fuera, la noche estaba cada vez más espesa, pero aún tenían bastante tiempo. Liam no enviaría a la policía tras ella, tenía demasiado que perder. Las imágenes de Johnny en prisión pasaron por su retina, pero ella se limitó a soplar el humo entre los dientes y a expulsarlo. La libertad exigía sus víctimas, su sangre.

Los movimientos de Simón en el piso de arriba hacían vibrar los cimientos de la casa, daba portazos y tiraba de la cadena del váter, pero no bajó hasta que ella lo llamó.

—¿Has hecho la maleta?

—No pienso ir a ningún sitio.

—No tienes elección. Si te digo que hagas la maleta, la haces.

Quizá notó por su voz que ella hablaba en serio, porque bajó las escaleras de mala gana. Aún tenía el cabello mojado y se había puesto el pantalón del pijama, como para dejar bien claro que pensaba quedarse en

casa. Él miró fijamente el bolso de ella encima de la mesa. Solo unas mudas de ropa, lo más esencial. El resto lo dejaría.

—Es de noche, ¿no podemos esperar a que se haga de día?

—No hay tiempo que perder.

—¿Por qué tanta prisa?

Su sombra se fue extendiendo cuando cruzaba la cocina, hasta cubrir a su madre por completo. Liv se dio cuenta de que él la asustaba, de que tenía miedo de su propio hijo. Simón, a su vez, sentía palpitaciones en el cuello, y parecía muy inquieto. Ella le indicó que se sentara en la silla de la que colgaba la cazadora. La tela azul brillaba en la penumbra.

—Siéntate —insistió ella.

Él apartó la silla de mala gana. Apoyó la cabeza entre las manos y entrelazó los dedos alrededor del cabello, como si estuviera a punto de arrancárselo de raíz. Bajo aquella nueva capa de músculos y de virilidad, ella aún podía entrever a su niño, lo cual aún se hizo más evidente cuando observó sus labios temblorosos y escuchó su voz compungida:

—No entiendo por qué tenemos que irnos. Ahora somos libres. El abuelo ya no está.

—Ponte la cazadora.

—¿Qué?

—La cazadora que está colgada en la silla detrás de ti, pónitela.

Él alzó la vista y la miró fijamente, aunque ahora lo que había en sus ojos era miedo. Lentamente, sin apartar la mirada de ella, descolgó la cazadora de la silla e introdujo los brazos. Era demasiado pequeña para él, la tela le tiraba de los hombros y las mangas no le llegaban a las muñecas. La vieja prenda parecía que le cortaba la respiración, que se volvió corta y forzada.

—¿Ya estás contenta?

Ella sacudió la cabeza.

—Quiero saber qué hacías tú con mi cazadora la mañana que dispararon al abuelo.

Simón ocultó la cara entre las manos y desapareció dentro de sí mismo un buen rato, antes de empezar a hablar.

MADRUGADA DEL 3 DE MAYO

Las viejas manos penetran a la fuerza en su sueño. Unas garras rígidas hacen presa en él, ásperas e impacientes, por debajo del edredón. La habitación está llena de oscuridad y del aliento del abuelo. Simón tarda un tiempo en poder distinguir su rostro decrepito.

—¿Qué haces, abuelo?

—Levántate, chico. Hay que darse prisa.

Lleva la escopeta consigo. El chico ve el cañón negro y retrocede contra las almohadas. Se imagina que el abuelo piensa dispararle, que ahora ha perdido la cabeza irremediablemente que todo ha terminado. Quiere llamar a su madre, pero el abuelo le lee el pensamiento y le cierra la boca crispando el puño sobre sus labios. Los dedos le huelen a pólvora.

—Los lobos andan merodeando ahí fuera, ha llegado el momento de cargarse a esos cabrones.

—Es de noche.

—El sol se levantará en unos minutos. ¡Vamos!

El abuelo le da una escopeta; sus torpes manos ya no pueden sostener bien el arma y menos aún disparar. El chico entiende por qué lo despierta antes del amanecer, para que él haga de verdugo. Quiere protestar, pero hay algo en la voz del abuelo que lo hace obedecer. Su voz ya no suena rota, parece que la sed de sangre ejerce un efecto curativo en él. El abuelo está de pie en la ventana y mira afuera a través de una rendija de la persiana mientras el chico se viste. Le silban los pulmones al respirar.

Él se desliza escaleras abajo delante del chico, sus rígidas articulaciones crujen al mismo ritmo que las gastadas tablas del piso. Han envejecido juntos, el abuelo y la casa, sus días de gloria pasaron hace mucho tiempo.

Abajo, en el pasillo, el chico duda, ata los zapatos, los suyos y los del abuelo, con dedos perezosos, y se demora un poco haciendo como si buscara el gorro. Oye el viento que araña las paredes y le angustia la oscuridad y el frío al otro lado. Finalmente, descuelga la cazadora de su madre del gancho, es la que más abriga. El abuelo se impacienta, empuja al chico delante de él como si fuera un animal desobediente.

El viento frío lo golpea como un puñetazo cuando abre la puerta. Un rayo de sangre brilla en el cielo, al este, pero el día aún parece lejano. El abuelo apunta hacia abajo, hacia el lago.

—Tú coges el lado este y yo tomo el oeste. Después nos encontramos en la turbera.

Su puño en forma de garra le da una palmada a la escopeta con brusca ternura.

—Ahora no tienes que dudar, ¿me oyes? Tira a matar.

Es lo último que le dice antes de desaparecer. El chico cierra la puerta, se escabulle por la casa hasta la puerta de la terraza en la parte posterior y deja que esta se deslice tan silenciosamente como puede antes de salir al frío. No es la primera vez que se separan, al abuelo le gusta tener los ojos en varios lugares a la vez. El viento azota al chico cuando enfila la linde del bosque, prestando atención a aquellos sonidos que le puedan parecer friera de lugar, que no encajen, pero todo cuanto oye es el susurro de los árboles y a la perra que está en el pasillo y gañe tras ellos. El abuelo nunca suele dejar a la perra; debe de creer que realmente hay lobos allí fuera, y que podrían destrozar a la perra si no tienen cuidado. El chico mira de reajo hacia la ventana de su madre antes de marcharse, las cortinas blancas se mueven como fantasmas en la oscuridad. Él sabe cómo duerme ella, con la cara hacia la puerta y el cuchillo debajo del colchón. Los secretos de ella lo persiguen a través de la maleza.

Hay un monstruo dentro de él, no se ve por fuera, pero la gente lo intuye de todos modos. Él suele ponerse delante del espejo, se mira detenidamente a los ojos, y si se queda el tiempo suficiente, puede ver los destellos del monstruo. La gente suele decir siempre que es el vivo retrato de su abuelo, casi como si quisieran jorobarlo. Él supone que ellos saben cómo son las cosas. Cuando era más joven le gustaba que le dijeran que eran iguales, por

entonces aquellas palabras lo hacían sentirse mayor, pero eso fue antes de que entendiera cuán oscuro era el mundo, lo que podían llegar a hacer unas personas contra otras.

Una niebla lechosa flota entre los abetos y todo lo que oye es su propia sangre retumbándole en la cabeza. Siente que el monstruo se mueve, que quiere salir. Sus dedos se aferran rígidos a la escopeta y le duelen los brazos bajo su peso. El amanecer llena el bosque, los abetos extienden sus ramas hacia él, lo golpean y lo arañan, pero el dolor lo impulsa, excita al monstruo.

Él llega antes. La turbera se abre como una herida carnosa y humeante bajo la frágil luz. Chapotea siguiendo el margen, busca a su abuelo al otro lado, pero todavía no está allí. Los años pesan en sus rígidas articulaciones y lo han vuelto torpe y lento. En realidad, ellos ya no tienen por qué hacer lo que él dice. Él se lo dijo a su madre la pasada Navidad, cuando ella le pasó los regalos a escondidas por la mañana, que el abuelo era demasiado viejo para dirigir sus vidas. Ahora ellos podían hacer lo que quisieran. Pero ella se limitó a sonreír con esa sonrisa que significa que es mejor que se calle, porque el abuelo lo oye todo, incluso cuando susurran o forman las palabras con los labios. Él se cierne sobre ellos como un dios todopoderoso, como un demonio, y a pesar de que envejece delante de sus ojos, dudan de que alguna vez muera.

La torreta para cazar alces toma forma entre los árboles. Un solitario montón de nieve se aferra a la sombra que proyecta la madera podrida. Se cuelga la escopeta al hombro y se estira para alcanzar la escalera. Los peldaños están mojados y llenos de líquenes, los zapatos se deslizan peligrosamente sobre la resbaladiza superficie. La idea es inocente al principio: buscará al abuelo desde allí. Solo cuando está arriba, con el cañón de la escopeta en el ventanuco, comprende que es ahora cuando tiene su oportunidad. De ser libre.

La idea vibra a través de todo su cuerpo. Le cuesta mantener la escopeta inmóvil. Tiene el sol a su espalda cuando el abuelo pone el pie en la turbera. Se mueve torpemente entre los matojos, como un animal herido. Lo que el chico está a punto de hacer es un acto misericordioso. Es el sufrimiento lo que va a matar, el del abuelo y el de ellos. Ve cómo el abuelo hinca las

rodillas, lo ve inclinarse sobre la tierra mojada. Ha perdido las gafas, sus ojos son solo dos hendiduras negras cuando por fin se levanta y vuelve la cara hacia la luz, hacia el chico.

Lo ha pensado muchas veces, que todo sería mejor si el abuelo muriera. Si pudieran ser libres. Todo sería mucho más fácil entonces, cuando él muriera, cuando él no decidiera cada paso que ellos dan.

La bala le impacta con tanta fuerza que lo arroja hacia atrás. El cielo se llena de pájaros negros, y al chico le retumban los oídos cuando vuelve a apuntar. Es el abuelo quien le enseñó a disparar, y se habría sentido orgulloso de él si no fuera porque yacía allí, agitándose en el musgo como un pez. No parece real, todo ocurre como en un sueño. A través del ventanuco ve cómo el cuerpo del abuelo se queda quieto y comienza a hundirse en el suelo, la tierra intenta tragárselo, quiere apresurarse a enterrarlo. Se le nubla la vista.

El chico se cuelga la escopeta a la espalda y se desliza descuidadamente escalera abajo. Se detiene un momento y observa el bulto inmóvil en medio de la turbera, trata de asimilar que es el abuelo quien yace allí. Entonces le parece escuchar voces, los aullidos de los lobos. Lo persiguen. Él se da la vuelta y echa a correr, corre con todas sus fuerzas de vuelta a casa. Esconde el arma en la leñera y se desliza sin hacer ruido escaleras arriba hasta su habitación. La puerta de su madre todavía está cerrada, y de repente desea entrar allí, con ella. Quiere entrar corriendo y contárselo todo. Todo ha terminado ya, le dirá, y ella va a entender exactamente lo que él quiere decir. Ella levantará el edredón y le hará un hueco, le acariciará los párpados con la yema de los dedos como cuando era pequeño y le susurrará que ya no hay ningún monstruo dentro de él. Que lo ha puesto en fuga.

Pero no se atreve. Las bisagras aúllan cuando entra en su habitación. Se quita la ropa fría y húmeda y se mete en la cama, se hunde profundamente bajo el edredón y permanece allí con la mirada fija en el techo. Trata de imaginar que todo ha sido un sueño, pero el corazón no quiere tranquilizarse, no puede engañar a su cuerpo. El tiempo se dilata. La habitación se ilumina a su alrededor, cambia de color. Oye que su madre se

despierta, oye sus pasos somnolientos bajando las escaleras. El sol brilla con fuerza a través de las persianas y lo primero que ella hace es llamar al abuelo, y la soledad de su voz llega hasta el chico. Él se tapa los oídos con las manos y cierra los ojos. Hace como si no pasara nada.

OceanofPDF.com

De pronto, el patio y las habitaciones familiares le parecieron extraños. Un silencio en el pecho la indujo a buscar a tientas sus propios sentimientos, algo tenía que sentir. Los ojos de Simón buscaban los suyos, tenía la voz ronca después de la confesión y su cuerpo descansaba laxo y agotado sobre el tablero de la mesa. Liv le pasó los dedos por el cabello húmedo. Él apartó la mirada.

—Tú me mandaste a la escuela, pero no fui. Corrí de vuelta a la turbera y lo vi tirado allí. Los cuervos ya se habían ocupado de él. Cuando llegué ya no tenía ojos.

Se tambaleó en la silla, la luz de la luna caía sobre su pálido rostro, y Liv tuvo miedo de que se derrumbara, de que se desmayara. Dio la vuelta a la mesa y lo levantó con cuidado de la silla, lo condujo a la sala de estar y lo ayudó a acostarse en el sofá. Ella se quedó sentada en el suelo junto a la cabeza de su hijo, acarició sus pálidas mejillas y trató de sofocar las náuseas que le subían por la garganta. No quería oír más.

—Deberías descansar.

Pero él continuó, no podía contener las palabras una vez que había comenzado.

—No sé por qué lo hice, solo sé que me sentí obligado.

Le rodeó la muñeca con los dedos y tiró de su brazo para acercarla a él. Su mirada inquieta le recordó a la de Vidar.

—Él quería que yo fuera como tú, mamá. Y eso es imposible. Yo nunca seré como tú.

Liv apoyó la cara en el pecho de él, escuchó los fuertes latidos de su corazón. Su hijo. Algo se movía dentro de él, ella lo sintió. Algo salvaje y extraño que se había adueñado de su cuerpo, algo que ella solo había sentido a lo largo de los años, pero que ahora había salido a la superficie. La estancia se fue iluminando lentamente, pronto se verían el uno al otro

con toda claridad. Pronto ya no habría manera de esconderse por más tiempo.

—Es culpa mía que Johnny esté en prisión —dijo él.

—No, no lo es en absoluto. Es culpa de la policía.

—No, es mía. Fui yo quien lo involucré.

—¿A qué te refieres?

—Aquella mañana hice como que iba a la escuela, tal como te he explicado antes, pero acabé en casa de la viuda Johansson. Anduve entre la maleza y vi que Johnny se iba al aserradero, entonces fue cuando me decidí: busqué la escopeta de la leñera y la escondí en su sótano. La puerta estaba abierta, así que no tuve más que entrar. Limpié la escopeta para que no tuviera mis huellas, y la dejé allí junto con el resto de los cartuchos. El abuelo no se molestaba nunca en registrar las armas, así que sabía que no tenía que preocuparme por eso. La escopeta igual podría haber pertenecido a la viuda Johansson. O a Johnny. No tenía por qué ser nuestra.

La piel de Simón parecía febril bajo sus dedos. Ella quería que dejara de hablar, quería hacerlo callar. Las palabras los ponían enfermos a ambos, casi había perdido la voz por completo, pero él insistió en seguir.

—¿Recuerdas el robo en la escuela las pasadas Navidades?

Ella asintió.

—Los ladrones dejaron unas colillas, así fue como la policía dio con ellos. Su ADN en las colillas. De ahí saqué la idea. Cogí un par de colillas del cenicero de Johnny y las guardé en una bolsa de plástico. La llave de su quad estaba colgada en la entrada. Fue el que utilicé para mover al abuelo. Había pensado llevarlo muy lejos, quizá hasta la fábrica de cal, pero tuve miedo de que me viera alguien, solo llegué al pueblo de al lado. Al pozo. Después dejé las colillas de Johnny en el lugar. Así fue como lo involucré.

Aquello ya era demasiado. Liv salió tambaleándose hasta el cuarto de baño. Vomitó violentamente en el lavabo oxidado. Después se quedó de pie, mirándose en el espejo roto. No reconocía su propia cara. Cuando regresó a la sala de estar, la mañana había entrado en la estancia y una luz enfermiza se posaba en los párpados cerrados de Simón.

Se sentó en el sillón al lado de su hijo dormido hasta que el sol entró de lleno en el cuarto. Entonces fue a la cocina y preparó café, pero cuando la

taza humeante estuvo sobre la mesa no pudo beber. Ya no veía a Vidar en las sombras, tampoco oía su voz. Su subconsciente había aceptado finalmente el hecho de que él estaba muerto.

Colocó las maletas en el coche. La hierba recién salida se había convertido en un mar de dientes de león. El bidón rojo de gasolina que había en el garaje le devolvió fijamente la mirada. Observó la casa y las viejas tablas resacas, ya podía ver cómo se doblaban las unas sobre las otras envueltas en llamas, podía oír el gemido cuando todo se derrumbaba. Llevó el bidón hasta la pared de la casa. Le dolía el hombro cuando miró a hurtadillas a su hijo dormido. A lo largo de su corta vida, ella se había preguntado dónde se ocultaba el monstruo. Nunca se le había notado nada. Todos los médicos le habían asegurado que era un niño completamente sano. Había seguido todas las curvas, había crecido y se había desarrollado como debía. Si había algo malo moviéndose en su interior, era imposible verlo a simple vista.

Desenroscó el tapón del bidón de gasolina y contuvo el aliento para no respirar los vapores. Le rugía la cabeza, no podía poner orden en sus pensamientos. Iba a quemar la casa y se llevaría a su hijo a algún lugar seguro. Asumiría ella la culpa y confirmaría así las sospechas de los vecinos. Además, era su cazadora la que se veía en la foto, era ella la que nunca había sido capaz de separarse de Vidar. Simón solo era un chico, un niño.

Se quedó sentada junto al bidón de gasolina con la cara hacia el sol. Por más que quisiera era incapaz de prenderle fuego a todo. Lo que veía tras sus párpados era la cara de Simón, un Simón pequeño con las mejillas redondas y todo el cuerpo lleno de risas. Era ella quien tenía la culpa, era ella quien había fracasado, quien lo había llenado con sus demonios y le había robado la sonrisa. La idea se fue abriendo paso poco a poco en su interior: el fuego no era la solución, y la mentira tampoco. La mentira solo ofrecía otra prisión. Si ella asumía la culpa, Simón nunca sería libre. La mentira lo perseguiría como una sombra fría toda su vida, con el tiempo llegaría a ser tan grande y tan pesada que él ya no podría soportarla. Eso era lo que ocurría con los secretos más oscuros, ella lo sabía: que poco a poco lo iban destruyendo a uno por dentro, hasta que no quedaban más que añicos. Lo

único que podía salvarlo era la verdad. Para que él tuviera alguna vez la posibilidad de vivir, ella debía dejar que pagara por su crimen. De lo contrario, él nunca llegaría a ser una persona.

Los pájaros trinaban cuando volvió a entrar en la casa. Podía oír la respiración de Simón dormido en la sala de estar mientras marcaba el número, con los labios pegados al auricular, y susurraba: «Ven tan pronto como puedas. Necesitamos ayuda».

Pasó casi una hora antes de que Hassan aparcara en la grava de fuera. La vista del coche de policía delante de la casa le pareció tan irreal ahora como aquella mañana cuando llegó para comunicarle que Vidar estaba muerto. Esperó a que él estuviera en el porche, y entonces fue a despertar a Simón. Le acarició los párpados con el pulgar y vio cómo parpadeaban antes de que él se despertara.

—Hassan está aquí.

Él se incorporó.

—¿Por qué?

—Es hora de que contemos la verdad.

Ella había pensado que él se enfadaría, que le daría un empujón y se dirigiría a la puerta. Que correría abajo, a su sótano, y se protegería con sus cosas de entrenamiento. Pero él se limitó a rodearla con los brazos y a estrecharla con fuerza, y con ganas, como no lo había hecho desde que era pequeño. Ella sintió cómo su cuerpo vibraba de miedo. Hassan los llamó a través de la puerta. Fue Simón quien abrió. Salió al porche y extendió las manos ante el policía, mostrándole sus recias muñecas.

—Es a mí a quien buscas.

* * *

La comisaría parecía igual que aquel día en que ella estuvo esperando en las escaleras con Simón en brazos. Ahora tenía las manos apoyadas en los

ladrillos calentados por el sol, con la cabeza agachada; se había visto obligada a salir para poder respirar. Solo los dientes de león descansaban contra la pared; ya no había sacos de plástico negros ni renos muertos.

—Hiciste lo correcto cuando llamaste.

Hassan le puso la mano en el hombro, ella no lo había oído llegar. Le acarició la espalda; a Liv le temblaban las piernas, el mero hecho de estar de pie suponía un esfuerzo para ella.

—Debería ser yo quien estuviera sentada ahí dentro.

—¿Por qué dices eso?

—Debería haberlo protegido, haberle ofrecido un futuro. En cambio, lo dejé crecer en Ödesmark con Vidar, aun sabiendo lo que eso significa para una persona.

—Nunca podrías haber sabido que iba a terminar así.

Ella se apoyó en él cuando volvieron a entrar. Miró el aparcamiento, como para asegurarse de que Vidar no seguía allí sentado esperando para llevarlos de vuelta a casa, a Ödesmark.

Hassan la sentó con cuidado en una silla del pasillo.

—No me dejes.

—No te voy a dejar, solo voy a buscar café.

No se atrevía a mirar a los otros policías. Sus uniformes rechinaban a través de los pasillos relucientes. Los tubos fluorescentes le escocían en los ojos como el sol de invierno. Hassan le puso una taza humeante en la mano, se quedó junto a ella y la distrajo de sus pensamientos con un poco de conversación. Ella tuvo que esperar fuera mientras Simón presentaba su confesión. Cuando salió, le habían puesto las esposas. Lo iban a trasladar a la ciudad, donde estaba la prisión, y cuando estuvieron el uno delante del otro para despedirse, ella vio que le brillaban los ojos de alivio. Solo lloraba ella. Lo abrazó y él presionó con fuerza su mejilla contra la de ella, no tenía los brazos libres para abrazarla.

El verano crepitaba en el pueblo, el aire estaba cargado de vegetación y de bosque calentado por el sol. Liv estaba sentada en las escaleras del porche con la llave en la mano, esperando. El sol le quemaba la cara y los tábanos zumbaban a su alrededor en busca de sangre, pero no quería estar en la casa vacía. Ni un minuto más. El silencio allí dentro había estado a punto de asfixiarla, se descubría todo el tiempo a sí misma escuchando a ver si podía oír la comba de Simón golpeando contra el suelo del sótano y al viejo arrastrando los pies escaleras arriba. No importaba que el uno estuviera muerto, y el otro, entre rejas, seguían viviendo entre aquellas paredes y no la dejaban en paz.

Se lo había contado a Simón cuando él llamó.

—Todavía te oigo golpear el saco de boxeo por las mañanas.

—Vende el chamizo —dijo él, animándola a hacerlo.

—Lo voy a hacer.

—Ahora eres tú quien está al volante. No lo olvides.

Había mucha vida alrededor de él, risas y gritos. A veces, Liv se imaginaba que Simón ya estaba en la ciudad esperándola. La ciudad dónde nadie sabía sus nombres.

Johnny había intentado llevársela de allí. Poco después de que la policía lo dejara en libertad, se presentó en su casa y la animó a que hiciera la maleta. Liv pensaba que él estaría enfadado con ella, por lo que había hecho Simón, por todos los días que había pasado en prisión, pero él solo la abrazó y le dijo que la llevaría con él.

Lejos de todo lo que no querían recordar. Y ella había estado peligrosamente cerca de acompañarlo, a pesar de que él no era de fiar. Parecía muy fácil sentarse en el asiento del copiloto y simplemente dejar que otro condujera mientras las carreteras extrañas se iban extendiendo

delante de ella. Pero sabía que eso era un error, que eso no iba a funcionar. Si quería salir de allí, tenía que hacerlo por su propio pie.

Por fin oyó el coche en la grava. Se levantó una nube de polvo entre los abetos y lo vio enseguida. Llevaba unas gafas de sol negras y a la niña en el asiento trasero, los dos sonrieron y la saludaron con la mano. Ella se levantó con las piernas doloridas y fue a su encuentro.

La niña tenía restos de helado alrededor de la boca, los labios oscuros de chocolate. En la mano llevaba un muestrario de pinturas que puso contra la pared descascarillada de la casa. Los tonos verdes azulados brillaban como el cielo.

Liam se subió las gafas de sol a la cabeza; tenía los ojos cansados, pero cuando ella le entregó las llaves recuperaron el brillo.

—No me parece bien —dijo él.

—¿Qué?

—Que no quieras que te pague nada.

Ella no le hizo caso.

—Debería pagarte yo a ti por hacerte cargo de este chamizo.

—Mira, papá, ¡este color queda muy bonito!

La niña sostenía el muestrario de colores como si fuera un abanico y señalaba uno de los cuadrados, un color turquesa suave.

—Sí, es muy bonito —dijo Liam.

Tenía la llave en la mano, pero seguía vacilante en la grava. Liv dio unos pasos hacia el coche, ansiosa por salir de allí.

—Si pasa algo, no tienes más que llamar, tienes mi número.

—He leído que la condena será corta, teniendo en cuenta su edad. Y las circunstancias.

Ella se detuvo, la vergüenza le encendió las mejillas tanto como el sol. Su piel sudorosa atraía a los tábanos y ella los ahuyentaba desesperada a manotazos.

—Eso espero —dijo—. No sé lo que escriben los periódicos, pero no es un monstruo. Es solo un niño.

—No hay monstruos —dijo la niña—. Solo hay personas.

Vanja tenía los ojos de su padre, grandes y claros. Se abanicaba con el muestrario de colores mirando fijamente a Liv.

—¿Qué te has hecho en el cuello?

Liv se pasó los dedos por las cicatrices de la piel; se le habían olvidado con el calor y solo llevaba una camiseta fina que no ocultaba nada.

—Solía rascarme mucho, tanto que se me salieron cicatrices.

La niña hizo una mueca.

—Debía de doler muchísimo.

—Sí, dolía. Pero ahora estoy mucho mejor, ya no me pica.

Se sonrieron. Liam puso las manos en los hombros de la niña, a ella le costaba quedarse quieta, su cuerpo en crecimiento no paraba de saltar y de moverse. Liv dirigió una última mirada a la casa de su infancia y se detuvo en la soleada cortina de la cocina, donde Vidar solía sentarse y mirar el pueblo. Ahora allí solo había paz y tranquilidad.

La despidieron con la mano mientras se alejaba. Liv vio por el espejo retrovisor cómo ellos daban la vuelta y caminaban hacia Björngården; la trenza de la niña, un hilo de oro a la luz del sol. Otra niña y otro padre, una historia totalmente nueva que poco a poco se pintaría sobre la vieja. Con los colores de la aurora boreal.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

A Helena Ljungström, mi editora, y a Anna Andersson, mi editora de mesa, gracias por vuestra paciencia, entusiasmo y habilidad para sacar de mí lo mejor de mi escritura. Es un verdadero placer trabajar con vosotros. Muchas gracias también a Martin Ahlström, Göran Wiberg, Thérèse Cederblad, Bo Bergman y a todo el equipo de la editorial Albert Bonnier.

A Julia Angelin, mi agente, gracias por tu fantástica dedicación y tu trabajo constante con mis libros. Muchas gracias también a Marilinn Klevhamre, Anna Carlander, Joséphine Oxelheim y al resto de las estrellas de la Agencia Salomonsson. Vosotros hacéis que los sueños se hagan realidad.

A Niklas Natt och Dag, muchas gracias por la lectura de mi manuscrito y por las ideas que has compartido conmigo y que han sido de incalculable valor durante el proceso de escritura. Es un honor poder llamarte mi amigo.

A Daniel Svärd, gracias por darme la oportunidad de seguir tu experiencia de la lectura de mi manuscrito, capítulo a capítulo. Eso me brindó la posibilidad de ver el texto con nuevos ojos.

A Kenneth Vikström, gracias por compartir tan generosamente tu conocimiento del trabajo de la policía. Tu ayuda ha sido increíblemente valiosa a lo largo del proceso.

A Robert Jackson, *my husband, for always believing in me. I love you.*

OceanofPDF.com



STINA JACKSON (Skellefteå, 1983). Es una autora originaria del norte de Suecia, a las puertas del Círculo Polar Ártico. A los veintidós años se trasladó a Estados Unidos. En Denver (Colorado) inició sus estudios de Derecho hasta que decidió volcarse en la literatura. Fruto de tres años de esfuerzos fue su primera novela, *Carretera de Plata*, que ha batido récords de ventas en Suecia como debut literario y también fue premiada como la mejor obra del género publicada en 2018, un galardón concedido por la Academia Sueca de Escritores de Novela Negra. Su segunda novela, *La mujer de Ödesmark*, confirma su sólida trayectoria y ya ha sido saludada como una obra maestra.

OceanofPDF.com

Notas

[1] «El lugar de donde venís ya no está; el lugar al cual creíais que ibais no existió jamás, y el lugar donde estáis no sirve de nada a menos que podáis alejaros de él», *Sangre sabia*, traducción de Celia Filipetto, Barcelona, Lumen, 2011. <<

[2] *Ödesmark* es un nombre común sueco que significa «tierras abandonadas, desérticas, yermas». Aquí se utiliza como topónimo y se juega con este significado. (*N. de la t.*) <<

[3] Juego de palabras. *Livegen* en sueco significa «siervo». (*N. de la t.*) <<

[4] *Systembolag-et*, los únicos comercios con autorización estatal para la venta de bebidas alcohólicas en Suecia. (*N. de la t.*) <<

OceanofPDF.com